

AILEEN CHASE

BILOGÍA MELODÍAS DEL CORAZÓN 1

Mi canción favorita



Mi canción favorita
Bilogía melodías del corazón 1

Aileen Chase

Letra Maestra



Copyright © 2023 Aileen Chase

© Mi canción favorita, Bilogía Melodías del corazón 1
©Aileen Chase

Diseño de portada: Aileen Chase
Maquetación: Aileen Chase
Corrección: Aileen Chase

Primera edición: 19 de septiembre de 2023

Impreso por CreateSpace Independent Publishing Platform
Edición especial para Amazon.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A todas las mujeres que me han inspirado
para crear esta historia, por enseñarme que somos libres
y por ser el mejor ejemplo de ello.*

Contents

Title Page	
Copyright	
Dedication	
Sinopsis	
PRÓLOGO	
CAPÍTULO 1	
CAPÍTULO 2	
CAPÍTULO 3	
CAPÍTULO 4	
CAPÍTULO 5	
CAPÍTULO 6	
CAPÍTULO 7	
CAPÍTULO 8	
CAPÍTULO 9	
CAPÍTULO 10	
CAPÍTULO 11	
CAPÍTULO 12	
CAPÍTULO 13	
CAPÍTULO 14	
CAPÍTULO 15	
CAPÍTULO 16	
CAPÍTULO 17	
CAPÍTULO 18	
CAPÍTULO 19	
CAPÍTULO 20	
CAPÍTULO 21	
CAPÍTULO 22	
CAPÍTULO 23	
CAPÍTULO 24	
CAPÍTULO 25	
CAPÍTULO 26	
CAPÍTULO 27	
CAPÍTULO 28	
CAPÍTULO 29	
CAPÍTULO 30	
CAPÍTULO 31	
CAPÍTULO 32	
CAPÍTULO 33	
CAPÍTULO 34	
Books By This Author	

Sinopsis

Ethan era de todo menos perfecto. Su vida estaba marcada por una adicción a las drogas que lo había sumido en un abismo del que parecía no poder escapar. Las sombras de su pasado lo perseguían, y las voces crueles en su mente le repetían sin piedad que él no merecía nada más que el caos en el que vivía. Pero algo en su interior seguía luchando por encontrar la luz.

Emma, por otro lado, no encajaba en el molde de una universitaria convencional. Cerraba con llave su habitación en su propia casa, un refugio que se había convertido en una prisión, y anhelaba desesperadamente escapar de un pasado oscuro que la atormentaba. Cada día rogaba en silencio por una oportunidad de liberarse y encontrar la paz.

Cuando el destino los lleva a cruzar sus caminos en la universidad, Ethan y Emma parecen ser polos opuestos, dos almas rotas que no encajan en ningún lugar. Solo tienen algo en común: su pasión por la música. Pero lo que ambos descubren es que, a pesar de sus diferencias y sus propios demonios internos, son capaces de entenderse de una manera que nadie más puede. Juntos, encuentran un refugio en los brazos del otro, un lugar donde las heridas del pasado pueden sanar y las voces hirientes pueden ser acalladas.

¿Podrán encontrar la fuerza para superar su pasado y construir un futuro juntos, o sus demonios personales los separarán para siempre?

PRÓLOGO

El sol comenzaba a despedirse en el horizonte, pintando el cielo de un naranja cálido mientras Caroline y Ethan recorrían la solitaria carretera. El rugido del motor de su viejo coche resonaba en el aire, acompañado por la risa y la melodiosa voz de Caroline. La canción Love Story de Taylor Swift sonaba a todo volumen en el estéreo del automóvil, como un himno a la juventud y a la promesa de un nuevo capítulo en sus vidas.

Ethan había conseguido vencer a su oponente James en la pista de hielo y, después de celebrarlo con el equipo, había cogido a Caroline y la había subido al coche para llevarla a su heladería favorita.

Ambos hermanos cantaban a pleno pulmón, sin importarles que estuvieran desafinados. Las palabras de la canción fluían de sus labios con una pasión inigualable, y la brisa de la tarde revolvía sus cabellos mientras conducían a través de un paisaje de árboles que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

—¿No es esta la mejor canción de todos los tiempos? —Caroline exclamó, sus ojos brillando con emoción mientras hacía un gesto dramático con la mano en el estribillo.

Ethan asintió, con una sonrisa radiante en su rostro.

—Absolutamente. ¿Quién necesita un Romeo cuando tienes a tu hermana como compañía? —Era algo que solo ella y Ethan entendían.

Ambos estallaron en risas mientras continuaban cantando, sintiéndose en la cima del mundo.

Caroline miró a su hermano con cariño y apretó suavemente su brazo.

—Gracias por llevarme a la heladería, Ethan. No podría haber pedido un mejor hermano.

Ethan le sonrió con ternura y asintió.

—El placer es mío, Caro. te prometí que si ganaba te llevaría.

Sin embargo, ni Caroline ni Ethan podían prever lo que les depararía el destino. Mientras seguían cantando y riendo, un camión de carga gigantesco se acercaba velozmente por el carril contrario. El sol comenzaba a ponerse, y su conductor, exhausto por horas de manejo ininterrumpido, luchaba por mantenerse despierto.

Los segundos se hicieron eternos cuando el camión invadió el carril de Caroline y Ethan. El estruendo de la bocina del camión rompió la melodía de "Love Story", y Ethan apenas tuvo tiempo para girar el volante y tirar de él hacia el arcén. El camión pasó zumbando peligrosamente cerca, haciendo que el coche de los hermanos temblara con su paso.

El corazón de Caroline latía con fuerza, y su aliento se escapaba en ráfagas entrecortadas.

—Dios mío, eso estuvo cerca.

Ethan asintió, aún en estado de shock por la cercanía del peligro.

—Estamos bien, Caro. Eso es lo que importa.

Pero su alivio fue efímero. La fatiga del conductor del camión lo había llevado al límite, y su suerte se estaba agotando. En cuestión de segundos, el camión se desvió hacia el arcén contrario una vez más, y esta vez, no hubo tiempo para una maniobra evasiva.

El impacto fue inminente. El camión colisionó contra el lado delantero izquierdo del auto de los hermanos con una fuerza abrumadora. El mundo se volvió un caos de vidrios rotos, metal retorcido y el sonido ensordecedor de la colisión.

Caroline y Ethan fueron arrojados violentamente contra sus cinturones de seguridad mientras el coche daba vueltas en el aire y finalmente aterrizaba en el arcén, hecho añicos. La canción de

Taylor Swift se había silenciado abruptamente, reemplazada por el crujido de metal y el sonido lejano de las sirenas de ambulancias que se acercaban rápidamente.

Testigos atónitos se habían detenido en el arcén para ayudar. Algunos llamaban al 911 mientras otros intentaban liberar a Caroline y Ethan del montón retorcido de metal. Los hermanos estaban inconscientes, heridos y atrapados en lo que alguna vez fue su coche.

Los minutos parecían horas mientras los rescatistas luchaban por liberar a los hermanos y estabilizar sus heridas. Finalmente, lograron sacarlos de los restos destrozados y los llevaron de urgencia a dos ambulancias esperando en la escena.

Caroline y Ethan fueron trasladados al hospital más cercano en estado crítico. Sus vidas pendían de un hilo, y el futuro que habían imaginado momentos antes se desmoronaba rápidamente. La canción que habían estado cantando, una oda a la historia de amor, había sido reemplazada por una tragedia que cambiaría sus vidas para siempre.

CAPÍTULO 1

ETHAN ANDERSON

Lancé al otro extremo de la cocina la radio, que ahora yacía hecha pedazos en el suelo. Sentía el corazón latirme con fuerza en la garganta, tenía el pulso acelerado como si hubiera corrido una maratón. Pero lo peor de todo era la rabia que surcaba mis venas, latente y ardiente. Aquella maldita canción que había salido de la radio nada más encenderla había sido el detonante. La melodía que tanto amaba, la que solíamos bailar juntos en las tardes de verano, ahora se había convertido en una especie de burla cruel del destino.

Me dejé caer en una silla de la cocina, tratando de recuperar la calma. Cerré los ojos y respiré profundamente, intentando alejar la furia que me invadía. Sabía que no era la radio la que me tenía así, sino la inmensa tristeza y frustración que sentía desde la partida de mi hermana Caroline. Su ausencia se había vuelto aún más insoportable desde que había comenzado a escuchar su canción favorita en todas partes, como si el universo se estuviera burlando de mí. Como si quisiera torturarme día tras día.

—¿Se puede saber qué demonios ha sido eso? —Mi padre salió con el pelo lleno de espuma y un albornoz que tenía más años que yo—. Maldita sea, Ethan —murmuró entre dientes, agachándose y recogiendo la radio—. Esto no puede seguir así.

Apreté la mandíbula y desvié la mirada hacia otro lado.

—No te hagas el sordo, Ethan Anderson, estoy harto de que te comportes como un crío —alegó, tirando el cacharro a la basura.

—¡No me comporto como un crío! —exclamé, levantándome de la silla y dando un golpe en la mesa—. No soy un puto crío.

El rostro de mi padre se tornó serio mientras me miraba fijamente. Sabía que tenía razón, que mi reacción ante la radio había sido infantil, pero no podía evitarlo. La canción me recordaba a Caroline, y eso era algo que no podía soportar.

—Ethan, entiendo que extrañes a tu hermana. Todos la extrañamos —dijo mi padre con voz suave, tratando de calmarme—. Pero no podemos seguir así. Necesitas encontrar una forma de lidiar con tu dolor en lugar de dejar que te consuma de esta manera.

Sus palabras me golpearon con fuerza. Tenía razón, pero no sabía cómo seguir adelante porque los recuerdos me atormentaban a cada momento. Habíamos sido inseparables desde que éramos niños, y su partida había dejado un vacío en mi vida que parecía imposible de llenar.

—Yo no necesito ayuda —bramé, tomando la mochila del suelo y dirigiéndome a la puerta.

—Ethan, por favor...

Lo dejé con la palabra en la boca. Salí de casa cerrando la puerta con fuerza y bajé las escaleras de dos en dos. Salí a la calle, una fría mañana poco común de septiembre hizo que mis pulmones se llenaran de aire. Me subí al coche que descansaba delante del edificio y lancé la mochila a desgana al asiento del copiloto. Apreté mis puños al agarrar el volante, los nudillos me dolían de la presión que estaba ejerciendo sobre la goma. Dejé descansar la cabeza en el respaldo e intenté tranquilizarme.

Estaba harto de respirar, de vivir sin sentirme completo. El dolor de la pérdida de Caroline era como una sombra oscura que me seguía a todas partes, incluso cuando intentaba huir de ella.

Me estaba consumiendo poco a poco. Su ausencia era un agujero en mi corazón que se hacía más grande con cada día que pasaba.

Conduje directo a la universidad, estaba cursando el último año de diseño y desarrollo tecnológico. Aproveché un semáforo en rojo para encender la radio, *Titanium* de David Guetta se escuchó por todo el coche. Volví a conducir cuando el semáforo se puso en verde.

Aparqué y me bajé, cerrándolo con el mando y dejando descansar la mochila sobre uno de mis hombros. Quizá fuera por mi cara de pocos amigos, o porque mi fama en la universidad se había extendido a un nivel abismal, pero los de primero se apartaron de mí, dejándome el paso libre hacia las escaleras de la facultad. Se notaba que eran freshmen^[1] y que acababan de empezar.

Anduve hasta la puerta, viendo como todo aquel que se cruzaba en mi camino desaparecía hasta llegar a la entrada, donde me reuní con los chicos.

—Vaya cara que traes, homie^[2]. ¿Ya te has levantado con un humor de perros?

Jackson me dio un golpecito amigable en el hombro mientras me lanzaba una sonrisa. Era uno de mis mejores amigos, y siempre parecía saber cómo sacarme de mis casillas.

—Cállate la puta boca —bramé, devolviéndole el golpe—. Si vuelves a llamarme así, te golpearé aún más fuerte. —Lo advertí.

Tyler se echó a reír, aunque yo no le veía la gracia. Jackson se palpó el lugar afectado e hizo una mueca con los labios.

—Tío, porque sé que me tienes cariño... —murmuró Jackson.

—No está de humor —dijo Tyler—. ¿Otra pelea con tu padre? ¿Con tu hermano, quizá?

Asentí y saqué de uno de los bolsillos de mi chaqueta el paquete de tabaco. Me metí uno a la boca y lo encendí.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Jackson con curiosidad.

Me encogí de hombros y dejé que el humo salieran por mi boca. Tyler levantó una ceja y me pasó un brazo alrededor de los hombros.

—No te vamos a obligar a decírnoslo, pero sabes que pensamos como ellos. —Claro que lo sabía.

—Pero no te damos el coñazo porque eres imposible —añadió Jackson entre carcajadas.

—¿Y qué queréis que haga? —les pregunté, echando el humo por la boca de nuevo—. Me cuesta mucho...

Sí, había una parte de mí que sabía que estaba siendo injusto con papá. ¿Cómo no iba a darme cuenta? Pero había algo que me impedía ponerme en su lugar por un momento.

—Lo sabemos —intervino Jackson.

Entramos a nuestra facultad y anduvimos por los pasillos en silencio hasta llegar a nuestra clase. De nuevo, fuimos los tres a nuestros asientos y esperamos a que apareciera el profesor. Por lo menos, aunque pareciera una locura, estudiar me mantenía con la mente ocupada. Pero el profesor tardaba y yo me perdía en mis pensamientos cada vez más.

—¡Tío! —exclamó Tyler—. Julie, la de primero de enfermería, me ha respondido. Llevo intentando quedar con ella desde que entró a la universidad.

Jackson dejó su móvil en la mesa y prestó atención a lo que decía Tyler. Puse los ojos en blanco y miré por la ventana, me alegraba que Tyler hubiera encontrado a una chica que le gustara, porque llevaba una muy mala racha, pero la verdad era que no me interesaba mucho ese tema. Tenía la cabeza en otro sitio.

De entre toda la gente que había fuera, me fijé en una chica que llevaba un libro pegado al pecho. Iba cabizbaja y evitaba todo contacto con la gente. Sus movimientos eran tímidos, seguramente debía ser de primero. Subió las escaleras para entrar a la facultad de medicina, que estaba justo en frente de la nuestra, y desaparecía.

—¿Qué miras? —me preguntó Tyler con una sonrisa socarrona—. ¿Observando a tu próxima presa? —Movié las cejas a lo *Gauche Marx*. ¿Cómo demonios podía hacer eso? Era un puto don.

Desvié la mirada hacia Tyler y enarqué una ceja. ¿Presa? ¿Esa chica? Imposible. Hice un mohín.

—¡Qué dices! —exclamé, resoplando—. Deja de decir gilipolleces, Tyler. Solo estaba viendo por la ventana.

—Sí, sí —murmuró.

Enarqué una ceja en su dirección e hice un ademán con la cabeza.

—En vez de estar fijándote en lo que hago, vigila a Jackson. Te está registrando la lista de contactos y a saber qué puede hacer con ella.

Tyler se giró de forma brusca y le cogió el móvil a Jackson, no pude evitar reír entre dientes. Era de esos chicos que tenían millones de amigas. En realidad, Tyler era un mujeriego, pero no había encontrado a la indicada. Era el eterno soltero que buscaba el amor. A pesar de sus bromas y su actitud desenfadada, sabía que Tyler también tenía sus propios demonios internos. Pero, en su caso, habían sido provocados por la ruptura de su primer amor, el típico de instituto.

Después de diez largos minutos, el profesor entró y la clase comenzó. Me aburría demasiado dar teoría, era una mierda. A mí me gustaba la práctica, que me enseñaran de primera mano qué podía hacer.

Y, poco a poco, las clases fueron pasando hasta llegar a la última hora. Esperé con ansias que la señorita Clark, la profesora de programación, diera por finalizada la clase. Para mi suerte, la profesora había mandado trabajo para casa y estaría ocupado casi toda la tarde.

—¿Cómo te va, Ethan? —me preguntó la señorita Clark.

Me encogí de hombros y me colgué la mochila en un hombro.

—Bien —me limité a responder.

La señorita Clark era una joven profesora de no más de treinta y cinco años a la que le fascinaba el mundo del desarrollo y la programación. Por el anillo que llevaba en la mano izquierda, juraría que estaba casada.

—Me ha llegado otra oferta, espero que no te importe que le haya dado tu número. Es para realizar un desarrollo de web sencillo, el dueño del negocio era compañero mío del colegio.

La señorita Clark llevaba desde tercero dándome pequeños trabajos que me pagaban bastante bien. Creo que era de las pocas personas a las que no ahuyentaba de mi lado.

—Gracias, señorita Clark —le agradecí con sinceridad.

Ella puso su mano en mi hombro y lo apretó.

—No me las des, Ethan. Eres mi mejor alumno y comprendo que lo que estás pasando es complicado. Solo intento ayudarte un poco —murmuró con una sonrisa curvando sus labios. Me dio una palmadita en el hombro y suspiró—. Últimamente te veo muy distraído, Ethan. —La señorita Clark se apoyó en la mesa de delante—. ¿Estás seguro de que estás bien?

—No, no lo estoy —susurré, mirando mis zapatos—. Cada vez se me hace más complicado, señorita Clark. Es como si hubiera mucho ruido en mi cabeza.

Por un momento, la preocupación invadió sus ojos. Posó su mano sobre la mía y la apretó.

—Tienes que encontrar la fuerza para tejer los hilos rotos del alma y abrazar los recuerdos bonitos. Ethan, eres demasiado joven para cargar con algo como...

Alguien nos interrumpió traqueteando la puerta del aula. La señorita Clark miró por encima de su hombro.

—Oh, Benjamin, disculpa, voy en seguida. —Benjamin White, de segundo—. Recuerda lo que te he dicho, Ethan. Y recuerda que te llamarán de mi parte.

Asentí y me dirigí a la salida. Saqué el móvil para escribirle un mensaje a Tyler y a Jackson, pero una voz chillona interrumpió mi paso.

«Mierda, hoy no», supliqué al universo. Era Chloe, mi mayor grano en el culo.

—Ethan, ¿cómo te ha ido el día, cielo? —Se acercó a mí e intentó darme un beso en los labios, pero me aparté. Su mano me tocó el brazo.

Ella me escudriñó con la mirada.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me llames así, Chloe? —La indignación me recorrió el torrente sanguíneo.

La agarré del brazo y la aparté hacia un lado, bajé mi cabeza unos centímetros y la miré a los ojos

—Deja de perseguirme, ¿vale? Ya te dejé muy claro que lo nuestro solo era sexo.

Y cómo me arrepentía de ello. Era una chica muy guapa e iba detrás de mí desde que entró en la universidad. Una noche de fiesta, pasó lo que tenía que pasar. Pero me aseguré de dejarle claro que no quería nada serio. Aunque parecía que se hacía la tonta.

—¡Oh, vamos! —se quejó—. Ethan, hacemos una buena pareja. Lo sabes —murmuró ella, coqueta.

—Escúchame bien, nosotros no pegamos ni con cola. Que te quede claro. —La advertí con la mirada—. Hazte a la idea, ¿vale? Te lo he dicho muchísimas veces.

Ella frunció los labios y siseó algo que no pude escuchar, ya que Jackson se acercó y me sacó del apuro.

—Ethan, tío, vamos. —Jackson me agarró del hombro e hizo que me girara a verlo—. Déjala, ya sabes cómo es Chloe.

Hice el amago de querer irme, pero me detuvo. Aunque no lo pareciera, sabía que las personas que estaban por el pasillo lo estaban escuchando todo. Levantaba demasiado la voz. Era como si quisiera ser el centro de atención.

—Esto no es justo, Ethan.

—¿Qué no es justo? —La encaré con firmeza, sintiendo la frustración acumulada en cada palabra—. Lo que no es justo es que no respetes mis deseos y sigas persiguiéndome como si no hubiera dicho nada. Tienes que entender que no quiero nada más allá de lo que compartimos esa noche.

Chloe me miró los con ojos entrecerrados, como si estuviera tratando de descifrar si hablaba en serio o si había alguna posibilidad de cambiar mi opinión. Pero esta vez estaba decidido a dejar las cosas claras de una vez por todas.

Jackson, mi mejor amigo desde la infancia, se mantuvo a mi lado, apoyándose en silencio. Él sabía lo complicado que había sido lidiar con su insistencia durante todo este tiempo.

Suspiró y pareció ceder un poco. Bajó la mirada hacia el suelo, jugueteando con un mechón de su cabello rubio. Era evidente que le costaba aceptar la realidad, pero al menos parecía dispuesta a escucharme.

—Ethan, yo... lo siento si te he estado molestando. Es solo que... bueno, me encantas. No puedo evitarlo.

—Vale, te gusto, ¿y? Tienes que entender que no quiero nada serio, Chloe.

Ella tragó con dureza y asintió. Desvió su mirada socarrona hacia mis ojos y se me insinuó.

—Siempre podemos repetir lo que pasó esa noche —me guiñó un ojo.

Era imposible, Chloe era demasiado pesada. Y quizá nadie lo entendiera, aunque tampoco era algo que me importara mucho. No quería novia, no quería tener algo formal con nadie. Siempre era lo mismo. Aunque lo peor de todo eran las miradas. Cómo las odiaba. Tenía la sensación de

que tenían la sutil esperanza de que mi corazón se ablandara, que con su supuesto cariño podrían salvarme. Pero eso era imposible porque estaba condenado a arder en el Infierno. Nadie podría salvarme de mi peor enemigo: yo.

Me fui con Jackson y Tyler hacia la salida, pero iba tan distraído mientras caminaba con ellos hacia mi coche que me choqué con alguien que acabó en el suelo y con los papeles desperdigados.

—¡Mierda! ¡Tendrías que...! —Pero me callé al ver a la misma chica que en la primera clase había observado por la ventana.

Vestía un jersey un par de tallas más grande que ella en color crema, unos vaqueros y unas deportivas desgastadas. El pelo lo tenía recogido en un moño y llevaba gafas. Sin duda, era ella.

Dos grandes ojos color chocolate y unas largas y gruesas pestañas me miraron con preocupación. Algo se removió dentro de mí cuando vi a aquel ángel temblando a mi lado. Su rostro era hermoso y me pareció ver hoyuelos en sus mejillas. Las pecas en la nariz y pómulos la hacían ver demasiado tierna.

Empezó a recoger todo lo que estaba en el suelo.

Hubo un momento en el que no podía quitarle los ojos de encima. Me agaché para recoger uno de los libros. Ella extendió la mano y tocó la mía para cogerlo. La retiró como si la mía estuviera en llamas.

—L...lo... s... siento —balbuceó en un hilo de voz.

Fruncí el ceño. Había conocido a muchísimas chicas tímidas, pero nunca como ella. Verla temblar ante mi presencia me encogía el corazón de tristeza.

«Eso es lo que quieres, ¿no? Que todo el mundo se aleje de ti», escuché la voz de Caroline en mi cabeza.

—Ten más cuidado —le dije con cara de pocos amigos.

Ella asintió y se fue pegando las cosas a su pecho. La observé irse hasta que desapareció.

—Tío, ¿qué ha pasado? —me preguntó Tyler con curiosidad.

—Nada —dije seco y cortante, encogiéndome de hombros.

Me siguieron hasta el coche.

—¿Cómo que nada? —preguntó Jackson—. Tío, tendrías que haberte visto la cara de imbécil que se te ha quedado al mirar a esa chica. Que lo entiendo porque es muy guapa y...

—¡Quieres callarte! —bramé malhumorado, abriendo la puerta del coche.

—Es verdad —lo defendió Tyler—. Una cosa hay que admitir, la chica es muy guapa. ¿No te parece, Ethan? Aunque, claro, a ti te van otro tipo de chicas; más del estilo de Chloe, ¿verdad? —Se burló de mí.

Lo miré mal por encima de mi hombro y él, en defensa, levantó una mano en señal de rendición, riendo.

—Está bien, está bien, dejemos de molestar a Ethan por ahora. Pero, hombre, esa chica era realmente guapa, no puedes negarlo.

Suspiré mientras encendía el coche. Sí, era guapa, pero eso no era lo que me había impactado. Era su timidez, su vulnerabilidad, lo que me había conmovido. Era como si hubiera algo detrás de esa fachada temerosa que me intrigaba.

—Nos vemos esta tarde.

Mientras conducía a casa, noté que la chica de antes corría por la calle con los auriculares puestos. Y decía correr porque iba a un paso muy acelerado.

Parecía perdida en su propio mundo.

Tyler y Jackson tenían razón, me había sorprendido a pesar de lo difícil que resultaba

admitirlo. Tenía una mirada angelical y dulce, pero algo en su interior hacía que un brillo de preocupación titilara en sus cálidos ojos del color del chocolate.

Un sentimiento que conocía muy bien.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando saqué la llave del contacto. Había llegado a casa antes que papá, o Treton, mi hermano mayor.

Me fui directo a la habitación para dejar la mochila encima de la cama. Me quité la chaqueta y me puse una sudadera vieja, que me encantaba, junto a unos pantalones de deporte. Correteé por casa hasta llegar a la cocina y preparé algo de comida.

Al terminar, fregué el plato y los cubiertos y me fui a estudiar y a hacer el trabajo que había mandado la profesora Clark. Me senté en la silla giratoria de mi escritorio, saqué el portátil de la mochila, me puse los cascos de música y me encargué de adelantar todo el trabajo posible.

Estuve hasta las siete, justo la hora en la que aparecieron mi padre y mi hermano por la puerta. Suspiré al escucharlos, sabía que harían como si nada hubiera pasado. Tal como hacían siempre.

Salí de la habitación con la mochila de deporte colgada a la espalda.

—¿Irás a entrenar? —me preguntó papá desde el salón.

—Sí —respondí, tajante.

—Ten cuidado —dijo.

Mientras seguía evitando sus ojos, asentí antes de abrir la puerta para irme a la pista. Como no estaba lejos, tomé la decisión de caminar. Corrí para empezar a calentar; me gustaba hacer algunos kilómetros antes para evitar que mi cuerpo se adormeciera por el exigente entrenamiento. Empecé a practicar hockey cuando tenía tres o cuatro años porque me encantaba y me ayudaba a relajarme.

Cuando llegué, dejé la mochila en el vestuario y saqué las protecciones y los patines. Tyler y Jackson me estaban esperando junto a los demás. Rápidamente, fui a la pista y el entrenamiento comenzó.

Parecía masoquista, pero disfrutaba haciendo deporte, especialmente el hockey. La sensación de velocidad mientras patinaba y la emoción de la competencia siempre me hacían sentir vivo.

Tyler y Jackson, mis compañeros de equipo desde hacía años, eran como hermanos para mí. Juntos, formábamos un trío imparable en la pista. La química entre nosotros era innegable, y eso se traducía en un juego fluido y efectivo. Hoy, teníamos un entrenamiento particularmente intenso programado. Nuestro entrenador, el formidable coach Turner, había decidido centrarse en la táctica defensiva y la estrategia de juego.

Después de una hora agotadora en la pista, finalmente dimos por terminado el primer entrenamiento. Nos dirigimos a una pequeña zona que había antes de entrar a la pista para beber un poco de agua y tomar un breve descanso, exhaustos pero satisfechos y queriendo volver a entrar al hielo. Mientras me quitaba los patines, Jackson se acercó y me dio un golpe amistoso en el hombro.

—¡Gran trabajo, tío! —exclamó con una sonrisa.

—Gracias, Jackson. Tú y Tyler también habéis estado geniales —respondí, sintiéndome agradecido por tener unos amigos como ellos.

El hockey parecía ser lo único que me serenaba. «Mentira», me dije a mí mismo.

—Yo creo que el próximo partido lo vamos a ganar —se carcajeó Tyler, quitándose los patines. Pero su mirada se dirigió a la puerta—. ¿Ese no es James?

El entrenador Turner frunció el ceño y esperó a que se acercara.

Me quedé callado, apretando la mandíbula con fuerza junto a Jackson y Tyler. Todos sabían de la rivalidad que había entre James y yo, el muy hijo de puta siempre me buscaba las cosquillas y alguna vez las acababa encontrando.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté de mala forma.

—Vaya —rio con sorna—, ya veo que ahora entrenas más a menudo para el próximo partido. ¿Te da miedo perder otra vez? —se burló de mí.

Quise pegarle una buena tunda, pero el entrenador me paró los pies.

—¿Qué has venido a hacer aquí, James? ¿A provocar a mi chico? —le preguntó—. Si es así, lárgate. Tienes la entrada prohibida en este centro.

—Solo venía a conversar, entrenador —se deslizó como una gacela, cauteloso de mi reacción—. He escuchado que hoy has tenido una movida con Chloe. ¿Se te resiste la gatita?

Respiré y me mordí la lengua para no soltarle un puñetazo. Apreté el palo de hockey con todas mis fuerzas.

—Lárgate —bramé, dándome la vuelta sobre los talones.

James se fue, no pensaba entrar en su estúpido juego.

El entrenador comenzó a darnos instrucciones para el próximo partido. Sabíamos que James vendría tarde o temprano para intentar sacarnos de quicio. Concentrarnos en el juego y no en sus provocaciones era la clave para derrotarlo, aunque lo que me apeteciera era partirle la cara.

Después de la charla del entrenador, nos dirigimos nuevamente a la pista de hielo para trabajar en nuestras tácticas y habilidades. A pesar de la distracción que James había causado, nos esforzamos al máximo. Tyler, Jackson y yo sabíamos que este próximo partido era importante para nuestro equipo y no podíamos permitir que nada ni nadie nos detuviera.

Al acabar, me dirigí a casa con Tyler y Jackson.

—Le voy a patear el trasero —murmuré entre dientes, apretando los puños y dándole una patada a una piedra.

La calle estaba solitaria, alumbrada por farolas que creaban un ambiente melancólico.

—Lo harás, se lo merece por gilipollas —bramó Tyler, malhumorado—. Siempre con esa sonrisilla de superioridad... ¡Dios, qué hostia tiene en la cara!

—Y lo que no es la cara —intervino Jackson—. ¡Eh, espera! ¿Esa no es la chica de la universidad?

Desvié la mirada hacia el parque que quedaba en la otra acera y la vi iluminada por una farola. Iba paseando a un perro. Pero lo que más me impactó fue ver cómo se limpiaba unas cuantas lágrimas traicioneras que caían de sus ojos. Tragué saliva con dureza, ¿qué le podría haber pasado?

—Vámonos —dije, guardando mis manos en los bolsillos de la chaqueta y echando a andar.

CAPÍTULO 2

EMMA DAVIS

Nunca me había parado a reflexionar sobre mi vida hasta este momento. La luz de la mañana se filtraba a través de las cortinas de mi pequeña habitación, creando un ambiente cálido y acogedor. Estaba sentada en el borde de la cama, con una taza de té humeante en la mano, contemplando el tranquilo ajetreo de la ciudad a través de la ventana. Era uno de esos raros momentos de calma en medio del caos.

Mi mente comenzó a divagar, y me di cuenta de que estaba atrapada. Me levantaba temprano, iba a la universidad, cumplía con mis responsabilidades, pero ¿qué más estaba haciendo con mi vida? ¿Qué sueños había dejado en el camino? La pregunta empezó a carcomer mi mente como un gusano que roe la madera.

Recuerdo que cuando era una niña, tenía grandes aspiraciones. Quería viajar por el mundo, escribir una novela, aprender a tocar la guitarra y contribuir de alguna manera significativa a la sociedad; por eso quería estudiar enfermería. Sin embargo, a medida que los años pasaron, esos sueños quedaron relegados a un segundo plano. La realidad me dio de pleno.

Fue en ese momento, con la taza de té en la mano y los primeros rayos de sol acariciando mi rostro, que decidí que era hora de tomar las riendas de mi vida. No quería mirar atrás en unos años y lamentar no haber perseguido mis sueños y haberme quedado sin hacer nada. Tomé una libreta y un bolígrafo y empecé a hacer una lista de las cosas que quería lograr. Era una lista que había estado aplazando durante años, pero ahora estaba decidida a hacerla realidad.

Mi primer objetivo era retomar la escritura. Comencé a escribir en un diario, anotando mis pensamientos, ideas y sueños. También me inscribí en un curso de escritura creativa en línea para aprender y mejorar mis habilidades, pero nunca llegué a asistir.

El siguiente objetivo era aprender a tocar la guitarra.

El objetivo de viajar iba a ser mucho más complejo, pero algún día lo conseguiría.

Y, finalmente, estaba decidida acabar con todo tal y cómo lo conocía. Había decidido tomar las riendas de mi vida costara lo que costara.

Como cada mañana desde hace unos meses, me dispuse a sacar a mi perro a pasear. Me senté en el borde de la cama y me puse las deportivas, viendo como Milo, que así se llamaba mi pequeño cachorro, danzaba por toda la habitación moviendo su colita. Creo que ese pequeño animal había sido la única alegría en muchos años, por no decir que en toda mi vida.

Respiré con tranquilidad cuando bajé las escaleras y lo vi todo tranquilo. Mi padre se había ido a trabajar hacía poco, ya que mamá estaba fregando los cacharros. Tan siquiera le dije algo, agarré la correa de Milo, mis auriculares y salí para pasearlo. *Sit Still, look Pretty* de Daya comenzó a sonar a través de mis oídos.

La música era una forma de escape, una manera de evadirme de mi día a día. Mientras Milo correteaba por la calle, yo dejaba que las canciones me llevaran a otros lugares, a otros mundos donde mis sueños aún eran posibles.

Tener a Milo conmigo me hacía sentir mejor, pues nos habíamos mudado a Birmingham hacía poco; justo unas semanas antes de que comenzara mi primer año de universidad, y no conocía a nadie.

Paseé por el vecindario, que tenía un parque para perros, cabizbaja como siempre. Echaba de menos llevar mi libro pegado al cuerpo. Era como una barrera ante todo aquel que se acercara a

mí, aunque no siempre funcionaba.

Hacía poco que había conocido a Julie y Zoey, unas chicas de mi curso con las que compartía la mayoría de las asignaturas en la reunión que solían hacer antes de empezar las clases. Al principio sentí pánico por su proximidad, pero, poco a poco, me fui haciendo a la situación hasta darme cuenta de que eran dos chicas muy simpáticas y amables. De alguna forma, eso me hizo sentir bien conmigo misma, era como un primer paso hacia la construcción de relaciones en mi nueva vida en Birmingham. En Londres no tenía amigos, nunca había tenido a decir verdad. Siempre me había considerado demasiado retraída e introvertida, temiendo a lo ajeno.

Hasta ahora, eso se acabó.

Milo le ladró a una ardilla que correteaba por el césped del parque de perros, acto que me sacó de mi ensoñamiento.

—Milo, por favor, es muy temprano —le dije a regañadientes.

Lo que no podía sacarme de la cabeza era al chico con el que me había chocado. ¡Dios Santo, era guapísimo! ¡Y me había chocado con él! ¡Qué vergüenza! Yo era más bien bajita y él me sacaba una cabeza y media. Su cuerpo era puro acero, se notaba que se cuidaba. Sin embargo, lo más impresionante fueron sus ojos. Eran verdes claro. De esas miradas que no puedes olvidar tan fácilmente y que de alguna forma u otra se te quedan grabadas en la retina, torturándote.

Aunque todo lo que tenía de guapo, lo tenía de idiota.

Según lo que había escuchado por los pasillos de mi facultad, Ethan Anderson era toda una leyenda. Un chico temible y deseado por las mujeres, vamos, el típico chico malote. Había una chica en concreto, Harper Smith, que se pasaba los días hablando de él y soñando con salvarlo de su tormento, hacerlo cambiar. Pero ¿por qué cambiar a una persona? ¿Por qué no dejarlo ser tal cual? Sus razones tendría para ser así, me parecía una estupidez que pensaran de esa manera; como si fuera una novela adolescente.

Por favor, ¡realidad!

Era cuanto más ridículo. En realidad, Harper Smith era ridícula. ¿Qué cómo lo sabía a ciencia cierta? Porque había llegado a mis oídos que me había criticado por chocarme con él, como si yo hubiera querido hacerlo.

Sentía a la gente de mi edad estúpida, tonta. Se preocupaban de cosas sin valor, creían que tenían la verdad absoluta. O quizá era yo que había madurado más rápido de lo que imaginaba. La idea de cambiar a alguien, especialmente a alguien como Ethan Anderson, me parecía una fantasía ingenua. No podía evitar pensar que la vida real era mucho más compleja y nuanceada que eso.

Mientras Milo continuaba persiguiendo ardillas, mis pensamientos seguían girando en torno a ese encuentro incómodo con Ethan. No podía evitar preguntarme qué pensaría de mí después de ese incidente porque su nombre era sinónimo de problemas.

Decidí que, si alguna vez volvía a cruzarme con él, simplemente sería educada y seguiría adelante. No tenía tiempo para dramas innecesarios. Temblé, pues, quisiera o no, lo que había escuchado de él en las pocas semanas que llevaba en Birmingham no era para que se me cayeran las bragas al suelo.

Al contrario, se había metido en peleas y, según lo que decían, jugaba con algunas drogas. Y una cosa era fumar y otra muy diferente drogarse. No quería tener que ver nada con eso.

—Milo, vamos. Llegaré tarde a clase.

Sonreí para mí misma. Pensé que nunca podría llegar a estar en la universidad, pero el milagro se hizo realidad. Me había esforzado y superado los obstáculos para llegar allí, y no permitiría que nada ni nadie arruinara esa oportunidad que yo misma me había ganado a pulso.

Las casualidades existen y yo fui la protagonista de una de ellas.

La universidad se convirtió en mi refugio intelectual. Mis clases me apasionaban, y estaba decidida a aprender todo lo que pudiera. A pesar de mi timidez, comencé a participar más en las discusiones en clase y a hacer preguntas cuando no entendía algo. Me di cuenta de que tenía una voz y que podía usarla para aprender y crecer porque amaba la enfermería.

Mis nuevas amigas, Julie y Zoey, también me ayudaron a integrarme en la vida universitaria. Juntas explorábamos el campus, asistíamos a eventos culturales y compartíamos ese estilo de experiencias. Me sentía agradecida de haberlas conocido y de tener su apoyo en este nuevo capítulo de mi vida.

La música seguía siendo mi fiel compañera, y Milo continuaba siendo mi compañero leal en los paseos diarios. Aunque las historias sobre Ethan Anderson persistían en el campus, había decidido no involucrarme en su mundo de problemas y drogas. Había llegado a Birmingham para construir un futuro mejor, o por lo menos intentarlo, y no quería que nada ni nadie me apartara de ese camino.

Fui de nuevo a casa, sabiendo que mamá estaría por algún lado, ajena a todo y viviendo en su mundo de fantasía. Cerré la puerta de entrada, me acerqué a la cocina para coger algo de fruta y me dispuse a subir a mi habitación con Milo. Mamá ya se había encargado de hacer la cama, aun yo negándome a ello. Cerré la puerta tras de mí y solté a Milo. Había puesto sus cuentos en el pequeño balcón que tenía mi habitación.

Me comí la manzana mientras observaba el vecindario.

Milo se puso a jugar con su pelota y algunos juguetes que le había comprado cuando mi padre, en un arrebato que no sé cómo calificar, lo trajo a casa.

Mi padre era un hombre demasiado serio y estricto, solo con verlo me temblaba todo el cuerpo. Y sé que si trajo a Milo a casa fue porque uno de sus jefes se lo regaló para mí, para quedar bien con él. Pero no hay mal que por bien no venga. Cuando vi al cachorro me enamoré de él.

Cuando el reloj marcó las ocho menos veinte, decidí irme a la universidad, pero esta vez no cerré la puerta de mi habitación con llave.

Anduve por las calles a paso ligero, hoy comenzaba a las ocho de la mañana y tenía que darme prisa para no llegar tarde. Y, en el camino, me encontré con Zoey.

—¿Te gusta Birmingham? —me preguntó con una sonrisa ancha.

Asentí, bajando la mirada a los pies.

—Sí, la verdad es que es muy bonito —respondí, abrazando el libro más fuerte sobre mi pecho.

El hecho de mantener una conversación se me hacía muy complejo.

—¿Y te gusta la carrera? ¿Era lo que esperabas?

Zoey era una chica muy perceptiva, sabía cómo leer entre líneas, lo que me ponía un poco nerviosa. Pero su amabilidad me hacía sentir cómoda.

—Es mucho mejor de lo que esperaba, la verdad —dije, mordéndome el labio inferior.

Zoey asintió con comprensión.

—Te entiendo. El primer año de universidad puede ser un desafío, pero te adaptarás rápidamente. Además, nos tienes a Julie y a mí para cualquier cosa que necesites. —Bebió un poco del zumo—. Me alegra mucho que poco a poco vayas hablando —me guiñó el ojo.

Sus palabras me reconfortaron. Había encontrado en Zoey y Julie un par de amigas increíbles que entendían mis inseguridades y no me forzaban. No podía evitar sonreír al pensar en lo afortunada que me sentía de haberlas conocido.

El calor subió a mis mejillas y le sonreí sin enseñar los dientes, aunque más que una sonrisa era una mueca, pues había olvidado lo que era sonreír.

—Me cuesta mucho hacerme a la gente —le confesé.

Llegamos juntas a la universidad, y mientras caminábamos hacia nuestro respectivo edificios, Zoey seguía haciendo preguntas sobre mis intereses y planes para el futuro. A pesar de mi timidez, me sentía a gusto compartiendo mis sueños con ella. Era un recordatorio de que, a pesar de mis dificultades para relacionarme con los demás, podía construir amistades genuinas.

—Lo imagino, pero es ir acostumbrándose. Lo que pasa es que la gente es idiota y no comprende que hay personas que son tímidas; y fuerzan la situación —murmuró Zoey, volviendo a beber de su zumo—. Por cierto, me dijeron que ayer te topaste con Anderson.

Asentí, dejando escapar un suspiro de mis labios.

—Sí, y da un miedo... —murmuré entre dientes—. Es un imbécil. —La hice reír por lo bajo—. Por cierto, ¿y Julie?

—¡Ah! —exclamó, dándose un leve golpe en la cabeza—. Se me olvidó decirte que hoy se iría con Tyler.

—¿El chico que le gusta y que hace poco le pidió salir? —pregunté con curiosidad. Zoey asintió—. Qué bonito —sonreí.

—La verdad es que sí, ¿qué te juegas a que los vemos morreándose?

—¡Qué asco! —Las imágenes del suceso vinieron a mi mente e hice un mohín.

Zoey asintió.

—¿Sabes que hay una fiesta este fin de semana? ¿Te gustaría venir conmigo?

—¿No irá Julie? —le pregunté, pasando por el paso de peatones que daba al aparcamiento de la universidad.

—Sí —hizo una mueca—, pero irá con Tyler.

Sopesé la idea.

—Nunca he ido a una fiesta... —murmuré, pasando la lengua por mi labio inferior.

—¿Por qué no vienes? Será divertido —me animó Zoey sonriente—. Además, así estaremos las dos porque dudo que Julie se despegue de Tyler. —Puso los ojos en blanco—. ¿Por qué nunca has ido a una fiesta? ¿No te gustan?

Reí entre dientes.

—Bueno, me lo pensaré y el viernes te digo algo —le dije—. Y nunca he ido a una fiesta porque nadie me invitaba.

Zoey me observó con el ceño fruncido.

—¿Por qué nunca sonríes? —me preguntó—. Siempre haces como una especie de mueca.

—Yo... —titubeé—, es una larga historia.

Me limité a encoger los hombros y sonreír tímidamente ante la pregunta de Zoey sobre mi falta de sonrisas. Había aprendido a ocultar mi timidez y mis inseguridades detrás de una expresión neutral, y no era algo que pudiera cambiar de la noche a la mañana.

—Bueno —pasó su brazo por mis hombros—, si algún día quieres hablar, que sepas que estoy aquí.

Asentí.

—Gracias —susurré con un hilo de voz. ¿Qué otra cosa podía decir?

—No me las des —me guiñó un ojo.

Se acercó la pajita a la boca y sorbió por ella hasta terminarse el zumo. Zoey se acercó a una papelería y lo tiró.

A medida que avanzábamos por el aparcamiento de la universidad, vi a Julie y a Tyler

abrazados junto a su coche, como si fueran la única pareja en el mundo. Julie parecía radiante, y su felicidad era contagiosa. Me alegraba por ella, pero al mismo tiempo me sentía un poco fuera de lugar, como si no encajara en ese mundo de relaciones y fiestas.

La idea de ir a una fiesta me emocionaba y asustaba al mismo tiempo. Era una oportunidad para salir de mi zona de confort, conocer a nuevas personas y, tal vez, aprender a socializar de una manera diferente. Pero también significaba enfrentar mis miedos y ansiedades.

—Dais asco —murmuró Zoey, agarrando a Julie del brazo—. Deja ya de morrearte con Tyler, vamos a llegar tarde.

Me reí por lo bajo.

Julie la advirtió con la mirada y se despidió de Tyler con un beso en la mejilla.

Las tres caminamos hacia el edificio de nuestras clases mientras ella seguía hablando de la fiesta. Me gustaba cómo era Zoey, directa y amigable. Se sentía como alguien con quien podía ser yo misma sin temor a ser juzgada.

El profesor entró a clase y tuvimos que prestar atención, adoraba la carrera que había escogido, pero vaya muermo de profesor que me había tocado. Y así fueron pasando las clases, algunas más entretenidas que otras, hasta que llegó nuestra ansiada hora libre.

Julie, Zoey y yo nos dirigimos a la cafetería de la universidad para tomarnos un café. Pero mientras caminábamos hacia allí, charlando del último tema que la señorita Roberts nos había explicado, empezamos a escuchar gritos.

—¿Qué pasa? —pregunté con curiosidad, viendo como la gente se disponía en un círculo.

—Una pelea. —Rodó los ojos Zoey.

—¿A qué no adivinas quien se está peleando? —preguntó Julie. Yo negué mientras que Zoey se echó la mano a la cabeza—. Ethan Anderson.

No me extrañaba para nada.

Seguimos caminando, evitando la pelea en la que tuvieron que intervenir la seguridad de la universidad.

Al llegar a la cafetería, vacía por todo el revuelo que se había creado, nos sentamos en una mesa en la que podía ver todo a través del cristal. Y no pude evitar fijar mi mirada en Ethan.

—¡Emma! —exclamó Julie, atrayendo mi atención.

—¿Qué decías?

—¿Qué mirabas tanto por la ventana? —inquirió Zoey, divertida.

—Nada —respondí de inmediato, avergonzándome.

—¡Estabas viendo a Ethan! —exclamó Julie, sorprendida.

—¡Calla, calla! —hablé más roja que un tomate—. Es que ayer me tropecé con él cuando me iba a casa.

—¿Te tropezaste con él? —Julie parecía... impresionada.

—Sí, y me di un buen golpe en el trasero —suspiré.

—¿Y?

Me encogí de hombros.

—Da miedo —respondí, tajante.

Nos trajeron lo que habíamos pedido minutos atrás y le di un sorbo a mi zumo de naranja.

—Ya. —Zoey frunció el ceño—. Iba a mi instituto, cambié de un día para otro.

—Lo peor es que todas están loquitas por sus huesos, dan asco, en serio —murmuró Julie—. Aunque admito que el tío está muy bueno. ¿Verdad, Emma? —me guiñó un ojo con picardía.

—Está muy bien, sí —murmuré por lo bajo.

Entonces, Zoey desvió la mirada al ventanal y abrió los ojos como platos.

—¡Qué viene, qué viene! —exclamó.

Julie se giró y saludó a Tyler con la mano. Me di un golpe mental, lo que me faltaba. Tyler venía junto a otro chico y con Ethan, muy cabreado por cierto. ¿Qué podía haber peor que ese chico echo una furia?

«Ya sabes cual es la respuesta», me dije a mí misma.

—¿Por qué no os sentáis aquí y nos hacéis compañía? —propuso Julie.

¡No!

—No lo preguntes dos veces —respondió Tyler.

Agarró una silla y se sentó al lado de Julie. La besó en los labios por un largo rato. Zoey me agarró del brazo para atraer mi atención y no pude evitar reírme cuando hizo una mueca de asco.

El otro chico hizo lo mismo, sentándose entre Zoey y yo. Y Ethan... tragué saliva al ver como su sombra se alzaba por encima de mi cuerpo. Estaba detrás de mí y no pude evitar ponerme de los nervios.

Se sentó a mi lado, entre Julie y yo. Me fijé en cómo sus músculos se hacían de ver por haber cruzado los brazos. Se pasó la mano por el pelo y se lo echó para atrás. Volví a tragar saliva sintiéndome fuera de mi zona de seguridad.

¿Y si me hacía algo?

CAPÍTULO 3

ETHAN ANDERSON

Julie cortó el silencio que nos envolvió a todos.

—Chicos, ellas son Zoey y Emma —murmuró, señalándolas con la mano—. Y ellos son Jackson y él es Ethan.

Por fin conocía el nombre de la chica del libro. Emma... era un nombre muy bonito. Pero, quizá fueran paranoias mías, me pareció ver como se encogía sobre sí misma. Era como si tuviera temor a un solo roce.

Rosie, la camarera de la cafetería, se acercó para tomarnos nota.

—¿A ti que te pongo, Ethan? ¿Un café bien cargado cómo siempre?

Asentí.

Rosie era una mujer que rozaba ya los cincuenta que llevaba en la cafetería de la universidad desde hacía más de veinte años.

Tomé un sorbo de mi café recién servido y miré a Emma, quien todavía parecía nerviosa. Jackson decidió romper el hielo.

—Así que, Emma, ¿estás estudiando enfermería? —preguntó con una sonrisa amigable.

Ella parpadeó sorprendida por la pregunta, como si no esperara que alguien se interesara por ella. Finalmente, respondió con timidez.

—Sí —murmuró—. Tiene un programa muy exigente.

Zoey, su amiga, asintió emocionada.

—¡Emma es increíble! Es la mejor en todas las clases.

De soslayo, observé como sus mejillas se tornaban rojas.

—Tampoco es para tanto —susurró Emma, llevándose el zumo de naranja a los labios.

Julie la miró con una sonrisa cálida y alentadora.

—Emma, no seas modesta. Todos sabemos que eres brillante —dijo Julie. Luego, volvió su mirada hacia mí—. Ethan, por ejemplo, ahí dónde lo ves, también es el mejor de su promoción.

—Sí, es el mejor, pero no se lo digas mucho que se le sube a la cabeza —se carcajeó Jackson, dándome una palmada amistosa en la espalda.

Mientras continuábamos conversando, Emma parecía sentirse cada vez más cómoda. Poco a poco, se relajó y comenzó a involucrarse en las conversaciones. A medida que la conversación fluía, me di cuenta de que Emma era mucho más extrovertida de lo que había parecido al principio. Su timidez inicial había sido solo una coraza.

—¿Iréis a la fiesta de este sábado? —les preguntó Jackson.

«La fiesta del sábado», pensé.

Sí, tenía que ir pero por una razón muy diferente a la que se podrían imaginar.

—Nosotros sí. —Tyler levantó la mano, refiriéndose a él y a Julie, que se encontraba apoyada en su hombro.

Me alegraba muchísimo ver a Tyler así de feliz con Julie. Aunque la fiesta del sábado era un evento social importante en la universidad, tenía mis propios motivos para asistir.

—Nosotras también vamos —respondió Zoey emocionada, mirando a Emma como si estuviera esperando su respuesta.

Emma titubeó por un momento antes de responder con una sonrisa tímida.

—Ya sabes que aún no sé si podré ir —murmuró entre dientes, jugando con una servilleta en

su regazo.

Su voz era muy suave como un susurro, y su expresión revelaba una mezcla de deseo por unirse a la diversión y una preocupación oculta.

Julie, notando la inseguridad de Emma, le puso una mano sobre la suya encima de la mesa.

—Emma, seguro que puedes encontrar un momento para venir. Sería genial que estuviéramos todos juntos.

Tyler, quien había estado escuchando la conversación, intervino con un tono amigable.

—No te preocupes, Emma. Si necesitas ayuda con algo que te impida ir, estamos aquí para ayudarte. Queremos que te unas a la diversión.

Emma asintió, agradecida por el apoyo de sus amigos. Parecía que la idea de la fiesta la había emocionado, pero aún tenía sus reservas. Tal vez había algo más detrás de su indecisión, algo que aún no estaba dispuesta a compartir.

—Gracias.

—¿Por qué no podrías ir? —le pregunté directo.

Emma dirigió la mirada a mis ojos, pero la apartó.

—Yo... eh... yo... —balbuceó sin encontrar una explicación—... porque no... no lo sé.

Cuando me miraba no podía dejar atrás ese sentimiento de intriga que me había invadido desde que la vi por primera vez en la cafetería. Había algo en su mirada que sugería que escondía más de lo que estaba dispuesta a revelar. Me preguntaba qué pensaba, cuáles eran sus pasiones y sueños, y por qué a veces parecía tan distante.

—¿Ayer eras tú la que estaba sacando a un perro por la zona del Country Park? —Tyler de tema de forma radical.

—Sí —se limitó a responder.

—¡Vaya! —exclamó Jackson—. Entonces vives cerca del idiota este —me palmeó la espalda.

Jugó con las gotas que caían del vaso, pero lo que más me sorprendió fue escucharla dirigirse a mí.

—No sabía que vivías por allí cerca, Ethan.

Asentí sin decir ni una sola palabra.

Poco a poco, la cafetería se fue llenando de gente. Observé a James entrar con el labio partido. Intercambiamos miradas por unos segundos. No quería más peleas por hoy, así que me levanté, arrastrando la silla.

—Me largo a clase —dije.

—Tío, ¿por qué no te quedas un poco más? —insistió Tyler.

—Paso.

Me puse la mochila en el hombro y me fui a clase. Quería evitar a James a toda costa.

Sentí la mirada de Emma sobre mí, algo que me hizo sentir un poco incómodo pero al mismo tiempo intrigado. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, parecía haber algo más detrás de sus ojos. Era como si ella pudiera ver a través de mí, como si hubiera detectado mi deseo de evitar problemas con James.

La clase en la que me encontraba daba justo a la cafetería y no pude dejar de observarla a través del cristal. La veía allí, ajena a la conversación, girando su bebida y perdida en sus pensamientos. ¿Por qué Emma era así?

Su timidez me parecía encantadora, aunque, sinceramente, me hacía cuestionar mis propios sentimientos; esos que hacía tiempo dejé olvidados. Observarla me llevaba a pensar en su fragilidad y en mi capacidad para infringir daño.

Sacudí la cabeza y volví a centrar mi atención en el libro que tenía encima de la mesa. Pero a los minutos, sentí que alguien tocaba mi hombro. Miré por encima de mi hombro de un sobresalto. Estaba tan concentrado que me había asustado. Yo, Ethan Anderson asustado. Solo esperaba que Jackson y Tyler no se enteraran, sino sería mi cavar mi propia tumba.

—¿Qué quieres?

Emma me tendió mi móvil con una mueca en los labios.

—Te lo has dejado en la cafetería —respondió ella, cabizbaja.

—Gracias, pero ¿por qué no se la has dado a Jackson o a Tyler? —inquirí.

Ella se encogió de hombros y miró sus zapatos. Se pegó el libro al pecho como un escudo protector y murmuró:

—No quería molestarte. Solo me pidieron que te lo trajera, ya que me iba también a mi clase.

Esa respuesta me sorprendió. Emma, la misma chica que había mostrado una timidez abrumadora en nuestro primer encuentro, parecía preocupada por no ser una molestia para los demás. Algo en su actitud despertó mi interés y mi simpatía hacia ella.

—Gracias, Emma. No tienes por qué preocuparte por eso.

Emma asintió tímidamente, y pude ver un destello de gratitud en sus ojos. Era evidente que había algo más detrás de su aparente fragilidad, algo que quería descubrir. Mientras volvía a mis libros y seguía estudiando, no pude evitar pensar en lo intrigante que era Emma.

Jackson y Tyler no tardaron en llegar. Los ignoré y me centré en la clase de programación. Sin embargo, mi móvil vibró en el bolsillo de la chaqueta. Lo saqué y abrí el mensaje que Treton me había enviado.

Treton: ¿Te apetece venir a comer nosotros a Thomie's?

Ethan: Paso.

Treton: Nos gustaría muchísimo que viniera, Ethan. Piénsatelo.

Treton era demasiado insistente y eso no me gustaba nada.

Ethan: Tengo muchas cosas que hacer.

Bloquéé el móvil y lo guardé de nuevo. Volví a centrarme en la clase y en lo que explicaba la profesor Clark hasta que vi como un rayo cruzaba el cielo encapotado de nubes negras. Comenzó a llover y no pude evitar volver a aquel momento. Tragué saliva con dureza y parpadeé varias veces, sabiendo que mi respiración se estaba acelerando.

Los recuerdos me golpearon como un torrente. La imagen de aquel día, con el cielo nublado y amenazante, regresó a mi mente de manera vívida. El sonido de la lluvia cayendo sobre el tejado resonaba en mis oídos como un eco lejano, y mi corazón latía con fuerza.

—Ethan, ¿estás bien? —susurró Jackson en mi dirección.

Parpadeé y dejé que mi espalda descansara sobre la silla. Jackson y Tyler intercambiaron miradas, pero no me dijeron nada.

Al acabar la clase, salí hacia el coche disparado. Me había mojado un poco, la calefacción del coche me ayudó a atemperar mi cuerpo.

Metí la llave en el contacto y encendí el coche. Estaba a nada de salir del aparcamiento de la universidad cuando la vi. Emma estaba corriendo bajo la lluvia, como muchas otras personas. La única diferencia era que me puse a su altura con el coche. Estaba bajo la cornisa de un edificio,

esperando a que la lluvia amainara. Bajé la ventanilla y silbé.

—Sube —le dije, sin andarme con rodeos.

—No hace falta, Ethan. Estoy segura de que...

—No seas tonta y sube —insistí.

Las personas que estaban con ella bajo la cornisa se quedaron boquiabiertas. ¿Tan raro era verme hacer una buena acción?

Emma abrió la puerta y se metió dentro. Dejó la mochila en la alfombrilla y se abrazó a sí misma. La pobre estaba calada de cabeza a pies y tiritó de frío.

—No hacía falta que lo hicieras —murmuró, frotándose las manos.

—No te preocupes. —Me incorporé a la carretera—. Vivimos cerca. Además, si Tyler se entera de que he dejado a la amiga de su novia irse con la que está cayendo, me mata.

—Gracias por ser tan considerado —añadió, irónica.

Una sonrisa ladina curvó mis labios.

—¿Dónde vives? —le pregunté.

Emma me dio la dirección y puse rumbo hacia su casa.

Encendí la radio, pues sabía que no íbamos a tener mucha conversación. *Counting Stars* de OneRepublic se escuchó por todo el coche. Aunque había algo más que me ponía de los nervios de Emma y era que no paraba de mirar su reloj.

—¿No puedes ir un poco más rápido? —inquirió con urgencia.

Negué.

—Hay muchísimo tráfico hoy —La miré de soslayo—. ¿Te está esperando tu novio en casa o qué?

Pero solo vi como su rostro se entristecía.

Llegamos a su casa media hora después. Emma ojeó la puerta y tragó saliva con dureza. Agarró su mochila y abrió la puerta, pero, antes de bajarse, se giró hacia mí.

—Gracias —susurró.

—No me las des —le dije—. Entonces, ¿nos vemos el sábado en la fiesta?

Ella asintió y salió, dirigiéndose a su casa. Sin embargo, antes de que pudiera meter la llave dentro de la cerradura, la puerta se abrió. Emma se quedó paralizada cuando vio al hombre que había allí.

Mientras observaba la escena desde el auto, una sensación incómoda se apoderó de mí. Había algo en la forma en que Emma se había puesto tensa al ver al hombre en la puerta de su casa que me hacía sentir intranquilo.

Antes de que pudiera pensar demasiado en ello, Emma murmuró algo inaudible y entró a la casa con la cabeza baja. Me quedé mirando fijamente, preguntándome quién era ese hombre y por qué había tenido esa reacción.

Decidí que no era mi lugar inmiscuirme en asuntos personales de Emma, pero no pude evitar sentir una ligera inquietud mientras me alejaba. La mirada preocupada de Emma se quedó grabada en mi mente, y me preguntaba qué estaba sucediendo en su vida que la había dejado tan perturbada.

CAPÍTULO 4

EMMA DAVIS

El primer problema dentro de mi lista de «cosas que me atormentaban» era ser una mentirosa. Sí, era una mentirosa. Los remordimientos me asolaban la mente como un torrente violento y me dejaban en un constante estado de ansiedad. Había mentido desde que tenía memoria, pequeñas mentiras que se habían ido acumulando a lo largo de los años hasta convertirse en una pesada carga que llevaba auestas. Pero esta vez el sentimiento era agri dulce como un aguijón en el corazón, porque había una razón poderosa detrás de mi deseo de mentir. Quería ir a la fiesta que Beatrice Jonhson daba en su casa, quería divertirme como hacía cualquier persona de mi edad.

Bajé con cuidado de la rama del árbol, que quedaba a un metro del suelo del jardín. Caí de pie sobre mis talones y desvié la mirada hacia la ventana entornada de mi habitación. La adrenalina del momento se mezclaba con la culpa que me acosaba constantemente. Sabía que mis padres no me permitirían ir a esa fiesta. Habían impuesto reglas estrictas, y romperlas significaba enfrentar sus consecuencias; algo que me provocaba escalofríos.

Miré mi reflejo en el cristal de mi móvil. Mis ojos revelaban la lucha interna que estaba librando. Por un lado, estaba la tentación de la diversión y la emoción de una fiesta adolescente; esas con las que siempre había soñado. Por otro, mi conciencia me recordaba todas las veces que la había jodido. Esta noche, sin embargo, sentía que estaba en juego algo más importante: mi propia integridad.

Caminé por el oscuro jardín a hurtadillas, asegurándome de que nadie me viera. Había quedado con Zoey en su casa y necesitaba llegar sin ser vista. Cada paso que daba, mi corazón latía con fuerza, y el sonido parecía resonar en el silencio de la noche. Las sombras de los árboles se cerraban a mi alrededor, como si quisieran ocultar mi secreto.

Llegué finalmente a la calle y me escondí detrás de un coche estacionado. Miré hacia atrás, asegurándome de que no había testigos de mi escapada. El viento soplaba con suavidad, trayendo consigo el sonido distante de alguna televisión.

Pero esta vez, algo era diferente. Mi conciencia estaba más despierta que nunca. Recordé todas las veces que había mentido, las decepciones que me había causado y las grietas que había creado en mí misma. Necesitaba seguir ese camino con urgencia, quería hacerlo sin pensar en las posibles consecuencias.

Tomé una decisión audaz. Saqué mi teléfono y envié un mensaje de texto a Zoey.

Emma: Voy ya para tu casa.

Zoey me había dado su dirección el día de antes al salir de la universidad. Al principio dudé muchísimo de si hacerlo o no, pero algo dentro de mí me empujó a decirle que sí. Quizá fuera el deseo de cambiar, de romper con mi pasado, lo que me impulsaba a tomar esta decisión. O tal vez era la certeza de que, en el fondo, quería ser una persona normal, como Zoey y Julie.

Caminé hacia la casa de Zoey con determinación, sin esconderme ni mirar hacia atrás. Sabía que si me pillaban me enfrentaría a una lucha de consecuencias que podía no ser capaz de soportar, pero estaba dispuesta a asumirlo. Cada paso que daba hacia la casa de Zoey me llenaba de una extraña sensación de liberación.

Cuando llegué a su casa, me recibió con una sonrisa que indicaba que había tomado bien mi decisión.

—Vamos a mi habitación, necesitas un cambio de look urgente —me dijo, agarrándome de la mano y llevándome escaleras arriba—. Mis padres no están, se han ido a cena con mi tíos.

No me dio tiempo siquiera a decir ni una palabra. Zoey me llevó escaleras arriba y cerró la puerta de su habitación detrás de ella. Me sentó en la cama y me quitó la pinza que me recogía el pelo.

—Así, mucho mejor —murmuró para ella misma mientras iba a su armario y se ponía a rebuscar entre la ropa—. ¿Te gusta más el rojo? —Zoey me enseñó un top, que colgaba de una percha.

Fruñí los labios y torcí el gesto, era demasiado apretado.

—No sé si me quedaría bien...

Me levanté de la cama y caminé a su lado. Toqué la tela con mis manos y me quedé viéndola. Era un top precioso, de esos que si me lo viera mi padre...

—Sí, me gusta —asentí.

A Zoey se le iluminaron los ojos como si hubiera encontrado un tesoro. Sonrió con amplitud y me entregó el top bustier armado que estaba segura de que realzaría mi figura. La parte superior estaba diseñada con un escote en forma de corazón que acentuaba mis senos y realzaba la clavícula.

—Te quedará espectacular, ya verás. Además, ¡esta noche es para divertirse!

Mientras me cambiaba, Zoey continuó escarbando en su armario y sacó una falda negra con una ligera abertura en uno de los lados. Combinó la falda con un par de botas de tacón que me prestó, completando el look. Luego, me ayudó a peinarme y maquillarme, algo que nunca había hecho antes.

Cuando finalmente me miré en el espejo, no podía creer lo que veía. Me sentía como una persona completamente diferente, más segura y valiente. Era como si Zoey me hubiera dado un nuevo sentido de confianza en mí misma.

La emoción burbujeaba dentro de mí mientras bajábamos las escaleras de su casa para coger el coche e ir a la fiesta donde nos encontraríamos con los demás.

Esta noche no se trataba de lo que mi padre pensara. Era una oportunidad para ser yo misma, para romper las cadenas de las expectativas y las mentiras que había construido a mi alrededor.

—Hoy vas a arrasar —exclamó Zoey cogiendo su bolso y echándose las llaves—. En serio, Emma, estás guapísima.

Me sonrojé sin poder evitarlo. No estaba acostumbrada a los cumplidos y menos aún a sentirme hermosa. Pero en ese momento, gracias a Zoey, me sentía así. La idea de arrasar en la fiesta me llenó de emoción y nerviosismo a partes iguales.

Salimos de su casa y subimos al coche, con la música de la radio ambientando nuestro viaje hacia la fiesta. Cuando llegamos, el sonido de la música retumbaba en el aire y las luces parpadeaban en colores brillantes. Había una energía electrizante en el ambiente, y no pude evitar sonreír al darme cuenta de que esta vez, no tenía que esconderme.

«Nunca más», me recordé a mí misma mientras avanzábamos por la entrada.

Tenía la sensación de que las miradas iban directas a mí allí por dónde pasábamos, incluso me pareció oír los cuchicheos de Harper Smith, que por, alguna razón que desconocía, la había tomado conmigo.

Zoey me guiñó un ojo y me susurró que pasara de ella. No iba a negar que la actitud de Harper Smith me resultaba cuanto más infantil y que me sorprendía que alguien pudiera tener

tanto tiempo y energía para enfocarse en hacerme la vida difícil. Pero como Zoey sugería, decidí ignorarla y disfrutar de la fiesta.

Dentro, la música se hizo más fuerte y la pista de baile improvisada estaba llena de gente que se movía al ritmo de una mezcla de techno. Zoey y yo nos dirigimos al fondo donde se encontraban Julie y Tyler pegados como lapas, Jackson bebiendo de un vaso de plástico rojo típico de películas americanas y Ethan, que nos estaba dando la espalda.

Jackson comenzó a toser cuando descubrió que era yo quien estaba con Zoey. El pobre se había llevado una sorpresa y casi se atraganta con su bebida.

Ethan se dio la vuelta, sosteniendo un cigarro con sus labios. Se lo llevó con los dedos y tiró el humo por el lado. Fijó su mirada en mí, me observaba de arriba abajo con sorpresa. Era evidente que no esperaban verme en la fiesta y mucho menos así, y eso me hizo sentir aún más segura de mi decisión de estar allí.

—De verdad que lo siento, Emma, no te había reconocido —murmuró Jackson, apurado—. Es que, joder, estás guapísima—. Me puse más roja que un tomate, pero agradecí su elogio con lo que pretendía que fuera una sonrisa—. Que no quiero decir que de normal no lo estés, porque eres muy... —Ethan le dio un codazo en el costado con cara de pocos amigos mientras que Jackson se rascaba la nuca.

—Gracias —susurré en dirección a Jackson.

—No le hagas ni caso. —Tyler puso los ojos en blanco—. Jackson se pone nervioso y parlotea sin parar. Es idiota, perdónalo.

—Pero tiene razón —instó Julie, separándose de Tyler y haciendo que diera una vuelta a mi alrededor—. Tienes un culo de infarto, Emma.

Me mordí el labio inferior y me encogí de hombros.

—Ha sido cosa mía. —Zoey agarró un vaso lleno de a saber qué de Jamie, un chico de cuarto de enfermería que llevaba varios agarrados y se dirigía a su grupo de amigos.

La conversación fluyó por sí sola. Comenzaba a divertirme, a no pensar en otra cosa que no fuera pasármelo bien. Y eso me estaba gustando. Hubo un momento en el que Julie nos cogió tanto a Zoey como a mí de la mano y nos arrastró hasta la pista de baile improvisada. Quizá fuera por el momento, la música o por el chupito que me había bebido de un solo trago por primera vez; pero me moví al ritmo del remix de Despacito de Luis Fonsi, Daddy Yankee ft. Justin Bieber.

Jackson y Tyler se nos unieron al poco tiempo. Todo iba a pedir de boca hasta que me choqué con alguien a mi espalda y acabé tirándole el vaso al suelo y manchándole la camiseta. No tenía ni idea de quien era, pero su mirada de puro enojo sobre mí hizo que la diversión se detuviera por un momento. Me disculpé rápidamente y ofrecí pagar por la camiseta manchada, pero la atmósfera se había vuelto incómoda.

—Lo... lo siento. No me he dado cuenta —me disculpé, pero el chico bufó como un toro bravo y me agarró del brazo.

En aquel preciso momento entré en pánico, quedándome paralizada.

—¿Lo siento? ¡¿Sabes cuánto cuesta esta puta camiseta?! —gritó muy cerca de mi cara.

El brazo me dolía por su agarre.

La situación se estaba volviendo cada vez más tensa y desagradable. El chico se veía visiblemente enfadado, y su reacción estaba fuera de proporción para la situación. Me disculpé de nuevo, tratando de calmar la situación tan violenta que se había generado. Pero él parecía estar fuera de control, y olía a alcohol.

Zoey, se acercó con rapidez al chico y trató de calmarlo, explicándole que fue un accidente.

Pero lo único que conseguimos fue cabrearlo más. Me zarandeó, escupiendo un sinfín de insultos que despedía por la boca como si fuera una máquina expendedora.

Tyler y Jackson se acercaron a toda prisa para ayudarme, pero fue la sombra de Ethan la que hizo que el chico se callara.

—Suéltala o te parto la puta cara, James —murmuró.

La música cesó, la gente se calló. Solo se escuchaba el viento azotar los árboles con fuerza fuera de la casa. Tragué saliva con dureza al observar a Ethan de aquella manera, parecía que su mirada podía perforar el acero.

El chico me soltó y se carcajeó.

—¿Tú? ¿A mí? —le preguntó entre risas—. Ya quisieras, Anderson, solo eres una sombra detrás de esa puta.

La tensión en el aire era palpable mientras todos observaban la confrontación entre el chico y Ethan. La música se había detenido, y la atmósfera de la fiesta se había vuelto incómoda y cargada de agresividad.

Ethan mantenía su mirada fija en el James, pero cedió a sus provocaciones. Le lanzó un puñetazo que impactó sobre su nariz, haciéndola sangrar. James no dudó en responder al golpe y me vi obligada a apartarme para que no me dieran. Tyler y Jackson intentaban separarlos, mientras Zoey y Julie trataban de alejarme de la pelea.

La escena se volvió aún más caótica cuando otros invitados intentaron intervenir o simplemente miraban con asombro lo que estaba sucediendo.

Finalmente, algunos de los amigos de James lograron separarlo de Ethan, y la pelea se detuvo. Ambos estaban visiblemente heridos, con rasguños y moretones en sus rostros.

La fiesta se había convertido en un completo desastre, y la atmósfera había cambiado de forma drástica desde la diversión inicial. Algunos invitados se retiraron, y otros se quedaron para ver cómo se resolvía la situación. Pero el verdadero caos vino cuando, desde fuera, se escucharon las sirenas de la policía.

—¡Todo el puto mundo fuera! —gritó Beatrice desde la escalera.

Una estampida de gente hizo que me tambaleara y que acabara pegada en una de las paredes. Había pedido a Zoey y a Julie de vista y lo peor de todo fue que el pánico comenzó a invadirme como nunca antes al darme cuenta de que estaba perdida si me pillaban.

Me paralicé cuando el primer policía cruzó la puerta de entrada, pero una mano agarró la mía y tiró de mí hacia el jardín de atrás. Volví la mirada hacia esa persona, encontrándome con Ethan.

—Vamos, vamos —me alentó.

Corrí con él, oteando de vez en cuando hacia atrás y viendo cómo se llevaban a algunos de nuestros compañeros esposados.

Mi respiración estaba acelerada mientras corrías junto a Ethan hacia el jardín trasero, alejándome de la caótica escena dentro de la casa. La presencia de la policía había convertido la fiesta en una pesadilla, y la adrenalina corría por mis venas mientras trataba de mantener la calma.

Ethan me guio a través del oscuro jardín, y finalmente llegamos junto a los demás. Estaban saltando la verja que rodeaba la propiedad. Me ayudó a subir, tomándome del trasero y levantándome mientras que yo me aupaba.

—Bonitas bragas —murmuró Ethan con una sonrisa traviesa.

Desde arriba, lo miré con los ojos bien abiertos. ¿A quién se le ocurría decir semejante tontería teniendo a la policía pisándonos los pies? Sin embargo, algo dentro de mí se activó y,

por primera vez después de muchos años, sonreí.

CAPÍTULO 5

ETHAN ANDERSON

Las personas éramos como las ballenas, inmensos océanos de emociones y pensamientos nadando en el vasto mar de la vida, a veces emergíamos majestuosamente en la superficie para mostrar nuestra belleza, y otras sumergiéndonos en las profundidades de nuestra alma, donde los misterios más insondables aguardaban ser descubiertos.

Así era Emma, que había dejado en lo más hondo del océano ese algo que la tenía inmersa en una soledad abrumadora. Aunque su presencia en la superficie era apacible y serena, como el lento movimiento de las ballenas mientras se desplazan con gracia, había algo en su mirada que delataba su lucha interna.

Emma llevaba consigo cicatrices del pasado, marcas invisibles que solo aquellos que se aventuraban a explorar las profundidades de su ser podían descubrir. Su corazón, como un océano infinito y enigmático, escondía mucho más de lo que podían decir las palabras.

A medida que Emma navegaba por la vida, se daba cuenta de que, al igual que las ballenas que migraban miles de millas en busca de un nuevo comienzo, también podía encontrar su propio camino hacia la felicidad. Parecía que, sentada en un McDonald's a las tres de la mañana, que el océano de la existencia estaba lleno de tesoros por descubrir y que, a pesar de las tormentas que a veces la sacudían, tenía el poder de emerger de las profundidades y brillar en la superficie como el albor, porque eso me había parecido al sonreír: luz.

No había podido quitarle la mirada de encima desde que, subida en la verja de la casa de Beatrice Jonhson, me había sonreído al escuchar como le decía que sus bragas eran bonitas. ¿Podría ser más idiota? Quizá, os podría sorprender mucho las burradas que digo. Pero ella se había convertido en una especie de faro en medio de la oscuridad de la marabunta, en la melodía suave que rompía el silencio de la noche.

Sus ojos profundos y misteriosos como el abismo oceánico cayeron en mí por un momento. Fue en ese un instante en el que dejé de escuchar todo el barullo de mi alrededor porque solo estaba ella. ¿Cómo algo tan clásico como una sonrisa podía haberme hecho cambiar de opinión sobre una persona?

—Estoy llenísimo —exclamó Jackson, dejando que su espalda descansar en el respaldo de la silla.

—Te has comido dos hamburguesas, ¿cómo pretendías estar? —alegué, enarcando una ceja en su dirección.

Jackson me hizo una mueca y se encogió de hombros. Iba a decir algo, pero Zoey se adelantó.

—Para ser tu primera fiesta, ¿cómo te lo has pasado? Vaya caos, ¿eh? —Codeó a Emma. Ella asintió y se terminó el refresco.

—Ha sido muy... —buscó las palabras adecuadas— caótico.

—¿Ha sido tu primera fiesta? —le preguntó Jackson.

Emma asintió y bajó la vista hacia el cartón de la hamburguesa.

—¿Y por qué nunca has ido a una? —inquirió Tyler con curiosidad.

—Porque mis padres son bastante estrictos y nunca me han dejado ir a una —respondió Emma con sutileza en un fino hilo de voz.

—¿Y a esta sí? —Jackson frunció el ceño, a lo que yo le pegué una colleja.

Me exasperaba que preguntara tantas cosas. Se tocó la parte afectada y me miró mal, dándome un codazo en el costado.

—Tío, eso ha dolido.

—Quejica —chasqué la lengua, cruzándome de brazos.

—Ni que estuviera mal preguntar, joder. Que daño me has hecho —comentó Jackson—. ¿He hecho mal en preguntar, Emma?

Y lo volvió a hacer. Emma volvió a reír entre dientes, una risa débil pero sincera. Ella levantó la mirada hacia Jackson y respondió con una sonrisa amable.

—No te preocupes, Jackson. No has hecho nada mal. —Pareció aliviado y se disculpó por su insistencia—. Simplemente, mis padres no saben que estoy aquí.

Jackson abrió los ojos platos.

Zoey la cogió del brazo y la giro hacia ella.

—¿Me estás diciendo que te has escapado de casa? ¿Cómo lo has hecho?

Emma rio con suavidad e hizo un mohín.

—He aprovechado que mi habitación tiene un pequeño balcón y un árbol cerca —respondió ella.

Parpadeé perplejo. Nunca podría haber imaginado que Emma se hubiera escapado de casa para asistir a la fiesta. La sorpresa se reflejó en el rostro de todos, pero pronto se convirtió en admiración por su determinación y valentía.

Julie rompió el silencio y dijo: —¡Eres una auténtica aventurera, Emma! Pero ten cuidado y asegúrate de volver a casa a tiempo.

Los demás asintieron en acuerdo.

Emma asintió con gratitud y una pizca de preocupación en sus ojos. A pesar de la diversión que estaban teniendo, sabía que tenía que ser cautelosa y regresar sin levantar sospechas en casa.

Mientras disfrutábamos de sus hamburguesas y refrescos, el ambiente se volvió más distendido, y la noche comenzó a convertirse en una verdadera celebración.

—Oye, ¿qué os parece si cogemos los coches y nos vamos hasta Vulcan Park & Museum para ver el amanecer? —propuso Julie con una sonrisa.

Jackson asintió y todos estuvimos de acuerdo con la idea de Julie, y poco después nos levantamos de la mesa, dejando atrás las hamburguesas y los restos de comida. Salimos del restaurante y nos dirigimos hacia nuestros coches, listos para continuar la diversión en Vulcan Park & Museum. Nos dividimos en dos y me tocó ir con Zoey y Emma.

Zoey comenzó a conducir, siguiendo de cerca a Julie. La radio estaba puesta y daba un ambiente animado. Uptown Fuck feat. Bruno Mars de Mark Ronson empezó a sonar y Zoey aumentó el volumen mientras canturreaba la canción.

—Me parece increíble que te hayas escapado de casa —murmuró Zoey—. Te iba a decir si querías quedarte en la mía a dormir, pero me da que va a ser que no.

Emma asintió.

—Sí, ya sabes cómo son los padres estrictos —se rascó la nuca.

—Son una mierda —alegué, tomándolas por sorpresa.

Zoey me miró por el espejo retrovisor justo en el momento en el que el Vulcan Park & Museum aparecía a lo lejos.

—Pero si tu padre es un trocito de pan, Ethan. —Chasqué la lengua—. No entiendo cómo tú has podido salir así de rancio teniendo el padre que tienes, que encima es policía. No sé si lo sabías, Emma.

Ella negó.

—No soy un rancio —apostillé, consiguiendo que Zoey se echara a reír.

—Te has convertido en un amargado.

No quería seguir con la conversación, así que lo dejé estar. Sabía que Zoey no lo estaba diciendo a malas y la noche iba demasiado bien como para que yo la estropeará con mi carácter de mierda.

Llegamos al Vulcan Park & Museum después de diez minutos. Dejemos los coches aparcados y Tyler nos hizo una seña para que fuéramos hacia la entrada. No sabía cómo se las apañaba, pero el guardia de seguridad que trabajaba allí nos dejó pasar y subir a lo más alto de la torre.

Cuando salí, la recordé.

El amanecer se alzaba en el horizonte, pintando el cielo con tonos suaves de rosa y naranja. Era un momento mágico que siempre me recordaba a Caroline, mi hermana. Ella solía amar estos momentos de transición entre la oscuridad de la noche y la luz del día.

Recuerdo que solíamos despertarnos temprano juntos cuando éramos niños. Caroline siempre estaba ansiosa por ver el amanecer y me arrastraba fuera de la cama, incluso en los días más fríos del invierno. Nos envolvíamos en mantas y salíamos a la terraza, donde esperábamos, con los ojos llenos de asombro, cómo el cielo se encendía con lentitud.

Caroline tenía una forma especial de ver el mundo. Solía decir que cada nuevo día era como una página en blanco, una oportunidad para escribir nuestra historia.

«Tú no haces nada para escribir un nuevo capítulo en tu vida», sus palabras resonaban en mi mente mientras observaba el cielo cambiar de color.

Recuerdo su sonrisa radiante mientras el sol emergía por completo, iluminando el mundo y llenándolo de vida. Caroline siempre veía belleza en las cosas simples, y me enseñó a apreciar la maravilla de cada amanecer.

Hoy, mientras observaba el cielo, me sentía conectado con mi hermana de una manera especial. Aunque ya no estuviera físicamente conmigo, su espíritu seguía vivo en estos momentos de belleza y tranquilidad. Sé que, en algún lugar, ella también estaría mirando el amanecer y sonriendo, recordando todos esos momentos que compartimos juntos.

Saqué un cigarrillo y lo encendí. El humo se elevó lentamente en el aire, formando espirales antes de desvanecerse en la noche.

El amanecer era un recordatorio constante de la belleza efímera de la vida, y aunque extrañaba a Caroline todos los días, me reconfortaba saber que aún podemos compartir estos momentos, incluso si es a través de la distancia que nos separaba... aunque cada día estuviera más conectado a esa fría relatividad que llamaban muerte.

—Fumar, mata —murmuró alguien detrás de mí.

Su voz suave retumbó en mis oídos y la miré por encima del hombro. Me apoyé en la barandilla y miré hacia abajo, sujetando el cigarrillo con los labios. ¿Y si yo...? Pero Emma se puso a mi lado y cerró los ojos, sonrió e inhaló.

—También mata beber alcohol y lo has hecho esta noche —susurré en su dirección.

—Pero yo tengo conocimiento, tú llevas ya un paquete entero y apestas. —Hizo una mueca de asco.

Me eché a reír y atraje la mirada socarrona de Tyler.

—Disculpe, señorita, no sabía que era usted tan delicada —murmuré con sorna—. Cómo si nunca te hubieras liado con un tío que fuma.

Emma me miró mal y agarró con fuerza la barandilla.

—Puedes hacer lo que te dé la gana, Ethan. Y para tu información, no. No me he liado con

un tío que fuma porque lo odio. Y te deja los dientes amarillos, que lo sepas.

Era como si Emma hubiera encendido una chispa en medio de la noche. Nuestra conversación tenía un toque de confrontación, pero también de camaradería. Era una de esas discusiones que podían surgir entre amigos cercanos, y sabía que no tenía intención de herirme.

A pesar de mi ligera provocación, Emma tenía razón. Había consumido alcohol esa noche y me había acabado casi un paquete entero de tabaco, y eso también era perjudicial para la salud. La hipocresía de mi comentario me hizo sonreír. Tyler, quien había estado observando nuestra interacción, soltó una risa.

Mientras Emma hacía comentarios sobre los efectos del tabaco en los dientes, no pude evitar reírme. Era refrescante tener a alguien que te dijera las cosas como eran, sin rodeos.

—Así que, ¿nunca te liarías con un tío que fuma? —La reté con la mirada.

Ella miró a sus pies y se cruzó de brazos antes de observarme por un instante.

—Pues no.

Solté una carcajada.

—Eso ya lo veremos.

CAPÍTULO 6

EMMA DAVIS

—Sí, señora Millabur, se han portado muy bien —murmuré con una sonrisa cerrada—. Vamos, Milo.

Me despedí de Sasha y de Arwen desde la puerta y ellos hicieron lo mismo conmigo.

Me había pasado toda la mañana con ellos, jugando y ayudándolos con los deberes que tenían que entregar mañana. La señora Millabur había traqueteado la puerta de mi domicilio a las diez de la mañana y, aunque ya estaba despierta, me sorprendió el hecho de que le pidiera a mis padres que cuidara de sus hijos porque su hermana había tenido un percance y la había llamado para llevarla al hospital.

Milo salió de la casa moviendo la colita y tanto Sasha como Arwen hicieron una mueca de disgusto, se lo habían pasado demasiado bien con mi cachorro.

—No os preocupéis, Milo volverá otro día para jugar con vosotros —les dijo la señora Millabur, acariciando la cabecita de Arwen, la más pequeña.

—¿De verdad, mami? —Sasha se enganchó de su pierna y se chupó un dedo.

—Claro. —La señora Millabur dirigió su mirada a mí y, con una sonrisa ensanchada, habló—. Emma, estaba buscando una niñera para cuidar varios días a la semana a mis hijos. ¿Estarías interesada? Se los dejaba a mi madre, pero se está haciendo mayor y los pequeños dan mucha guerra. —Rio entre dientes.

Me sorprendió muchísimo. La verdad es que estaba buscando la forma de ser más independiente y ganar mi propio dinero, así que sonreí ante la inesperada oferta de la señora Millabur.

—¡Oh, sí, estaría interesada! —respondí entusiasmada—. Me encanta pasar tiempo con Sasha y Arwen, y cuidar de ellos sería genial. Además, estoy buscando trabajo que pueda compaginar con la universidad, así que esto sería perfecto para mí.

La señora Millabur asintió con satisfacción.

—Me alegra escuchar eso, Emma. Sería de mucha ayuda para mí. ¿Podemos hablar de los detalles más tarde? Tengo que irme al hospital ahora, pero podemos coordinar un encuentro para discutir las condiciones y el horario. Toma, esto es para ti. —Me entregó varios billetes.

Asentí y le di las gracias por considerarme para el trabajo. Después de despedirme de Sasha, Arwen y la señora Millabur, cerré la puerta y me quedé pensando en lo afortunada que había sido ese día. No solo había tenido la oportunidad de pasar tiempo con los niños, sino que también había conseguido una oferta de trabajo que podría cambiar mi vida.

Mientras acariciaba a Milo, le susurré al cachorro:

—Parece que vamos a ser una niñera, ¿verdad, Milo? Va a ser divertido cuidar de Sasha y Arwen.

Milo ladró y comenzó a dar vueltas sobre sí mismo. Le acaricié la cabecita y estornudé. La nariz me moqueaba y sentía la garganta rasposa. Le había dicho a mis padres que me había resfriado del otro día que llovió, pero sabía que no era de eso.

Sonreí cuando los recuerdos de lo que había ocurrido la noche anterior me invadieron la mente. «Bonitas bragas», había dicho Ethan. ¿A quién en su sano juicio se le ocurría decirle eso a una chica? Pero me había parecido tan espontáneo y gracioso que me sonreí... y no había podido parar de hacerlo hasta ahora.

Nos dirigimos a casa con paso pesado, no me apetecía entrar de nuevo ahí. Pero cuando abrí la puerta y vi el follón de maletas que había en la entrada, fruncí el ceño.

Mamá bajó las escaleras aprisa, seguida de mi padre. tragué saliva con dureza y me aparté, cogiendo en brazos a Milo.

—Emma, cariño, no hemos tenido tiempo de llamarte. —Mamá me abrazó y agarró su maleta—. Tu padre y yo nos vamos porque su jefe quiere verlo hoy mismo para hacerle una propuesta. Volveremos mañana por la tarde. —La sorpresa me invadió de nuevo. ¿Iba a tener la casa para mí sola un día y medio? Mamá se planchó la falta de su vestido y se aseguró de llevarlo todo en el bolso—. Mañana no faltes a clase.

Me acarició la mejilla e hizo un mohín. Asentí, mirando mis pies.

—Dudo mucho que falte a clase. —La sombra de mi padre se alzó por encima de la figura de mamá. Lo miré por unos segundos y sentí como el cuerpo comenzaba a temblarme. Me advirtió con la mirada—. La carrera nos está costando mucho dinero—. Asentí sin decir una sola palabra. Entonces, me escudriñó—. No te has quitado los zapatos, ¿ibas a algún sitio?

Volví a asentir.

—Iba a la farmacia, estoy un poco resfriada —murmuré en un hilo de voz.

Por suerte, no me hizo más preguntas. Salió por la puerta y se metió al coche. mamá lo siguió, dándome un beso en la mejilla antes de cerrar la puerta detrás de ella.

Respiré con tranquilidad cuando escuché el motor del coche.

Subí a la habitación, con Milo pisándome los talones, y agarré mi cartera y mis auriculares. Los enchufé al móvil y dejé que Milo bebiera agua antes de salir de casa. el veterinario me había recomendado que así lo hiciera, pues así se hidrataba, regulaba su temperatura y rendía más físicamente.

Milo se quedó mirándome unos segundos cuando cerré la puerta, sinceramente sentía que él era el único que me comprendía y me cuidaba porque, cada vez que estornudaba, se giraba para comprobar que estuviera bien. O es que se asustaba, que tampoco lo descartaría. Comencé a andar hacia la farmacia, asegurándome de tener la cartera a mano mientras sonaba Can't be tamed de Miley Cyrus.

Me soné la nariz y empujé las gafas hacia arriba. Vaya catarro que había pillado por no haber llevado medias. La verdad era que me había helado, pero valió la pena cada segundo de frío.

Inhalé profundamente cuando llegué a casa. La tranquilidad que había en el ambiente me llenó de alivio después de la agitación de despedir a mis padres y de la conversación incómoda con mi padre sobre la inversión en mi carrera. Saber que tendría la casa para mí sola durante un día y medio era inusual y, de alguna manera, emocionante.

Milo continuaba a mi lado, mostrando su lealtad inquebrantable. Me hacía sentir acompañada y protegida, y su presencia era un consuelo. Mientras me quitaba los zapatos y me acomodaba en el sofá, pensé en cómo aprovecharía este tiempo libre.

Salí al jardín trasero con Milo y una infusión. Estuve jugando con él, tirándole la pelota y enseñándolo a hacerse el muerto. Era un cachorro demasiado inteligente. Pero un silbido llamó mi atención. Desvié la mirada hacia la vaya de madera que rodeaba la casa y vi a Julie y Tyler.

—Hola. —Los saludé.

—Madre mía, que mala cara tienes —se carcajeó Julie.

Puse los ojos en blanco.

—No te rías. Esta mañana he tenido que levantarme temprano porque mi vecina ha venido a pedirme que me quede con sus hijos.

—No te pillaron tus padres, ¿verdad? —me preguntó Tyler.

Negué, metiéndome las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Para nada, no se enteraron de que me fui. Tener padres estrictos ha hecho que tenga superpoderes —bromeé.

Le lancé la pelota a Milo y fue a buscarla. Pero estornudé.

—Estoy resfriada —le dije a Julie con la voz áspera—. Y eso es por culpa de Zoey. Anda que no dejarme unas medias...

—Te ha pegado fuerte —murmuró Tyler.

Asentí.

—Bastante. He tenido que ir a la farmacia después de que mis padres se fueran y...

—¿Estás sola? —preguntó ella con una sonrisa socarrona curvando sus labios.

Volví a asentir, pero esta vez fruncí el ceño.

—¿Por qué lo preguntas?

Julie intercambió una mirada guasona con Tyler.

—¿Y si te hacemos compañía esta tarde? —Propuso ella—. ¿Cuándo vendrán tus padres?

—Mañana por la tarde —respondí.

—Entonces, perfecto. Podemos venir y ver alguna película y comernos unas pizzas.

Me gustaba la idea. Sopesé su propuesta y acabé asintiendo.

—Claro, vale, estará genial —respondí.

Julie sacó su móvil y abrió la aplicación de WhatsApp.

—Voy a crear un grupo y así nos coordinamos para la película. —tecleó con rapidez—.

Tyler, pásame el número de Jackson y el de Ethan.

Mientras Julie y Tyler intercambiaban números de teléfono y creaban el grupo, Milo continuaba jugando en el jardín, y yo me sentía agradecida por tener amigos tan cercanos y solidarios que estaban dispuestos a hacerme compañía durante la ausencia de mis padres; a pesar de que sabía que Julie lo hacía por estar con Tyler a solas porque en su casa siempre estaban sus padres.

Un rayo cruzó el cielo y los tres lo miramos. Hice una mueca cuando la primera gota de agua me dio en la mejilla.

—Ahora lo hablamos todo por el grupo, ¿vale? —me dijo Julie, cubriéndose la cabeza con el brazo—. ¡Nos vemos esta tarde!

Tyler se despidió de mí con un ademán de cabeza. Agarré a Milo y me metí dentro de casa. A los pocos minutos, comenzó a llover con más fuerza. Y lo único que pude hacer fue quedarme parada, delante del ventanal, viendo la lluvia caer mientras que el reflejo del cristal me enseñaba a una Emma muy diferente a la que yo recordaba.

La lluvia que comenzó a caer con más intensidad parecía simbolizar los cambios y las sorpresas que la vida nos deparaba. Mientras Milo se acomodaba a mi lado, reflexioné sobre cómo cada día podía traer algo inesperado, ya fuera una oportunidad emocionante o un desafío inesperado, como el resfriado que me había afectado, pero del que no me arrepentía. A pesar de las incertidumbres y los cambios, me sentía lista para enfrentar lo que viniera.

El reflejo en el cristal me mostraba una versión diferente de mí misma, una Emma que estaba creciendo y adaptándose a las circunstancias de la vida. Con la lluvia como telón de fondo, me preparé algo para comer y me dejé caer en el sofá mientras que leía *Un seductor sin corazón*, el último libro que había sacado Lisa Kleypas.

CAPÍTULO 7

ETHAN ANDERSON

Las nubes reinaban dominantes en el cielo.

Observé como se levantaba una feroz brisa que hacía que las ramas de los árboles de la calle se tambalearan como si fueran de plástico y deseé ser como las hojas que comenzaban a volar hacia un nuevo destino. Suspiré y tiré el humo del cigarrillo que me estaba fumando por la boca.

Hoy no era un buen día.

Había tenido una pesadilla. Mi mente reproducía una y otra vez aquel momento que me hacía despertar entre jadeos casi todas las noches. Era una tortura, un recuerdo que me atormentaba constantemente. La imagen de esa noche fatídica volvía una y otra vez, como si estuviera atrapada en un bucle interminable.

Era difícil de olvidar. El sonido de la lluvia golpeando contra la ventana, el estruendo de los truenos y relámpagos que iluminaban la habitación de forma intermitente, y sobre todo, el grito desgarrador que resonaba en mis oídos. La pesadilla me transportaba de nuevo a aquel oscuro callejón, donde presencié algo que me dejó marcado para siempre.

Traté de apartar esos pensamientos de mi mente y centrarme en el presente. La brisa seguía azotando mi rostro, y el humo del cigarrillo se disipaba con lentitud en el aire. Las nubes grises parecían reflejar mi estado de ánimo. No sabía cómo liberarme de aquellos recuerdos que me atormentaban, estaba en blanco.

«Sabes cómo hacer que se vayan», dijo una voz dentro de mi cabeza.

Apagué el cigarrillo en el cenicero que tenía dentro de la habitación y abrí la ventana de par en par para que el olor se fuera. Me miré las manos y observé las puntas de los dedos un poco amarillas. Una sonrisa curvó mis labios.

«Emma tenía razón», pensé para mis adentros.

Entonces, me vibró el móvil. Lo primero que pensé cuando Julie me metió en el grupo fue en salirme, pero al ver que dentro estaba también Emma decliné por completo esa idea. Estaban hablando de quedar hoy en su casa.

Julie: ¿Quién va a venir? Tenemos que escoger la película y lo que cada uno va a llevar.

Jackson: Yo me apunto.

Zoey: Y yo XD

Tyler: ¿Tú que vas a hacer, Ethan?

Ethan: Me gustaría decirte que no voy solo por joderte, pero me apunto.

Dejé el móvil en la mesita de noche y rebusqué en los cajones del escritorio en busca de la bolsita que Dallas me vendió hace unas semanas. Comenzaba a quedarme sin munición.

No sabía muy bien por qué, pero Emma me caía bien. Era como si hubiera algo en su presencia que me hacía sentir cómodo, a pesar de la tormenta de pensamientos que a menudo invadían mi mente. Tal vez era su sonrisa sincera o la forma en que me miraba como si realmente

me entendiera.

—¿Saldrás? —Escuché a mi espalda.

Me guardé la bolsita con disimulo en el bolsillo de la sudadera y me giré sobre los talones. Asentí en dirección a mi padre. Él, que llevaba puesto el uniforme de policía, me miró de arriba abajo.

—He quedado —respondí sin más.

Me escudriñó con la mirada.

—¿Cuándo vas a dignarte a hablar con nosotros, Ethan? —inquirió.

Solté un bufido y miré hacia otro lado.

—Estamos hablando ahora mismo —dije.

Mi padre negó.

—Sabes perfectamente a qué me refiero, hijo.

Mi padre se quedó de pie frente a mí, con una expresión preocupada en su rostro. La tensión en la habitación era palpable, y me di cuenta de que era hora de enfrentar la conversación que había estado evitando durante tanto tiempo. O por lo menos una parte de ella.

—Lo siento, papá, no quiero discutir esto ahora —murmuré, desviando la mirada hacia el suelo.

Él suspiró profundamente antes de hablar de nuevo.

—Ethan, estamos preocupados por ti. No podemos seguir viéndote alejarte de esta manera, metiéndote en líos y evitando enfrentar tus problemas.

Me sentí abrumado por la culpa mientras luchaba por encontrar las palabras adecuadas para responder. Sabía que mis acciones y mi comportamiento habían causado dolor a mi familia, pero enfrentar la realidad era aterrador.

—Lo sé, papá. Estoy tratando de lidiar con mis propios demonios. Pero es difícil, ¿sabes?

Él asintió de forma comprensiva, pero no dejó de mirarme con preocupación.

—No estás solo en esto, Ethan. Estamos aquí para ayudarte. Necesitas hablar de lo que te está pasando.

Me quedé en silencio por un momento, luchando con mis emociones, antes de finalmente asentir.

—He quedado, tengo que irme.

Pasé por su lado y me dirigí a la puerta, pero mi hermano salió con solo una toalla atada a la cintura y regañándome con la mirada. Lo persuadí de decirme algo, excusándome con que llegaba tarde. Agarré las llaves, la cartera y el móvil, guardándolo todo en el bolsillo de la sudadera.

Caminé por la calle, dándole de vez en cuando una calada a un cigarrillo que yo mismo había armado de marihuana. Al poco tiempo, estuve delante de la casa de Emma. Le pegué la última calada y lo tiré al suelo, chafándolo con el pie para que acabara de apagarse. Le di una patada para tirarlo a la alcantarilla y que nadie lo viera.

Toqué el timbre de casa de Emma. No era para nada una casa lujosa como había pensado, más bien era una casa normal revestida de ladrillos y pintura blanca. Escuchaba risas dentro y, en pocos segundos, la tuve delante de mí con su cachorro pisándole los talones.

La vi bajar la mirada cuando la saludé con un ademán de cabeza. Cerró la puerta detrás de ella y me agaché para acariciarle la cabeza al cachorro. Me guio hacia el salón donde ya estaban todos.

—Milo es muy pesado —murmuró al ver que el perro no me dejaba en paz.

—¿Se llama Milo? —Ella asintió—. ¿De dónde demonios has sacado ese nombre?

Emma enarcó una ceja en mi dirección.

—Si no te gusta, te jodes —soltó, dejándome boquiabierto.

Me levanté y la miré con preocupación, notando que algo estaba claramente fuera de lugar. El ambiente en la habitación se tensó y mis amigos intercambiaron miradas nerviosas.

—Lo siento si dije algo inapropiado —balbuceó Emma, visiblemente incómoda.

Traté de recobrar mi compostura y no causar más tensión en la situación.

—No te preocupes, solo me sorprendió el nombre. Milo es muy bonito —respondí, forzando una sonrisa.

Emma rompió el silencio, intentando suavizar la situación.

—Bueno, ¿cómo te has levantado, Ethan? Pareces cansado.

Traté de desviar la conversación lejos de mi comentario anterior y de mis problemas personales.

—Sí, no he dormido demasiado bien —dije, rascándome la nuca.

Entramos al salón y todos se giraron a verme. Tyler abrió los brazos como si fuera el anfitrión de la reunión y me dio un fuerte abrazo.

—Ethan, amigo mío, ¡qué bueno verte! ¿Cómo va todo? Vaya cara que llevas...

Agradecí el gesto de Tyler y traté de parecer más relajado.

—Todo va bien, gracias. Solo estoy un poco agotado.

El ambiente en la habitación pareció relajarse un poco después de mi respuesta, y mis amigos comenzaron a conversar y a reír de nuevo. A pesar del incómodo comienzo, la tarde continuó de manera más amigable.

—¡Por fin llegas! —exclamó Jackson—. Estábamos eligiendo la película.

—¿Qué prefieres: el conjuro o hereditary? —preguntó Zoey, señalando el televisor.

Me encogí de hombros.

—Me da lo mismo.

—¿Y qué os parece si primero pedimos unas pizzas y luego ya vemos que hacer? —Julie fue hacia Emma y le pasó el brazo por los hombros—. Emma ha hecho un pastel de zanahoria que huele delicioso.

La susodicha enrojeció.

—No es para tanto —susurró ella—. Le he echado nueces, espero que nadie sea alérgico.

Al final acabamos todos sentados en la moqueta alrededor de la mesa.

—¿Quieres algo de beber? —me preguntó.

Estaba tan ensimismado que me sorprendí al escuchar su voz. La miré y asentí.

—¿Tienes Coca-Cola? —le pregunté.

Emma asintió, ajena a todos a excepción de mí.

—Iré a la cocina a por ella —dijo con suavidad, levantándose para dirigirse a la cocina.

—¿Me traes a mí otra? —le pidió Zoey con ojitos de cordero degollado.

—¿Y a mí? —intervino Julie.

—Iré yo.

Me levanté de mala gana, cogiendo el cartón vacío de pizza que ya se habían comido y fue a la cocina con Emma. Estaba intentando coger una botella de *Coca-Cola* que descansaba en lo alto de la despensa. Dejé el cartón en la basura y me acerqué a ella justo en el momento en el que se ponía de puntillas para intentar coger la bebida. La agarré de la cintura y extendí el brazo, rozando su mano con la mía. Sentí como Emma se ponía nerviosa al sentirme tan cerca. Bajé la botella con cuidado. Emma se giró sobre los talones y la agarró despacio, haciendo que nuestras manos se rozaran por un momento.

—Gracias —susurró.

—No me las des —dije—. ¿Necesitas algo más?

Ella negó.

Emma tenía el cuerpo pegado a la encimera mientras que yo la aprisionaba con el mío. Me aparté y la dejé pasar.

—Hemos pensado que estaría bien jugar a algo antes de ponernos a ver una película. —La mirada de Tyler recayó en mí, socarrona.

Me senté al lado de Emma en el sofá.

—¿Qué juego? —Fruncí el ceño.

—Verdad o reto. —Zoey se había descargado un juego en el móvil.

—¡Ni de coña! —exclamamos Emma y yo al unísono.

Nos miramos y nos echamos a reír.

—Va a ser divertido —exclamó Jackson—. ¿Tienes miedo que te toque darme un besito?

Jackson se acercó a mí, queriendo jugar con el ambiente y hacer bromas sobre el juego. La tensión en la habitación se disipó y todos parecían dispuestos a participar en el juego.

Emma y yo compartimos una mirada cómplice antes de unirnos al grupo. Aunque al principio habíamos rechazado la idea, ahora estábamos dispuestos a aceptarlo.

El juego de "Verdad o Reto" comenzó, y cada turno traía risas, confesiones y desafíos divertidos. A medida que avanzaba la noche, la atmósfera se volvía cada vez más relajada y jovial.

—Pregunta para Ethan —murmuró Julie—. ¿Con cuántas chicas te has acostado?

Me rasqué la nuca y respondí.

—Con seis —respondí.

Jackson se echó a reír.

—Seis que él se acuerde —bromeó.

Lo codeé y le hice una peineta.

—Ahora es el turno de Emma. ¿Verdad o reto? —le preguntó.

—Verd...

Tyler la interrumpió con unas chasqueo de lengua.

—Siempre estáis cogiendo. ¡Vamos! Escoged reto alguna vez, sois unos aburridos.

Emma se encogió de hombros y sonrió sin enseñar los dientes.

—Está bien —susurró—. Reto.

Julie se relamió los labios y le dijo al oído lo que ponía en la pantalla del móvil. Emma abrió los ojos como platos y negó.

—¡Eso no lo pone! —exclamó en su dirección.

Julie le enseñó la pantalla y Emma maldijo por lo bajo.

—No —sentenció Emma.

Cogí el cacharro y leí con atención.

Tienes que darte un beso con la persona que está a tu izquierda.

La persona que estaba a su izquierda era yo.

—¡Oh, vamos, es solo un beso! —se mofó Tyler.

—Que no —insistió Emma.

—¿Tan mal besas? —murmuró Jackson entre risas.

—¡Basta! —exclamé, cansado de que no pararan de insistirle—. Este juego es una mierda, si no quiere, no quiere. Y ya está.

Emma bajó la mirada, avergonzada.

—¿No será que eres una gallina? —se burló Tyler de mí.

Lo miré con el ceño fruncido. Solo veía como sus labios se movían pronunciando la palabra *gallina*. Y, entonces, sin pensarlo dos veces, agarré la cara de Emma y la besé.

Mis entrañas estallaron cuando sus labios tocaron los míos. Sabiendo que Emma estaba aturdida y posiblemente en un estado catatónico, cerré los ojos y me deleité con la sensación de besar a un ángel.

Ella tomó mis manos y yo no moví mis labios salvo un pequeño movimiento que la hizo seguirme. Dejó que mi lengua jugara por una fracción de segundo en su cavidad, lo que me hizo saber que se estaba divirtiendo. Sus tiernos toques hicieron que me picara la piel.

Ella era pura dulzura en todo momento.

Era adictiva.

Cuando comencé a quedarme sin aliento y mi corazón comenzó a latir rápidamente, tuve que retroceder con lentitud. Tan pronto como abrí los ojos, Emma todavía me tomaba las manos y continuamos mirándonos fijamente.

Ella estaba sonrojada, mirándome expectante y haciendo algo más que no podía ubicar.

—Joder —siseó Julie.

Para enmascarar la abrumadora sensación de plenitud que me había invadido, me aclaré la garganta y los miré como siempre lo hacía, actuando como si esto no hubiera sido más que un juego.

Se vio obligada a quitar sus manos de las mías y reclinarsen en el sofá.

—Tyler, creo que es tu turno.



No volví a dirigirle la mirada a Emma en lo que quedó de noche. Nos encontrábamos recogiendo la sala de estar de su casa, ella en una punta y yo en otra. La miré por encima de mi hombro y la vi de espaldas. Oteé su trasero y me mordí el labio inferior. Emma no era mi tipo, pero tenía un buen culo.

—¿Te gustó lo que viste, Ethan? —dijo Emma de repente, haciendo que me sobresaltara y soltara un vaso que tenía en la mano.

Me giré hacia ella. Emma tenía una sonrisa pícara en el rostro mientras me miraba con diversión, que no era nada típica en ella. Y me gustó.

—¿Qué? No sé de qué estás hablando —respondí, tratando de sonar inocente mientras me agachaba a recoger los pedazos del vaso roto.

Emma se acercó a mí, sus ojos brillando con malicia.

—Oh, vamos, Ethan. No soy tonta. Vi cómo me mirabas. Me estabas viendo el culo.

Quizá fuera porque Emma se había tomado varios chupitos con Zoey y Julie, pero la vergüenza se le había esfumado.

—Estás equivocada, Emma. No estaba mirándote de esa manera en absoluto. —Me defendí, aunque sabía que mis palabras sonaban falsas incluso para mí.

Ella arqueó una ceja, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿En serio? Porque parecía que estabas bastante interesado en lo que había debajo de mi falda.

Me sentí acorralado. Emma tenía una manera de pillarme desprevenido que me ponía mucho. Traté de desviar la atención de la conversación hacia otro lado porque todos nos estaban mirando.

—¿Qué tal si dejamos de hablar de eso? Fue solo el juego de la botella, ¿no te habrás enamorado de mí? —bromeé.

Emma sonrió ampliamente, divertida. La imagen del beso que compartimos en el juego de la botella se deslizó de nuevo en mi mente.

—Oh, sí, estoy tan enamorada de ti...

—Lo sabía —me hice el dramático ante la evidencia fingida—. Sabía que besarte iba a causar un enamoramiento repentino en ti. ¿Qué va a ser de mí ahora? —exclamé, haciéndolos reír a todos—. Y encima con lo mal que besas...

Ella rió, sacudiendo la cabeza.

—Tal vez, pero eso no cambia el hecho de que te gustó.

Me crucé de brazos, negándome a darle la satisfacción de confirmar o negar nada. me acerqué a ella y le di un golpecito en la nariz.

—¿Por qué hablamos tanto de esto, de todos modos? Fue solo un beso, nada importante.

Emma se encogió de hombros y se acercó más a mí, su mirada traviesa aún intacta.

—Tienes razón, fue solo un beso. Pero al menos sé que tengo buenos labios, ¿no crees?

No pude evitar reír ante su comentario descarado. Emma tenía un don para sacarme de mis casillas y luego hacerme reír en un abrir y cerrar de ojos. Me encantaba esta Emma, me hacía vibrar.

—Tienes un ego bastante grande, ¿verdad? —le dije con una sonrisa burlona.

Ella se rio, aceptando la crítica con orgullo.

—¡Claro que sí! Tener confianza en uno mismo es importante, Ethan. Aunque a mí me venga de vez en cuando. —Continuamos recogiendo la sala de estar, bromeando y riendo juntos—. De todos modos, Ethan, ¿alguna vez vas a dejar de ver a las chicas solo por lo que tienen debajo de la falda? —preguntó Emma mientras se inclinaba para recoger algunos papeles del suelo.

Me detuve por un momento, considerando su pregunta. No podía evitar mirar atractivas a las chicas, pero sabía que había más en una persona que su apariencia física. Miré a Emma y le sonreí.

—Buenos, Emma, si alguna vez quieres que busque tu tesoro escondido debajo de la falda, puedes llamarme —le guiñé un ojo.

Ambos estallamos en risas, liberando la tensión que había estado presente desde lo del beso. Emma y yo éramos expertos en llevar las conversaciones de lo incómodo a lo cómico en un abrir y cerrar de ojos y eso no me había pasado con nadie.

CAPÍTULO 8

EMMA DAVIS

Estaba en mi habitación, con la mirada perdida en el techo. Mi mente volvía una y otra vez a ese momento: al beso. Una sonrisa tímida se curvaba en mis labios cada vez que recordaba la sensación de los labios de Ethan sobre los míos. Había sido mi primer beso.

Rocé con las yemas de mis manos mis labios, como si pudiera sentir el calor de aquel beso una vez más. Pero la sonrisa en mi rostro se desvanecía rápidamente, reemplazada por una creciente ansiedad. Nunca había experimentado una conexión tan intensa con alguien antes, y eso me asustaba profundamente.

Cerré los ojos y recordé el suave suspiro de Ethan, la forma en que sus manos habían sostenido mi rostro con ternura. ¿Qué significaba ese beso para él? ¿Y para mí? Me atormentaban las preguntas mientras me sumía en un mar de pensamientos y emociones.

Fuera de mi ventana, la luz del atardecer teñía el cielo de tonos dorados y rosados. El tiempo parecía detenerse, y yo me encontraba atrapada en un torbellino de sentimientos contradictorios. ¿Debería hablar con Ethan? ¿Deberíamos aclarar lo que había sucedido?

Habíamos estado muy distantes, la tensión entre los dos se podía palpar. Y al irse con los demás, no dijo nada. Bien era sabido en Birmingham que Ethan Anderson era un saco de problemas. Pero ese beso lo había cambiado todo para mí.

Nunca me había parado a pensar en cómo sería. Y quizá había sido el momento soñado, pero algo estaba claro: había encendido una chispa entre Ethan y yo que no podía ser ignorada. Lo último que quería era que las amistades que había conseguido hacer se vieran afectadas por algo tan simple como un beso.

El problema era que nunca había experimentado una conexión tan intensa con alguien, y eso me asustaba.

El silencio en mi habitación era abrumador, roto solo por el suave susurro del viento que se filtraba por la ventana entreabierta. Sabía que tarde o temprano tendría que hablar con Ethan de lo ocurrido.

Y cómo si me hubiera leído el pensamiento, mi móvil vibró encima de la mesita de noche. Me levanté, creyendo en un primer momento que podría ser mi madre. Pero la sorpresa e invadió cuando vi que era él.

Deslicé mi dedo por la pantalla, estaba tembloroso. Pero, cuando abrí el mensaje, me eché a reír.

Ethan: Dime que tú también estás dándole vueltas a lo del beso.

Milo se subió a mi cama y se enroscó.

Emma: La verdad es que sí, no paro de pensar en eso.

Me levanté de la cama y fui al escritorio para prepararme la mochila. Al regresar a la cama, tenía un mensaje.

¿Tienes que sacar a Milo? Me gustaría hablar contigo.

Y en aquel preciso momento me puse de los nervios. Sentí un nudo en el estómago. Mis

manos temblaban mientras respondía.

Emma: Sí, en un momento estaré afuera. Nos vemos en el parque.

Mientras Milo y yo caminábamos hacia el parque, mi mente estaba llena de preguntas. Sabía que esta conversación con Ethan sería un punto de no retorno, pero también sabía que era necesario.

Milo se paró en un arbusto a olfatear mientras que de los auriculares salía When Love Takes Over de David Guetta (Feat. Kelly Rowland). Estaba tan sumida en la música que me asusté cuando alguien tocó mi hombro.

Solté la correa de Milo y me giré con el corazón en un puño. Era Ethan, con una sonrisa divertida en el rostro.

—Hola, ¿te he asustado? —me preguntó.

—Claro que me has asustado —murmuré, quitándome los auriculares.

Ethan frunció el ceño e hizo un ademán de cabeza hacia estos.

—¿Qué escuchas? —inquirió con curiosidad.

Le pasé los auriculares y asintió, haciendo una mueca con los labios.

—Me gusta, tienes buen estilo musical. —Ethan me devolvió los auriculares e hizo crujir una hoja cuando la pisó.

Birmingham en septiembre era un lugar agradable. A medida que el verano llegaba a su fin, las temperaturas comenzaban a disminuir, lo que hacía que el clima fuera más suave y cómodo, aunque este año las lluvias parecían haberse adelantado. Los días todavía eran lo suficientemente largos como para disfrutar de actividades al aire libre, pero las noches comenzaban a enfriarse, lo que a menudo requería llevar una chaqueta ligera.

El paisaje de Birmingham en septiembre podía ser encantador. Los árboles comenzaban a mostrar los primeros signos de cambio de hojas, lo que añadía tonos cálidos de rojo, naranja y amarillo a la ciudad.

—Gracias. —Los coloqué en el cuello—. Bueno, ¿de qué querías hablar?

Ethan se rascó la nuca, parecía estar nervioso.

—Quería hablar de lo de esta tarde. ¿Estás bien?

¿Qué si estaba bien? Me hice la pregunta a mí misma, pero no encontré una respuesta exacta. Así que me encogí de hombros.

Comenzamos a caminar. La luz de las farolas era la única que nos alumbraba en aquella fría noche de septiembre en Birmingham. La ciudad se sumía lentamente en la oscuridad, pero las luces de las farolas creaban una atmósfera acogedora y romántica.

Ethan y yo anduvimos en silencio durante un momento, cada uno perdido en sus pensamientos. Finalmente, rompí el silencio.

—Estoy bien —dije con rapidez.

—¿Segura? —insistió—. Es que luego del beso todo ha sido tan frío que no sé si me he pasado. Soy un imbécil y lo último que quería era hacerte sentir incómoda.

Lo miré ojiplática.

—Claro que no me ha molestado —susurré entre dientes, agachándome y cogiendo de nuevo la correa de Milo.

Bufó y se echó el pelo para atrás.

—Pensaba que te habías puesto así por eso —instó entre susurros.

—No tiene importancia, de verdad. —Quise quitarle hierro al asunto.

En parte, no tenía importancia porque me había gustado. Pero no me atreví a decirlo.

—¿Estás segura de ello, Emma?

Escuchar mi nombre en sus labios hizo que una corriente eléctrica me recorriera el cuerpo. Me relamí los labios y desvié la mirada al suelo. Me sonrojé.

—Era mi primer beso —mascullé entre dientes.

—¿Cómo? —preguntó, intentando encajar mis palabras.

—Que era mi primer beso —hablé un poco más fuerte—. Era mi primer beso, Ethan.

Maldijo por lo bajo, parecía avergonzado.

—No sabía nada —dijo en un tono de disculpa.

Me eché a reír. Ver a Ethan Anderson de aquella manera era muy gracioso.

—¿Cómo lo ibas a saber? Además, es una tontería.

Ethan paró en seco y pateó una piedra del camino.

—Pues que sepas que para ser el primer beso que das, lo haces muy bien —murmuró.

Me puse todavía más colorada y me eché a reír de los mismos nervios.

—Tú tampoco besas nada mal. Verás como se entere Harper Johnson.

—Me alegro de que pienses eso. Y respecto a Harper, que le den. —Ambos reímos, pero se puso serio—. Esto no puede volver a pasar, ¿vale?

—Vale —respondí, asintiendo.

—No te lo tomes a mal —torció el gesto—. El beso ha sido por un estúpido juego.

Una vez más, asentí. No entendía porque me trataba de esa manera. Normalmente, cuando lo veía en la universidad, era una bestia feroz que buscaba conflictos. Se había peleado con James dos o tres veces en el transcurso de unas pocas semanas y lo habían arrestado por tener drogas en el coche, según había escuchado en los pasillos. Ethan solo me conocía de unos días, era casi impensable, sino completamente impensable, que me tratara de esa manera tan... ¿delicada? Y lo quisiera o no, eso me hizo pensar en él y darme cuenta de que había un Ethan mucho más profundo que el que él nos obligaba a ver escondido detrás de esa fachada de chico malote.

—Claro. —Miré el reloj de mi móvil—. Nos vemos mañana en la universidad, se está haciendo tarde.

Ethan asintió y se fue a trote hacia su casa.

Me quedé mirándolo hasta que desapareció. Milo, que se había sentado en la hierba, me observó con una expresión curiosa en sus ojos. Parecía estar preguntándose qué demonios había estado pasando durante esa conversación tan peculiar.

Suspiré y acaricé la cabeza de Milo.

—No te preocupes, amigo —le dije—. Simplemente tuvimos una conversación extraña sobre un beso aún más extraño.

Mientras Milo y yo nos levantábamos para regresar a casa, no pude evitar pensar en la sorprendente conversación que había tenido con Ethan. Había revelado un lado de él que nunca había visto antes, un lado más vulnerable y sincero. Me había tomado por sorpresa, pero también me había hecho verlo de una manera completamente diferente.

Y eso me había gustado mucho.

CAPÍTULO 9

ETHAN ANDERSON

Me desperté empapado en sudor y agitado de la misma pesadilla que me atormentaba casi todas las noches. Tenía un horrible dolor de estómago y las ganas de desaparecer me invadieron. Temblé y me encogí de miedo sólo de pensar en esos momentos. Forcé un trago fuerte mientras exhalaba y sentí que el peso de mis decisiones repentinamente caía de mis hombros. Intenté controlar mis salvajes temblores y mi respiración apoyándome en la cabecera contra la pared y cerrando los ojos. Una vez más tuve que abrirlos mientras los recuerdos me invadían. Esta vez, sin embargo, las cosas fueron diferentes porque la protagonista de la pesadilla no fue Caroline, sino Emma. Lo interpreté como una señal de que necesitaba dejar a Emma tranquila antes de que pudiera lastimarla.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas mientras luchaba contra mis propios demonios internos. Había estado viviendo con el peso de mis acciones y decisiones durante demasiado tiempo, y estaba claro que mi mente y mi cuerpo estaban llegando a un límite.

Me levanté de la cama, sintiéndome débil y desorientado. Caminé hacia el baño y me miré en el espejo. La persona que me devolvía la mirada tenía los ojos cansados y una expresión de angustia. Era hora de enfrentar mis errores y tratar de encontrar una forma de redimirme.

Después de lavarme la cara y tomar un par de respiraciones profundas para calmarme, regresé a mi habitación y tomé mi teléfono.

¡No! No podía permitirme llorar porque yo era el culpable. Y los culpables no lloraban.

Me senté en el borde de la cama, todavía sintiendo el eco de la pesadilla en mi mente. Sabía que no podía seguir huyendo de mis acciones y de las personas a las que había herido. Era hora de enfrentar mis demonios internos y tratar de enmendar mis errores. Y lo primero era alejarme de ella, de Emma.

—Ethan, vamos o llegarás tarde.

Treton traqueó la puerta con la palma de su mano. Me limpié las lágrimas con el dorso de la mía y tomé aire.

Salí de la ducha y me envolví en una toalla. Desayuné en silencio una buena taza de chocolate, escuchando como mi padre y mi hermano hablaban de sus respectivos trabajos. Me fui a la universidad un poco antes para poder estar tranquilo.

Al llegar, me puse los auriculares. Siempre estaba con música. Mientras se movía bajo las finas gotas de agua que caían de las nubes, la escuchaba. Mientras leía, estudiaba o trabajaba. En cualquier lugar y a todas las horas del día, la música me acompañaba como una especie de refugio para mi mente.

Llegué al aula con los auriculares todavía puestos. Want to want me de Jason Derulo empezó a sonar. Tuve que esforzarme muchísimo para no comenzar a tararearla mientras me deslizaba en la silla y sacaba el ordenador.

De repente, mi móvil vibro.

Jackson: ¿Estás en clase? He venido un poco antes porque quiero hablar contigo.

Me resultó bastante extraño que Jackson me dijera algo así, así que respondí con suma rapidez.

Ethan: Sí, estoy en clase. Te espero.

Jackson no tardó demasiado en llegar, pero parecía preocupado. Estaba nervioso, no paraba de murmurar y de rascarse la nuca. Acabó sentándose a mi lado, dejando los libros que llevaba en la mano en la mesa. Reposó la espalda en la silla y suspiró.

—Ethan, quiero que seas sincero. —Estuve expectante, revisando unos apuntes.

—Claro, Jackson, puedes decirme lo que sea. ¿Qué pasa?

Jackson cogió aire y se pasó la mano por el pelo.

—¿Crees que tendría alguna posibilidad con Emma?

Levanté la vista de los apuntes y enarqué una ceja en su dirección. No me esperé esa pregunta, me quedé en estado de shock por un momento. No sabía exactamente cómo responder, pero traté de ser honesto con mi amigo.

—¿Por qué no ibas a tenerlas? —concluí, volviendo a mirar los apuntes.

Jackson se encogió de hombros.

—¿Sabes lo que pasa? Cuando os vi besaros, sentí que no habría lugar para mí. Llevo viendo a Emma desde que comenzaron las clases y me parece una chica muy interesante, pero siempre he sentido que está fuera de mi alcance. Además, parecéis estar muy conectados.

Sus palabras me hicieron reflexionar. No había sido consciente de cómo mis acciones podían afectar a mis amigos, y me sentía mal por ello. Decidí ser completamente honesto con él.

—Jackson, lamento si mis acciones te han hecho sentir de esa manera. —Encendí el ordenador—. En cuanto a Emma, no puedo hablar por ella, pero nunca está de más intentarlo. Si realmente sientes algo por ella, quizás deberías hablar con Emma y expresar tus sentimientos. Nunca se sabe qué podría suceder.

Jackson asintió lentamente, pareciendo un poco más aliviado.

—Gracias, Ethan. Aprecio tu consejo. Supongo que debería tomar coraje y hablar con ella en algún momento.

Le sonreí y le di ánimos.

—Eso suena como un plan. Estoy aquí para apoyarte, amigo.

A Jackson le resplandecieron los ojos. Era justo lo que necesitaba, asegurarme de que Emma estuviera lejos de mí y que ese beso no significara nada. Era lo que quería, ¿no? Entonces, ¿por qué me sentía como una mierda?

Tyler llegó al poco tiempo y nos preguntó qué estaba pasando. No quise dar muchos detalles, pues sabía que tenía un sexto sentido para ahondar en la información hasta los detalles más íntimos. Mientras los tres seguían conversando, mi mente divagó.

Por un lado, me sentía aliviado de que Jackson estuviera considerando la posibilidad de estar con Emma. Era un buen chico, un amigo leal, y sabía que cuidaría de ella. Además, Emma merecía a alguien que la valorara y la apreciara como se merecía. Pero por otro lado, algo en mi interior se sentía incómodo.

Me di cuenta de que, aunque estaba dispuesto a apoyar a Jackson, en el fondo, había algo que me unía Emma. Algo que hacía que me sintiera molesto con Jackson.

Mientras escuchaba a Jackson y Tyler hablar, mi mente vagó en lo que había sucedido entre Emma y yo. Recordé aquel beso, la chispa que había sentido en ese momento. Me pregunté si Emma también había sentido algo especial en aquel instante. Pero sabía que tenía que dejar de lado mis propios deseos egoístas porque ella no debía acercarse a mí. Emma merecía ser feliz, y si eso significaba que debía estar con Jackson, entonces yo debía aceptarlo y dejarme de

tonterías.

Respiré hondo y meforcé a sonreír mientras participaba en la conversación. No quería que mis amigos notaran mi conflicto interno. Y, entonces, recordé lo que mi madre me dijo ese día. Sus palabras resonaron como una especie de epifanía en mi mente.

—*Eres un egoísta, solo piensas en ti.* —Había dicho con ensañamiento.

Quizá mi madre tuviera razón. Cabía la posibilidad de que fuera un maldito ser ególatra que solo pensaba en sí mismo.

La clase comenzó, pero estaba perdido en un mar de pensamientos que no me dejaban concentrarme en lo verdaderamente importante. Y así pasé las siguientes dos horas de clase hasta que un aviso por una fuerte tormenta hizo que tuviéramos que abandonar la universidad.

Reí cuando salí de la facultad por una broma que Tyler le había gastado a Jackson, pero la sorpresa me invadió cuando observé a las chicas esperándonos, cubriéndose de la lluvia que las había empapado. Un rayo cruzó el cielo encapotado de nubes. El viento cada vez era más fuerte.

—¿Os habéis quedado sin agua en casa? —murmuré con una sonrisa socarrona.

Si las miradas matasen, yo ya estaría en el cementerio a una varios metros bajo tierra. Emma me miró con cara de pocos amigos y se abrazó a sí misma por el frío.

—¿Has tenido que pensar mucho para gastar esa broma que no le ha hecho gracia a nadie? —me preguntó.

No era muy común ver cómo Emma sacaba las garras, quizá le había pasado algo y por eso tenía un humor de perros. Sin embargo, estaba muy guapa así de enfadada.

—A mí sí me ha hecho gracia —alegué, haciendo que pudiera los ojos en blanco.

—¿Ha pasado algo, Emma? —le preguntó Jackson, quitándose la chaqueta y dejándosela.

Emma se lo agradecía con una sonrisa y algo dentro de mí me punzó.

—Le han puesto un ocho en un examen —dijo Zoey—. Toda la clase ha suspendido menos ella, que ha sacado un maldito ocho. Y aun así se queja.

—Me quejo porque quería un diez —se defiende Emma.

—Eres la única de la promoción que ha aprobado, guapa —le dice Julie, abrazándose a Tyler—. No te quejes.

Me paré por un momento a analizarla. Emma irradiaba una belleza impresionante y una elegancia natural. Medía menos que yo y tenía una figura esbelta y curvilínea, a pesar de ir con prendas anchas. Su tez era impecable, con una piel suave y de un tono rosado que me recordaba a la de un bebé. Su mandíbula, ahora tiritante, era definida y tenía los pómulos suavemente contorneados de manera natural. Sus ojos, de un color marrón profundo, estaban enmarcados en largas pestañas que realzaban su mirada. Su nariz era fina y elegante y sus labios tenían una forma naturalmente sensual.

Me parecía una chica muy guapa.

—Oye, Emma, ¿crees que podríamos hablar un momento? —le preguntó Jackson—. A solas.

Emma frunció el ceño y asintió. Acompañó a Jackson hacia un lugar más íntimo, recubriéndose del frío y de la lluvia que había comenzado a caer. Me mordí el carrillo y saqué el paquete de tabaco del bolsillo de mi chaqueta. Me encendí un cigarro y los observé con detenimiento. Jackson estaba muy nervioso, gesticulaba muchísimo con las manos y se trababa al hablar.

—¿Sabéis de qué están hablando? —Nos preguntó Zoey con curiosidad.

Tiré el humo y asentí.

—Jackson le está pidiendo salir, me lo ha dicho a primera hora —respondí sin dejar de mirarlos.

—¡No me jodas! —exclamó Julie.

Asentí y vi como a Emma se le curvaban los labios en una sonrisa y asentía ante la petición de Jackson. Me repetí que eso era lo correcto, aunque hubiera algo dentro de mí que me hiciera sentir un nudo en el estómago al verlos juntos. La lluvia seguía cayendo. Mi mente estaba ocupada procesando lo que estaba ocurriendo en mi interior, la vorágine de sentimientos que se me estaban pasando por la cabeza.

Mientras continuaba fumando mi cigarro, no podía evitar pensar en lo guapa que era Emma. Cada detalle de su rostro parecía haber sido esculpido con delicadeza y gracia. La forma en que su cabello caía mojado sobre sus hombros solo realzaba su belleza natural. Sus ojos marrones seguían brillando incluso bajo la lluvia y su sonrisa iluminaba el día más oscuro.

Por un momento, me sentí atrapado en la belleza de Emma y en la forma en que Jackson la miraba con admiración y deseo. Era evidente que le gustaba, y me alegré por él. Pero al mismo tiempo, una parte de mí se sentía incómoda con la situación. Había algo en verlos juntos que me hacía cuestionarme

Mientras tanto, continuaban hablando sobre el tema.

—¡Es genial que Jackson se haya decidido a pedirle salir a Emma! —exclamó Zoey con entusiasmo.

—Sí, hacen una pareja adorable. ¡Estoy emocionada por ellos! —añadió Julie con una sonrisa.

Me uní a la conversación con una sonrisa forzada y traté de mostrar mi apoyo, aunque por dentro mi mente seguía divagando en un mar de pensamientos y emociones contradictorias.



Me encontraba en mi habitación, solo en medio de la oscuridad. El humo del cigarrillo se elevaba en espirales hacia el techo, mientras contemplaba la penumbra con la mirada perdida. La luna arrojaba una tenue luz a través de la ventana entreabierta, pero eso no iluminaba la tormenta que rugía en su interior.

El recuerdo de Caroline me atormentaba sin piedad. La noche del accidente, la sensación de impotencia que había experimentado seguía persiguiéndome y cada vez era más potente. Sentía que todo había sido mi culpa. Aunque la lógica me decía que no tenía responsabilidad en el accidente, la culpa me corroía día tras día.

Pero lo que más me atormentaba era la idea de acercarme a Emma. Desde el momento en que la conocí, había sentido una conexión especial con ella, una chispa que parecía prenderse cada vez que nuestras miradas se cruzaban. Era la forma que tenía de ser, ese lado descarado que había sacado el que tanto me había llamado la atención. Pero no podía permitirme acercarme a ella. No cuando mi vida estaba tan lejos de ser un ejemplo a seguir.

Había caído en la espiral de las drogas poco después del accidente de Caroline. Las pesadillas me acosaban, reviviendo la imagen del camión chocando contra el coche una y otra vez. Noches en vela, sudores fríos y temblores eran mi rutina diaria. Las drogas se habían convertido en mi única vía de escape, en un refugio temporal de mi dolor.

Mientras encendía otro cigarrillo, reflexioné sobre la razón por la que me había alejado de mis amigos. La distancia había crecido entre nosotros, y me había convertido en un solitario buscador de alivio en las sustancias ilícitas. Mis amigos habían intentado ayudarme, hablar conmigo, pero me había vuelto esquivo, distante, incapaz de compartir el abismo en el que me había sumido.

Mi vida se estaba desmoronando, y el último clavo en el ataúd de mi cordura eran los celos

que sentí al ver a Emma con Jackson. Siempre había estado consciente de que Emma tenía un lado que me atraía, pero no podía evitar sentir un nudo en el estómago cada vez que los veía juntos. Jackson era todo lo que yo no podía ser: estable, amable y lejos de las sombras de las drogas. Lejos de destruirlo todo.

Esa noche, después de ver a Emma y Jackson compartiendo risas en una fiesta, no pude soportarlo más. Salí de la casa, buscando la compañía de mis "amigos" de siempre, aquellos que compartían mis demonios y me ofrecían la falsa promesa de alivio.

El olor a marihuana impregnaba el oscuro rincón de la ciudad donde se encontraban. Las risas nerviosas y los ojos inyectados en sangre eran la única bienvenida que recibí. Me sumergí en esa nube de humo, deseando dejar atrás la realidad y sus problemas.

Chloe caminó hacia mí, meneando sus caderas, y me dio un cigarro de marihuana.

—Toma, te ayudará.

CAPÍTULO 10

EMMA DAVIS

El sábado de esa mañana me desperté sintiendo como si el mundo fuera a una velocidad superior a la mía. Tenía la sensación de que el cuerpo se movía lentamente mientras mi mente intentaba ponerse al día con la realidad. Froté mis ojos con fuerza y miré el reloj en la mesita de noche: las manecillas marcaban las 10:30 a.m. ¿Cómo podía ser que hubiera dormido tanto? Los sábados solían ser mi oportunidad de aprovechar al máximo el día, pero esta vez parecía que había perdido la mitad de la mañana.

Me levanté con rapidez y corrí hacia la cocina para preparar una taza de café mientras cogía todo lo necesario para sacar a Milo a pasear. El aroma del café recién hecho llenó la habitación, y mientras esperaba que la cafetera terminara su tarea, me detuve a reflexionar sobre la extraña sensación que me había despertado.

Mientras saboreaba el primer sorbo, recordé que anoche había tenido un sueño muy vívido. En el sueño, me encontraba en un mundo donde todo se movía a una velocidad vertiginosa, y yo estaba atrapado en cámara lenta. Las personas pasaban corriendo junto a mí, los automóviles se desplazaban como rayos de luz y los edificios parecían fundirse en un torbellino de colores. Y estaba él, Ethan, que por alguna razón intentaba correr para huir de algo... o de mí. Había sido una experiencia abrumadora.

Mientras reflexionaba sobre mi sueño, el timbre de la puerta sonó abruptamente, haciéndome saltar de la silla. Fui hacia la puerta y la abrí de golpe. Frente a mí la señora Millabur con una sonrisa imperiosa curvando sus labios.

—Buenos días, Emma, ¿están tus padres?

Asentí y la dejé pasar.

La señora Millabur venía a hablar con mis padres para que hiciera de canguro porque mi padre no se lo creía y le pedí amablemente que viniera ella misma.

—Tienes una casa muy bonita —murmuró. ¿Bonita? Esa palabra era demasiado relativa—. ¿La última vez que vine no teníais ahí un jarrón? —Señaló el mueble de la entrada.

Una mueca curvó mis labios.

—Sí, pero se rompió.

Guie a la señora Millabur hacia el salón, dónde mi madre tenía preparada la mesa con galletas y té. Mientras esperábamos a que mis padres salieran de su habitación, la señora Millabur se puso a inspeccionar los cuadros en las paredes y los adornos en las estanterías.

Mi mente seguía atascada en el extraño sueño que había tenido la noche anterior, y la visita de la señora Millabur solo lo hacía más confuso. No podía dejar de pensar en la imagen de Ethan corriendo desesperadamente en ese mundo acelerado, como si estuviera huyendo de algo. ¿Qué podía significar ese sueño?

Finalmente, mis padres se unieron a nosotros en el salón, y comenzaron a discutir los detalles del trabajo de niñera que me habían ofrecido. Aunque estaba distraída por mis pensamientos, asentí y me comprometí a cuidar de los hijos de la señora Millabur mientras ella estaba trabajando.

—Serán solo un par de días a la semana. Emma se lleva muy bien con los pequeños y me siento todavía más segura si están con alguien que está estudiando enfermería —bromeó la señora Millabur, haciendo que mi madre soltara una risa baja.

—Emma es una chica muy responsable —murmuró mi madre antes de beber de su taza de té.

La silueta de la porcelana china brillaba bajo la tenue luz de la habitación y por un momento sentí que me iba. La sensación de mareo hizo que la habitación me diera vueltas.

—¿Te encuentras bien, Emma? —me preguntó la señora Millabur, posando su mano sobre la mía.

Tragué saliva cuando mi padre se levantó y se puso a mi lado, tocándome el hombro con su mano. Su sombra se ciñó sobre mí y no hizo falta más que una mirada de advertencia por su parte para que asintiera.

—Sí, señora Millabur. Me he pasado toda la noche estudiando —susurré.

—Tenemos una hija muy responsable —añadió mi padre.

La señora Millabur se rio por lo bajo.

—Y tanto que la tiene, señor Davis. Estoy segura de que Emma es la candidata perfecta para cuidar a mis pequeños. No sé si sabe que al final de la calle vive el señor Willton y escuché que está bastante disgustado con su canguro —me guiñó un ojo—. Le hablé de Emma y ¿quién sabe?

El señor Willton trabajaba en la empresa de mi padre, tenía un puesto superior al suyo. Llevaba queriendo ir a una de sus reuniones desde que se enteró que vivía en nuestro mismo vecindario. Y yo iba a ser la pieza perfecta para esa jugada maestra.

—Para nosotros sería un honor que Emma cuidase también a sus hijos. En realidad, nos emociona que Emma pueda dar sus primeros pasos laborales en este precioso vecindario —reprodujo mi madre como un robot—. ¿Verdad que es así, querido?

—Así es, Callie —afirmó mi padre—. Entonces, Emma estará allí el lunes en cuanto acabe la universidad.

La señora Millabur se levantó y le estrechó la mano a mi padre.

—Por supuesto.

Llevé a la señora Millabur a la puerta y, con la excusa de acompañarla, me fui con Milo a pasear. Necesitaba respirar, era como si me estuviera ahogando en mi propio hogar. Aunque la palabra "hogar" era la que solíamos utilizar para describir esta casa, en ese momento me resultaba extraña y distante. El aire fresco de octubre y el sonido suave de las hojas crujientes bajo nuestros pies eran un bienvenido alivio. Milo, mi fiel compañero de cuatro patas, caminaba alegremente a mi lado, ajeno a las tensiones que se habían desatado dentro de la casa.

Mientras caminábamos por las tranquilas calles del vecindario, mi mente divagaba. Estaba emocionada por la oportunidad de cuidar a los hijos de la señora Millabur, pero también sentía una creciente presión. No solo debía asegurarme de que los niños estuvieran seguros y felices, sino que también tenía que mantener las apariencias en un vecindario donde las relaciones laborales y sociales parecían estar entrelazadas de manera compleja.

La mención del señor Willton me preocupaba. Sabía que era un hombre influyente en la empresa de mi padre, y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para avanzar en su carrera. ¿Sería capaz de satisfacer las expectativas de mi padre? La responsabilidad y la presión parecían abrumadoras.

Llegué al parque de perros al que siempre llevaba a Milo y me sorprendió muchísimo ver a Ethan en un lugar resguardado coger una bolsita de un tipo que iba con capucha y al que no se le veía la cara.

Llevaba varias semanas sin hablar con él, me evitaba a toda costa y se notaba muchísimo que, por alguna razón, no quería estar cerca de mí. Siquiera en la cafetería de la universidad donde quedábamos todos para tomarnos un café. No sabía que le estaba ocurriendo, pero de lo que era consciente era de que se había deteriorado. La mayor parte de los días llevaba ojeras,

como si no hubiera dormido nada. También se había metido en algún que otro lío y me dijeron que lo habían pillado liándose un porro en el aparcamiento. Fuera lo que fuera, mantenía a Jackson y a Tyler en vilo. Y a mí, que era innegable pensar que algo no andaba bien.

Alguien me tapó los ojos mientras me entretenía jugando con el dobladillo de la manga de la chaqueta. Me quedé paralizada.

—¿Quién soy? —escuché en mi oído.

Me reí por lo bajo y las manos desaparecieron de mi rostro. Me giré y observé a Jackson con una enorme sonrisa en los labios. Él siempre sonreía.

Jacks era un chico muy guapo. Tenía una estatura imponente que destacaba entre la multitud, y su cabello rubio parecía atrapar la luz del sol, haciendo que sus mechones brillaran con destellos dorados. Sus ojos oscuros eran profundos y enigmáticos, con una chispa de diversión siempre presente en ellos. Las pecas que salpicaban su nariz y sus mejillas le daban un encanto peculiar, como si el sol mismo le hubiera dejado un beso en la piel.

Su cuerpo era atlético y estaba bien tonificado, resultado de sus años de dedicación al deporte. Siempre parecía estar lleno de energía, listo para cualquier aventura que se le presentara. Sus músculos marcados y su postura segura de sí misma no pasaban desapercibidos, y era difícil no notar su atractivo físico.

Pero lo que hacía a Jackson aún más atractivo era su personalidad. Era amable, divertido y siempre dispuesto a ayudar a los demás. Su risa era contagiosa, y su sentido del humor desarmaba incluso las situaciones más tensas. No importaba cuán complicada fuera la vida, Jackson siempre parecía tener la capacidad de hacer que todo se sintiera un poco más ligero.

En ese momento, mientras me miraba con sus ojos oscuros centelleando de diversión, supe que tenía un aliado en esta nueva etapa de mi vida. Jackson era más que un amigo; era un rayo de luz constante en mi mundo, y estaba agradecida de tenerlo a mi lado.

—¡Jacks! —exclamé, dándole un abrazo—. ¿Qué haces aquí?

—Iba a entrenar y te he visto paseando a Milo. No podía irme sin decirte nada —murmuró.

Jackson me había pedido una cita, pero todavía no la habíamos podido tener ya que mi situación en casa era bastante compleja.

—¿A entrenar hoy? —inquirí con curiosidad.

Jackson sacó del bolsillo de su chaqueta dos entradas para el partido de mañana. Abrí los ojos como platos y las cogí.

—¿Son para mí? —le pregunté, mordiéndome el labio inferior.

Él asintió.

—Sí y la otra es para que traigas a quién quieras.

—¡Muchas gracias! —le di un beso en la mejilla.

Jackson se rio y pasó una mano por su cabello rubio desordenado.

—No hay de qué, Emma. Quiero que vengas a verme, me hace muchísima ilusión. Además —se acercó a mí y me pasó un mechón de pelo detrás de la oreja—, aún me debes una cita.

Me eché a reír.

—Tienes razón, te debo una cita —murmuré—. Por cierto, he visto a Ethan hace un rato, antes de que aparecieras. —Me relamí los labios y suspiré—. Un chico le ha dado una bolsita.

Jackson maldijo por lo bajo.

—Joder, tengo que decírselo a Tyler. —Jackson sacó su teléfono y marcó el número de Tyler—. Nos vemos mañana, ¿vale?

—Ahí estaré —me despedí con la mano y observé a Milo, que me miraba con cara de incertidumbre—. No me mires así, estoy preocupada por Ethan.

Volví a casa, con las entradas guardadas en el bolsillo de la chaqueta. Cerré la puerta tras de mí, intentando pasar desapercibida, pero me fue imposible.

Mi padre me preguntó sin siquiera mirarme a la cara, estaba demasiado entretenido leyendo unos informes.

—¿Has sacado ya al perro?

Afirmé mientras le aseguraba la correa a Milo.

—Bien —dijo, dejando los papeles encima de la mesa y acercándose.

No pude evitar ponerme tensa y dar un paso atrás, sabiendo que mi perrito lo estaba observando de cerca. Cuando estuvo a solo unos centímetros de mí, miré hacia abajo.

—Ten en cuenta que esta noche cenamos con mi jefe. Quiero impresionarlo para poder conseguir el ascenso que quería. Tienes que estar impecable. Además, viene su hijo y puede ser un buen momento para entablar una relación más allá de lo laboral. ¿Entiendes

No levanté la vista del suelo, solo asentí.

Mamá me dedicó una sonrisa de muñeca de trapo mientras que papá regresaba al sofá, cogía el periódico y empezaba a leerlo.

—La cena estará servida a las siete —me aseguró—. Será mejor que vayas a arreglarte, cielo.

Subí apresuradamente las escaleras y me metí a la ducha. Dejé que el agua caliente surcara mi cuerpo y el entumecimiento de mis músculos se fuera. Salí ya vestida, sabiendo que, de nuevo, sería una pieza crucial en el malvado plan que había conjurado mi padre para ascender en su empresa.

Cuando bajé de nuevo a la sala, después de haber comprobado que todo estaba perfecto, me coloqué al lado de mi padre con Milo sentado delante de mí. La estampa de familia perfecta... cómo la odiaba.

A las siete sonó el timbre. Mi padre se puso la corbata y abrió la puerta como si fuera el rey. Esperaba encontrar un jefe amigable, gordito y lampiño. Sin embargo, un hombre que parecía tener unos cuarenta o pocos años apareció frente a mí. Tenía una melena de cabello negro corto atrás y un poco más largo adelante. Sus ojos, sin embargo, fueron lo que realmente me llamó la atención. Mi madre se quedó sin palabras ante su impresionante y vibrante tono de azul.

—Arnold, pasa. —Lo invitó mi padre—. Bienvenido a mi casa. Esta es mi mujer, Callie, y mi hija Emma.

Le estreché la mano con una sonrisa tímida en los labios.

—Tienes una casa muy bonita, Riley —alegó Arnold—. Disculpa que haya llegado un poco más tarde, ya sabes como son los jóvenes de hoy día —bromeó—. Este es mi hijo, Gavin.

Lo había visto en algún momento por la universidad. era una copia idéntica de su padre: alto y atlético, con unos ojos impresionantes, vivos y de un azul mordaz.

—Por favor, pasad. La cena se servirá en unos minutos —murmuró mamá.

La ayudé a servir la cena y me senté al lado de Gavin. La conversación fluyó entre los adultos mientras que nosotros dos nos mirábamos con cara de incomodidad. Se notaba a leguas que ninguno de los dos quería estar ahí.

—Esto es un muermo —susurró en mi oído.

—Y que lo digas. —Tomé un poco de sopa.

La cena transcurrió en un incómodo silencio interrumpido ocasionalmente por la charla educada de los adultos. Gavin y yo intercambiábamos miradas de complicidad que indicaban claramente que preferiríamos estar en cualquier otro lugar que no fuera esa cena. Compartimos susurros y sonrisas cómplices mientras intentábamos sobrellevar la tensión en la mesa.

Finalmente, cuando los platos se vaciaron y el postre fue servido, mi madre trató de romper el hielo.

—Emma, ¿qué tal te va en la universidad? Arnold, ¿has oído que nuestra hija está estudiando enfermería? —Mi madre preguntó con una sonrisa forzada.

Arnold asintió cortésmente y me miró con interés genuino.

—Es una profesión admirable. ¿Qué te llevó a elegirla, Emma?

Me sorprendió su pregunta. Gavin también me miró, como si estuviera esperando mi respuesta.

—Siendo sincera, me gusta la idea de ayudar a las personas en momentos difíciles —respondí, tratando de sonar entusiasta.

Gavin sonrió.

—Nos sentimos muy orgullosos de ella. Saca muy buenas notas —añadió mi madre.

—No lo dudo, he escuchado que fuiste la única de tu promoción en aprobar el examen de Fletcher.

Asentí, sintiendo como las mejillas se tornaban rosadas.

—Sí, bueno, no era tan complejo.

Todos rieron.

—Y, Emma, ¿a ti cómo te afectaría que tu padre tuviera un cargo mayor en la empresa? —La mirada de advertencia de mi padre se dirigió a mí.

Ante la pregunta de Arnold, me tomé un momento para elegir mis palabras cuidadosamente, consciente de la mirada de advertencia de mi padre. No podía permitirme cagarla en este momento crucial.

—Bueno, creo que mi padre es un líder capaz y trabajador, y si le ofrecieran un cargo mayor en la empresa, estoy segura de que lo asumiría con responsabilidad. Si eso significa más oportunidades para él y para nuestra familia, entonces estoy a favor de ello.

Mi respuesta fue lo suficientemente diplomática como para no causar conflicto, y mi padre asintió con aprobación. Arnold pareció satisfecho con mi respuesta y continuamos la cena en un ambiente más relajado.

—El puesto sería tuyo, Riley. El único inconveniente es que tendrías que estar fuera mucho tiempo. Sé que es un puesto muy complicado, pero...

Dejé de escuchar la conversación que estaban llevando a cabo. El simple hecho de saber que mi padre estaría lejos por mucho tiempo hizo que algo dentro de mí saltara de la emoción. Libertad, el sentimiento de poder ser libre me invadió.

—Mi hija ya está criada, como puedes ver. Y a pesar de que Callie y ella se quedarían solas, la oportunidad tiene un valor incalculable. Acepto, Arnold.

«¡Oh, sí! ¡Gracias, Arnold!», pensé para mis adentros.

—Tendrías que salir este mismo lunes, nos haces falta en la colonia que tenemos en Londres.

Después de un postre delicioso y unas conversaciones animadas, la noche llegó a su fin. Arnold y Gavin se despidieron cordialmente, agradeciéndonos por la cena y expresando su deseo de volver a vernos pronto. Mi madre parecía más relajada y contenta, y mi padre, aunque cansado, tenía una expresión de satisfacción en el rostro.

Se iba, él se iba.

CAPÍTULO 11

ETHAN ANDERSON

—¡Ethan, tira de nuevo!

Si escuchaba de nuevo mi nombre y la palabra “tira de nuevo” en la misma oración, podría ser lo que me llevara al límite. Mi paciencia estaba colgando de un fino hilo. Llevaba en el linde desde hacía varias semanas, pero hoy, con el estrés del partido de mañana, era como si mi mente estuviera sumergida en las profundidades del mismísimo infierno; así que lo último necesitaba era escuchar al entrenador Turner hasta llevarme al límite. Era como si su misión fuera llevarme hasta el abismo y arrojarme una y otra vez a él.

Estaba de acuerdo en que era su dedicación la que lo convertía en tan buen entrenador, pero decidí arrojarle el stick y quitarme el casco. Necesitaba tomarme un descanso, aunque fuera solo un minuto.

—¡Anderson, vuelve a la pista! Gritó mientras me sentaba en el banquillo—. Los chicos desidiosos no ganan partidos.

Deseé lanzarle el casco a la cabeza, pero me detuve.

—Vamos, Ethan, esfuérzate un poco más. —Jackson se acercó a mí y me dio una botella de agua.

Bebí un poco y me recompuse.

—Estoy bien.

Jackson me cogió del brazo antes de que pudiera ponerme el casco y lanzarme de nuevo a la pista. Me miró con advertencia, una mirada en la que titilaba la preocupación.

—¿No será por toda la mierda que te estás metiendo? Emma te ha visto, pensé que ya lo habías dejado —murmuró por lo bajo para que nadie se enterara.

Le di una mirada fría, odiaba que se metieran en mi vida. Me zafé de su agarre y fui a mi posición, pero el entrenador Turner se pudo delante de mí antes de silbar por el pito.

—¿Qué te pasa, Anderson? —dijo—. Estás distraído, sin fuerza.

Desvié la mirada al hielo.

—No me pasa nada, entrenador. Llevo unos días durmiendo muy mal —alegué, sabiendo que algún día sería castigado por todas las mentiras que decía.

Me señaló con un dedo.

—Llevas en el equipo desde que eras un enano, vales para esto y para mucho más. No te arruines la vida.

El Aaron Turner era el mejor entrenador masculino de Hockey sobre hielo que se había visto en la última década. Cuando me ofreció un lugar en los Royal Polar Knights hacía unos siete años, soñando con llevar el hockey sobre hielo en Estados Unidos a otro nivel, no dudé en aceptarlo. Este era mi séptimo año en el equipo que me había visto crecer y mi segundo año de que nos patearan el trasero. Nadie podía enterarse de que había vuelto a consumir o eso significaría mi exclusión del equipo de por vida.

Tenía la teoría de que el entrenador Turner era un exmilitar al que le encanta actuar de tirano. No tenía evidencia alguna, pero tampoco dudas. En ocasiones, cuando me gritaba que me esforzara más, juraba que las ganas de mandarlo a tomar por culo me consumían por dentro. Pero sabía que tenía que mantener la calma y mantener mi secreto a salvo, así que me tragaba el orgullo y asentía ante sus palabras.

El entrenador Turner me observó durante un momento más antes de asentir con la cabeza y apartarse para dar inicio al entrenamiento. El hielo se llenó de acción, los compañeros de equipo estaban pasando el puck y practicando tiros a la portería.

Turner fue un jugador estrella de hockey sobre hielo en sus mayores días de gloria. Incluso ahora, a pesar de haber pasado años de aquello, sus movimientos eran precisos y se movía aún con la rodilla destrozada. Su cabello oscuros con indicios de canas siempre estaba echado para atrás. Vestía con un chándal y siempre llevaba un cuaderno en el que apuntaba las estrategias y lo que teníamos que mejorar. Según Tyler, en ese cuaderno era donde apuntaba quién tenía el mejor culo del equipo.

Los rumores corrieron cuando no participó en el mundial del noventa y cinco. Decían que se había emborrachado tanto que tuvo un accidente que acabó con su carrera, dejándole la rodilla destrozada. Quizá por esa razón era tan exigente en cuanto a nuestro comportamiento.

Vuelvo a quitarme el casco y me limpió las gotas de sudor de la frente con dorso de la mano. Un aplauso solitario resuena en la pista de hielo y observo a Julie. Siento el corazón agitado y el cuerpo como una gelatina.

—¿Vas a lograr hacer bien un bloqueo de tiro^[3]?

Lo mío nunca había sido el bloqueo y Turner lo sabía. Me estaba amargando la existencia, incluso me había caído en más de una ocasión al intentar hacerlo. Jackson o Tyler podían ejecutarlo perfectamente, pero yo no, por lo menos de momento. Era ridículo aferrarse al orgullo y convencer a todos Birmingham de que era un maldito jugador estrella que sabía hacer de todo. Era incluso más estúpido cuando se trataba de mí.

—Lo estoy intentado, entrenador dije con la mayor convicción posible—. Estoy en ello.

No, no lo estaba haciendo, pero era una mentira inofensiva que no hacía daño a nadie... salvo a mí.

—Entrenador Turner, está a punto de conseguirlo —intervino Tyler—. Solo necesita un poco más de tiempo.

El equipo se levantó en acuerdo a lo que Tyler, el capitán de equipo, dijo. Me abrumaba el que todos me apoyaran. Era bueno que estuvieran de mi lado.

—¿Más tiempo? —inquirió él.

—Es eso o me dopo, entrenador. Cuando era más pequeño, mi cuerpo no pesaba lo que ahora. Era más rápido y ágil. Necesito tiempo para desarrollar esa habilidad —alegué.

El entrenador murmuró algo inaudible y nos hizo señas, indicándonos que el entrenamiento había finalizado.

—Os veré mañana en el partido y os quiero a todos aquí a las seis de la tarde. ¿Entendido?

Mierda, eso era demasiado pronto.

—Sí, entrenador —dijeron todos al unísono.

Jackson estaba mirando su teléfono, esperándonos a Tyler y a mí junto a Julie. Salimos finalmente del vestuario y Tyler le dio un beso a Julie.

—Os dije que Turner hoy iba a estar insoportable —les dije cuando salimos a la calle.

—Siempre lo está cuando hay partido. —Jackson puso los ojos en blanco, pero una sonrisa curva sus labios.

—¿Y a ti qué te pasa? —le preguntó Tyler, pegándole con la mochila de entrenar.

Me eché la mochila al hombro y salimos fuera del recinto. Jackson se guardó el móvil en el bolsillo y se encogió de hombros.

—La semana que viene tengo una cita con Emma —murmuró.

Julie soltó una exclamación y Tyler le palmeó la espalda. Gruñí por lo bajo y me guardé las

manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Me ha dicho que a su padre le han ofrecido un mejor puesto y que estará mucho tiempo fuera de casa. Parece ser que es bastante estrictos.

Julie asintió.

—Sí, a Zoey y a mí nos comentó que era de ese estilo de padres.

La noticia de la cita de Jackson con Emma hizo que todos nos olvidáramos momentáneamente de las tensiones del entrenamiento. Julie estaba emocionada por su amiga, Tyler le estaba dando palmadas en la espalda a Jackson y yo intentaba disimular mi enojo. Aunque no quería admitirlo, me sentía un poco celoso de que Jackson tuviera una cita con Emma.

—Jackson, tienes que contarnos todos los detalles después de tu cita —dijo Julie con una sonrisa traviesa.

Jackson asintió con una sonrisa nerviosa. A pesar de su apariencia segura de sí mismo en el campo, a veces era bastante tímido cuando se trataba de asuntos del corazón. Siguieron hablando mientras rebuscaba las llaves de mi casa en el bolsillo.

—¿Y tú qué vas a hacer esta noche? —me preguntó Tyler.

Había perdido la noción de la conversación y no tenía ni la menor idea de qué estaban hablando.

—¿Yo? Follar.

Jackson se echó a reír, pero Julie hizo una mueca de asco.

—Puaj, que asco, Ethan. ¿Vas a tirarte a Chloe otra vez? —musitó Julie.

—¿Y a ti te importa a quién me tire? —La advertí con la mirada, pero Tyler me paró los pies.

—No es para que te pongas así con ella, Ethan. —Su rostro estaba serio—. Julie no lo ha dicho a malas.

—Pues que no se meta dónde no la llaman —sonreí con ironía.

Quise adelantarme, pero Jackson me agarró del brazo y me paró en seco.

—Llevas unas semanas inaguantable, tío. ¿Qué cojones te pasa? Ni Tyler ni yo somos tontos. Sabemos por qué vas a ver a Chloe. Te la tiras y luego te metes cualquier mierda para sentirte mejor —disintió, mirándome con reproche—. ¿Qué te ocurre, Ethan?

Me zafé de su agarre y pasé por su lado.

No estaba mintiendo sobre lo de meterme cualquier mierda después de follarme a Chloe. Ella trabajaba los fines de semana en un garito y conocía al camello que distribuía. Mis amigos encontraban eso hilarante y ridículo. Pero ellos no entendían lo que era no dormir en días y querer desaparecer en cualquier momento. Cuando me metía, sentía que todo iba bien y que los recuerdos se desvanecían.

—Nos vemos mañana en el partido.

Entré al edificio y subí por las escaleras. No hizo falta que metiera las llaves en la cerradura, Treton me abrió. Llevaba un delantal y parecía apurado. Dejé la mochila en el suelo y olfateé el ambiente.

—¿Qué se está quemando? —le pregunté.

—¡Mierda, el pollo! —Treton salió corriendo hacia la cocina. Lo seguí de cerca y me quedé, apoyado en el umbral de la puerta, viendo como intentaba arreglar el estropicio que había hecho en la cocina. Me eché a reír a carcajadas cuando sacó el pollo del horno—. No te rías y dame ese paño.

Se lo pasé e intenté que el humo se disipara.

—Eres un puto desastre, Treton.

Sacó el pollo del horno y lo dejó en una tabla de madera.

—¿Qué se supone que celebramos hoy? —le pregunté.

Treton le echó una salsa al pollo y se encogió de hombros.

—A papá le han ascendido, ¿no lo sabías? Solo quería hacerle algo especial.

Treton tenía cinco años más que yo y, a pesar de estar ya trabajando, seguía en casa porque el muy gilipollas había perdido a Maia, su novia. No sabía la historia al cien por cien porque Treton no hablaba mucho de eso, pero un día apareció en casa con las maletas y una cara de pena que nos persiguió a papá y a mí durante varias semanas. Solo nos dijo que Maia y él habían roto.

—No sabía que a papá lo habían ascendido —alegué.

Treton chasqueó la lengua.

—Eso es porque... —se calló de inmediato—. Nada, déjalo. Lo importante es que esta noche estás aquí. Pon la mesa antes de que venga papá.

Saqué los cubiertos del cajón y los platos de armario.

—Papá pensaba que le iban a dar el puesto a Sullivan. El muy hijo de puta ha tenido que lamer muchas pollas para llegar dónde está. —Soltó.

Puse la mesa y saqué dos cervezas.

—Pero han sabido elegir, es muy bueno en su trabajo.

Cuando papá vino, se emocionó al ver la cena preparada. Por un momento, sentí que volvíamos a ser una familia, aunque fuera los tres solos... sin mamá y sin Caroline. El vacío que dejó en mí la muerte de mi hermana no se comparó cuando mi madre se fue de casa. necesitaba a mi madre y no podía evitar pensar en ello mientras compartíamos esa cena especial. Papá nos contó más sobre su ascenso y cómo estaba emocionado por las nuevas responsabilidades que le esperaban en el trabajo. Treton y yo lo escuchábamos atentamente, tratando de alegrarnos por él, aunque en el fondo la ausencia de mamá pesaba como una sombra sobre la mesa.

Después de cenar, nos sentamos en la sala de estar. Papá encendió la televisión, pero ninguno de nosotros estaba realmente prestando atención. Finalmente, Treton rompió el incómodo silencio que se había instalado.

—Ethan, ¿por qué no te quedas? Podríamos quedarnos los tres, como en los viejos tiempos.

Me sentí tentado a aceptar la invitación de Treton. Extrañaba la sensación de tener a mi familia reunida, pero la idea de quedarme se desvaneció.

—Gracias, Treton, pero tengo cosas que hacer. He quedado.

—No vuelvas muy tarde, ¿vale? —me dijo papá.

Asentí y me fui en dirección al club dónde trabajaba Chloe.



Las luces danzaban por el Éter Club como un caleidoscopio hipnótico, pintando el ambiente con colores vibrantes y destellos brillantes. Las paredes estaban revestidas de paneles reflectantes que multiplicaban el efecto, creando una ilusión de infinitos reflejos luminosos que se perdían en el horizonte. El suelo, de un pulido negro como el ébano, reflejaba las luces y hacía que cada paso pareciera un baile improvisado.

El DJ, oculto en una cabina elevada, estaba rodeado de una cascada de luces LED que seguían el ritmo de la música, mientras sus manos se movían hábilmente sobre los platos y las mezcladoras. El sonido potente y envolvente llenaba cada rincón del club, vibrando en el pecho de los asistentes y haciéndolos sentir la música en cada célula de su cuerpo.

El Éter Club tenía una pista de baile central, donde la multitud se movía al ritmo de la música

electrónica, mezclando estilos que iban desde el techno más frenético hasta el trance más etéreo. La energía era palpable, y los cuerpos se movían en una coreografía de luces y sombras, creando un espectáculo visual fascinante.

Alrededor de la pista de baile, había cómodos sofás y áreas VIP donde los clientes podían descansar y disfrutar de sus bebidas. Ahí me encontraba yo. Las mesas estaban decoradas con velas y centros de mesa que añadían un toque de elegancia al ambiente. Los camareros, vestidos con trajes negros elegantes, circulaban entre la multitud llevando bandejas de cócteles y botellas de champán.

En una esquina del club, se encontraba un bar iluminado por luces de neón que emitían un resplandor sutil sobre las botellas de licores premium y coctelería creativa. Los mixólogos trabajaban con destreza, creando cócteles únicos que eran verdaderas obras de arte líquidas.

El Éter Club no solo ofrecía música y bebidas excepcionales, sino también una experiencia visual impresionante. En las paredes, pantallas gigantes proyectaban visuales psicodélicos que se sincronizaban con la música, sumergiendo a los asistentes en un mundo de formas abstractas y colores cambiantes.

La noche avanzaba y la energía del Éter Club se intensificaba. La pista de baile estaba llena, pero mi mirada recayó en el polvo que Francis estaba separando con su tarjeta de crédito. Me limpié la nariz y sentí como el mundo me sonreía. Me eché a reír y dejé que Chloe me manoseara la entrepierna. La polla se me puso dura de inmediato.

—¿Por qué no vamos a un sitio más privado? —ronroneó ella en mi oído.

Se sentó a horcajadas sobre mí y comenzó a darme besos por el cuello. En mi estado, solo deseaba disfrutar. Me levanté y fuimos al almacén, era nuestro lugar de encuentro.

Ella cerró la puerta con la llave que tenía colgada del cuello y no dudó ni un segundo en quitarse las bragas y lanzarme hacia la pared. Me bajó los pantalones y me la chupó hasta estar a punto de correrme en su boca. Jadeé cuando su lengua jugó con la punta de mi miembro.

—¿Ves cómo hacemos una pareja perfecta, Ethan? —susurró en mi oído.

Chloe se quitó el vestido, dándome una vista al completo de su cuerpo. Era una chica muy bella y voluptuosa.

—Ya te he dicho que no quiero parejas —le dije, metiendo uno de mis dedos dentro de su coño—. Estás muy húmeda.

Jadeó cuando lo saqué.

—Es así cómo me pones —siseó.

La puse contra la pared y me aseguré de ponerme bien el condón. No iba tan drogado como para no recordar que llevaba uno en la cartera. Sin preámbulos, se la metí. Mi polla se deslizó dentro de su cuerpo hasta hacerla gemir.

Chloe se puso de puntillas y dejó que la penetrara hasta el cansancio. En aquel momento, en el frenesí, no había pesadillas ni dolores. Disfruté de cada embestida, de cada jadeo y de cada “sigue así, no pares”.

Todo era perfecto... o eso pensaba.

CAPÍTULO 12

EMMA DAVIS

Cuando el despertador sonó, me desperté con una extraña sensación de tranquilidad. Milo todavía seguía acurrucado en una esquina de la cama cuando me levanté para observar a través de la ventana como mi padre se iba en su coche.

Se iba...

Una sonrisa curvó mis labios y fui hacia la puerta con decisión. La abrí con la llave y bajé las escaleras de dos en dos. Me encontré a mamá cerrándola. No hubo palabras, pero sí un significativo intercambio de miradas.

—Te he hecho tortitas para desayunar —me dijo, guiñándome un ojo.

Mamá solo hacía tortitas cuando la ocasión lo merecía y esta era una de esas veces. Me senté en el taburete de la encimera y mamá me puso el plato delante con una cantidad de sirope desmesurada.

—Come.

Corté un trozo y me lo llevé a la boca. Mamá se puso a fregar los cacharros mientras tardaba el spot de un anuncio que estaban dando en la televisión.

—¿Cuándo volverá? —le pregunté con cautela.

—Dentro de un mes. —Mi madre no se giró para responderme.

Un mes, treinta días para disfrutar de la tranquilidad de una casa. Con el anuncio en segundo plano, mi mente comenzó a dar vueltas a todas las cosas que podría hacer en un mes sin la presencia de mi padre. Decidí que era hora de cambiar algunas cosas en mi vida. Entre ellas, salir con Jackson.

Después de terminar las tortitas, me levanté de la encimera y le di un abrazo a mamá.

—Gracias por las tortitas, mamá. Y gracias por mantenerme al tanto —le dije, refiriéndome a la fecha de regreso de mi padre.

Esa mañana, me sumergí en la idea de la libertad temporal. Tenía que disfrutar ese mes como si fuera el último de mi vida. Pero sobre todo tenía que buscar una salida.

Me tiré a la cama y tomé aire, era como si hasta el olor típico que tenía la casa hubiera cambiado.

—Milo, tenemos que aprovechar este mes. —El cachorro levantó las orejas y me miró ladeando la cabeza—. No me mires así, que sé que me entiendes perfecta...

Mi móvil vibró en la mesita de noche. Lo agarré y sonreí cuando vi que era un mensaje de Julie.

Julie: ¡Ánimo, chicos! Que hoy es vuestro día

Me reí por lo bajo ante su incipiente entusiasmo.

Julie: Estaremos las tres ahí, animándoos. ¿A qué sí, chicas?

Zoey: Claro, yo he comparado hasta pompones XF

Tyler: ¿Te vas a poner también faldita, Julie? *—*

Julie: Solo si tú quieres, cariño

Me eché a reír a carcajadas, estaban demasiado salidos.

Emma: Un poco de respeto, que hay niñas delante

La primera en responder fue Julie. Era un verdadero torbellino de energía y carisma en la vida de todos los que la conocían. Con su pelo oscuro y ojos chispeantes, Julie tenía una belleza natural que destacaba sin esfuerzo. Sin embargo, lo que la hacía realmente especial era su personalidad única y vibrante.

Desde el momento en que entraba en una habitación, Julie desbordaba vitalidad. Su risa era como un contagioso estallido de alegría que llenaba el aire y arrancaba sonrisas a todos a su alrededor. No había lugar para la melancolía cuando Julie estaba presente.

Era una conversadora nata, capaz de mantener a todos cautivados con sus historias animadas y su capacidad para encontrar algo interesante en cualquier tema. Sus palabras fluían con facilidad y entusiasmo, y su elocuencia la hacía brillar en cualquier conversación.

Pero lo que realmente convertía a Julie en un tesoro entre amigos era su sentido del humor. Era la reina de las ocurrencias y tenía una capacidad innata para encontrar el lado gracioso de cualquier situación. Sus chistes y bromas eran un bálsamo para el alma, y pasaba sus días haciendo reír a todos los que tenía cerca.

Julie: Yo lo que veo es una zorra que tiene más tetas que cabeza XD

Seleccioné su mensaje y le respondí, sintiendo como se me saltaban las lágrimas de la misma risa.

Emma: Siempre sabes cómo hacerme reír, incluso cuando no intentas ser graciosa.

Los audios comenzaron a llegar en docenas. Jackson mandó uno en el que no podía siquiera hablar porque se estaba riendo, Tyler le respondió de la misma manera y Zoey envió un sticker.

Julie: Diablos, señorita, esa no me la esperaba XD

Dejé el móvil tirado en la cama mientras me vestía y, luego, me fui con Milo a la calle. Necesitaba salir y respirar el aire fresco de octubre con Milo a mi lado, fiel como siempre. La brisa otoñal acariciaba mi rostro mientras caminábamos por las tranquilas calles del vecindario. Era como si el mundo entero estuviera tomando un respiro junto conmigo.

Mis pensamientos seguían girando en torno a las posibilidades que se abrían durante ese mes de libertad temporal. Sabía que tenía que aprovecharlo al máximo, y una de las decisiones que tomé fue darle una oportunidad a Jackson. Era un buen momento para cambiar las cosas en mi vida amorosa... o comenzar con ella.

El vibrar de mi teléfono rompió toda conexión con mis pensamientos, y al ver el mensaje de

Julie, no pude evitar sonreír ante su entusiasmo. Ella siempre sabía cómo llenar de energía a cualquiera a su alrededor. Además, se notaba a leguas que estaba coladita por Tyler y que le hacía muchísima ilusión ir a verlo a un partido siendo su novia.

Las bromas entre Julie, Zoey y Tyler continuaron, y mi risa se unió a la suya mientras leía los mensajes. Eran como un soplo de aire fresco en mi día, y no podía esperar para reunirme con ellas en el partido de hockey.

Decidí dejar el chat por un y seguir disfrutando de la tranquila caminata con Milo mientras me sumergía en la melodía de Viva la vida de Coldplay. La compañía de mi cachorro era reconfortante. Sin embargo, mientras lo acariciaba, alguien pasó por mi lado. La persona iba con la capucha puesta y se le cayó un paquete de tabaco del bolsillo. Lo agarré y me levanté.

—Oye, perdona, se te ha caído esto —le grité, pues iba muy apresurada.

Paró en seco y me miró por encima del hombro. Me quedé parada al ver que era Ethan... y no tenía buena cara. Me acerqué y le di el paquete de tabaco con una mueca en los labios. No tenía ni idea de que le había pasado conmigo, pero quizá eso fuera lo mejor. Ethan estaba convirtiéndose en una persona peligrosa y actuaba como si tuviera un cartel luminoso en la frente que dijera: no te me acerques. Jackson y Tyler habían expresado su preocupación por él en más de una ocasión mientras nos tomábamos un café en la cafetería de la universidad. Pero verlo de aquella manera hizo que me estremeciera. Parecía demacrado, consumido. Era como si necesitara ayuda.

Agarró el paquete de tabaco y se lo guardó en el bolsillo de nuevo.

—Gracias —murmuró, comenzando a caminar.

Titubeé en sí decirle algo o no, pero cuando me decidí a hacerlo, ya era demasiado tarde. Ethan había desaparecido por la esquina de la calle.

Algo no iba bien.

CAPÍTULO 13

ETHAN ANDERSON

La persona a mi lado estaba profundamente dormida, roncaba haciendo bastante ruido y tenía una de sus manos muy cerca de mi pene mientras que la otra me rodeaba la cintura. Se la retiro y examino su cara: era Chloe, tenía el maquillaje corrido y el pelo muy revuelto. Incluso llevaba la uña rota, consecuencia de nuestro encuentro en el almacén del club. Sus dedos vestían todavía los anillos y las muñecas las pulseras que se había puesto para trabajar, porque siempre iba demostrando que valoraba su estilo personal incluso en las situaciones más inesperadas. Sin embargo, al lado de Chloe había otro tío, también durmiendo en un estado de ebriedad profunda. ¿Quién demonios era ese tío y qué hacía con nosotros? La situación era más extraña de lo que jamás hubiera imaginado. Me encontraba en una cama, en algún lugar desconocido que suponía que era la casa de Chloe. Traté de recordar cómo habíamos llegado aquí, pero mi mente estaba borrosa. La cabeza me dolía muchísimo. En la mesita de noche había restos de la cocaína que nos metimos anoche, de eso sí me acordaba bien.

El cabello rubio y largo por las extensiones caía en cascada por la almohada. Todavía olía a alcohol y tabaco, incluso apestaba a algo amargo que suponía que era la cocaína.

No debería haber ido al Éter Club, pero Chloe me había persuadido como el idiota que era y todo por unos míseros miligramos. Por mucho que me gustaran este estilo de reuniones, sentía que no había nada mejor que llegar a casa tranquilo y sin el reconcome de lo que había hecho.

La parte más sensata de mi cerebro, esa que llevaba acallando desde hacía varias semanas, me decía que diera media vuelta y que no mirara atrás. Pero había otra parte que me gritaba que si no lo hacía los recuerdos acabarían conmigo. No me gustaba el Ethan drogado, pero tampoco el que era ahora.

—Joder, ¿puedes dejar ya de moverte? —El desconocido jadeó—. ¿No ves que estoy durmiendo? Vete a otra parte a molestar.

Chloe se removió y abrió un ojo. Miró al desconocido y sonrió sin enseñar los dientes. Le dio un beso y se giró hacia mí.

—Vamos —me susurró, levantándose de la cama completamente desnuda.

Salí de la cama y me vestí mientras que Chloe solo se puso unas bragas y una camiseta de manga corta que le venía a modo de vestido.

Cerró la puerta de la habitación con cuidado de no hacer ruido y me llevó hasta la cocina. El piso era pequeño, pero tenía cierto encanto. El pequeño piso de una habitación, típico de la zona de Alabama, estaba ubicado en un edificio antiguo de ladrillos rojos en el corazón de la ciudad. Al entrar, te recibía un pasillo estrecho y oscuro, con un suelo de madera gastada que crujía bajo cada paso. El pasillo llevaba directamente a la sala de estar, que también funcionaba como comedor y área de entretenimiento.

La sala de estar era un espacio acogedor pero compacto, con una ventana grande que dejaba entrar la luz del día y ofrecía una vista pintoresca de la bulliciosa calle de la ciudad. Un pequeño sofá en un rincón, con cojines gastados pero cómodos, era el lugar perfecto para descansar después de un largo día. Frente al sofá, una pequeña mesa de centro sostenía libros apilados de la universidad y una taza de café olvidada.

Junto a la ventana, se encontraba una pequeña mesa de comedor con dos sillas igualmente pequeña. Un estante de libros se extendía a lo largo de una de las paredes. Una alfombra

desgastada en el suelo añadía un toque de calidez a la habitación y ocultaba algunos de los defectos del suelo de madera.

La cocina, en un rincón de la sala de estar, era un espacio cerrado pero funcional. Los gabinetes de madera oscura y las encimeras de granito contrastaban con las paredes blancas y los electrodomésticos de acero inoxidable. Un pequeño pasillo conducía al baño, donde una bañera con cortina de ducha y azulejos blancos ofrecía un lugar para relajarse y refrescarse.

La habitación en sí era un refugio tranquilo, con una cama doble en el centro, rodeada de sábanas blancas y almohadas mullidas. Un pequeño armario daba espacio para la ropa, aunque era evidente que era limitado. Una lámpara de noche proporcionaba una luz suave para la noche.

A pesar de su tamaño modesto, el pequeño piso irradiaba un encanto acogedor y nostálgico. Era un reflejo de la vida en la ciudad, de Chloe, donde la comodidad y la simplicidad se valoraban por encima de la ostentación.

—¿Quieres un café? —me preguntó, yendo hacia cafetera.

Asentí y me senté en la pequeña silla, esperando que Chloe que me sirviera una taza bien cargada. Dejó también una pastilla. La miré con el ceño fruncido.

—No me mires así, es un analgésico. ¿Crees que voy a darte algo más para meterte? ¿Anoche no fue suficiente para ti?

Ella se sentó delante de mí y le dio un sorbo a la taza. El café humeaba, sentía la boca seca y deseaba poder llevármelo ya a los labios para que la sensación de sequedad desapareciera. Chloe tenía una mirada penetrante, como si estuviera tratando de descifrar cada pensamiento que cruzara mi mente.

—¿Qué demonios hago en tu casa? —inquirí sin andarme con rodeos.

La rubia resopló y me miró con una ceja enarcada.

—¿No te acuerdas de nada? —Negué—. No me extraña, te metiste demasiado y la metiste demasiado.

Oh, mierda. Recé para lo que se me estaba pasando por la cabeza.

—Solo dime que no me he follado a ese tío —le rogué.

Chloe se echó a reír.

—No te lo has tirado, ni él te ha hecho nada, pero anoche hicimos un trío. Me distéis bien duro, Ethan —me guiñó un ojo.

Chloe se veía muy tranquila cuando salíamos de la cúspide de apariencias que era la universidad. No quería que nadie supiera que sus padres no se hacían cargo de ella y que tuvo que buscarse la vida desde los dieciséis años, que fue cuando su abuela falleció. La pobre acabó trabajando en el Éter Club y las situaciones diarias la llevaron a lo mismo que a mí: a consumir drogas.

Pude, al fin, beber un poco de café y aclarar más los recuerdos borrosos de la noche anterior.

—¿En qué piensas tanto, Ethan? —me preguntó en un susurro. Me encogí de hombros y le di vueltas al café con la cucharilla—. Oh, vamos, estás en mi casa, ¿sabes? Podrías al menos ser un poco más amable y contarme qué te está rondando la puta cabeza. he dejado que me folles el culo, Ethan. Me lo debes.

Chloe Evans la personificación de todo lo que estaba mal en mi vida, pero que, en cambio, era experto en la materia. La experiencia a través de los años desde que Caroline se fue ha hecho que conozca bastante bien el tipo de mujer que es Chloe, aunque a ella le había acabado cogiendo un poco de cariño.

—Sabes que no me gusta hablar de lo que me pasa —la advertí con la mirada.

La primera regla que interpusé entre Chloe y yo fue que no habría sentimientos. Solo era

diversión. Nos metíamos, echábamos algún que otro polvo y ya está. No pretendía hilar mi vida a la de Chloe, pero ella parecía no entenderlo.

—Y a mí sabes que no me gusta que me trates con indiferencia —respondió, levantándose de la mesa y llevando su taza al fregadero—. ¿Sabes, Ethan? Me gustas, mucho. Desde el primer día que entré en la universidad —confesó desde la cocina—. He intentado acercarme a ti de mil maneras diferentes. Incluso he intentado comprenderte. Sé que te gusto, sino no estarías aquí y no vendrías a buscarme. Pero yo quiero más contigo porque te quiero.

Me quedé estático. Estaba claro que Chloe me gustaba físicamente, me atraía. Pero saber que ella había desarrollado otro estilo de sentimientos hacia mí me asustaba.

Sacó de uno de los armarios de la cocina una bolsita de plástico con algunas pastillas dentro y me la lanzó.

—Sé que hoy tienes un partido importante y que quieres dar lo mejor de ti. Me he enterado de que el entrenador Turner te mete mucha presión. Son anfetaminas, si te tomas una... —se calló de inmediato, bajando la mirada—. Las he conseguido para ti. —Miré la bolsita y luego a ella—. Puedo encajar en tu vida, ¿sabes?

Puse los ojos en blanco y me levanté de la silla, siquiera me despedí de Chloe. Me guardé la bolsita en el bolsillo y me fui a casa.

Mientras caminaba, ya que no me había llevado el coche, me topé con Emma. El paquete de tabaco que llevaba en el bolsillo de la chaqueta se me había caído al suelo y ella estaba justo ahí, paseando a Milo. Podría haberme encontrado con cualquier persona, pero tuvo que ser ella.

Llegué a casa y no había absolutamente nadie. Papá me había dejado una nota en la nevera que leí con lentitud.

Treton y yo intentaremos ir a verte al partido. No te vayas sin comer y ni se te ocurra llegar tarde. Te queremos.

Arrugué el papel y lo tiré a la papelera de mi habitación. Me fui directo a la ducha, necesitaba dejarme caer el agua con urgencia. Luego, comí algo rápido y me tiré a la cama hasta que se hicieron las cinco de la tarde. Pero me levanté con el cuerpo pesado y con un dolor horrible de cabeza. Caminé con pesadez, como si en los pies llevara plomo, hacia el baño y me lavé la cara con agua fría. Al mirarme al espejo, vi un Ethan con ojeras y la cara demacrada. A duras penas me pude afeitar y el colirio hizo algo de efecto en los ojos. Si el entrenador Turner me veía mal, estaba seguro de que no me dejaría jugar. Y me lo debía a mí, se lo debía a Caroline.

«Tómame una pastilla, ¿qué puede pasar? Te las ha regalado Chloe con todo el amor del mundo y los regalos no se desperdician», me dijo mi reflejo.

Parpadeé con confusión, ¿de verdad me estaba hablando mi propio reflejo?

Palpé el bolsillo de la chaqueta y las saqué. Abrí la bolsita y tragué saliva con dureza. No, no podía...

«Claro que puedes, Ethan», mi reflejo sonrió con sorna. «¿Quieres que el entrenador Turner te aisle del equipo? ¿Quieres que te eche? Nadie va a notar que te has tomado una».

No podía permitir que me arrebataran lo único que me hacía parcialmente feliz, así que no lo pensé mucho y me tomé una. A los quince minutos sentí como mi energía subía hasta estar en un estado de euforia.

Jackson y Tyler pasaron a recogerme quince minutos antes de las seis. Bajé las escaleras del edificio de dos en dos y los saludé con efusividad, algo que les extrañó, pero que, por el contrario, no dijeron nada.

Llegamos a la pista de hielo justo a tiempo. El entrenador Turner nos dio una charla sobre el

juego y cómo debíamos afrontar las diferentes ofensivas. Nos recordó que ganar era solo el término de meses de duro entrenamiento y que, pasara lo que pasara, ya éramos unos vencedores.

—¡Hoy no solo representamos a nuestro equipo, sino a todo lo que significa la pasión, la dedicación y el espíritu indomable! En el campo, somos uno solo. Juntos, conquistaremos la victoria y dejaremos una huella imborrable en la historia. ¡Salgamos y hagamos que cada minuto cuente! ¡Somos invencibles cuando luchamos como uno solo! —exclamó el entrenador Turner—. ¡A por todos, Royal Polar Knights!

Empezamos a salir hacia la pista, pero antes me tomé otras dos pastillas con un poco de agua aprovechando que el entrenador estaba hablando con Tyler.

El estadio resonaba con la emoción de la multitud. Los Royal Polar Knights, el equipo más venerado de la ciudad, nos enfrentábamos a nuestro rival más formidable, los Royal Bulls, en un partido de hockey sobre hielo que habíamos estado esperando toda la temporada. La tensión en el aire era palpable mientras los jugadores calentábamos en el hielo, deslizándonos con gracia y poder.

Tyler miró hacia las gradas y le mandó un beso a Julie, que se encontraba con Zoey y Emma. Jackson saludó a Emma con la mano y le prometió un punto para ella. Era algo muy típico cuando alguno de los chicos se echaba novia, le dedicaban un punto, pero a mí me parecía un poco ridículo. O quizá era porque yo nunca había sentido un amor tan grande como para hacer algo así.

Irradiaba confianza, era mi momento. Pero hoy, bajo esa fachada de valentía, sentía que el corazón se me iba a salir del pecho. Había consumido tres anfetaminas antes del partido en un intento desesperado por aumentar mi energía y concentración. Me sentía nervioso y agitado, pero creía que las píldoras me ayudarían a mantenerme en la cima del juego.

El partido comenzó me lancé al hielo con ferocidad. Me movía con rapidez, driblando a los oponentes y haciendo jugadas audaces. Pero a medida que avanzaba el tiempo, las anfetaminas comenzaron a cobrar su precio. Mi corazón latía con fuerza, mi piel estaba pálida y tenía dificultades para mantener el equilibrio.

A pesar de la lucha interna que mantenía, seguí adelante. El partido estaba empatado, y la victoria estaba al alcance de mis manos. Los minutos finales fueron un torbellino de acción e, impulsado por la euforia artificial y la adrenalina, logré llegar al punto decisivo.

La multitud rugió de emoción cuando disparé el puck hacia la portería rival y lo clavé en el fondo de la red. Los Royal Polar Knights ganamos el partido. Celebramos en la pista mientras la multitud aplaudía y vitoreaba.

Las chicas bajaron y Julie abrazó a Tyler. Me quedé viendo como Jackson se acercaba a Emma y la cogía en brazos. Algo dentro de mí se removió y sentí como el corazón se me encogía. La victoria fue efímera.

Minutos después de la celebración, me tambaleé hacia los vestuarios porque comenzaba a sentirme peor y creía que bebiendo agua se me pasaría, pero me derrumbé en el baño de la pista de hockey. El corazón latía frenéticamente, y mis manos temblaban. Estaba aturdido y asustado. Solo. Y en lo único que pude pensar fue en Caroline. La vida me la estaba quitando, tal como yo lo hice con ella. Y allí, en el suelo y con la vista borrosa, sintiendo como la vida se me escapaba con mi último aliento, escuché la puerta abrirse con fuerza.

—Ethan, ¿qué has hecho? —susurró mientras lo sostenía en sus brazos—. ¡Un médico, por favor!

Me golpeó la cara con suavidad y me acogió en su sbrazos. Sabía que era Emma por la delicadeza con la que me cogía. Y su voz... me sentí feliz al saber que lo último que escucharía

sería su voz.

—No me dejes, Ethan.

CAPÍTULO 14

ETHAN ANDERSON

Fui absorbido por la oscuridad. Lo único que podía ver era una espesa capa de negro ciñéndose sobre mí. ¿Había muerto? ¿Estaría en el Limbo? ¿En el Infierno, quizá? Las preguntas retumbaban en mi mente como un eco distante, y no podía discernir si mi conciencia había trascendido a otro plano o si mi existencia se había desvanecido en la nebulosa de la sobredosis que me había arrastrado hasta aquí.

Los minutos se estiraban como si fueran eternidades en este lugar sin tiempo ni espacio definidos. Mis pensamientos empezaron a deslizarse hacia atrás, como hilos de memoria que se tejían en mi mente, revelando fragmentos de mi vida pasada. Recordé la risa de mi hermana Caroline, su cabello ondeando al viento mientras conducía ese fatídico noche.

La imagen del camionero que se quedó dormido al volante se dibujó en mi mente, un hombre atrapado en su propia somnolencia, sin culpa ni intención de causar dolor. Pero eso no aliviaba mi sensación de responsabilidad. Me atormentaba la idea de que, de alguna manera, había sido yo quien había matado a Caroline en el accidente de coche. Si no hubiera estado tan desesperado por llegar a tiempo a esa reunión familiar que no importaba en absoluto, tal vez todo sería diferente.

El remordimiento se apoderó de mí como una garra afilada, y me di cuenta de que no importaba si estaba en el Limbo, en el Infierno o en algún rincón olvidado de mi propia mente. La verdadera tortura era el peso de mi culpa. Me odiaba a mí mismo por mi negligencia, por mis decisiones egoístas y por la pérdida de la única persona que realmente me importaba en este mundo.

A medida que reflexionaba sobre mi vida, vi destellos de momentos felices, momentos en los que Caroline y yo compartíamos risas. Aquellos recuerdos eran como chispas de luz en la vasta oscuridad que me rodeaba, y me aferré a ellos con desesperación.

Una mano se puso en mi hombro antes de que tuviera la oportunidad de seguir pensando. Me di la vuelta y no pude evitar echarme a llorar cuando la vi delante de mí con su característica sonrisa socarrona, esa que habíamos heredado de mi padre.

—¿No vas a darle un abrazo a tu hermana? —me preguntó.

Y solo faltó un segundo para que la tomara entre mis brazos y me acurrucara en su hombro. Olía a la misma fragancia que usaba todas las mañanas para irse al instituto, una mezcla afrutada que me dio de lleno en la nariz.

—¿Qué haces aquí?

Era imposible que Caroline estuviera en el Infierno, ella era un ángel caído del cielo. Se echó el pelo para atrás, dejando que cayera por su espalda. Estaba igual que la última vez que la vi. Sus ojos verdes eran como dos esmeraldas resplandecientes que irradiaban calidez y ternura. Aquellos ojos eran una ventana a su alma, y siempre reflejaban una bondad inmensa.

Era alta, elegante y grácil en su postura, con una figura esbelta que destacaba su feminidad natural. Su piel era suave y de un tono pálido, como porcelana, que contrastaba con la melena oscura y sus ojos verdes, haciendo que su rostro resaltara como un lienzo angelical.

Las facciones de Caroline eran delicadas y armoniosas, como si hubieran sido esculpidas por las manos de un artista celestial. Su nariz era pequeña y recta, y sus labios rosados y suaves

siempre parecían a punto de esbozar una sonrisa. Su rostro estaba enmarcado por un par de pómulos suavemente definidos, y su mentón era delicadamente puntiagudo.

—La pregunta es qué haces tú aquí. No pensé que fueran tan cobarde, Ethan. —Me apartó de ella, tomándose por los hombros y me miró a los ojos—. ¿De verdad quieres ser así? ¿Quieres ponerte hasta el culo de cocaína cuando no puedas dormir por algo que no podrías haber impedido? Pensé que eras más valiente, hermano, y no un egoísta inconsciente que mezcla cualquier droga que se le pone delante.

Estaba enfadada, me observaba con un enojo incalculable. Pero lo que más me dolió era que estaba en lo cierto.

—No sé cómo, pero has llegado aquí —extendió sus brazos—, y eres el único que puede decidir si vivir o morir. Está en ti, Ethan.

Las voz de Emma comenzó a resonar como el eco. Oteé a todos lados, pero no la conseguía ver. Me pedía que me quedara con ella.

Caroline me señaló con uno de sus dedos y me escudriñó con la mirada.

—Este no es el Ethan que yo conocía, ¿en qué te has transformado?

Bajé la mirada a la vasta oscuridad.

—No lo sé, Caroline. Te echo tanto de menos... —murmuré, secándome las lágrimas con el dorso de la mano—. No puedo dormir, la noche del accidente se repite una y otra vez. Yo tuve la culpa.

Caroline chasqueó la lengua y se acercó a mí. Me metió una colleja que me hizo soltar una maldición.

—Eres idiota, Ethan. El accidente no fue culpa tuya.

—¡Tendría que haber estado más atento! —grité en su dirección—. ¡Tendría...!

Caroline se cruzó de brazos y enarcó una ceja en mi dirección.

—Basta ya, Ethan. Se acabó. Ahí arriba tienes a papá, a Treton, a tus amigos y a Emma preocupados por ti. Si no hubiera sido porque Emma te ha seguido al ver que no estabas bien, ahora mismo estaría remuerto. —De repente, caroline hizo que apareciera en su mano una manzana. Le dio un mordisco—. Me cae bien esa chica, pero tienes que admitir que has ido un cabrón con ella. Estábais comenzando a llevaros y vas tú y la cagas como siempre.

Caroline siguió comiéndose la manzana.

—No quería hacerle daño, se parece mucho a ti —le confesé.

—¡Oh, entonces era por eso! —exclamó—. Querías alejarla de ti porque te recordaba a mí. —Lo confesaba, esa había sido el principal motivo—. Pero hay algo más —canturreó—. Está con Jackson, ¿no es así? —Había dado en el blanco—. No pongas esa cara, no es malo admitir que una chica te gusta. Lo haces a diario con Chloe. Pero, claro, Emma es...

—Emma es Emma —respondí.

Caroline rio por lo bajo e hizo desaparecer la manzana de su mano. Se acercó a mí y me apretó el hombro.

—Date una oportunidad, Ethan. Tienes que ser feliz y buscar ayuda para superar lo que me ocurrió.

—Pero mi error te arrebató la vida —dije.

Quitó su mano de mi hombro y me dedicó una sonrisa encantadora. En la oscuridad total del Limbo, la voz de Emma resonó de nuevo.

—Ethan, ¿por qué no lo intentas, por qué no te das una oportunidad? —me propuso Caroline.

Entonces, en lo que parecía ser una cúpula ennegrecida, empezó a aparecer una brecha.

Levanté la cabeza para observar como la luz comenzaba a llegar en pequeñas astillas. Pero cuando me volví hacia Caroline, noté que estaba empezando a perder el color.

—Es momento de que vuelvas, Ethan. Y te aseguro que como no rehagas tu vida, me apareceré todos las noches en tu habitación para darte una patada en el trasero.

Sonreí antes de que la luz me cegara por completo. Caroline tenía razón, era el momento de comenzar a ver más allá de la culpa que me había atormentado durante tanto tiempo.

CAPÍTULO 15

EMMA DAVIS

El ruido de la lluvia golpeando contra la ventana era el único sonido que rompía el silencio en la sala de espera del hospital. Me sentía atrapada en este lugar, rodeada por las paredes frías y la penumbra. La noticia de la sobredosis de Ethan nos había sacudido a todos, y ahora, estábamos aquí, compartiendo un dolor que parecía insuperable.

Miré a mi alrededor y vi a Jackson, sentado en una silla junto a Tyler. Sus ojos estaban enrojecidos por el llanto, y sus manos temblaban mientras sostenía el móvil y miraba una foto de los dos juntos en un viaje de camping que habían hecho el verano pasado. Ethan y Jackson habían sido amigos desde la infancia, y ver a su amigo en ese estado lo estaba destrozando.

Tyler estaba de pie junto a la ventana, mirando fijamente la lluvia. Había sido el encargado de llamar al padre de Ethan y el segundo en ver lo que había ocurrido en los vestuarios, y la imagen de su amigo tirado en el suelo, pálido y con los labios azules, seguía atormentándolo. Se culpaba a sí mismo por no haber llegado antes, de no haber hecho algo al respecto.

Julie estaba sentada en una esquina de la habitación, abrazando sus rodillas contra su pecho. Podía ver las lágrimas que corrían por su rostro, aunque hacía todo lo posible por contenerlas. Solo quería que Ethan se recuperara a pesar de no tener una relación tan fluida con él.

Zoey estaba cerca de la puerta, mirando hacia el pasillo con una expresión de preocupación. Había estado investigando sobre las sobredosis y los efectos a largo plazo, tratando de encontrar alguna esperanza en medio de la desesperación. Pero no importaba cuántos artículos hubiera leído, la incertidumbre seguía pesando sobre nuestros hombros.

Me sentí impotente mientras observaba a mis amigos sufrir en silencio. Habíamos compartido tantos momentos felices juntos, pero ahora, enfrentaban la realidad de que la vida de Ethan pendía de un hilo. Las palabras de los médicos habían sido sombrías, y el futuro era incierto.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Me dirigí a la máquina de café que había en un lado de la sala y apreté el botón. Este no era para mí, sino para Jackson. Me acerqué a él con el café humeante en mi mano, me acuclillé a su lado y se lo di. Me lo agradeció con una mirada porque las palabras no le salían.

—No puedo creer que estemos en estas —susurró Tyler, dejando que su espalda chocara con la pared—. ¿Por qué lo ha hecho?

—No tenemos que pensar en porqué lo ha hecho, Tyler —intervine—. Lo que tenemos que hacer es pensar en que todo va a ir bien.

—Pero ¿y si no lo va? —preguntó Julie, levantándose y yendo hacia la ventana—. ¿Y si no sale bien, Emma?

Me relamí los labios y tragué saliva. Eso no era una posibilidad, debía salir bien.

—No lo sé, Zoey.

De repente, la puerta de la habitación se abrió, y un médico entró. Todos se pusieron de pie, esperando ansiosos noticias sobre la condición de Ethan.

El médico asintió con solemnidad y dijo: —Ethan ha sido estabilizado, pero su situación sigue siendo crítica. No podemos decir con certeza cuál será el resultado final, pero estamos haciendo todo lo posible por ayudarlo.

La vida, en su esencia, era frágil y efímera, un delicado equilibrio entre la existencia y la nada. A menudo, vivíamos nuestras vidas con la ilusión de la eternidad, como si el tiempo estuviera de nuestro lado. Pero la realidad más cruda se manifestaba en momentos como este, cuando nos dábamos cuenta de que la vida podía cambiar en cuestión de segundos, pendiendo de un hilo tan delgado que apenas podíamos percibirlo.

La muerte, a menudo temida y evitada, se convertía en un fantasma que se cernía cerca cuando la vida estaba en juego. Nos enfrentábamos a su sombra oscura, contemplando la posibilidad de que Ethan podría haber cruzado ese umbral sin retorno. Y mientras esperábamos noticias, el tiempo parecía haberse detenido, como si estuviéramos suspendidos en un estado de limbo, entre el alivio y la desesperación.

La fragilidad de la vida y la cercanía de la muerte nos obligaban a enfrentar nuestras propias vulnerabilidades, a cuestionar nuestras prioridades y a abrazar la compasión y el apoyo mutuo. Nos recordábamos a nosotros mismos que, en última instancia, éramos seres humanos, unidos por la experiencia compartida de la existencia.

El alivio momentáneo que sentimos todos fue eclipsado por la realidad de la situación. Observé a sus amigos y vi el miedo en sus ojos, pero también oteé determinación. Sabíamos que teníamos que apoyarnos a través de esta pesadilla, sin importar cuán oscuro fuera el camino que teníamos por delante.

La sala de espera del hospital estaba llena de un aire tenso y expectante cuando el padre de Ethan y su hermano, Treton, llegaron. Tyler, Jackson, Zoey y Julie se levantaron al verlos entrar, yo los seguí poco después. El rostro del padre de Ethan estaba pálido y marcado por la preocupación, mientras que Treton lucía afectado por la situación. Se abrazaron con Tyler y Jackson, compartiendo abrazos de consuelo en silencio.

—¿Se sabe algo? —preguntó Treton.

—Está crítico, pero estabilizado —respondió Jackson.

—Iré a hablar con el doctor. —El padre de Ethan se encaminó por el angosto pasillo y lo perdí de vista.

Me abracé cuando el frío azotó mi cuerpo, eran demasiadas horas aquí encerrada. Miré, entonces, por la ventana y cerré los ojos.

—¿Eres tú quién lo ha encontrado? —Pegué un brinco por el susto, pero al girarme vi al hermano de Ethan. Asentí—. Perdona, no quería asustarte —siseó, metiéndose las manos en los bolsillos de la chaqueta. Bajó la mirada al suelo—. No sé cómo darte las gracias, si no te hubieras dado cuenta...

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Sabía cómo acababa esa frase, sabía perfectamente que la oración que la seguía era: mi hermano estaría muerto.

—No tienes que darme las gracias de ninguna manera. Vi que Ethan estaba mal y hubo algo dentro de mí que me dijo que fuera a buscarlo —murmuré entre susurros.

El padre de Ethan volvió a la sala de espera y llamó a Treton. Con el ceño fruncido, se acercó a su padre. Intercambiaron algunas palabras y maldijo por lo bajo. Su semblante había cambiado.

—¿Sabíais que tomaba drogas? —Nos preguntó Treton con la mirada clavada en Tyler y Jackson.

—De vez en cuando se fumaba un porro, pero no teníamos ni idea de que había pasado a mayores. Las últimas semanas apenas hablaba con nosotros —le explicó Jackson—. Nos tendríamos que haber dado cuenta, tendríamos...

Me acerqué a él y le puse una mano en el hombro. Lo apreté con cariño y le sonreí sin enseñar los dientes. Jackson era demasiado bueno.

—Ahora lo importante es que se ponga bien. Nadie era capaz de imaginar que podría llegar a esto, no es culpa de nadie —dije.

Entonces, Jackson agarró mi mano y besó el dorso. Era un gesto de gratitud y apoyo que me tomó por sorpresa. Sentí el calor de su aliento en mi piel, y su mirada buscó la mía, como si quisiera transmitirme la fuerza que necesitábamos en ese momento.

Treton suspiró profundamente y asintió.

—Tienes razón. Lo más importante ahora es que Ethan se recupere. No podemos cambiar el pasado, pero podemos estar aquí para él en el presente.

Tyler asintió con tristeza.

—Y cuando se recupere, estaremos a su lado para ayudarlo a superar esto. A veces, las segundas oportunidades son un regalo inesperado que nos recuerda el valor de la vida.

Zoey, quien había estado investigando sobre las consecuencias de las sobredosis, intervino.

—Ethan tiene una larga recuperación por delante, pero con el apoyo de todos nosotros, puede superar esto. La adicción es una batalla difícil, pero no está solo en esto.

Finalmente, el padre de Ethan rompió el silencio.

—Gracias por estar aquí —dijo con voz temblorosa—. Ethan siempre hablaba de vosotros como una segunda familia.

Tyler asintió con solemnidad.

—Estamos aquí para apoyar a Ethan en todo lo que necesite. ¿Cómo está él? ¿te han dicho algo más, Billy?

El padre de Ethan respiró antes de responder.

—La situación es grave, pero los médicos están haciendo todo lo posible por mantenerlo estable. No podemos saber con certeza cuál será el resultado final, pero mantienen la esperanza de que se recupere.

Zoey asintió con comprensión.

—Nos tenemos que mantener positivos —dijo ella.

Billy se dejó caer en una silla y se echó el pelo canoso para atrás.

—Lamentamos no haber estado en el partido. No sabíamos que algo así iba a pasar. El trabajo nos tiene consumidos. —Se lamentó—. Tendría que haber estado con él, Treton.

—La verdad es que nadie esperaba que esto sucediera. Ethan estaba emocionado por el partido y estaba ansioso por que todos lo vieran jugar —murmuró Tyler—. Tuvimos que darnos cuenta de que algo andaba mal.

Julie se acercó con timidez a su padre.

—Yo... también lamento mucho lo que ha ocurrido. Si puedo hacer algo para ayudar, por favor, dímelo.

El padre de Ethan le ofreció una sonrisa a Julie.

—Gracias, Julie. Aprecio tus palabras. En este momento, lo más importante es el apoyo que le brindemos a Ethan.

Treton habló.

—¿Sabéis a quién se la compraba? Papá, tenemos que cazar a ese malnacido —instó, apretando los puños.

—Estoy de acuerdo, hijo —se levantó y caminó de un lado a otro—. Tenéis que decirme cualquier cosa que sepáis. La vida de mi hijo pende de un hilo y no voy a dejar que el hijo de puta que le pasaba la droga quede impune.

Zoey dirigió su mirada hacia mí y me hizo un ademán de cabeza para que lo cantara todo.

Suspiré y dirigí mi vista a Billy.

—Una vez lo vi en el parque cerca de mi casa mientras paseaba al perro. Un desconocido le dio una bolsita y se la guardó rápido. Pero no le vi la cara, Billy, lo siento —maldijo por lo bajo—. Supe que era Ethan porque se le cayó el paquete de tabaco cuando pasaba cerca de mí.

Tyler y Jackson decidieron hacer una serie de llamadas para intentar encontrar al contrabandista mientras que Billy y Treton tomaban cartas en el asunto con la policía. Decidí salir de allí, necesitaba tomar el aire y pensar con claridad porque la imagen de Ethan en mis brazos me rezumbaba en la cabeza.

Deambulé inquieta por el pasillo del hospital. La preocupación por Ethan me mantenía en vilo, y mientras paseaba nerviosamente, noté una figura familiar en una esquina, hablando por teléfono en voz baja. Era Chloe, la conocía porque la había visto varias veces con Ethan y sabía que era su... amiga.

Me acerqué para decirle que todos estaban en la sala de espera. Sin embargo, escuché su conversación.

—Sí, no necesitamos más de eso. ¿Qué? No, no sé si Ethan se va a recuperar, y esto es por tu culpa.

¿Su culpa? ¿Era posible que Chloe tuviera algo que ver con lo que le había pasado a Ethan?

—Robert, no me toques las narices, joder —murmuró Chloe con la voz temblorosa—. La vida de Ethan está pendiendo de un hilo y es por culpa de las anfetaminas que me diste para él —hubo un silencio sepulcral en ese instante—. ¿Yo? Yo solo quería que estuviera bien.

Mi corazón latía con fuerza en el pecho mientras escuchaba las palabras de Chloe. Era evidente que ella estaba en contacto con el proveedor de las anfetaminas que habían llevado a Ethan al hospital. La furia y la desesperación se mezclaron en mis pensamientos.

Sin pensarlo dos veces, avancé hacia Chloe y la confronté en voz alta tomándola por sorpresa. Le quité el móvil y lo tiré al suelo.

—¿Cómo te atreves?! ¿Cómo te atreves a hablar de esa manera mientras Ethan está luchando por su vida en esa habitación?!

Chloe se giró bruscamente, sorprendida por mi presencia. Sus ojos se ensancharon al ver la ira en mi rostro.

—¿Qué estás haciendo? ¡Era una conversación privada! —exclamó, haciendo el intento de agacharse para coger el móvil, pero se lo impedí.

Me acerqué aún más a ella, mi voz temblaba de rabia contenida.

—¡Ethan es nuestro amigo! Y tú, tú le diste esas malditas anfetaminas que lo llevaron a esto. ¿Cómo pudiste ser tan irresponsable, tan egoísta?

Chloe trató de mantener la compostura, pero sus ojos se llenaron de lágrimas.

La agarré y la estampé contra la pared, ella jadeó; quizá de dolor o de sorpresa.

—No sabía que esto iba a pasar. No era mi intención lastimar a Ethan. Yo le quiero.

—¿Le quieres? ¡¿Le quieres?! ¿Cómo puedes tener tanta cara de decir que le quieres cuándo has sido tú quien le ha dado esa mierda?!

Tyler, Jackson, Zoey y Julie, que habían estado esperando en la habitación de Ethan, se acercaron al escuchar la discusión. Tyler miró a Chloe con desprecio mientras me separaba de ella.

—Lo que hiciste fue extremadamente peligroso. Ethan está luchando por su vida debido a esa droga que le diste, Chloe. ¿Cómo has podido hacer algo así?

Chloe bajó la cabeza, incapaz de mirar a ninguno de ellos a los ojos.

—Sé que cometí un error terrible. Lo siento. No sabía que iba a llegar a esto.

Julie habló, dura.

—No importa cuánto lo sientas ahora. Lo que debes hacer es colaborar con la policía y contarles quién te vendió esa droga. Ethan necesita justicia.

Miré a Chloe con un último destello de enojo en los ojos antes de dar un paso atrás.

—Haz lo correcto, Chloe. Ayuda a Ethan, no solo sintiéndolo, sino tomando medidas para asegurarte de que esto no vuelva a suceder.

Chloe asintió con la cabeza, las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Lo haré. Lo prometo.

CAPÍTULO 16

EMMA DAVIS

Los días en el hospital habían sido largos y agotadores, pero finalmente, la condición de Ethan estaba mejorando. Las conversaciones con los médicos habían sido más alentadoras, y aunque el camino hacia la recuperación aún era largo, había esperanza en el horizonte. Me desperté aquella mañana fría de octubre con la noticia de que Ethan estaba bien. Había tenido mucha suerte. Jackson me había llamado a primera hora de la mañana para darme la noticia y habíamos quedado para tener nuestra ansiada cita. Necesitaba un respiro, y el pensamiento de pasar tiempo con él me reconfortaba.

Habíamos hablado de tener una cita desde hacía algún tiempo, pero siempre parecía haber algo más importante en nuestras vidas que nos lo impedía. Sin embargo, esta vez, estaba decidida a hacerlo realidad. Después de hacer algunos arreglos, le envié un mensaje a Jackson:

Emma: Hey, Jackson. ¿Qué te parece si tenemos esa cita que tanto hemos estado posponiendo? ¿Puedes encontrarte conmigo por la tarde?

La respuesta de Jackson llegó casi de inmediato, y estaba llena de entusiasmo:

Jackson: ¡Por supuesto! Estoy deseando verte. ¿Algún lugar en particular en mente?

Sonreí al ver la respuesta. Había elegido un lugar especial para nuestra cita. Le escribí:

Emma: ¿Qué te parece el Parque Railroad? Es un lugar hermoso, tranquilo y perfecto para pasar un buen rato juntos.

Jackson estuvo de acuerdo, y rápidamente quedamos en encontrarnos en el parque en unas horas.

Dejé el móvil en la mesita de noche de mi habitación, todavía con la toalla envolviendo mi cuerpo. Puse la música a toda pastilla, aprovechando la ausencia de mi padre. Abrí el armario y rebusqué entre la ropa. ¿Qué debía ponerme? ¿Qué era lo correcto para esta ocasión? Me había tomado por sorpresa mis ganas de retomar la relación que comenzaba a forjarse con Jackson. Me agradaba su compañía, era un chico estupendo. Y sentía que la Emma que se reflejaba en el espejo disentía mucho de la de hace unas semanas. Sobre todo después de lo de Ethan.

Creía que mi comprensión de la vida había cambiado radicalmente al verlo sin un atisbo vida en mis brazos. Los recuerdos del partido invadieron mi mente en un fuerte torrente y el momento en el que expiró su último aliento me desgarró. Los paramédicos que entraron poco después me dieron la enhorabuena, ya que estaba haciéndole un masaje cardíaco. Me sentí fuerte, como si mi vida hubiera sido una mísera mariposa que finalmente había emergido como un fénix de las cenizas. Las experiencias más intensas a veces revelan aspectos ocultos de nuestra propia fortaleza.

Después de un rato buscando entre la ropa, opté por un vestido sencillo pero elegante, uno que pensé que expresaba mi nueva perspectiva sobre la vida. Mientras me vestía, una mezcla de emociones revolvía mi interior.

—Sigo viéndote como mi niña pequeña —murmuró mamá apoyada en el marco de la puerta.

Desde que mi padre se había ido, el color había surgido de nuevo en su piel. Estaba divina, rebosante de felicidad; y eso me gustaba.

—Ya no soy una niña, mamá —le dije, mirándome al espejo y planchando la falda de mi vestido.

—Todo el mundo habla de lo que hiciste —mencionó—. Estoy muy orgullosa de ti, cielo.

Mamá se acercó y puso sus manos sobre mis hombros. Los apretó ligeramente y me miró a través del espejo. Su mirada reflejaba el orgullo de una hija que había encontrado su fortaleza en medio de la adversidad y había salvado a una persona.

—Gracias, mamá —respondí, sintiendo un nudo en la garganta por su apoyo inquebrantable. Sabía que mi madre había estado preocupada por mí desde la tragedia de Ethan, pero también sabía que había encontrado una nueva determinación en mi corazón.

Con una sonrisa amorosa, mamá me abrazó y luego se retiró para darme espacio para terminar de arreglarme. Cuando estuve lista, me miré al espejo y suspiré. El vestido elegido representaba la nueva Emma, una que había encontrado una fortaleza interior que no sabía que poseía.

Descendí las escaleras y mi madre me miró con cariño.

—Te ves hermosa, cariño. ¿Dónde vas esta noche?

Le di una sonrisa nerviosa mientras recogía mi bolso.

—Voy a salir con Jackson, mamá.

El rostro de mamá se iluminó con una sonrisa comprensiva.

—Eso es maravilloso, Emma. Estoy emocionada por ti. Solo recuerda ser tú misma y disfrutar de cada momento.

Asentí y le di un abrazo antes de salir de casa. El aire fresco de la tarde me envolvió mientras me dirigía hacia donde había quedado con Jackson.

Jackson me recibió con una sonrisa cálida cuando llegué, me estaba esperando y parecía muy nervioso. No podía evitar notar la forma en que sus ojos brillaban al mirarme. El lugar estaba bañado por la luz dorada del atardecer, y la brisa de la tarde llevaba consigo el aroma del otoño, mi estación favorita. Encontramos un rincón tranquilo y nos sentamos en un banco, compartiendo risas por la torpeza de Jackson.

—Emma, quiero que sepas que aprecio mucho tu amistad. Eres una persona increíble y he disfrutado mucho pasar tiempo contigo. —Se sinceró.

Mi corazón latía con fuerza mientras lo miraba a los ojos, tratando de leer sus sentimientos. Antes de que pudiera responder, Jackson continuó.

—Pero también quiero que sepas que siento algo más que amistad hacia ti. No sé si te has dado cuenta, pero desde hace un tiempo, no puedo dejar de pensar en ti. Eres especial, Emma.

Mi respiración se detuvo por un momento, y luego una sonrisa se extendió por mi rostro. Finalmente, las piezas encajaban. La nueva Emma, transformada por las experiencias recientes, estaba lista para seguir adelante y explorar lo que el futuro tenía reservado porque, a pesar de que no sentía un profundo amor por él, quería intentarlo.

—Jackson, yo también siento algo hacia ti —le confesé con una mezcla de emoción y alivio—. Estoy emocionada por descubrir a dónde nos llevará esto.

Jackson me sonrió y se acercó a mí hasta que nuestros rostros estuvieran a solo centímetros de distancia. Sus ojos brillaban, reflejando la emoción que ambos sentíamos en ese momento.

Sin pronunciar palabra, Jackson inclinó lentamente la cabeza, acercando sus labios a los míos con suavidad. El beso fue tierno, sin pretensiones; algo que me enterneció. Cuando finalmente

nos separamos, nos miramos a los ojos, con sonrisas en nuestros rostros. Era un comienzo, un paso hacia lo desconocido, pero estábamos dispuestos a enfrentarlo juntos. El atardecer dorado continuaba bañando el parque, y el aroma del otoño llenaba el aire, como una metáfora de nuestra nueva estación en la vida, llena de colores y promesas.

Jackson tomó mi mano y me levantó del banco. Me llevó hacia un puesto y pidió dos crepes de chocolate.

Estuvimos paseando toda la tarde hasta que se hizo de noche entre risas y besos tiernos. Me lo pasé demasiado bien con él. Fue un momento de paz, un soplo de aire fresco, mi primera cita. Pero todo se torció cuando el móvil de Jackson sonó y su rostro se ensombreció. Miró la pantalla y suspiró.

—Emma, lo siento mucho, pero Julie —dijo Jackson mientras contestaba la llamada.

Yo asentí con comprensión, sabiendo que cualquier cosa podría haber sucedido con Ethan. Jackson se alejó un poco para hablar en privado con su ella mientras yo me quedé sentada en un banco del parque, observando las estrellas que comenzaban a aparecer en el cielo nocturno.

Después de unos minutos, Jackson regresó con una expresión preocupada en el rostro.

—Emma, lo siento, pero mi Ethan está pasando por un momento difícil. Su padre, Billy, no puede dejar de trabajar y necesita cuidar de él. Ethan está luchando contra la adicción y está teniendo un fuerte síndrome de abstinencia. No sé qué hacer...

Mis ojos se llenaron de preocupación al escuchar la situación de Ethan. Sabía lo devastador que podía ser el proceso de desintoxicación. Sin pensarlo dos veces, me dirigí a Jackson: —Debemos ayudar. No puedo dejar que Ethan pase por esto solo. Vamos a estar allí para él y para Billy. No están solos en esto. Somos sus amigos, ¿no?

Jackson me miró con gratitud y asintió.

—Gracias, Emma. Eres increíble.

Tomó mi mano y me dio un suave beso en los labios.

—Vamos a hablar con Tyler, Julie y Zoey. Quizás podamos organizarnos para cuidar de Ethan por las tardes mientras su padre trabaja.

Juntos caminamos hacia la casa de Tyler donde se encontraban los demás. Todos estuvieron de acuerdo en ayudar, y comenzamos a coordinar un plan para turnarnos y cuidar de Ethan durante las tardes y algunas noches. Sabíamos que no sería fácil, pero estábamos dispuestos a hacer todo lo posible para ayudar a Ethan a superar esta difícil etapa de su vida.

—Entonces, ¿está todo claro? —preguntó Jackson mientras agarraba el borde de la mesa.

Todos asintieron.

—Yo trabajo varias tardes, al igual que Zoey, pero nos iremos turnando con Jackson —le sonreí y ella me devolvió la sonrisa—. Hacemos esto para ayudar a Ethan, recordadlo. Está teniendo el síndrome de abstinencia y es posible que nos encontremos con alguien muy diferente al que vemos todos los días.

Julie se levantó y se cruzó de brazos.

—Nos vamos a enfrentar a un Ethan con ansiedad, insomnio, fatiga e, incluso, descontrol entre otras cosas. Tiene que hidratarse muchísimo porque va a perder muchos líquidos con la sudoración y, sobre todo, no podemos dejar que salga de su casa; por lo menos todavía porque puede ir en busca de drogas —comentó Julie—. Tenemos que estar preparados. He hablado con Billy y Treton, ellos se turnarán por días para estar con Ethan de mañana y nosotros nos ocuparemos de él de tarde y algunas noches junto a Treton.

—Descansad este fin de semana, comenzamos el lunes —musitó Tyler—. Estad listos para todo, familia.

CAPÍTULO 17

ETHAN ANDERSON

Me desperté en una habitación de hospital, rodeado de luces fluorescentes parpadeantes y el zumbido constante de las máquinas. Al principio, todo parecía borroso, pero lentamente las formas y los sonidos comenzaron a tomar forma. Mi cabeza latía como si alguien estuviera tocando un tambor en mi cerebro. Parpadeé varias veces, tratando de entender dónde estaba.

—¿Ethan? —Una voz conocida rompió el silencio y giré mi cabeza hacia la fuente. Era mi hermano, Treton, sentado en una silla al lado de mi cama, con los ojos enrojecidos por el llanto —. ¡Ethan, estás despierto!

Mi garganta se sentía seca y ronca cuando intenté hablar.

—¿Qué... qué pasó?

Treton me explicó lo poco que sabía. Lo último que recordaba era estar en los vestuarios de la pista de hielo y caer desplomado al suelo. La oscuridad me engulló y, entonces la vi. Mi hermana, mi querida enana me había hablado en mi estado de inconciencia como si estuviera en un sueño profundo. Hablaba en susurros, como si estuviera al otro lado de un abismo insondable. Me decía que no debía tener miedo, que todo estaría bien, y que había algo importante que tenía que hacer.

Mientras mi mente se esforzaba por entender lo que Treton me estaba diciendo, empecé a recordar fragmentos de lo que había ocurrido antes de desmayarme. Había estado jugando el partido en la pista de hielo. Pero algo había salido mal. Había ingerido varias pastillas de anfetaminas y acabé en el vestuario, en el suelo, sintiendo un dolor agudo en el pecho antes de perder la conciencia.

—Papá está aquí —dijo Treton, mirando hacia la puerta—. Te ha estado esperando.

Mi corazón se aceleró mientras entraba mi padre, Billy. Tenía una expresión agotada en el rostro, como si hubiera estado llorando durante días. Me miró con ojos llenos de preocupación, pero también con una determinación implacable.

—Ethan, hijo —comenzó, sentándose a mi lado—. Necesito que me escuches. No puedes seguir culpándote a ti mismo por lo que pasó con Caroline. No fue tu culpa.

Las lágrimas inundaron mis ojos mientras asentía lentamente.

—Pero, papá, si no...

Billy me interrumpió.

—Lo que pasó, pasó porque el conductor del camión se quedó dormido al volante. Fue un accidente trágico, y no puedes llevar ese peso sobre tus hombros. Caroline era una persona maravillosa, y estoy seguro de que no querría que te sintieras así. No puedes seguir culpándote por eso, Ethan.

—Pero mamá dijo...

Billy sonrió de lado y la diversión titiló en sus ojos.

—A tu madre se la puede llevar el mismo demonio —susurró—. ¿Piensas que se fue por culpa tuya? —negó y chasqueó la lengua—. Tu madre se fue porque creyó que instigándote con su dolor, culpándote a ti por la muerte de Caroline, se sentiría mejor. Molly está mejor fuera de nuestra vida.

Cuando Caroline murió, mamá me echó la culpa. Me señaló con los ojos ennegrecidos por la cólera y me gritó delante de todo el personal médico que yo había sido el culpable de la muerte

de su pequeña hija. La calmaron, sí, pero la hostilidad continuó en casa hasta que, un día, papá dio un golpe en la mesa y le dijo que se fuera porque no iba a consentir que me hiciera algo así. Mi madre era el amor de su vida y vi cómo la luz de los ojos de mi padre se terminaba de esclarecer con su partida. Lo hizo por mí, por su hijo. Y ahora estaba de nuevo aquí, demostrándome que estoy por encima de todo.

Mis lágrimas seguían fluyendo, pero poco a poco empecé a comprender lo que mi padre estaba tratando de decirme. La culpa que había estado llevando durante tanto tiempo estaba nublando mi juicio y haciéndome daño.

Billy siguió hablando, tratando de consolarme y ayudarme a liberarme de la carga de la culpa. Me hizo entender que no era el responsable de su trágica muerte.

—Gracias, papá.



Las luces del hospital seguían parpadeando en la penumbra de la habitación. Mi padre dormía en una incómoda silla junto a mi cama. Treton y yo nos habíamos quedado despiertos, sumidos en una conversación que necesitábamos tener desde hacía tiempo.

—Treton, estoy tan arrepentido por todo esto —susurré, consciente de que no quería despertar a papá—. Por todo lo que te hice pasar a ti y a papá y por... lo que pasó con Caroline.

Treton asintió solemnemente.

—Sé que te has sentido culpable, Ethan. Y también he tenido mi parte de culpa en esto. No debería haberte dejado solo.

Recordaba la noche en la que me encontré en los vestuarios de la pista de hielo, cuando todo parecía estar perdido. Había llegado al punto más bajo de mi vida, y las drogas habían tomado el control. Pero entonces, apareció Emma.

—Hermano, ¿recuerdas a Emma? —pregunté con nostalgia, con una pequeña sonrisa cruzando mi rostro.

Treton asintió, con un brillo de reconocimiento en sus ojos.

—Claro, la chica que te, ¿verdad? —me preguntó—. Dicen que te estaba haciendo un masaje cardíaco y que gracias a su rápida actuación no te fuiste al otro barrio.

Asentí, recordando vívidamente el día en que Emma apareció como un ángel guardián en mi vida.

—Ella ha cambiado mi vida, Treton. Y yo la he tratado tan mal...

Treton miró hacia papá, asegurándose de que seguía durmiendo. Luego, se volvió hacia mí con una expresión de determinación.

—Ethan, tienes que prometerme algo.

—¿Qué, Treton? —pregunté con curiosidad, sabiendo que esta conversación era importante.

—Prométeme que no volverás a consumir drogas, que lucharás contra esa adicción con todas tus fuerzas. No solo por ti, sino también por Caroline y por todos nosotros —dijo con voz firme—. Tienes que prometérmelo, hermano.

Mis ojos se llenaron de lágrimas mientras miraba a mi hermano.

—Te lo prometo, Treton. Nunca más. Ya he perdido demasiado, y no quiero que nadie más sufra por mi culpa.

Treton asintió, y en ese momento, nuestros lazos de hermandad se fortalecieron aún más. Sabía que no sería un camino fácil, pero tenía a mi familia y a mis amigos a mi lado. La tenía a ella, a Emma. Juntos, podríamos superar las sombras del pasado y construir un futuro más

brillante. Y así, en la quietud de la habitación de hospital, sellamos nuestra promesa en la penumbra, siendo interrumpidos por un ronquido de papá que nos hizo reír por lo bajo.

Echaba de menos eso. Me sentía muy lejos de mi hermano, de mi ejemplo a seguir.

La vida podía ser una montaña rusa de experiencias y emociones, y a lo largo de mi corta vida, había descendido a las profundidades más oscuras y había tocado las alturas más brillantes. El viaje que me había llevado hasta aquí, a este momento de reflexión, había sido un torbellino de eventos que habían dejado cicatrices en mi alma, pero también habían encendido una llama de esperanza en mi corazón.

Hacía un tiempo, me perdí en un oscuro túnel de adicción, desesperación y culpa. Las drogas eran mi refugio, mi escape de la realidad, pero al mismo tiempo, me estaban destruyendo lentamente. Llegué a un punto en el que me sentía atrapado, sin salida, hasta que Emma apareció en mi vida. Ella fue mi rayo de luz en medio de la tormenta, una voz de razón en un mundo caótico. Me mostró que había algo más que las sombras en las que me había sumido. Que debía de seguir luchando.

La trágica pérdida de Caroline había sido el detonante de mi espiral descendente, y la culpa que llevaba dentro amenazaba con ahogarme. Pero mi familia, mi hermano Treton y mi padre Billy, nunca me abandonaron. A pesar de los errores que había cometido, siempre estuvieron allí, listos para darme una segunda oportunidad como ahora.

La conversación que había con Treton fue un punto de inflexión en mi vida. Prometí dejar atrás las drogas y luchar por mi recuperación, no solo por mí, sino por todos los que me rodeaban. La promesa que había hecho esa noche en la penumbra de la habitación de hospital se convirtió en mi faro de esperanza, mi guía en la oscuridad.

Ahora, mientras reflexionaba sobre mi pasado mientras que papá y Treton se echaban una cabezadita, entendía que todos cometemos errores y enfrentamos desafíos en la vida. Esos momentos oscuros podían ser difíciles de superar, pero también podía forjar nuestra fuerza. La vida nos ponía a prueba de maneras que a veces eran incomprensibles, pero cada experiencia, buena o mala, nos enseñaba algo valioso.

El camino hacia la recuperación y la redención era un proceso constante. No sería fácil, pero estaba dispuesto a seguir adelante, a aprender de mis errores y a construir un futuro mejor. Caroline siempre estará en mi corazón, recordándome la importancia de vivir una vida significativa y libre de las cadenas de la adicción.

La vida era frágil, y cada día era un regalo que no debía desperdiciarse.

La luz de la mañana se filtraba por la ventana de la habitación de hospital cuando vi a Chloe entrar sigilosamente. Mi corazón dio un vuelco al verla. No esperaba su visita, y no sabía cómo iba a reaccionar después de todo lo que había pasado. La relación que habíamos tenido había sido complicada, y ahora, con todo lo que había ocurrido, me sentía aún más confundido.

Chloe se acercó a mi cama con una expresión ansiosa en el rostro.

—Ethan, necesito hablar contigo —susurró mientras miraba hacia la puerta para asegurarse de que nadie la escuchara.

Mis emociones eran un torbellino mientras la miraba. Había sido Chloe quien me había proporcionado las anfetaminas que habían desencadenado mi estado y, en última instancia, habían llevado al accidente. Aunque estaba agradecido por su sinceridad en admitirlo, aún tenía dificultades para procesar todo.

—Chloe, no estoy seguro de si es el mejor momento para esto —respondí con cautela, mirando hacia la puerta donde mi padre dormía profundamente en la silla.

Ella asintió con comprensión.

—Lo sé, pero necesitaba verte. No podía dejar que tu padre interfiriera en esto. Tenemos que hablar, Ethan.

Suspiré y asentí. No podía evitar sentir una mezcla de ira y tristeza, pero también necesitaba respuestas.

—Bien, hablemos.

Chloe se sentó en la silla junto a mi cama y miró al suelo antes de levantar la mirada hacia mí. Sus ojos estaban llenos de remordimiento.

—Ethan, sé que he cometido un error terrible. No tenía ni idea de lo que iban a hacer esas anfetaminas contigo. Nunca quise que esto pasara.

Mis emociones eran un torbellino mientras escuchaba sus palabras.

—Chloe, lo que hiciste fue peligroso e irresponsable —le dije con firmeza—. Pero el principal culpable fui yo.

Ella se mordió el labio, luchando contra las lágrimas.

—Lo sé, y no puedo cambiar el pasado. Pero quiero estar a tu lado mientras te recuperas. Quiero ayudarte a superar esto, a estar contigo.

Mi mente estaba en conflicto. Por un lado, había causado mucho daño, pero sentía cierta afición por ella. No llegaba a ser amorosa, era más bien una atracción.

—Chloe, no sé si puedo perdonarte tan fácilmente. Lo que hiciste fue grave, y llevará tiempo reconstruir la confianza.

Ella asintió con tristeza.

—Entiendo. Solo quiero que sepas que te quiero, Ethan. Y si algún día estás dispuesto a darme una oportunidad, estaré aquí.

CAPÍTULO 18

EMMA DAVIS

El sol apenas comenzaba a filtrarse a través de las cortinas de la habitación cuando abrí los ojos. Había pasado una noche inquieta, llena de pensamientos sobre Ethan y su difícil situación. No había dejado de preocuparme por él desde que lo vi por última vez antes de regresar, sumido en las sombras de su propia destrucción.

Me encontraba sentada en el rincón de mi habitación, sumida en mis pensamientos mientras sostenía el teléfono en la mano. Había pasado varias noches sin poder conciliar el sueño, preguntándome una y otra vez por qué sentía la necesidad imperiosa de visitar a Ethan en el hospital. La respuesta no estaba clara en mi mente, y eso me desconcertaba.

Mientras recordaba cada encuentro con Ethan, cada sonrisa y cada conversación, me di cuenta de que había algo más que amistad en mis sentimientos hacia él. No podía ignorar la conexión que había sentido desde el momento en que lo conocí, pero ¿qué significaba eso realmente? Porque ahora estaba con Jackson y no quería a alguien como Ethan en mi vida, ¿verdad?

Me preguntaba si mis sentimientos podían ser confundidos con la amistad, por la intensidad de lo que había ocurrido. Había compartido momentos con Ethan, momentos muy difíciles y otros en los que las risas reinaban el ambiente. ¿Era eso lo que llamaban amistad? O, ¿podría ser algo más?

A menudo, cuando recordaba a Ethan en el hospital, sentía un apretón en el pecho. Me preocupaba profundamente su bienestar, su lucha contra la adicción a las drogas y la oscuridad que lo envolvía. Quería ayudarlo, estar a su lado en ese difícil viaje hacia la recuperación porque él debía recuperarse.

Pero había algo más que no podía ignorar. Cada vez que veía a Ethan, nuestros ojos se encontraban y algo en mi interior se agitaba. La forma en que él me miraba me hacía sentir especial, como si fuera la única persona en el mundo que importaba en ese momento.

Las dudas y la confusión me atormentaban. ¿Podría ser posible que sintiera algo más por Ethan? ¿Algo que iba más allá de la amistad? ¿O tal vez estaba interpretando mal las señales?

Sacudí la cabeza, tratando de aclarar mis pensamientos. Me recordó a mí misma que Ethan estaba pasando por un momento extremadamente difícil en su vida y que mi prioridad era ayudarlo, ser su amiga. Pero, a pesar de mis mejores esfuerzos, no podía evitar sentir una chispa de emoción cada vez que pensaba en verlo de nuevo. Y eso me hacía sentir culpable, una mentirosa.

Decidida a hacer algo al respecto, me levanté de la cama y se vestí con rapidez. Miré el reloj en mi teléfono y noté que ya era tarde, pero eso no me detendría. Sabía que Ethan estaría en el hospital, y necesitaba verlo, asegurarme de que estaba bien.

Después de un rápido desayuno y de preparar un bizcocho de chocolate casero, una de las especialidades de mi abuela, me dirigí al hospital en autobús. El trayecto fue un suspiro gracias a la música que emanaba de los auriculares, pero cada segundo que pasaba me parecía eterno. Sentía una mezcla de ansiedad y esperanza mientras me acercaba al destino.

Finalmente, llegué a la habitación de Ethan y lo encontré recostado en la cama, mirando por la ventana. Se veía pálido y cansado, pero su rostro se iluminó cuando me vio entrar.

—Emma... —murmuró, su voz sonando débil pero genuinamente contenta.

Era como si se alegrara de verme y eso hizo que me agitara.

Le ofrecí una sonrisa y me acerqué a su cama, sosteniendo el bizcocho de chocolate en las manos.

—¡Buenos días, Ethan! Pensé en traerte un poco de desayuno casero. ¿Cómo te sientes? Esto tiene que estar asqueroso —dije, señalando la bandeja del hospital.

Me devolvió la sonrisa.

—Me siento mejor ahora que estás aquí, Emma. Has sido la primera persona que me ha visitado desde que llegué aquí, sin contar a mi hermano y a mi padre.

Sentí un apretón en el corazón al escuchar eso. Sabía que Ethan se había alejado de todos, incluso de sus amigos más cercanos, en las últimas semanas. Era difícil verlo en esa situación.

—Bueno, no estás solo en esto, Ethan. Estoy aquí para ti —dije mientras colocaba el bizcocho sobre la mesita junto a la cama.

Ethan me miró a los ojos y vi una mezcla de emociones en su mirada: gratitud, tristeza y, quizás, un poco de vergüenza.

—No te preocupes, ¿vale? Van a venir a verte y te van a traer alguna cosa. ¿Crees que van a dejarte tirado? —murmuré.

—Gracias, Emma. Significa mucho para mí que estés aquí. En realidad, significa mucho que después de cómo me he comportado con vosotros... —lo interrumpí.

Me senté junto a él, y comencé a cortar el bizcocho y a servir dos porciones. El aroma del chocolate llenó la habitación, y la tentadora vista de la golosina hizo que Ethan se relajara un poco.

—No pienses ahora en eso. No tienes que agradecer nada, somos tus amigos.

—¿Cómo te va en la universidad? —preguntó Ethan, tratando de cambiar de tema y centrarse en algo más ligero. Suponía que era porque ese tema le dolía.

Le conté sobre mis clases, lo preocupados que estaban todos y las nuevas experiencias que estaba teniendo en la universidad y con Jackson porque tenía la necesidad imperiosa de aparentar que todo iba bien en ese aspecto.

Mientras hablaba, Ethan me miraba con un atisbo de admiración.

—¿Sabes? Os echo mucho de menos, pero sobre todo a ti. Te extrañé, Emma, y extrañé también nuestras conversaciones —confesó Ethan en voz baja cuando terminé de hablar.

Le tomé la mano con ternura.

—Y yo a ti, Ethan. Ha sido difícil verte alejarte de todos nosotros. Pero estoy aquí ahora, y vamos a superar esto juntos. Te vamos a ayudar.

Ethan asintió, sintiendo un nudo en la garganta. Sabía que no sería un camino fácil, que tenía mucho por delante para enfrentar sus demonios y recuperarse de su adicción a las drogas. Pero con nosotros a su lado, la carga parecía un poco más ligera.

Pero había algo que todavía me preguntaba y que no dudé en decirle.

—Ethan, ¿por qué lo hiciste? —le pregunté en voz baja mientras me sentaba de nuevo junto a él en la cama.

Ethan me miró, con sus ojos vidriosos, pero había una tristeza profunda en su mirada que lo envolvía todo.

—Emma, no sé si estoy listo para hablar de esto.

Puse una mano sobre su brazo, transmitiéndole todo mi apoyo.

—Ethan, no puedo evitar preocuparme por ti y más después de lo que te ha ocurrido. Sé que es difícil hablar de nuestros problemas, pero a veces eso nos ayuda a avanzar.

Ethan suspiró y miró hacia abajo, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

Finalmente, comenzó a hablar, con la voz llena de pesar.

—La razón por la que he estado tomando drogas... es por Caroline, mi hermana. Murió en un accidente de coche hace unos años y fue por mi culpa.

El nombre de su hermana resonó en la habitación, y sentí que mi corazón se apretaba.

—Ethan, entiendo que la muerte de Caroline fue un golpe muy duro para ti, pero no puedo entender por qué te culpas a ti mismo por eso —dije con comprensión en mi voz—. Estoy segura de que no tuviste nada que ver y no tienes que darme más explicaciones. Sé que no fue tu culpa.

Ethan cerró los ojos por un momento antes de responder.

—Es difícil de explicar, Emma. Cuando ocurrió el accidente, yo estaba allí. Podría haber estado más atento, esquivar el camión y...

Lo miré fijamente.

—Ethan, escúchame bien. No puedes culparte por lo que sucedió. Fue un accidente, una tragedia, pero no fue tu culpa. Tú no controlas las decisiones de los demás, y no puedes cargar con esa responsabilidad.

Ethan se pasó la mano por el cabello, visiblemente angustiado.

—Lo sé, Emma, lo sé en teoría. Pero no puedo evitar sentir que si no hubiera estado allí, si no le hubiera prometido el helado, Caroline estaría viva.

Apreté la mano de Ethan con firmeza.

—Ethan, sé que estás luchando con la culpa y el dolor, pero las sustancias ilícitas no son la respuesta. No te ayudarán a superar esto. Lo que necesitas es enfrentar tus emociones, hablar de tus sentimientos y buscar ayuda profesional si es necesario.

Él me miró con ojos llenos de tristeza.

—Emma, no sé si puedo hacerlo. Me siento atrapado en este agujero oscuro, y las drogas son la única forma en que puedo escapar por un momento.

Negué con la cabeza.

—Ethan, las drogas solo te sumirán más en la oscuridad. Necesitas buscar apoyo, abrirte a tus amigos y familiares, y hablar sobre tus sentimientos. No estás solo en esto, y yo estaré aquí para ti, sin importar lo que pase.

Vi una lucha interna en los ojos de Ethan, como si estuviera debatiéndose entre la adicción y la posibilidad de buscar ayuda. Finalmente, suspiró y asintió lentamente.

—Tienes razón, Emma. No puedo seguir por este camino. Necesito ayuda, y estoy dispuesto a intentarlo.

Sonreí con alivio y abracé Ethan con cariño. Sabía que el camino hacia la recuperación sería difícil y lleno de desafíos, pero estaba decidida a estar a su lado en cada paso del camino porque Ethan era especial.

CAPÍTULO 19

ETHAN ANDERSON

Había escuchado hablar del síndrome de abstinencia, pero nunca me imaginé que se sintiera de esta manera. Los primeros días en casa después de que me dieron el alta en el hospital fueron un tormento. Mi cuerpo estaba acostumbrado a las drogas, y ahora estaba pagando el precio por intentar dejarlas atrás. Cada minuto se sentía como una eternidad, y el dolor y la incomodidad eran insoportables.

Mi hermano Treton y mi padre Billy estaban a mi lado, tratando de ayudarme a atravesar este difícil período. Pero no importaba cuánto intentaran entender lo que estaba pasando, simplemente no podían sentir lo que yo sentía. Las drogas habían sido mi refugio durante años, y ahora estaba perdido en un mar de ansiedad y dolor.

La casa, que solía ser un lugar de comodidad y seguridad, se había transformado en una prisión de angustia. Cada rincón estaba impregnado de recuerdos de mis momentos más oscuros, momentos en los que había caído más y más en la adicción. Ahora, esos mismos rincones se burlaban de mí, me recordaban lo lejos que había caído y lo lejos que tenía que trepar para recuperar mi vida.

El primer síntoma que experimenté fue la ansiedad. Era como si miles de hormigas recorrieran mi piel, mordisqueándome constantemente. Mi mente estaba llena de pensamientos obsesivos sobre cómo conseguir mi próxima dosis, pero sabía que no podía ceder. No podía volver a caer en la misma trampa mortal.

Treton, mi hermano, se sentó a mi lado en el sofá y trató de distraerme. Me hablaba de su día en el trabajo, de sus amigos y de los planes que tenía para el fin de semana. Pero yo apenas podía prestarle atención. Mi mente estaba dominada por la necesidad de las drogas, por la forma en que me habían consumido durante tanto tiempo.

Billy, mi padre, me miraba con preocupación. Había sido testigo de mi lucha contra la adicción desde el principio. Había estado allí cuando prometí ante los médicos que dejaría las drogas y cuando estuve a punto de recaer unos días después. Ahora, estaba decidido a ayudarme a superar esto de una vez por todas porque fui más fuerte que la adicción.

Los días se convirtieron en noches interminables. No podía dormir, y cuando lo hacía, tenía pesadillas vívidas sobre cosas sin sentido. El insomnio empeoraba mi ansiedad, y pronto me encontré atrapado en un ciclo de sufrimiento constante.

El undécimo día sin drogas fue el peor. Mis músculos se retorcían en espasmos dolorosos, y los calambres me hacían gritar de dolor. Mis lágrimas se mezclaban con el sudor en mi rostro mientras luchaba por mantenerme cuerdo. Cualquier pensamiento de normalidad se había desvanecido. Solo existía el dolor y la necesidad.

Fue en ese momento que mi padre tomó una decisión difícil pero necesaria. Me llevó al hospital nuevamente, donde me internaron en una unidad de desintoxicación. No podía soportar más el sufrimiento por mi cuenta, y mi familia no podía seguir viéndome destruirme.

La unidad de desintoxicación fue un lugar sombrío, pero era exactamente donde necesitaba estar, por lo menos hasta que lo peor pasara. Aquí, rodeado de médicos y terapeutas especializados, tenía una oportunidad real de superar mi adicción. Sabía que el camino sería largo y difícil, pero estaba dispuesto a luchar con todas mis fuerzas para recuperar mi vida y encontrar la paz que tanto anhelaba. El viaje hacia la recuperación estaba apenas comenzando, y

no tenía idea de las pruebas que aún enfrentaría, pero sabía que no podía rendirme. Era hora de enfrentar mis demonios y liberarme del abrazo mortal de las drogas.

La tarde después de que salí de la clínica, habiendo cumplido treinta y ocho días desde la sobredosis, mientras el síndrome de abstinencia seguía atormentándome, Jackson y Emma se ofrecieron a quedarse conmigo en mi habitación. No podía evitar sentir una profunda gratitud por su apoyo, pero también tenía miedo de mostrarme vulnerable frente a ellos. La necesidad de las drogas me hacía sentir como un monstruo, y no quería que me vieran en ese estado, aunque lo por hubiera pasado.

Estaba tumbado en mi cama, empapado en sudor y temblando de frío y ansiedad. Cada músculo de mi cuerpo parecía estar en revuelta, y las náuseas me asaltaban de forma intermitente. Emma, con una expresión de preocupación en su rostro, se acercó a mí con una toalla húmeda y comenzó a limpiar el sudor de mi frente.

Su gesto fue tan gentil y reconfortante que me sentí abrumado por la emoción. Mis ojos se llenaron de lágrimas, y no pude evitar sollozar.

—No te vayas, Emma —murmuré con voz temblorosa—. Tengo tanto miedo de estar solo.

Emma dejó la toalla a un lado y se sentó a mi lado en la cama. Me acarició el cabello suavemente y dijo con ternura: —No te vamos a dejar solo, Ethan. Estamos aquí contigo, pase lo que pase. Vamos a superar esto juntos.

Sentir su cercanía y escuchar sus palabras de apoyo fue como un bálsamo para mi alma herida. A pesar de todo lo que había hecho y de la oscuridad en la que me había sumido, ellos seguían a mi lado, dispuestos a ayudarme a encontrar la luz.

Mientras Emma y yo compartíamos un momento de conexión, noté que Jackson estaba observando desde una esquina de la habitación. Su mirada estaba fija en nosotros, y algo en su expresión me llamó la atención. Había una mezcla de emociones en sus ojos, como si estuviera luchando con algo dentro de sí mismo.

No podía evitar preguntarme qué estaba sintiendo Jackson en ese momento. Él había sido uno de mis mejores amigos desde la infancia, y aunque había estado presente durante gran parte de mi lucha contra la adicción, siempre había mantenido una cierta distancia emocional. Pero ahora, al verme en mi momento más vulnerable, parecía haber algo que lo conmovía profundamente.

Me pregunté si Jackson había sentido alguna vez la tentación de las drogas o si había experimentado su propio dolor en silencio. Quizás estaba viendo en mí lo que podría haber sido si las cosas hubieran sido diferentes para él.

Mientras me sumía en estas reflexiones, Jackson se acercó y se sentó en el borde de la cama. Sin decir una palabra, me abrazó con fuerza, como si quisiera transmitir su apoyo y solidaridad a través del contacto físico.

Fue en ese momento cuando sentí un rayo de esperanza en medio de la tormenta. Sabía que el camino hacia la recuperación sería difícil, pero ya no me sentía solo. Juntos, enfrentaríamos los demonios de la adicción y lucharíamos por un futuro mejor.

En medio de la noche en la que el insomnio me mantenía despierto, Treton se acercó con sigilo a mi habitación y se sentó en el borde de la cama. Sabía que algo le preocupaba, y esa conexión fraternal que teníamos a menudo nos llevaba a compartir nuestras inquietudes más profundas en los momentos más inesperados. Jackson y Emma se habían ido hace horas, y yo sentía que estaba un poco mejor.

—¿No puedes dormir tampoco, Ethan? —me preguntó en un susurro, con preocupación en sus ojos.

Negué con la cabeza y suspiré.

—El síndrome de abstinencia me tiene atrapado, Treton. Es como si mi cuerpo y mi mente estuvieran en una lucha constante.

Treton asintió con comprensión antes de confesar algo que lo había estado atormentando.

—He visto a Alice hoy en la ciudad. Y, Ethan, me siento terriblemente arrepentido de haberla dejado. No puedo dejar de pensar en ella.

Sus palabras me sorprendieron, pero también entendí su sentimiento. La relación entre Treton y Alice había sido intensa y apasionada, y a menudo había sido testigo de su amor por ella. Pero las circunstancias los habían separado, y ahora, años después, parecía que el destino los estaba volviendo a unir.

Le di una mirada solidaria y le dije: —Treton, a veces la vida nos da segundas oportunidades. Si sientes que quieres volver a estar con Alice y crees que eso te hará feliz, entonces deberías intentarlo. El arrepentimiento es un sentimiento difícil de llevar, pero la acción puede aliviar ese peso.

Treton asintió con lentitud, agradecido por mi apoyo.

—Gracias, Ethan. Tus palabras significan mucho para mí. Pero, ¿qué hay de ti? ¿Qué piensas hacer ahora que estás luchando contra tus demonios?

Miré hacia el techo y suspiré.

—Treton, quiero comenzar un nuevo capítulo en mi vida. Quiero ser una mejor persona, dejar atrás las sombras de la adicción y encontrar la paz y la felicidad. Si puedo luchar por eso, entonces tú también puedes hacerlo con Alice. Juntos, podemos buscar la redención y la felicidad que tanto necesitamos.

Nuestra conversación continuó durante horas, mientras compartíamos nuestras esperanzas y sueños para el futuro. Había un sentimiento de renacimiento en el aire, como si estuviéramos dejando atrás nuestros errores del pasado y abrazando la oportunidad de un mañana más brillante.

A medida que amanecía, el agotamiento finalmente me venció, y los párpados comenzaron a pesarme. Treton se levantó de la cama y me deseó buenas noches. Sabía que el camino hacia la recuperación sería largo y difícil, pero con el apoyo de mi familia y amigos, y la determinación de ser una mejor persona, estaba dispuesto a enfrentarlo con valentía.

Mientras me sumía en un sueño inquieto, pensé en Treton y en la posibilidad de que él y Alice pudieran encontrar la felicidad juntos. Sabía que nuestros caminos estaban entrelazados por la redención y el amor, y estaba decidido a luchar por un futuro en el que todos pudiéramos encontrar la paz que tanto anhelábamos.

Días después de mi conversación con Treton sobre Alice, me sentía abrumado por un cúmulo de emociones. La noche había caído y la habitación estaba sumida en la oscuridad, con solo la luz tenue de mi teléfono iluminando mi rostro. Decidí enviarle un mensaje a Emma, a esa personita que había estado a mi lado en uno de mis momentos más vulnerables, para disculparme por mi actitud distante y reservada. Necesitaba hacerlo, llevaba dándole vueltas desde que desperté en el hospital.

Ethan: Emma, necesito hablar contigo. Siento que he estado siendo un idiota últimamente y quiero disculparme. ¿Puedo pasar por tu casa en un rato?

No pasó mucho tiempo antes de que recibiera su respuesta. La notificación de mensaje parpadeó en la pantalla de mi teléfono, y cuando lo leí, me di cuenta de que había un atisbo de

esperanza en medio de la oscuridad de mi vida.

Emma: Claro, Ethan. Estaré despierta. Puedes venir cuando quieras.

Sentí un alivio inmenso y una sensación de emoción al ver su respuesta. Con cuidado, me levanté de la cama y me dirigí hacia la puerta. Llegué a su casa a los quince minutos.

La casa estaba tranquila, y el suave resplandor de la luna se filtraba por las cortinas de su habitación mientras se reflejaba la silueta de Emma.

Cuando llegué a su puerta, dudé por un momento antes de golpear suavemente. La puerta se abrió, y Emma me miró con una sonrisa amable. Sus ojos reflejaban una mezcla de preocupación y comprensión.

Me disculpé de nuevo, esta vez cara a cara.

—Emma, lamento mucho mi actitud. He estado pasando por un momento difícil, y no quería arrastrarte a mi caos.

Ella negó con la cabeza con suavidad.

—No tienes que disculparte, Ethan. Todos pasamos por momentos difíciles en la vida, y es normal que te sientas así. Lo importante es que estás dispuesto a hablar al respecto.

Entré en su habitación y tomé asiento en una silla junto a su escritorio, mientras ella se sentaba en su cama. Comenzamos a hablar, y Emma me escuchó con atención mientras compartía mis pensamientos y emociones más profundos. No juzgó ni cuestionó, simplemente estaba allí para mí.

Con el tiempo, nuestra conversación se convirtió en una de las más honestas y significativas que había tenido en mucho tiempo. Hablamos de nuestros sueños, nuestros miedos y nuestras luchas personales. Fue un momento de conexión, y me di cuenta de que había encontrado a alguien que realmente se preocupaba por mi bienestar.

A medida que la noche avanzaba, nuestros lazos de amistad se fortalecieron. Emma y yo compartimos risas, lágrimas y una profunda comprensión. Era como si, a través de esa conversación, hubiéramos construido un puente que nos unía en un nivel más profundo que cualquier otro.

Cuando finalmente me despedí de Emma para volver a mi casa, lo hice con una sensación de alivio. Había dado un paso importante hacia la recuperación, no solo de mi adicción, sino también de la soledad y el aislamiento que me habían atormentado durante tanto tiempo. Emma se había convertido en un faro de luz en mi vida, y estaba decidido a valorar y proteger esa nueva amistad que estaba floreciendo en medio de la oscuridad.

Pero antes de irme vi que en su mesita de noche había una foto de ella y de Jackson, besándose. Fruncí el ceño y Emma se puso colorada.

—No te lo habíamos dicho, Ethan. Creímos que lo mejor era esperar a que te recuperaras. —Desvió la mirada a sus pies—. Jackson y yo vamos muy en serio.

¿Iban en serio? ¿De verdad? Una parte de mí pensaba que solo iban a tener una cita y ya está, que no llegarían a más. Un tonto. Algo dentro de mí se removió. Parpadeé y negué.

—Me alegro muchísimo por vosotros. Jackson es un gran tío —murmuré, bajando las escaleras de su casa hasta llegar a la salida.

Emma abrió la puerta y salí de allí con una sensación un tanto amarga.

CAPÍTULO 20

EMMA DAVIS

Me desperté con un profundo suspiro el lunes por la mañana, sintiéndome completamente agotada después de haber estado estudiando durante todo el domingo. Mis ojos, aún medio cerrados, lucharon por enfocarse en el tenue resplandor de la luz del día que se filtraba a través de las cortinas de la habitación.

El cansancio se apoderaba de mi cuerpo mientras me estiraba en la cama. Cada músculo parecía protestar por la falta de descanso, y mi mente todavía estaba sumergida en un estado de somnolencia. El sonido del despertador resonó en la habitación, recordándome que tenía que enfrentar otro día de estudios y responsabilidades.

Con un esfuerzo considerable, finalmente logré incorporarme. Mi cabello desordenado caía en cascada sobre mi rostro, y mi mirada cansada se reflejaba en el espejo frente a mí. Mis ojos parecían tener una sombra persistente, una prueba de las horas de lectura y apuntes que había enfrentado el día anterior.

Me puso de pie, sintiendo cómo mis piernas parecían pesar una tonelada cada una. El simple acto de levantarme de la cama requería más esfuerzo del que nunca había imaginado. Me estiré de nuevo, tratando de aliviar la tensión acumulada en mis músculos.

Mientras me dirigía a la cocina en busca de una taza de café que tanto necesitaba, me dio cuenta de que mi esfuerzo valía la pena. A pesar del agotamiento, estaba comprometida con mis estudios y sabía que cada hora dedicada me acercaba un paso más a mis metas académicas.

Con una taza humeante de café en la mano, me senté en el escritorio y comencé a repasar mis notas y apuntes una vez más. Sabía que el día sería largo y lleno de desafíos, pero estaba dispuesta a enfrentarlo con perseverancia.

Más tarde, Zoey llegó a mi casa con una expresión similar de cansancio en el rostro. Noté de inmediato la fatiga en los ojos de mi compañera de estudios, porque Julie no había dado señales de vida en todo el fin de semana.

—¿Cómo te sientes hoy, Zoey? —le pregunté mientras le ofrecía una taza de café.

Zoey aceptó la taza con gratitud y suspiró.

—Agotada, Emma. Estudiar para este examen de enfermería está acabando conmigo. ¿Tú cómo estás?

Asentí con empatía.

—Lo entiendo perfectamente. También estoy exhausta. Pero sabes que estamos cerca de la meta. Solo tenemos que aguantar un poco más.

Zoey asintió.

—Oye, ¿y tus padres? Nos dijistes que tu padre se había vuelto a ir, ¿verdad?

Tragué saliva con dureza sin que Zoey me viera y le di la espalda para fregar las tazas de café.

—Sí. Mi padre se ha ido de nuevo y esta vez será por más tiempo. Y mi madre... —me callé y me giré con una sonrisa en los labios—. Mi madre ha ido a un spa que está a las afueras de la ciudad con una amiga.

Me sumí en el recuerdo, reviviendo una de las experiencias más aterradoras de mi vida. Cerré los ojos por un momento, como si quisiera evitar enfrentar la cruda realidad.

Era una tarde soleada, y el aire estaba lleno de tensión mientras que mamá y yo

preparábamos la cena en la pequeña cocina de su casa porque mi padre volvía del viaje de trabajo. Había estado fuera por semanas y temíamos lo que podría traer consigo cuando volviera.

El sonido del coche estacionándose frente a la casa fue como un anuncio ominoso de lo que estaba por venir. Mamá y yo intercambiamos miradas nerviosas mientras corríamos a preparar la mesa y servir la comida que habíamos cocinado con tanto esmero.

Cuando mi padre entró por la puerta principal, su rostro mostraba una sonrisa forzada y falsa, como si estuviera tratando de aparentar ser el cabeza de familia perfecto. Pero podía ver la ira y el descontento en sus ojos, apenas disfrazados por esa máscara.

—¿Dónde está la cena? —rugió, mientras arrojaba su maletín al suelo con un estruendo que me hizo saltar.

—Ya casi está lista. Solo necesitamos un minuto más —balbuceó mamá, tratando de mantener la calma—. No te esperábamos tan pronto, querido.

Pero eso solo lo enfureció aún más. Se acercó a la mesa y, con un movimiento brusco, la volcó, haciendo que los platos y la comida se estrellaran contra el suelo con un estruendo aterrador. Mi rostro palideció de miedo.

—¡No quiero excusas! ¡La cena debería haber estado lista! —gritó con su voz llena de furia incontenible.

Sin embargo, no podía quedarme quieta. A pesar del terror que me embargaba, corrí hacia él para ponerme entre ellos, tratando de proteger a mamá de la furia de aquel hombre violento.

—¡Detente! ¡No la lastimes! —supliqué, con lágrimas en los ojos.

Pero mis palabras solo provocaron más ira en él. Me agarró por el brazo con brutalidad y me arrojó al suelo con violencia. El dolor y el miedo me inundaron mientras que mamá lloraba impotente en un rincón.

Intenté ponerme de pie, pero un golpe en el estómago me derribó de nuevo. Los gritos, el llanto y la violencia llenaron la habitación mientras que mi padre descargaba su ira contra nosotras.

Finalmente, cuando se cansó de golpearnos, se retiró, dejándonos magulladas y llorando en el suelo. Miré a mi madre con ojos llenos de tristeza y dolor, sabiendo que este era solo uno de los muchos episodios oscuros que habíamos vivido juntas.

Solo podía rezar para que se fuera pronto otra vez y nos dejara en paz.

Nos fuimos a la universidad al poco tiempo. Intenté olvidar todo lo que había ocurrido para centrarme en lo que me estaba contando Zoey. Pero fue en vano, era como si los recuerdos hicieran que las magulladuras de mi cuerpo se reactivaran.

Nos sentamos en nuestro sitio y desvié la mirada a la ventana. Entonces, lo vi. Allí estaba Ethan con Tyler y Jackson. Mi corazón se aceleró, recordando las palabras de desconsuelo que Ethan me dijo la tarde en la que Jackson y yo nos quedamos con él. El corazón se me encogió. Ethan no estaba bien y poco a poco estaba saliendo de ese agujero negro en el que se había metido. Era hermoso ver como las personas evolucionaban, como se metamorfoseaban como las mariposas.

Terminé el examen de las primeras y se lo entregué al profesor Klaus. Bajé las escaleras y me dirigí a la cafetería, dónde esperaba a las chicas. Me senté después de pedirme un chocolate caliente. Estaba haciendo mucho frío, y era debido a la llegada del invierno. Estábamos casi en diciembre y pronto sería el baile de invierno que se celebraba todos los años en la universidad para celebrar el final de los exámenes y el inicio de las vacaciones.

Los árboles se movían con el gélido viento. Sus ramas parecían susurros de la naturaleza, contando historias de inviernos pasados y anticipando los secretos que la estación fría traería

consigo. Emma miraba distraídamente a través de la ventana de la cafetería, perdida en sus pensamientos.

La imagen de Ethan junto a Tyler y Jackson seguía grabada en mi mente. Recordaba la tarde en la que había estado con ellos, cuando vi el sufrimiento en los ojos de Ethan y la lucha que estaba librando contra su adicción. No podía evitar preocuparme por él, incluso cuando estaba ocupada con mis estudios y mis propios desafíos. Sin embargo, alguien se puso delante de mí, arrastrando la silla hacia atrás para sentarse. Levanté la mirada de mi móvil y fruncí el ceño al ver que se trataba de Gavin, el hijo de Arnold, el jefe de mi padre.

—¿Puedo sentarme? —inquirió con una enorme sonrisa cruzando su rostro.

Gavin y yo no habíamos intercambiado muchas palabras desde la cena de mi casa, pero me parecía un chico muy simpático.

—Claro, siéntate.

Gavin se sentó y pidió un chocolate caliente al igual que yo.

—Da gusto venir a la cafetería cuando está vacía, ¿verdad? —murmuró, queriendo comenzar una conversación.

—Y que lo digas. —La señora Bailey, la encargada de la cafetería, le trajo el chocolate—. Se nota que estamos de exámenes.

Gavin sopló y el humo humeante se disipó por un segundo. Bebió un poco y se relamió los labios.

—¿Tú qué tal vas? ¿Nerviosa por las notas? —me preguntó, a lo que me encogí de hombros.

—Creo que voy a sacar varios sobresalientes, así que no estoy muy nerviosa —me reí por lo bajo.

Tenía una apariencia natural y sencilla que lo hacía destacar en cualquier entorno. Su cabello castaño claro, ligeramente desordenado pero con un toque de encanto desenfadado, enmarcaba su rostro de forma armoniosa.

Los ojos de Gavin eran su característica más distintiva. Tenían un color marrón oscuro y profundo que parecía esconder secretos y emociones profundas. Sus ojos eran expresivos y cálidos, capaces de transmitir una amplia gama de sentimientos con una sola mirada.

Su piel era de un tono pálido y saludable, con algunas pecas dispersas en sus mejillas que le daban un toque de frescura juvenil. Gavin tenía una sonrisa encantadora que iluminaba su rostro, con labios carnosos y dientes perfectamente alineados que revelaban su simpatía innata.

Su estilo de vestir era casual y relajado, optando por ropa cómoda pero elegante. Solía llevar camisetas simples y vaqueros, a menudo combinados con una chaqueta desgastada que le daba un toque de rebeldía a su apariencia generalmente tranquila.

—Estabas estudiando enfermería, ¿verdad? —Asentí—. ¿Y por qué no medicina?

Me encogí de hombros y le di vueltas al vaso.

—Supongo que me siento más atraída por el aspecto de cuidar y ayudar a las personas de manera directa. La enfermería me permite estar más cerca de los pacientes y proporcionarles el apoyo que necesitan en momentos difíciles. Además, me gusta la idea de ser una parte integral del equipo de atención médica, trabajando en estrecha colaboración con los médicos para brindar el mejor cuidado posible —expliqué mientras reflexionaba sobre mi elección de carrera.

Gavin asintió con interés y parecía intrigado por mi respuesta.

—Eso suena muy loable. Debes ser una persona muy compasiva y dedicada para elegir un camino así —comentó con sinceridad.

Sonreí agradecida por sus palabras.

—Gracias, Gavin. Creo que es importante hacer lo que amas y sentir que estás haciendo una

diferencia en la vida de las personas.

No obstante, toda la calma se vio mermada por James, que entró a la cafetería con su grupo de amigos. Lo ignoré, pero se acercó a mi mesa y le dio un golpe, asustándome. Gavin tragó saliva con dureza y dirigió su mirada hacia James.

Pegué un grito cuando tomó a Gavin de la pechera y lo levantó. La silla acabó en el suelo, tirada. Me paralicé por completo. La señora Bailey le gritó, pero James le hizo caso omiso y la mandó a calar con una sonrisa socarrona. De inmediato, la señora Bailey salió de su puesto de trabajo y fue en busca de la seguridad de la universidad.

—¿Cómo te atreves a abollarme el coche, imbécil?

James estampó a Gavin contra la pared.

—Le dije a tu amigo que te lo dijera para pagarte el arreglo, así que deja de estar buscando problemas donde no los hay —murmuró Gavin, intentando zafarse del agarre de James.

—Vas a pagarme un coche nuevo —lo amenazó con el puño en alto.

Gavin hablaba con una tranquilidad que daba miedo, pero no se quedó callado.

—¿Eres idiota? No pienso pagarte un coche nuevo porque solo te lo he abollado un poco por uno de los lados —se zafó de su agarre y lo apartó de un empujón—. Ya te he dicho que no quiero problemas. Te arreglaré el desperfecto y...

Pensé que James entraría en razón, pero le propinó un puñetazo a Gavin en toda la cara que lo desarmó por completo. Abrí los ojos horrorizada y quise apartar a James, pero acabé en el suelo de un empujón y con un corte en el labio gracias al golpe de su codo.

Me llené de valor y me levanté. Me temblaban las manos, pero no iba a permitir que le siguiera pegando por una absurda tontería.

—¡Suéltalo! —le grité, agarrándolo del brazo—. ¡He dicho que lo sueltes!

Pero lo que conseguí fue otro codazo en toda la cara que me hizo caerme al suelo de nuevo.

Sentí el sabor óxido de la sangre en mi boca. Y por un momento entré en pánico hasta el punto de verlo todo borroso. Mi mente se llenó de recuerdos que me derrumbaron como una avalancha. Las imágenes de mi infancia se mezclaron con la violencia presente en esa cafetería.

Recordé una tarde de lluvia, cuando era solo una niña. La puerta principal se abrió con un estruendo y el sonido de las botas mojadas de mi padre resonó en el pasillo. Mi madre, siempre temerosa cuando llegaba tarde, intentó apresurarse a preparar la cena, pero sus manos temblaban mientras cortaba las verduras.

—¡Emma, ven aquí! —rugió mi padre desde la sala de estar.

Mi corazón latía con fuerza mientras obedecía su llamado. Entré en la sala, donde mi padre estaba sentado en el sofá, con una mirada furiosa en los ojos. Su camisa estaba manchada de barro y su cabello empapado goteaba agua sobre el suelo de madera.

—¿Dónde demonios está la cena? —gritó, levantándose y avanzando hacia mí.

Tragué saliva con miedo y señalé tímidamente hacia la cocina, donde mi madre intentaba apresurarse con la preparación de la comida.

—Está... está en la cocina, papá.

Mi padre me fulminó con la mirada y me empujó con violencia. Caí al suelo, sintiendo el dolor en mi rodilla mientras las lágrimas comenzaban a brotar. Sabía que no debía llorar, eso solo lo enfurecería más.

Mi madre apareció en la sala con una bandeja de comida, temblando mientras se la ofrecía a mi padre. Él tomó la bandeja con brusquedad, haciendo que parte de la comida cayera al suelo.

—¡Esto es un asco! —gritó, arrojando la bandeja al suelo. Los platos se hicieron añicos y la comida se desparramó por todas partes.

Mis ojos se llenaron de lágrimas mientras mi madre sollozaba. Intenté ayudarla a limpiar, pero mi padre me detuvo con un golpe en el brazo.

—¡Tú no toques nada, inútil! —gruñó.

La escena en la cafetería me devolvió al presente, pero esta vez no iba a quedarme en silencio. A pesar del miedo y el dolor, me levanté de nuevo, con la sangre goteando de mi labio herido.

—¡Basta, James! —grité, con la determinación de detener esa violencia.

Pero no fui yo quien apartó a James de Gavin, fue Ethan quien lo empujó lejos y lo mantuvo en la pared. Jackson se dirigió a mí y me ayudó a levantarme. Julie y Zoey se acercaron a Gavin y lo levantaron entre las dos. La seguridad de la universidad entró en la cafetería y se llevó a James junto a su grupo de amigos.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Jackson con los ojos titilando de preocupación. Enmarcó mi rostro con sus manos y observó mi labio inferior.

—Maldito hijo de puta —murmuró Ethan, mirando la herida y poniéndome las gafas que habían acabado en una esquina de la cafetería—. ¿De verdad estás bien?

Asentí.

En la enfermería, Gavin recibió atención médica para la herida en su rostro mientras yo me ocupaba de limpiar la sangre de mi labio y aplicar un apósito. Zoey y Julie se quedaron a nuestro lado para asegurarse de que estábamos bien, mientras Ethan permanecía en silencio, con una expresión preocupada en su rostro.

—Gracias, Ethan. —Le sonreí débilmente, aunque aún sentía la adrenalina corriendo por mis venas—. Realmente aprecio que hayas intervenido.

Ethan asintió, mirándome fijamente a los ojos. Sus ojos oscuros mostraban una mezcla de alivio y enojo contenidos. Se quedó a mi lado mientras esperábamos a que Gavin terminara de ser atendido.

Por otro lado, Jackson observaba la escena desde una distancia prudencial. Aunque había ayudado a levantarme después del altercado, su mirada estaba llena de una intensa mezcla de emociones. Era evidente que se sentía incómodo y celoso por la preocupación de Ethan hacia mí.

Finalmente, Gavin fue dado de alta y nos dirigimos de nuevo hacia la cafetería. Jackson y Ethan caminaban a cierta distancia el uno del otro, y podía sentir la tensión en el aire entre ellos. No pasó mucho tiempo antes de que Jackson se acercara a mí en privado.

—Emma, ¿estás segura de que estás bien? —me preguntó, mirándome con preocupación.

Asentí, tratando de calmar sus preocupaciones. Sin embargo, sabía que había algo más en su mente.

—Sí, Jackson, estoy bien, gracias a Ethan y a ti por ayudarme. Pero creo que deberías hablar con él y aclarar las cosas. No quiero que haya malentendidos entre vosotros. Ethan y yo somos amigos, sabes hablamos y me pareció un gesto muy tierno de su parte —le rocé la mejilla con las yemas de la mano—. No quiero que sientas celos.

Jackson suspiró, comprendiendo mi punto de vista. A pesar de los celos que estaba experimentando.

—Tienes razón, hablaré con él. No quiero que esto afecte nuestra relación. —Me dio un beso en la mejilla y se dirigió hacia donde estaba Ethan.

CAPÍTULO 21

EMMA DAVIS

La diferencia entre unos y otros iba más allá de algo físico. Para mí, lo que nos hacía ser diferentes era nuestra forma de ver el mundo y nuestras experiencias. Era como si cada uno de nosotros llevara consigo un universo único, lleno de pensamientos, sentimientos y perspectivas que nos hacían únicos.

Desde que era niña, siempre me había fascinado la diversidad de la humanidad. Crecí en un pequeño pueblo donde todos se conocían y la vida transcurría de manera predecible. Pero a medida que fui creciendo y explorando el mundo, me di cuenta de que no todos pensaban, actuaban o se relacionaban de la misma manera.

La diferencia entre unos y otros iba más allá de algo físico. Para mí, lo que nos hacía ser diferentes era nuestra mente. Cada persona era como un libro por descubrir, con páginas llenas de historias y emociones que solo podían ser apreciadas si nos tomábamos el tiempo para abrirlo y leerlo.

Recuerdo una vez cuando conocí a una mujer llamada Sarah. A simple vista, no había nada extraordinario en ella: era una mujer de mediana edad, con cabello castaño y ojos verdes. Pero cuando empecé a conversar con ella, descubrí que tenía una pasión por la astronomía que la convertía en una verdadera experta en el tema. Me habló de las estrellas, de las galaxias lejanas y de cómo el universo era infinitamente grande y misterioso. A través de sus palabras, pude ver el mundo desde una perspectiva completamente diferente, como si estuviera mirando las estrellas por primera vez.

En contraste, conocí a un hombre llamado David, que trabajaba como barista en una cafetería local. David era un músico talentoso que había renunciado a su carrera para seguir su pasión por el café. Cada vez que entraba en su cafetería, podía sentir la pasión que ponía en cada taza que preparaba. Para él, el café no era solo una bebida, era una forma de arte. A través de su amor por el café, me di cuenta de cuánto se podía expresar a través de las pequeñas cosas de la vida.

Estas experiencias me hicieron darme cuenta de que las diferencias entre las personas eran un regalo, una oportunidad para aprender y crecer. Cada individuo tenía algo único que aportar al mundo, algo que solo ellos podían ofrecer. En lugar de temer las diferencias, debíamos abrazarlas y celebrarlas.

Pero también me di cuenta de que las diferencias podían llevar a malentendidos y conflictos, sobre todo internos, si no las entendíamos y respetábamos. Las diferencias culturales, religiosas y políticas podían crear barreras entre las personas si no estábamos dispuestos a escuchar y comprender las perspectivas de los demás. Era importante recordar que, aunque todos éramos diferentes, también compartíamos una humanidad común. Algo que, de alguna manera, nos hacía iguales. Y conocer a Julie, Zoey, Jackson, Tyler, Gavin y a Ethan me hacía darme cuenta de esa extraña igualdad no igual. Ellos habían hecho que mi fe en la humanidad volviera a resurgir como el ave fénix. Sobre todo ver como Ethan luchaba día tras día para salir adelante.

Pero había algo en él que me mataba, que me consumía. Lo miré de soslayo esperando que no me descubriera. Su pelo azabache estaba despeinado, como siempre lo solía llevar y que acababa dándole un aire despreocupado de chico malo. Mi propio pensamiento me hizo sonreír. Ethan era como los chicos malos de las películas, que al final no resultaba para nada malo. Estaba mirando al suelo mientras Harper lo bombardeaba a preguntas. Vaya garrapata estaba

echa la tía, desde que había vuelto no lo había dejado en paz.

Jackson le preguntó algo a Tyler, en realidad estábamos esperando a que se hiciera la hora para entrar a la primera clase y habíamos quedado en la puerta de nuestra facultad. Pero Ethan fue interceptado por “Harpercoptero” y no había podido venirse con nosotros.

Entonces, desvió la mirada hacia mí y me rogó en silencio que lo sacara de esa. Me encogí de hombros y le hice una peineta. Ethan se relamió los labios y sacó su teléfono móvil. Un mensaje emergió en mi pantalla.

Ethan: Sácame de aquí, por favor.

Emma: No es mi culpa se seas un rompecorazones, Ethan. ¿Cómo te llamaste el otro día? Ah, sí... El maestro del amor.

Ethan: POR FAVOR

Bloqueé el móvil y me lo guardé en el bolsillo del pantalón justo en el momento en el que Zoey se dirigió a mí.

—¿Has estudiado para el examen? A mí me gustaría sacar buena nota, pero estoy que me tiemblan las piernas.

Jackson pasó un brazo por mis hombros y me acercó a él.

—Mi chica es la mejor de vuestra promoción y va a sacar una notaza increíble porque me tuvo toda la tarde de ayer estudiando —murmuró Jackson.

Me reí por lo bajo, me había hecho mucha gracia que me llamara su chica. Jackson y yo nos acercábamos más cada día. Era un gran chico y siempre me sacaba una sonrisa.

—Oh, por eso viniste al entrenamiento con esa cara de gilipollas —se burló de él Tyler—. Como Emma no te dio lo tuyo...

Me puse más roja que un tomate y Tyler se llevó una colleja por parte de Jackson. El afectado se sobó la nuca.

—¿No les vas a decir nada, Julie? —se quejó Tyler.

Ella se carcajeó.

—Cariño, te la tienes merecida por idiota.

Entramos a clase y nos preparamos mentalmente para hacer el examen. El ambiente estaba lleno de tensión, con susurros nerviosos y miradas preocupadas entre los estudiantes. La profesora, la Sra. Thompson, distribuyó los exámenes con su característica seriedad.

Mientras hojeaba las páginas del examen, sentía una mezcla de ansiedad y determinación, tenía que sacar buena nota. Sabía que había estudiado duro para esta prueba, pero aún así, las matemáticas siempre me habían parecido un desafío. ¡Y eso que había entrado a enfermería con una nota perfecta! Pero me costó muchísimo sacarla por las asignaturas más matemáticas, con las que me había vuelto a encontrar este año.

Las preguntas comenzaron a llegar, y me concentré en resolver cada una de ellas con la mayor precisión posible. El tiempo parecía pasar volando mientras garabateaba números y fórmulas en la hoja de respuestas. Miré el reloj en la pared y noté que ya habían pasado dos horas desde que comenzó el examen. La mayoría de los estudiantes seguían ocupados trabajando en sus respuestas, pero había terminado hacía unos minutos.

Inquieta, decidí revisar las respuestas una vez más. Y cuando acabé, me levanté y se lo entregué a la profesora, marchándome de clase porque necesitaba un buen chocolate caliente.

Fue entonces cuando escuché la voz de Ethan detrás de mí, justo antes de entrar a la cafetería.
—¿Has terminado ya? —preguntó.

Asentí con la cabeza un poco sobresaltada.

—Sí, hace un rato. ¿Y tú? ¿Qué tal el examen?

Ethan sacudió la cabeza con un suspiro.

—Sí, he sido de los primeros en acabar el examen y me he venido aquí fuera a respirar un poco. Este año se han puesto muy exigentes, ¿no crees?

Entendí su frustración.

—Y que lo digas. Yo pensé que no volvería a dar matemáticas y la profesora Thompson nos ha puesto un parcial con cosas que no se dan ni en la NASA.

Ethan se echó a reír.

—Te entiendo, pero solo será este año —murmuró—. ¿Ibas a tomarte un café?

Negué.

—Un chocolate, ¿me acompañas?

Él frunció los labios.

—Que va, prefiero ir a casa y tomarme allí un chocolate caliente con un trozo de bizcocho que hizo mi padre anoche. —Fue entonces cuando me miró y dijo: —Escucha, sé que suena un poco extraño, pero ¿te gustaría venir a mi casa? Me da un poco de miedo estar solo.

Consideré su oferta y asentí. Ethan estaba la mayor parte del tiempo acompañado, y sabía el miedo que llegaba a sentir de estar solo.

—¡Claro, me encantaría! Además, siempre es bueno relajarse después de un examen tan estresante y un trozo de bizcocho casero es lo ideal.

¿Era lo correcto? Mi cabeza me decía que no, pero mi corazón gritaba algo muy diferente. ¿Qué había de malo en que dos amigos se fueran juntos? Nada, no había nada de malo en eso. El único problema, ese que me repetía mi subconsciente a diario, era que Ethan no lo era un amigo.

Nos dirigimos a su casa en su coche. En el trayecto, Ethan mencionó que tenía un lugar especial en su casa que lo ayudaba a relajarse y me entró la curiosidad. Y cuando entré, en el ambiente flotaba un aroma a dulce, seguramente del bizcocho que había hecho Billy. La casa de Ethan era un lugar acogedor, con una decoración que mezclaba lo rústico con lo moderno de manera sorprendentemente armoniosa. Parecía que cada objeto tenía una historia que contar.

—¡Bienvenida! —exclamó Ethan, abriendo la puerta de par en par—. Mi casa es tu casa, Emma.

Sonreí mientras entraba y me quitaba la chaqueta.

—¡Gracias por la bienvenida! El olor es tentador, definitivamente lo probaré. Pero primero, ¿puedo ver ese lugar tan peculiar que mencionaste en el coche? me has dejado con la intriga.

Ethan me miró con una sonrisa traviesa y me llevó al balcón. Ahí, en un rincón bien iluminado, había una colección de plantas que ocupaban casi todo el espacio. Macetas de colores variados albergaban una gran variedad de especies, desde cactus hasta helechos, y cada planta parecía estar en su máximo esplendor.

—¡Aquí está mi pequeño paraíso verde! —exclamó Ethan con orgullo—. En el hospital me dijeron que tenía que buscarme un hobby y... —se rascó la nuca—. Me ha dado por la jardinería.

Examiné las plantas con asombro.

—¡Son hermosas! Debo decir que no esperaba encontrarme con un invernadero personal en tu balcón.

Ethan rio.

—Bueno, soy un poco obsesivo con las plantas, lo admito. Pero no las llames invernadero, eso suena demasiado serio. Esto es más como un oasis verde en medio de la jungla de la vida cotidiana.

Reí también.

Ethan trajo dos trozos del bizcocho que su padre había preparado y dos tazas de chocolate. Nos sentamos en la pequeña mesita del balcón.

Fue en medio de la conversación cuando la tensión finalmente salió a la superficie. Ethan me miró con una expresión seria y dijo: —Sabes, Emma, desde el momento en que te vi en clase, supe que eras alguien especial. Y no puedo evitar sentir que hay algo más entre nosotros que solo una amistad.

Sentí que mi corazón latía con fuerza. Las palabras de Ethan confirmaron lo que había estado sintiendo desde que lo conoció. Pero, en lugar de admitir mis sentimientos, decidí jugar un poco.

—¿Algo más? —preguntó con una sonrisa traviesa—. ¿Como si estuviéramos destinados a estar juntos, como en una película romántica?

Ethan me miró, sus ojos centelleando con complicidad.

—Exactamente. Como si el universo hubiera conspirado para que nos encontráramos aquí, en este momento.

La tensión entre los dos se desvaneció en una risa compartida. Fue un alivio que ambos estuviéramos en la misma sintonía y que pudiéramos abordar el tema con ligereza.

—Bueno, Ethan, creo que estás en lo correcto. Tal vez el universo esté tratando de decirnos algo.

CAPÍTULO 22

ETHAN ANDERSON

Noche tras noche, el gélido viento invernal azotaba las calles de nuestra pequeña ciudad, sumiéndonos en una penumbra que solo era interrumpida por las luces tenues de las farolas. Era uno de esos momentos raros en la vida en los que el frío se convierte en una especie de aliado, abrazándote como un amigo que te recuerda que estás vivo. Jackson y yo, después de un largo día de clases y prácticas de hockey, nos encontrábamos en su porche, rodeados por la oscuridad de la noche y el tenue resplandor de la luna. Quería hablar conmigo.

Había vuelto a la rutina después de muchas semanas recuperándome. El entrenador Turner se alegró muchísimo de verme en la pista de hielo sobre los patines. Y mis compañeros de equipo se interesaron por mi estado, pero sin caer en la pena. Odiaba que la gente me mirara con lástima.

Pero, ahora, me encontraba con Jackson y parecía estar preocupado.

Sentados en el escalón de su casa, miramos en silencio las estrellas, como si estuvieran a punto de revelarnos algún secreto cósmico. Jackson rompió el silencio con una voz ligeramente temblorosa.

—Ethan, necesito hablar contigo sobre algo —dijo, desviando la mirada de las estrellas hacia mí.

Me quedé mirándolo, preocupado por la seriedad en su rostro.

—Claro, ¿qué pasa, amigo? —respondí, tratando de sonar tranquilizador.

Jackson se pasó una mano por el pelo rubio despeinado, nervioso, antes de mirarme a los ojos.

—Es sobre Emma —admitió con voz apagada.

El nombre de Emma resonó en mis oídos, y una corriente de nerviosismo recorrió mi espina dorsal.

—¿Qué pasa con Emma? —pregunté, tratando de mantener la calma.

Jackson suspiró profundamente y continuó, eligiendo sus palabras con cuidado.

—He estado sintiendo celos de cómo te acercas a ella. Me ha estado afectando, Ethan.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. No había esperado que Jackson sacara a relucir sus celos de una manera tan directa. Sabía que era un tema delicado, y me sentí culpable por haber contribuido a su malestar sin siquiera darme cuenta.

Traté de encontrar las palabras adecuadas para responder, mientras mi mente corría a toda velocidad.

—Jackson, lo siento. No tenía ni idea de que te sentías así. Mi intención nunca fue causarte dolor o incomodidad. Ni a ti ni a ella.

Jacks asintió con lentitud, con sus ojos azules todavía fijos en los míos.

—Lo sé, Ethan. Y eso me hace sentir aún peor. No quiero ser el tipo de amigo que se interpone en el camino de la felicidad de los demás, pero no puedo ignorarlo que siento.

Respiré profundamente antes de hablar, tratando de explicar mi punto de vista.

—Entiendo por qué podrías sentirte así, pero quiero que sepas que mi relación con Emma es puramente platónica. Lo único que siento por ella es cariño y gratitud, muchísima gratitud. Ella me ayudó cuando más lo necesitaba después de esa sobredosis en los vestuarios.

Los recuerdos inundaron mi mente, y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Había sido un momento oscuro en mi vida, un error que casi me cuesta todo. Emma había estado allí para mí,

había ayudado a salvarme. Mi deuda con ella era incalculable.

Jackson pareció relajarse un poco al escuchar mis palabras, pero aún mantenía una expresión de preocupación en su rostro.

—Lo sé, Ethan. Y valoro lo que hizo por ti. Solo necesitaba escucharlo de tu boca.

Me incliné hacia adelante y coloqué una mano en su hombro.

—Jackson, tú eres como mi hermano. No quiero nada más que tu felicidad. Si alguna vez sientes que estoy cruzando una línea, solo tienes que decírmelo. Quiero ser un mejor amigo y una mejor persona.

Él asintió y esbozó una pequeña sonrisa.

—Gracias, Ethan. Y lo siento por traer esto a colación de esta manera.

—Está bien, amigo. Las conversaciones difíciles son necesarias a veces —le respondí, devolviéndole la sonrisa.

Jackson asintió y miró de nuevo las estrellas. Juntos, compartimos un momento de paz en medio de la oscuridad, recordando que nuestra amistad era más fuerte que cualquier malentendido.

Después de nuestra conversación en su porche, caminé solo por las calles tranquilas de la ciudad. Aunque había aclarado las cosas con él, el tema de Emma seguía dando vueltas en mi mente. Me repetía a mí mismo una y otra vez que solo sentía cariño por ella, que lo que habíamos compartido había sido un momento de necesidad, nada más. Pero mi corazón, terco como siempre, parecía ignorar mi autoengaño y me hacía recordar el beso en su casa y la sensación cálida de sus labios contra los míos.

A medida que avanzaba por las calles, noté que la neblina se había vuelto más densa, envolviendo los edificios y las farolas en una especie de misterio. Mis pensamientos se enredaban en una confusión aún mayor, y sabía que no podía seguir negando lo que realmente sentía. Me gustaba Emma, más allá del cariño, y eso me asustaba porque estaba mal. Yo no merecía a alguien como ella.

Justo cuando estaba a punto de cruzar la plaza principal, una voz conocida me sacó de mis pensamientos.

—Ethan, ¿puedo hablar contigo un momento?

Me di la vuelta y vi a Alice, la exnovia de Treton. Alice era una chica dulce y amigable que había formado parte de nuestras vidas durante años, y siempre nos había llevado bien. La sorpresa de verla en medio de la noche me sacó una sonrisa.

—¡Claro, Alice! ¿Qué haces por aquí? —le pregunté.

Ella se acercó, con sus ojos grises brillando con curiosidad. Me abrazó.

—Iba camino a Dolly's coffee para tomarme un chocolate caliente. ¿Te unes?

El ofrecimiento era tentador, y me hacía bien distraerme un poco de mis propios dilemas emocionales.

—Suena genial. Vamos juntos.

Llevábamos mucho tiempo sin vernos. Alice estuvo ahí cuando Caroline se fue de este mundo e intentó ayudarme hasta que Treton y ella rompieron. Fue de un momento para otro, fue doloroso porque sentí que me quitaban a una hermana otra vez.

Caminamos juntos hacia Dolly's coffee, una acogedora cafetería que siempre estaba decorada con luces parpadeantes y música suave. La conversación con Alice fluyó de manera natural mientras pedíamos nuestras bebidas. Hablamos de las clases, del equipo de hockey y la extraña neblina que había envuelto la ciudad esa noche. Alice me contó que estaba en la ciudad por trabajo y que estaba deseando verme.

Pero, inevitablemente, el tema de Emma surgió en la conversación. Alice parecía intrigada.

—He escuchado que te has vuelto bastante cercano a una chica que se llama Emma últimamente —comentó con una sonrisa pícaro.

Tragué saliva nerviosamente, consciente de que no podía seguir autoengañándome. Pero lo que más me intrigaba era el cómo se había enterado de eso.

—Sí, eso es cierto. Pero solo somos amigos, Alice. Lo que siento por ella es cariño, nada más. —Fruncí el ceño en su dirección—. Pero ¿cómo lo has sabido?

Ella asintió con comprensión, pero su mirada perspicaz me hizo sentir como si estuviera viendo a través de mis palabras.

—Ethan, a veces es difícil separar los sentimientos. No puedes controlar a quién te atrae y si esa chica te gusta...

Sus palabras resonaron en mí, y me di cuenta de que había estado tratando de controlar mis emociones en lugar de enfrentarlas. Tal vez era hora de aceptar lo que realmente sentía por Emma.

—El cómo lo sé me lo guardaré para mí —se rio entre dientes.

—Está con Jackson.

Alice hizo una mueca.

—Joder, eso lo complica todo —murmuró—. Pero, Ethan, si Emma te gusta, tendrías que decírselo.

—¿Y tú con Treton? —Enarqué una ceja en su dirección—. Me dijo que os visteis el otro día.

Alice desvió la mirada hacia otro lado y bebió de su vaso.

—Sí, pero no quiero hablar de eso —sentenció.

No quise hacer hincapié en ello porque sabía que a Alice le dolía el tema de Treton. A pesar de haber pasado varios años desde su ruptura, se notaba que la herido todavía no había sanado.

Tomamos nuestras bebidas calientes en silencio durante un momento, mientras reflexionaba sobre lo que Alice había dicho. Finalmente, decidí ser honesto conmigo mismo y con los demás. No importaba cuánto me autoengañara, los sentimientos estaban ahí y no iban a desaparecer.

—Gracias, Alice —le dije sinceramente—. Tienes razón. No puedo controlar mis sentimientos. Y sí, me gusta Emma más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Ella sonrió y puso una mano en mi hombro.

—Eso es un buen primer paso, Ethan. Y recuerda, a veces, admitir lo que sientes es la forma de avanzar.

CAPÍTULO 23

EMMA DAVID

El invierno se aferraba a la pequeña ciudad como un amante celoso. Las calles estaban cubiertas de una capa de nieve recién caída, y el aire frío se adentraba en los huesos como un recordatorio constante de la temporada. Las farolas apenas lograban perforar la densa oscuridad de la noche, arrojando un resplandor amarillento sobre la acera, lo que convertía cada paso en un pequeño desafío.

Era una de esas noches en las que el invierno parecía haberse apoderado de todo, y la única respuesta sensata era abrazar el frío con valentía. Había decidido hacer precisamente eso, envolviéndome en mi abrigo más cálido y poniéndome una bufanda de lana antes de salir de casa. Mi destino era el entrenamiento de hockey de Jackson, una actividad que había empezado a formar parte de mi rutina.

Julie me acompañaba. Habíamos formado una especie de equipo para animar a los chicos en los partidos y, aunque no tenía idea de las reglas del hockey, disfrutaba viendo a Jackson en su elemento, al igual que ha Tyler y a él... a Ethan. Además, me gustaba pasar tiempo con Julie; la joven tenía un espíritu vivaz y una capacidad para hacer reír a cualquiera que me mantenían en un estado de felicidad constante. Solo faltaba Zoey, que había tenido que irse ese fin de semana a casa de su abuela.

Cuando llegamos al estadio, el ruido del hielo crujiendo bajo las cuchillas de los patines y el eco de los gritos de los jugadores llenaron el aire. Observé a Jackson en el hielo, concentrado y ágil, deslizándose con facilidad mientras se entrenaba con el equipo. La admiración que sentía por él era innegable, y no pude evitar sonreír mientras lo veía.

Pero mi sonrisa se desvaneció cuando vi a Ethan en la grada. Estaba sentado solo, concentrado en el juego y luciendo excepcionalmente apuesto con su cabello oscuro y su mirada intensa. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, sentí cómo mi corazón latía con fuerza, como si el frío invierno hubiera quedado relegado a un segundo plano. Ethan me dedicó una sonrisa cálida y amigable, y respondí con una sonrisa forzada que se desvaneció cuando le tocó salir a jugar.

Julie notó el cambio en mi expresión me preguntó con curiosidad.

—¿Todo bien?

Asentí rápidamente, intentando ocultar mis pensamientos.

—Sí, todo bien. Solo un poco de frío, eso es todo.

La verdad era que el encuentro con Ethan me había dejado más perturbada de lo que estaba dispuesta a admitir. Había estado tratando de mantener mis sentimientos hacia él bajo control, convenciéndome a mí misma de que solo sentía cariño y una inmensa amistad por él. Pero cada vez que lo veía, mi corazón parecía tener su propia opinión al respecto.

Finalmente, el entrenamiento de hockey terminó, y Jackson se unió a nosotras en las gradas. Me dio un beso en los labios. Estaba sudoroso pero sonriente, y no pude evitar sentir una punzada de alegría al verlo tan feliz.

—¿Qué os parece si vamos a cenar algo? —propuso Jackson, pasando un brazo alrededor de mis hombros.

Tyler y Ethan se acercaron.

—A mí me parece genial —instó Tyler—. Tengo muchísima hambre—. Reímos al respecto

porque Tyler era un pozo sin fondo—. ¿Te apuntas?

Ethan asintió sin decir ni una palabra.

Jackson y yo nos dirigimos hacia la pizzería, con la promesa de una cena caliente y deliciosa en mente. Pero justo cuando estábamos a punto de entrar, el teléfono de Jackson sonó con insistencia. Miró la pantalla y frunció el ceño al ver que era su madre quien llamaba.

—Lo siento, chicos —se disculpó Jackson, levantando el teléfono—. Tengo que tomar esta llamada. No debería de llevarme mucho tiempo.

Asentí con comprensión mientras Jackson se alejaba para atender la llamada. Julie se quedó conmigo, tratando de mantener una conversación ligera para mantener la situación menos incómoda. Sin embargo, no podía evitar sentirme un poco ansiosa por la repentina interrupción.

Fue entonces cuando Ethan se acercó, con su mirada preocupada al notar mi incomodidad. Se palpaba la tensión entre los dos.

—¿Todo bien? —preguntó en voz baja.

Asentí, forzando una sonrisa.

—Sí, es solo una llamada importante de la madre de Jackson. No hay problema.

Ethan comenzó a tocarse los bolsillos de la chaqueta y del pantalón y maldijo por lo bajo.

—Mierda, mi cartera...

—¿Pasa algo? —le preguntó Tyler.

Ethan suspiró.

—Llevaba en la cartera lo que me recetó el médico para —se calló al ver que una pareja salía de la pizzería— lo que ya sabes.

Julie, notando la tensión en el aire, sugirió: —¿Por qué no te vas a Ethan para ir a su casa a buscar su cartera? Nosotros iremos a coger una mesa. —Julie se acercó a mí y me susurró cerca de la oreja—. No sería conveniente dejarlo solo, ¿me haces el favor?

Dudé por un momento, pero finalmente acepté la oferta de Julie.

—Está bien, iré con Ethan. No debería llevarnos mucho tiempo.

Ethan asintió y le dio las gracias a Julie con una sonrisa. Mientras caminábamos hacia el estacionamiento, me sentí un poco nerviosa por estar sola con Ethan. A pesar de mis esfuerzos por mantener mis sentimientos bajo control, la presencia de Ethan tenía un efecto inconfundible en mí.

Cuando llegaron al coche de Ethan, nos subimos y comenzamos a alejarnos del estacionamiento.

—Lo siento, Emma —se disculpó, mirándome con una expresión de disculpa—. Olvidé la cartera en casa. Solo tomará un minuto.

Negué con la cabeza, sintiéndome un poco incómoda pero sin querer ser una molestia.

—No te preocupes, no es un problema. A mí también pasa mucho, siempre me estoy olvidando cosas. —Quise bromear.

Llegamos a su edificio y paró el coche justo en la acera de enfrente.

—¿Subes conmigo? Aquí hace un frío que pela —sugirió.

Asentí y salí del coche. Fijó su mirada en mí, la sentí. De soslayo, lo observé y sonreí. Volvimos a caer en el silencio, pero para nada se me hizo incómodo. Con Ethan los silencios eran como un mar en calma. Llegamos a su edificio justo en el momento en el que comenzaban a caer unas finas gotas de nieve. Rápidamente, abrió la puerta y entramos.

—¿Vamos? —preguntó, abriendo la puerta del ascensor.

Me abrió la puerta del ascensor y me dejó pasar. Apretó el botón y comenzamos a subir.

—¿Qué tal te va con Jackson? —preguntó para romper el silencio.

Me retiré un mechón de pelo de la cara y lo puse detrás de la oreja.

—Bien, nos va muy bien.

Ethan hizo una mueca.

—Genial, Jacks es un gran tío —murmuró con la boca pequeña, como si le costara decir las palabras.

—Y que lo digas.

Llegamos a la planta y salimos del ascensor. Ethan se adelantó para abrir la puerta.

—Papá, traigo visita —dijo—. Ven, pasa —añadió, haciendo un ademán con la cabeza.

Entré con sigilo, mirando todo a mí alrededor.

Ethan se dirigió hacia la cocina y regresó con dos tazas de té caliente. Me ofreció una con una sonrisa amable, y acepté agradecida.

—Tienes una casa encantadora, Ethan —comenté, rompiendo el silencio.

Él asintió, agradecido por el cumplido.

—Gracias, Emma. Me alegra que te sientas cómoda. No es muy grande, pero es mi refugio.

Nuestros ojos se encontraron por un instante, y sentí una conexión especial en ese momento. Era como si estuviéramos compartiendo algo más que un simple encuentro casual. Había una complicidad en el aire, una sensación de que ambos estábamos buscando algo, aunque ninguno de los dos lo había dicho en voz alta.

—Ethan, hijo, ¿qué...? —Billy se calló cuando me vio—. ¡Emma, vaya sorpresa! —exclamó, acercándose a mí y dándome un beso en la mejilla.

—Me he olvidado la cartera —murmuró Ethan.

—¿Seguro que te la has olvidado? —me sorprendí al escuchar la voz de Treton detrás de mí. Pegué un salto del mismo susto que lo hizo reír—. Perdona, Emma, estaba en el balcón.

Ethan puso los ojos en blanco.

—Cállate —bramó.

—¡Oh, vamos! Estoy seguro de que te has olvidado a posta la cartera para traernos a Emma —me codeó, guiñándome un ojo.

Entonces, le seguí el juego.

—Oh, por supuesto, Treton. Tenía tantas ganas de verte de nuevo —bromeé, a lo que Billy y el susodicho rieron a carcajadas.

Ethan puso los ojos en blanco y se dirigió a su habitación mientras que yo me quedaba con los dos tomándome la taza de té.

Vi cómo abría la puerta de su dormitorio y entraba con rapidez mientras miraba su móvil, que había sonado. Su expresión tensa me hizo preguntarme qué estaba pasando. Esperé en silencio junto a Billy, sintiendo que no era apropiado espiar, pero al mismo tiempo, me preocupaba su bienestar.

Después de unos minutos que se sintieron como una eternidad, Ethan salió de la habitación con su teléfono en la mano y una mirada aún más preocupada en el rostro. Cerró la puerta detrás de él y me miró con disculpa en los ojos.

—Perdona, no la encontraba.

Se guardó la cartera y el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

—Claro, comienzo ya a tener hambre.

Ethan me sonrió y se despidió de su padre. Volvimos a montarnos en su coche y se dirigió a la pizzería.

Mientras observaba a Ethan preocupado, mi mente comenzó a dar vueltas. ¿Qué era lo que lo tenía tan inquieto? Sus ojos reflejaban una mezcla de ansiedad y determinación, y eso solo

aumentaba mi curiosidad. Sin embargo, decidí no presionarlo en ese momento. Si algo había aprendido en nuestro breve encuentro, era que Ethan era un hombre reservado, y él compartiría lo que quisiera cuando se sintiera listo.

Mientras nos dirigíamos a la pizzería, pensé en todas las posibles razones detrás de su inquietud. A medida que el coche avanzaba por las calles, mi intriga creció, y una sensación de anticipación comenzó a formarse en mi interior. Sabía que había más en la historia de Ethan de lo que parecía, y estaba dispuesta a descubrirlo, sin importar cuán misterioso pudiera ser porque ese mensaje que había recibido contenía algo que lo estaba preocupando.

CAPÍTULO 24

ETHAN ANDERSON

Me anudé el cordón de los zapatos, sintiendo como Chloe deslizaba su dedo a lo largo de mi espalda. Era viernes y ya había anochecido. El viento hacía que las ventanas crujieran, era escalofriante.

—¿Por qué no te quedas un rato más? —sugirió Chloe, tapándose el cuerpo con la sábana.

Negué sin siquiera mirarla. No tendría que haber venido, pero necesitaba dejar de pensar en Emma.

—Chloe, no tendría que haber venido. Además sabes que lo nuestro es solo sexo, no quiero quedarme aquí abrazado a ti. —Escuché su risa de fondo.

—No soy tonta. —A veces dudaba de ello—. Ethan, te lo repito una vez más. Me gustas, me gustas mucho. ¿Por qué no puedes darme una oportunidad? ¿Tengo que hacer para que lo hagas?

Mi mirada se dirigió al cenicero que estaba en su mesita de noche. Me levanté y me giré sobre los talones, encontrándome con su mirada.

—He dejado de meterme mierda, lo hice en cuanto me enteré de lo que te pasó —me aseguró.

No lo estaba diciendo en broma. Chloe había dejado de consumir y quería algo conmigo.

Mi padre me prohibió a dejar de verla después de enterarse que fue ella quien me dio las anfetaminas. Y entiendo su postura, mi padre quería que me alejara de todo lo que me había hecho caer en ese pozo oscuro. Y Chloe era una de esas cosas.

—Sabes que no soy de relaciones, que esas cosas no me van. —Me rasqué la nuca. Buscando una excusa más elaborada. Pero ella frunció los labios—. Me halaga muchísimo que quieras algo conmigo, de verdad. Pero...

Chloe se recostó en la cama y enarcó una ceja en mi dirección.

—Pero no soy Emma —sentenció, dejándome helado. Ella se echó a reír—. ¿Crees que no veo como la miras? Te he estado observando desde que saliste del hospital. Has cambiado, algo dentro de ti lo ha hecho. Y a ella la miras de una manera tan bonita —suspiró—. Sueño con que me veas así, como a ella. Yo no soy Emma, pero quiero intentar algo contigo.

Chloe no me gusta más allá de lo meramente sexual, pero me estaba dejando atónito y no solo por su insistencia, sino que también era por su perseverancia y cómo lo intentaba una y otra vez. La determinación que tenía era impresionante, la admiraba.

—Ella está con Jackson, ¿verdad? Los vi muy acaramelados el otro día en la cafetería —murmuré.

—¿Y? —pregunté, poniéndome la chaqueta.

—¿Y? ¿Solo sabes decirme eso? —Sus fosas nasales se ensancharon, señal de que se había molestado. Su pelo caía en cascada sobre la almohada—. No entiendo por qué no quieres intentar algo conmigo si Emma está con otro. Yo puedo hacerte feliz, sé que puedo. Tú solo has visto esto —se señaló el cuerpo— de mí. No te has parado a conocerme, pero yo a ti sí. Ethan, estoy harta de que solo me veas como una cara bonita, como una compañera sexual cuando sé que puedo ofrecerte más que eso. Quiero estar contigo.

Me quedé pasmado.

—Las cosas son complicadas, Chloe, y no quiero hacerte daño —murmuré.

Se echó a reír.

—¿Hacerme daño? Ethan sé que no soy Emma y sé a qué me enfrento estando contigo. ¿Has pensado en que lo que te ocurre con ella es solo platónico? ¿Qué le ves a ella que a mí no?

Me encogí de hombros. Tenía razón, ella no era Emma. Si la situación fuera diferente, si no hubiera alguien incordiándome por mensaje, si el temor a que esa persona desapareciera, la situación sería muy diferente. Pero comprendí que no podía meter a Emma en mi desastre de vida porque el miedo a que ese desconocido le hiciera daño seguía latente en mi mente.

—No.

Ella hinchó las mejillas para luego soltar un suspiro. Hice el amago de irme, Chloe saltó de la cama y me agarró del brazo. Me sujetó con fuerza para que no me zafara. Entonces, la miré a los ojos.

—Deja que te demuestre que soy lo que estás buscando. Estoy harta de esto, del sexo sin compromiso. Quiero más, necesito más. Quizá funcione, quizá llegue el día en que me quieras.

No supe que se me pasó por la cabeza, pero reflexioné sobre lo que me estaba diciendo; y es que tenía razón. Chloe tenía razón. Quizá, y solo quizá, Chloe fuera la solución, la forma de olvidar a Emma y dejar que fuera feliz con Jackson. Pero, sobre todo, de sacármela de la cabeza y no hacerla sentir incómoda. No quería fallarle a Jackson porque se notaba que estaba hasta las trancas de Emma, y es que mi amigo nunca se había enamorado.

Por eso no quería entrometerme, pero me era imposible mirar a Emma con otros ojos. Lo intentaba, juro que lo hacía.

—Deja que te demuestre que puedo ser esa chica, Ethan —me rogó.

Me relamí los labios y me eché el pelo para atrás.

—¿Me prometes que si no funciona me vas a dejar en paz?

A Chloe se le iluminaron los ojos. Asintió con la cabeza repetidas veces.

—Te lo prometo, Ethan.

Suspiré.

—Está bien, Chloe. Pero hay algo que tienes que saber. Hay una persona amenazándome por teléfono y necesito saber quién es. No sé qué pueda hacer.

Ella asintió.

—No te preocupes, Ethan, encontraremos a ese hijo de puta.

Salí de su casa media hora después porque se abalanzó sobre mí y me fundió a besos por todas partes. Chloe no era una mala chica, en realidad podía llegar a ser la única que me comprendiera por todo lo que había pasado. Pero una parte de mí pensaba que me había vuelto loco de remate.

Mientras caminaba hacia casa, mi móvil vibró. Deslicé el dedo por la pantalla y leí lo que había puesto Tyler por el grupo.

Tyler: ¿Mañana os apetece una bolera y luego nos vamos a casa de Julie a ver una película? No están sus padres.

Emma: Tengo visita en casa. Es Gavin, se va a quedar con nosotras unos días. ¿Puede venir?

Por un momento dejé de respirar. ¿Qué hacía Gavin en la casa de Emma? Entonces, lo supe. Esa era la velada perfecta para introducir a Chloe y comenzar con el plan “voy a olvidar a Emma de una puta vez”.

Ethan: Yo también iré acompañado, si no os importa.

Caminé en dirección a mi casa. Era una noche fría de noviembre, y al llegar al parque cercano a mi apartamento, me encontré con Emma, quien estaba sacando a Milo, su fiel compañero peludo. Las hojas crujían bajo mis pies mientras intentaba que no me viera, y la brisa helada hacía que me encogiera de hombros instintivamente. Pero Emma dirigió su mirada a mí gracias a Milo, que comenzó a ladrar en mi dirección.

—¡Ethan! —exclamó al verme.

—Hola, Emma. ¿Cómo estás? —saludé, con una sonrisa nerviosa en el rostro debido al frío.

Emma alzó la vista y respondió con una sonrisa amigable en medio de la noche fría.

—Hola, Ethan. Estoy bien, gracias. ¿Cómo te va a ti? —preguntó, con su aliento visible en el aire frío.

Encogí los hombros, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—No mucho. Acabo de llegar de casa de Chloe —mencioné, sin estar completamente seguro de cómo abordar el tema que me estaba carcomiendo por dentro.

Emma arqueó una ceja, claramente interesada.

—¿Chloe? Suena interesante. ¿Qué hacías con ella?

—No mucho, solo hablamos —respondí, tratando de mantener el misterio mientras Milo correteaba alegremente a nuestro alrededor. Metí mis manos en los bolsillos de la chaqueta—. ¿Nos vemos mañana en la bolera?

Ella asintió, pero frunció los labios.

—¿La persona a la que vas a traer es Chloe? —inquirió.

Asentí.

—Sí, es ella. —Me rasqué la nuca con nerviosismo—. Jackson y tú, ¿cómo estáis? —pregunté finalmente, con mi voz titubeando ligeramente.

Emma sonrió con ternura, como si supiera que la pregunta tenía un trasfondo más profundo.

—Estamos bien, gracias por preguntar.

A pesar del frío que me recorría la espalda, me sentí aliviado por su respuesta. Pero sabía que debía seguir adelante con lo que había venido a decirle.

—Emma, tengo que confesarte algo porque siento que me va a explotar la cabeza —declaré, y en ese momento, el aire frío parecía cortante como un cuchillo.

Emma frunció el ceño, pero su reacción fue más tranquila de lo que esperaba.

Suspiré profundamente, sintiendo cómo mis palabras se escapaban en forma de vapor en el aire gélido.

—¿Qué ocurre?

Tragué saliva con dureza y me mordí el carrillo. Me debatía en mi interior en si contarle lo que estaba comenzando a sentir por ella o callarme. Valoré cada una de las opciones y opté por callarme. Era la mejor opción. No podía abrir un cajón que sabía que no podría cerrar.

—Nada, era una tontería. —Aireé las manos—. Nos vemos mañana.

Me fui corriendo a casa porque sabía que si me quedaba un solo minuto más con ella podría cagarla. Pero antes de entrar al apartamento, un mensaje emergió en el móvil.

Vas a pagar por todo lo que has hecho.

CAPÍTULO 25

EMMA DAVIS

—¿Y por qué se está quedando Gavin en tu casa?

Jackson me observó con el ceño fruncido. No había tenido mucho tiempo de hablar con él en los últimos días porque los exámenes consumían mi tiempo. Pero su pregunta me hizo reír por lo bajo. Estábamos caminando hacia mi casa cogidos de la mano. Había venido a recogerme a la universidad porque fui a una charla facultativa extraescolar que se hacía hoy, sábado, con una de las enfermeras del mejor hospital de Birmingham.

—¿Estás celoso? —le pregunté, bromeando.

Jackson chasqueó la lengua y me pasó el brazo por los hombros.

—¿Yo? ¿Celoso? ¡Claro que no! —exclamó—. Pero tengo curiosidad. Gavin tiene una casa enorme, su padre tiene mucho dinero y él parece muy responsable. No lo entiendo. —Frunció los labios.

—Gavin tiene miedo —le confesé—. ¿Te acuerdas lo que ocurrió en la cafetería? Pues parece ser que James lo tiene acojonado. Su padre, que es el jefe del mío, tuvo que irse de improviso y esa misma noche James fue a su casa para asustarlo. Gavin no me ha contado mucho de lo que ocurrió, pero me llamó y me preguntó si podía quedarse con nosotras el tiempo que su padre estuviera fuera.

Jackson maldijo por lo bajo.

—Qué hijo de puta —masculó entre dientes—. ¿Cómo puede hacer semejante cosa? James está como una cabra, es un maldito psicópata.

Asentí, dándole la razón.

—Quiero hablar con Gavin cuando llegue a casa. No puede tener miedo de salir a la calle.

—Podríais hablar con el padre de Ethan, quizá él os pueda dar una solución.

Jackson y yo continuamos caminando por la calle, perdidos en nuestros pensamientos. El sol del atardecer pintaba el cielo de tonos cálidos y dorados, y el ambiente estaba tranquilo, lo que contrastaba con la inquietud que sentíamos por la situación de Gavin.

Mientras avanzábamos, seguimos conversando sobre la situación de Gavin y James. Jackson estaba visiblemente molesto por lo que acababa de escuchar. No soportaba la idea de que alguien como James pudiera aterrorizar a alguien más joven y vulnerable.

—Definitivamente, deberíamos hablar con el padre de Ethan —dijo Jackson, rompiendo el silencio—. Podríamos unirnos para encontrar una solución.

Asentí con la cabeza, agradecida por su apoyo. Sabía que enfrentar a James era peligroso, pero no podíamos permitir que Gavin viviera con miedo constante. Ni él ni nadie.

—Esta noche hablaré con Ethan, a ver qué me dice. Él y James no se llevan bien y han tenido problemas. Quizá...

Jackson se echó a reír.

—James le tiene mucha envidia a Ethan. La verdad es que agradezco muchísimo el cambio que ha dado. James lo busca, lo intenta cabrear, pero Ethan se da media vuelta y se larga. Me siento muy orgulloso del cambio que ha dado.

Sonreí sin enseñar los dientes.

Desde que Ethan había salido del hospital, no había vuelto a haber una sola pelea con James. Suponía que ahora su pasatiempo favorito era Gavin y por eso lo molestaba de aquella manera.

—La verdad es que sí. Sigue siendo Ethan, pero me gusta el cambio que ha dado.

Jackson asintió y se puso bien la bufanda.

—Estoy intrigado, quiero saber a quién va a traer hoy a la bolera —murmuró—. Intercambié mirada cómplices con él y me mordí el labio—. ¡Lo sabes! —exclamó.

—Ayer me encontré a Ethan mientras paseaba a Milo y me dijo quién era esa persona.

Jackson paró en seco y me miró con ojitos de cordero degollado. Me atrajo hasta él y me dio un suave beso en los labios.

—¿Vas a decirme quién es?

Me reí a carcajadas y negué.

—No —me separé de él y seguí caminando.

—¡Oh, vamos, Emma! —me rogó, poniéndose a mi altura.

—Qué no —reí—. Además, ahora lo importante es Gavin.

Mientras seguíamos caminando, llegamos a una encrucijada donde debíamos girar para llegar a mi casa. La calle que tomamos estaba bordeada de altos árboles que proyectaban sombras largas sobre el pavimento. El ambiente se volvió más tranquilo a medida que nos adentrábamos en el vecindario residencial. Los pájaros cantaban en los árboles y el suave susurro del viento nos acompañaba en nuestro camino. Hoy hacía un buen día a pesar de las bajas temperaturas.

A medida que nos acercábamos a mi casa, una mezcla de emociones llenó mi mente. Estaba preocupada por Gavin y su seguridad. Pero también por lo que le pudiera ocurrir si James seguía torturándolo de esa manera.

Nos adentramos en mi casa. Gavin estaba con mamá en la cocina preparando un pastel porque mañana la señora Millabur celebraba el cumpleaños de Arwen y le había pedido a mi madre que le hiciera la tartar porque le salían riquísimas.

—Señora Davis, ¿cómo estás? —Jackson saludó a mi madre y ella lo recibió con una sonrisa.

—Oh, Jackson, querido, muy bien, gracias —musitó ella, echando chocolate a la tartar—. ¿Cómo ha ido a conferencia, cielo?

Me encogí de hombros.

—Muy bien, mamá. Ha sido interesante.

—Y larga —añadió Jackson haciéndonos reír.

Mamá se limpió las manos en el paño de cocina que llevaba en el delantal y nos miró.

—¿Os vais a quedar a cenar? —nos preguntó.

—No, mamá. Hemos quedado en la bolera y luego nos iremos a casa de Julie un rato —le expliqué—. Gavin, ¿vamos? Dejo la mochila en la habitación y nos vamos.

Él asintió y se despidió de mi madre.

Subí, dejándolos allí. Milo me recibió moviendo su colita y bajó las escaleras a toda prisa para saludar a Jackson. Tenía una fijación muy rara por él. Antes de salir de la habitación, me miré al espejo. Me había puesto un conjunto cómodo y abrigado para la tarde de bolos en este frío día de invierno. Llevaba unos vaqueros oscuros y ajustados que se combinaban con unas botas de cuero hasta la rodilla para mantener mis pies calientes. En la parte superior, había optado por una suave camiseta de lana color granate, que contrastaba con el blanco de la bufanda gruesa que rodeaba mi cuello.

Mi cabello estaba recogido en una coleta baja para evitar que se interpusiera en mi vista mientras jugaba a los bolos. Las mejillas rosadas por el frío y un toque de lápiz labial del mismo tono granate completaban mi atuendo.

Al bajar las escaleras, Jackson me miró con una sonrisa y asintió.

—Luces genial, Emma —dijo mientras se acercaba a darme un beso en la mejilla—. Te ves

muy bonita.

Agradecí su elogio con una sonrisa y un rubor en las mejillas. Estaba emocionada por ir a la bolera porque nunca lo había hecho, y esperaba que esta salida pudiera ayudar a Gavin a olvidar por un momento sus preocupaciones con James.

Gavin nos esperaba junto a la puerta, con una expresión más relajada en su rostro que en los últimos días. Aunque aún se notaba la tensión en sus ojos, parecía estar contento de unirse a nosotros.



La bolera estaba a solo unos minutos en coche de mi casa, y pronto llegamos al lugar. Cuando entramos, fuimos recibidos por el sonido característico de los bolos y la música animada que sonaba en el fondo. Las luces tenues y parpadeantes creaban un ambiente acogedor y divertido.

Nos dirigimos hacia la zona de las pistas, y allí los encontramos con Tyler, Julie, Zoey, Ethan y Chloe. Estaban riendo y charlando mientras esperaban su turno para jugar. Tyler nos saludó con entusiasmo.

—¡Jackson, Emma, Gavin! ¡Qué bueno veros aquí! —exclamó Tyler, abrazando a Jackson y luego a mí—. ¡Vamos a pasar una noche genial! ¡No sabéis la que vamos a montar en casa de Julie!

Julie y Zoey se unieron al saludo, y Ethan y Chloe también nos sonrieron amablemente. Gavin parecía un poco tímido al principio, pero todos hicieron un esfuerzo por incluirlo en la conversación.

A medida que comenzamos a organizarnos para jugar, observé una interacción entre Chloe y Ethan que me hizo sentir un vuelco en el corazón. Chloe se acercó a Ethan y le dio un tierno beso en los labios. Aunque sabía que Ethan y Chloe eran pareja, algo en ese gesto me hizo sentir una punzada de celos que traté de ocultar.

Traté de mantener una expresión amigable y sonreí mientras saludaba a Chloe. Sin embargo, por dentro, mi mente estaba llena de preguntas y emociones contradictorias. Traté de sacudir esos pensamientos y concentrarme en la diversión de la noche.

Después de repartir las zapatillas de bolos y formar equipos, nos dispusimos a disfrutar de una emocionante partida de bolos. A medida que la competencia se calentaba y las risas llenaban el aire, traté de apartar mis preocupaciones y concentrarme en el juego.

Me sorprendí al conocer a una Chloe muy diferente de lo que me habían hablado. Y era guapísima. Miraba a Ethan con una ternura y admiración. Cada vez que él derribaba algunos bolos, Chloe lo aplaudía con entusiasmo y le lanzaba una sonrisa radiante. Era evidente que se sentía muy atraída por él, a pesar de que Ethan guardara un poco las distancias.

Chloe tenía cabello castaño oscuro, se había quitado el rubio, que caía en cascada por sus hombros y unos ojos avellana que brillaban con cada risa. Llevaba puesto un jersey holgado de lana que parecía extremadamente cómodo para una noche de bolos, combinado con vaqueros ajustados y zapatillas deportivas. A pesar de su estilo informal, su belleza natural no pasaba desapercibida. Y sentí celos de eso también.

Chloe se acercaba a Ethan para darle palmaditas en el hombro o susurrarle palabras de aliento al oído. A pesar de mis sentimientos encontrados, me di cuenta de que no había lugar para los celos porque yo estaba con Jackson y era muy feliz.

Cuando terminamos de jugar, me acerqué a él con Gavin y con Jackson. Le toqué el hombro con el dedo, ya que estaba esperando que Chloe saliera del baño, y se giró sobre los talones. Al mirarlo directamente a los ojos, mi corazón comenzó a latir con rapidez. Y conseguí calmar los nervios gracias a que Jackson me agarró la mano.

—Tenemos un problema, tío —susurró en su dirección.

Ethan frunció el ceño y asintió.

—¿Qué pasa?

Suspiré e hice un ademán hacia Gavin.

—Es James, Ethan. Se está metiendo con Gavin hasta el punto de acosarlo y no sabemos qué hacer.

Ethan desvió la mirada hacia Gavin y enarcó una ceja en su dirección.

—¿James? ¿Qué le has hecho? —le preguntó.

—¡Nada! —se excusó Gavin—. No le he hecho nada.

Ethan asintió con comprensión.

—Creo que lo mejor será que avisemos a mi padre y que él nos diga qué hacer. James parece que se está pasando bastante de la raya y me tiene frito —murmuró entre dientes—. Mañana se lo comentaré, ¿vale? Lo que te recomiendo es que nunca estés solo.

CAPÍTULO 26

ETHAN ANDERSON

Había experimentado culpa, arrepentimiento y tal vez, incluso, un poco de angustia a lo largo de mi vida. Pero nada, absolutamente nada, me había preparado para encontrarme en una caseta apretado contra Emma. Había estado fingiendo durante toda la noche porque tenerla cerca me ponía nervioso. Esto estaba siendo verdaderamente el punto más bajo que había tocado en mi vida. ¿Cuándo había estado yo tan alterado por alguien? Nunca, pero con Emma era diferente. Especialmente si se encontraba en ropa interior y empapada de pies a cabeza.

Sus manos en mi pecho eran lo único que me impedía colapsar y al malnacido que nos había dejado aquí encerrados y que no había conseguido ver. Entonces, tembló. Emma comenzó a sacudirse como un cervatillo ante su presa y la agarré de la cintura, acercándola a mí tanto como fuera posible para darle algo de calor.

Di varios golpes en la puerta de la caseta de la piscina, pero nadie pareció escucharnos. La moví con una fuerza que desafiaba la gravedad y aporreé la madera con los puños. El higrómetro del habitáculo marcaba menos ocho grados. Teníamos que salir de aquí antes de que nos diera una pulmonía.

—No... no te preocupes —habló ella, abrazándose a sí misma.

Me acerqué a Emma y la abracé tanto como puedo.

—¿Cómo demonios hemos llegado a esto? —pregunté al aire, sabiendo que pronto nos congelaríamos de frío.

Unas horas antes.

Estábamos de camino a casa de Julie. Nunca había estado, pero Tyler me había comentado que tenía hasta piscina. Chloe se encontraba en el asiento del copiloto tecleando algo en su móvil mientras que de fondo sonaba Bam Bam de Camila Cabello ft. Ed Sheeran.

—Me ha gustado mucho pasar la tarde con tus amigos, son muy simpáticos —dijo, guardándose el móvil en el bolso—. También me ha gustado conocer más a Emma. Creo que entiendo porque te gusta tanto.

Fruncí el ceño y desvié momentáneamente la mirada hacia ella.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté.

Ella se rio.

—Porque a pesar de que estás conmigo sé que ella te gusta y lo entiendo, es una persona con luz propia. Tenía mis dudas, ¿sabes? Pero... —La interrumpí.

—No quiero hablar de Emma.

Chloe se encogió de hombros y puso su mano sobre la mía en la palanca de cambios. Fue un gesto que no me gustó y ella lo notó porque la retiró de inmediato. La observé de soslayo un momento, de nuevo, y sus ojos parecían tristes, suponía que era por mi gesto. Pero no podía evitarlo.

—¿Y qué te han dicho ella y Jackson cuando estaba en el baño? —inquirió, cambiando de tema.

Giré justo en la calle de Julie y busqué un sitio para aparcar el coche. A lo lejos, oteé a Emma con Zoey charlando animadamente.

—James está jodiendo a Gavin —me limité a decir.

Chloe bufó y se quitó el cinturón cuando apagué el motor del coche.

—Ese tío es un psicópata, Ethan. Debéis tener cuidado con él —murmuró en un tono preocupado—. Por lo que sé, te tiene mucho asco desde que lo echaron del equipo de hockey. Pero no entiendo porque está ahora metiéndose con Gavin.

Nos bajamos del coche y echamos a andar hacia dónde se habían reunido todos. Chloe me tomó del brazo y me acercó a ella como si quisiera marcar territorio.

—No tengo ni idea, pero Gavin está muy asustado.

Me dirijo junto a Chloe a la puerta. Nos la abre y nos deja pasar.

La casa de Julie era una impresionante mansión de estilo americano que irradiaba lujo y elegancia desde el momento en que llegabas a la entrada. La fachada de la casa estaba revestida de ladrillos de un tono cálido y acogedor, con detalles en madera oscura que realzaban su belleza. En el camino de entrada, se encontraba cuidados jardines con arbustos perfectamente podados y flores de colores vivos que daban la bienvenida a los visitantes con su fragancia.

Al entrar en la casa, fuimos recibidos por un amplio vestíbulo con un impresionante candelabro de cristal que colgaba desde el techo alto. Las paredes estaban adornadas con obras de arte y cuadros que añadían un toque de sofisticación. El suelo de mármol pulido reflejaba la luz de las elegantes lámparas de pie que iluminaban el pasillo.

Chloe no pudo evitar quedarse boquiabierta al ver la sala de estar. La sala era espaciosa y lujosamente decorada, con muebles de diseño y cómodos sofás tapizados en tonos suaves. Grandes ventanales permitían que la luz natural inundara la sala y ofrecía vistas panorámicas al exuberante jardín trasero con piscina y una caseta.

Pero lo más impresionante de la casa de Julie era, sin duda, su piscina y el jardín. Desde la sala de estar, se accedía a una terraza cubierta que se abría a una piscina reluciente, rodeada de tumbonas y áreas de descanso. El jardín era un oasis verde con árboles frondosos, setos recortados con precisión y un césped perfectamente cuidado. Unas esculturas artísticas y fuentes decorativas completaban la experiencia, creando un ambiente sereno y majestuoso.

—Esto es alucinante —musitó Emma a nuestra espalda.

Me quedé embelesado mientras la veía. Emma, con su cabello castaño que caía en cascada sobre sus hombros y sus ojos centelleantes, parecía una verdadera diosa en medio de aquel oasis de lujo y belleza.

Sus ojos se abrieron de par en par al contemplar la piscina reluciente bajo la fría noche, y su rostro se iluminó con una sonrisa de asombro. Pude notar cómo sus ojos exploraban cada rincón del jardín meticulosamente cuidado, desde los árboles frondosos hasta los setos recortados con precisión. Las esculturas artísticas y las fuentes decorativas parecían cautivar su atención, y no podía culparla, ya que el ambiente sereno y majestuoso del lugar era simplemente hipnotizante.

—Esto es alucinante —musitó de nuevo Emma a nuestra espalda, con su voz llena de admiración. No podía evitar estar de acuerdo con ella.

—Y que lo digas —murmuré.

De pronto, la música comenzó a sonar y apareció Julie con dos botellas de alcohol en cada una de las manos.

—¡Qué comience la fiesta! —gritó.

De lo único que me acordaba era de comenzar a beber y ver como el líquido de la botella descendía considerablemente. Me prometí no beber... demasiado. Y no lo estaba cumpliendo, pero era eso o irme porque me estaba fastidiando mucho ver a Jackson morrearse con Emma delante de mis narices.

Jackson dejó sus labios un momento para susurrarle algo al oído que la hizo enrojecer. Intercambiaron miradas cómplices y ella asintió. Fruncí el ceño cuando los vi subir las escaleras.

Maldije en mi interior, sabía que significaba eso. Y no me gustaba.

—¿Qué te pasa? —murmuró Chloe, apoyándose en la pared.

Me bebí lo que me quedaba en el vaso y negué con la cabeza.

—Nada.

Ella rodó los ojos y se acercó un poco más, mirándome con preocupación.

—Vamos, Ethan, sé que algo te está molestando. No eres de los que se quedan callados así como así. ¿Qué está pasando?

Respiré profundamente y decidí confiar en Chloe, después de todo, era mi pareja y no quería ocultarle la verdad. Me estaba cansando de soportar ese peso sobre mis hombros.

—Es Jackson y Emma. Estoy harto de verlos juntos todo el tiempo, me molesta —le confesé—. Me molesta verlos morrear y saber que están en una habitación...

Chloe asintió con comprensión, pero parecía triste.

—Entiendo por qué te sientes así, pero Ethan, ellos son tus amigos y están juntos. No puedes esperar que cambien su comportamiento solo porque sientes algo por Emma. Tienes dos opciones: o decirle a Emma lo que sientes o callarte e intentar rehacer tu vida. Pero no estés como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer. —La seriedad en su rostro me compungió.

Chloe tenía razón.

Asentí con la cabeza y dejé el vaso vacío en el mueble de la barra. Ella se acercó a mí y la tomé de la cintura. Quizá fuera por el alcohol o por la sensación de vulnerabilidad que me embargaba, pero acercándome a Chloe sentí un cosquilleo en el estómago. Ella pasó su dedo por mi pecho. Su mirada pícaro se dirigió a la mía, llenándome de candentes promesas, y me mordió el lóbulo de la oreja.

—Vámonos arriba, nadie nos va a echar de menos aquí abajo —susurró con la voz ronca por la excitación.

Chloe me llevó escaleras arriba y me metió en una habitación cálida y acogedora, enorme y con muebles de un lujo excepcional. La luz tenue de una lámpara de mesa arrojaba destellos dorados sobre las paredes de color crema, creando una atmósfera íntima. El suave zumbido de la música de fondo llenaba el aire, añadiendo un toque de sensualidad.

La habitación estaba decorada con buen gusto, con muebles de madera oscura y cortinas de terciopelo carmesí que enmarcaban la ventana. Un gran espejo enmarcado en oro adornaba una de las paredes, reflejándonos mientras que Chloe se desnudaba por completo.

Nos miramos con intensidad, con deseo. El susurro de nuestras respiraciones se volvió más audible a medida que nos acercábamos lentamente el uno al otro. El beso comenzó suave y lento, como una suave brisa que acaricia la piel. Los labios de Chloe se movían en perfecta armonía con los míos, me exploraba con pasión.

Sin embargo, un leve jadeo llegó a mis oídos de la habitación de al lado. Lo intenté ignorar, pero rezumbaba en mi mente como un eco inquietante. Tensé la mandíbula cuando escuché otro y me separé de Chloe.

Me quitó la camiseta al separarse y me bajó los pantalones con la ropa interior. Embelesado por su mirada, dejé que me tirara a la cama bocarriba y se subiera encima de mí. El calor de nuestros cuerpos se intensificaba con cada segundo que pasaba y Chloe lo sabía. Me besó el cuello y bajó sus húmedos besos hasta mi cadera. No se anduvo con rodeos, pues tomó mi miembro en su mano y se lo llevó a la boca. Jadeé, tomándola del pelo para profundizar más. Me lamí de arriba abajo. Pero la cosa no funcionaba. Era la primera vez que mi polla no se ponía dura con las caricias de Chloe y eso me preocupó.

La aparté y me senté en la cama. Hundí mi cara en mis manos y negué.

—No puedo —susurré.

Chloe se relamió los ojos y asintió, no dijo una sola palabra mientras se ponía la ropa interior.

—Voy a esperar todo lo necesario, Ethan —murmuró después de un rato, rompiendo el silencio. Me miró con determinación y un atisbo de tristeza en sus ojos—. Voy a esperar porque sé que puedo hacerte feliz.

Llevaba follando con Chloe un tiempo y comprendí la desesperación de que a tu supuestamente pareja no se le levantara para echar un polvo. Comprendía sus sentimientos y me sentí tan mal por ella que me levanté, me puse la ropa interior y la abracé, dejando que su cabeza descansara en mi hombro.

Me había enternecido y comenzaba a cogerme mucho cariño porque nadie me había demostrado tanto que quisiera estar conmigo.

Se separó de mí y se limpió unas lágrimas traicioneras. Le sonreí sin enseñar los dientes e hice lo impensable, le di un beso en la mejilla y tomé sus manos entre las mías.

—Gracias, Chloe. Gracias por comprender la situación y seguir aquí a pesar de todo.

Ella asintió y rozó mi mejilla con sus dedos.

—Creo que tendrías que hablar con ella, Ethan, y dejar las cosas claras. —De repente, escuchamos un portazo que la hizo votar en su sitio—. Vaya portazo —murmuró Chloe—. Pero, en serio, creo que tendríais que aclarar lo que os pasa porque los dos estáis con personas diferentes. Mira, Ethan, si decidís estar juntos a mí me parecerá genial. Pero si no, si decidís tomar caminos diferentes, creo que lo mejor sería hablarlo y aclarar de una vez la tensión porque ni Jackson ni yo somos tontos.

Asentí.

—Tienes razón, Chloe. —Y tanto que la tenía, estaba viendo una faceta de Chloe irreconocible—. Hablaré con ella esta misma noche y lo aclararé todo. —Tragué saliva con dureza—. Sé que no puedo estar con Emma porque ella merece a alguien que la pueda hacer feliz y yo tengo muchos frentes abiertos.

Me palmeó el hombro.

—Pues ya está. Habla con ella y acláralo todo porque me has dejado con el calentón y yo quiero follar —bromeó.

Chloe y yo salimos de la habitación para encontrarnos a todos, a excepción de Emma, quitándose la ropa. Tyler enarcó una ceja en mi dirección y una sonrisa socarrona cruzó su rostro.

—¿Qué hacéis aún con ropa? ¡Nos vamos a la piscina! —exclamó.

Desvié la mirada hacia Chloe.

—Vamos a ver, idiota, hacen dos grados fuera. ¿Cómo quieres meterte a la piscina? —le dije. Tyler hizo una mueca.

—Porque el agua está caliente, imbécil. Es climatizada, mira.

Observé la piscina y me sorprendí al ver que Tyler tenía razón. Estaba cubierta por una enorme cúpula que parecía mantener una temperatura agradable.

—Vaya, no lo sabía. Parece que estamos listos para una fiesta de piscina improvisada —respondí con una sonrisa mientras miraba a Chloe.

Ella asintió, claramente intrigada por la idea. Después de todo, parecía una forma divertida de continuar la noche.

Tyler y los demás ya habían comenzado a quitarse la ropa, dejándola en montones cerca de la

piscina. Al verlos, Chloe y yo intercambiamos una mirada cómplice antes de seguir su ejemplo.

Pronto, estábamos todos en ropa interior, preparados para sumergirnos en la piscina climatizada en medio de la noche fría. A medida que nos acercábamos al borde, sentí el vapor cálido que emanaba de ella, lo que hizo que la idea de zambullirme fuera mucho más tentadora.

Tyler fue el primero en lanzarse al agua con un grito de emoción. El sonido del chapoteo se mezcló con risas mientras el resto de nosotros lo seguía. La sensación del agua caliente contrastando con el aire frío era electrizante.

Nadamos, jugamos y nos reímos. Gavin y Jackson cogieron a Chloe y la sumergieron en el agua. Me reí cuando salió y comenzó a intentar pillarlos, parecían estar ajenos a todo. Tyler estaba peleándose con Zoey y Julie, también ajenos a todo. Y yo me quedé en las escaleras hasta que mi mirada se dirigió a la puerta de la cúpula. Allí estaba Emma y tenía los ojos rojos. Me sonrió y se sentó en el borde de las escaleras, mojándose solo los pies.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté, escuchando de fondo como todos estaban a lo suyo.

Ella se encogió de hombros y negó con una sonrisa tristona cruzando su rostro.

—Nada —murmuró con la voz algo temblorosa.

De soslayo, miré a Jackson.

—¿A pasado algo con...? —negó y no quise indagar más—. Venga, métete. El agua está buenísima.

Emma frunció los labios.

—Es que no sé nadar.

Me eché a reír y la salpiqué un poco.

—Yo te cojo, lo prometo. —La animé—. Quítate la ropa y entra, no voy a soltarte.

Dudó, pero se levantó y comenzó a quitarse la ropa bajo mi atenta mirada. Algo en mi interior se activó, eso que Chloe no había conseguido despertar con su encanto, Emma lo tenía en abundancia. Mientras ella se quitaba la ropa, mi corazón latía con fuerza y una sensación de nerviosismo recorría mi cuerpo. Finalmente, Emma quedó en ropa interior y se acercó tímidamente al borde de la piscina, donde yo la esperaba.

Extendí una mano hacia ella, asegurándole que la sostendría. Emma me miró con agradecimiento y, con un suspiro de determinación, dio un paso y se deslizó en el agua. La abracé suavemente, manteniéndola cerca de mí.

—No te preocupes, Emma. Estoy aquí para cuidarte. Relájate —le dije con una sonrisa.

Emma asintió y poco a poco comenzó a confiar en mí. Su cuerpo estaba pegado al mío y sentía sus senos contra mi pecho. La agarré de la cintura e hice que envolviera sus piernas alrededor de mi cuerpo.

Nos miramos directamente a los ojos por un momento y sentó como se sonrojaba cuando nuestros sexos se rozaron bajo el agua y la tela que los cubría. La llevé hacia dentro, pero aún donde hacía pie. Entonces, Zoey se agarró a mi espalda y nos zambulló. Salimos a flote segundos después empapados y riendo.

Jackson nos miró serio, muy serio, pero no dijo nada, pues Gavin y Chloe se encargaron de entretenerlo. La tensión que se formó entre Emma y yo era palpable, por ello decidió separarse de mí y ponerse de puntillas en la piscina.

—Creo que tendríamos que hablar —susurró, mirando hacia otro lado.

—Sí, creo que será lo mejor.

Decidimos salir de la piscina y dirigirnos a la caseta que había fuera en dónde podríamos tener un poco más de intimidad envueltos en toallas que Julie había dejado en una tumbona.

Emma entró antes que yo y dejó la toalla extendida fuera para que se secara un poco. Y yo la

imité. A pesar de ello, su pelo estaba chorreando y las gotas caían por su espalda y por la cumbre de sus senos. Me resultaba imposible no desviar la mirada hacia ellos, eran perfectos. Tenía mucho más pecho que Zoey y Julie, pero menos que Chloe, ya que ella se lo había operado hacía unos meses.

Cerré la puerta para cubrarnos del vocerío de la piscina.

—Necesitamos resolver esto, Ethan, porque nos está afectando. A nosotros y a nuestras parejas —soltó Emma con preocupación.

Me apoyé en una de las paredes y asentí.

—Tienes razón, esto nos está afectando y no quiero hacerle daño a Jackson.

—Ni yo a Chloe, se ve que te quiere —dijo ella con una sonrisa cerrada. Dejó escapar un suspiro y se acercó a mí—. ¿Qué nos está pasando?

Apreté la mandíbula y mis manos se volvieron puños. Tenía que hablar, tenía que decirle a Emma lo que sentía por ella si quería pasar página y dejarla tranquila porque me estaba consumiendo.

—Emma, no tengo una explicación concreta de qué me pasa contigo. No sé si se debe a que me salvaste aquel día o... —me callé y me relamí los labios, que de un momento a otro se me habían secado—. No lo sé, ¿vale? —me exasperé y me eché el pelo para atrás—. No tengo ni puta idea de que me pasa contigo, pero cada vez que te veo con Jackson siento celos de que sea él quien te bese, quien te toque... Joder, Emma, me gustas y no tengo una explicación lógica para ello. Me gustas, mucho.

Emma se quedó anonadada. Nuestros ojos se encontraron, reflejando una mezcla de sorpresa, emoción y tal vez un atisbo de deseo. Con delicadeza, Emma se acercó a mí y acarició mis mejillas con las yemas de los dedos. El contacto suave y cálido hablaba de la intensidad de la conexión que habíamos compartido desde aquel día en que ella me había salvado. No, desde el momento en el que se topó en la universidad y la vio a los ojos.

El mundo exterior parecía desvanecerse mientras los dos nos perdíamos en el espacio entre nuestras miradas, dejando que los sentimientos que habíamos estado ocultando durante ese tiempo finalmente se revelaran.

—Tú a mí también me gustas, Ethan. Y estoy harta de hacerme creer lo contrario, de intentar aplacar lo que siento cuando te veo.

La distancia entre nosotros se redujo. Acaricié su cintura con mi mano y dirigí la otra a su brazo. Tembló, se estremeció con mis caricias y en sus ojos brilló el deseo.

—No podemos estar juntos —susurré—. Yo tengo muchos frentes abiertos y no soy alguien correcto para ti.

Ella sonrió sin enseñar los dientes.

—Todos tenemos heridas que tenemos que cicatrizar. El amor es como una canción inacabada; solo cuando dos corazones se unen, la melodía encuentra su ritmo. Y yo siento que eres ese ritmo, Ethan.

Se puso de puntillas y me besó. Fue un beso suave que me pilló desprevenido, pero al que respondí tomándola de la nuca y poniéndola contra la pared. Emma dejó que mi lengua entrara en su cavidad y que jugara con la suya en un apasionado baile de labios y lenguas. El mundo exterior desapareció por completo mientras nos entregábamos a la intensidad del momento.

El calor entre nosotros creció, y nuestras manos exploraron con avidez cada centímetro de nuestros cuerpos. Los latidos de nuestros corazones resonaban al unísono mientras nos fundíamos en un abrazo apasionado. La química entre Emma y yo era innegable, y ninguno de los dos quería resistirse a ella.

A pesar de las palabras de advertencia que habíamos intercambiado, el deseo y la pasión nos llevaban por un camino sin retorno. Sabíamos que esta conexión era peligrosa, que podía complicar nuestras vidas de muchas maneras, pero en ese momento, eso parecía irrelevante. Yo no podía tener a Emma, ella merecía a una persona mejor, una persona buena que supiera amarla y demostrárselo todos los días. Yo era el anticristo del romanticismo y tenía miedo a hacerle daño porque sabía que en algún momento podría fallarle. Y ese simple pensamiento me obligaba a no confiar en mis sentimientos.

Nos separamos cuando nos faltó el aire y, todavía con los ojos cerrados y la culpa carcomiéndome por dentro, apoyé mi frente en la suya. Los abrí y la vi mirarme con los labios hinchados y la respiración entrecortada.

Me relamí los labios y me aparté de ella, sintiendo frío. Me dirigí a puerta y tomé el pomo.

—Esto no está bien, Emma. Tenemos que rehacer nuestras vidas con las personas adecuadas. —Pero cuando intenté girar el pomo y abrir la puerta, esta estaba cerrada a cal y canto.

Forcejeé y la pateé sin obtener resultado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emma detrás de mí.

—Que nos hemos quedado encerrados —maldije por lo bajo—. ¡Ayuda!

Comenzaba a hacer demasiado frío, teníamos que salir de aquí. Pero Emma, ante mis golpes contra la madera, me tomó de la mano y me acercó a ella. Estaba temblando y la acerqué a mí tanto como pude para calentarla con mi calor corporal.

—No... no te preocupes —murmuró ella.

Con una mano, volví a intentar abrir la puerta sin éxito. Me acerqué a Emma y la abracé tanto como puedo.

—¿Cómo demonios hemos llegado a esto? —pregunté al aire, sabiendo que pronto nos congelaríamos de frío.

—¿De verdad quieres que te lo diga? —le castañearon los dientes.

Enarqué una ceja en su dirección y miré a nuestro alrededor intentado encontrar algo con lo que cubrirnos. No tenía ni idea de quién nos había dejado encerrados, pero lo pagaría caro. Entonces, Emma vio en una esquina un baúl polvoriento. Nos acercamos y cuando lo abrimos encontramos mantas y un mp3 de hacía años.

—Menos mal —murmuré, poniéndole a Emma una manta sobre los hombros que la ayudó a calentarse.

—Gracias —murmuró ella, sentándose en el suelo y encendiendo el mp3—. ¿Quieres escuchar música conmigo? Me ayuda a relajarme.

Asentí y me senté a su lado con otra manta sobre los hombros. Emma me puso un auricular y comencé a escuchar una vieja canción de Taylor Swift, Love Story. Cerré los ojos y dejé que Emma se apoyara en mi hombro. Taylor Swift era una de las cantantes favoritas de mi hermana Caroline, la causante de que hubiera destrozado la radio. Pero esta vez la tararé. El recuerdo de mi hermana cantándola a todo pulmón vino a mi mente y solo pude sonreír.

—Jackson y yo hemos discutido porque no he podido dar el paso —soltó Emma de repente—. Me ha dicho cosas horribles.

Por eso había pegado un portazo.

—Parecía que os lo estabais pasando bien —murmuré.

Ella frunció los labios.

—Todo iba a bien hasta que he susurrado tu nombre —me confesó, dejándome atónito.

—¿Cómo? —le pregunté, quitándome el auricular.

Emma se puso roja como un tomate y miró sus pies descalzos.

—Jackson ha comenzado a... —se calló— a tocarme, pero yo solo podía pensar que eras tú, Ethan. Y se me ha escapado tu nombre.

Era la primera que me ponía tan cachondo. Me ponía demasiado saber que Emma pensaba en mí cuando otro la tocaba.

—¿Estabas pensando en mí? —Tomé su barbilla con dos de mis dedos y le alcé la mirada—. ¿Estabas pensando en mí? —Asintió sin dejar de mirarme a los ojos. Una vorágine de sentimientos comenzó a explotar en mi interior y no pude resistirme. Ya no. No podía con lo que sentía por ella, necesitaba tenerla; aunque fuera solo una vez—. Que dios me perdone, porque yo no lo voy a poder hacer.

Y me abalancé sobre ella, sobre sus labios. Necesitaba su contacto, sus manos en mi cuerpo. La necesitaba con urgencia, como una droga.

CAPÍTULO 27

EMMA DAVIS

Se abalanzó sobre mí como una fiera a su presa, pero no lo aparté. Sabía que estaba mal, que esto estaba muy mal porque ni yo era buena para Ethan ni él era bueno para mí, pero ¿qué podía hacer con el deseo que me consumía cuando lo tenía cerca? Nunca había experimentado esta sensación, siquiera horas antes con Jackson. ¿Qué me estaba pasando con él? ¿Por qué lo prohibido se hacía tan tentador?

Su mano se ciñó sobre mi cintura y me atrajo a él. Me movió como si fuera una muñeca y tomé la iniciativa de sentarme sobre sus piernas, con las rodillas en el suelo de madera. Me dolían un poco, pero valía la pena por degustar sus labios. Enrollé mis manos alrededor de su cuello, acariciando el cabello de su nuca. Era increíble cómo su mano se amoldaba tan bien a mi cuerpo, como sus labios me exigían más y cómo su lengua buscaba la mía. La calidez que Ethan me transmitía era abrumadora, y me encontraba atrapada en un torbellino de emociones y deseos que no podía controlar.

—Esto está mal, muy mal —susurró él, acariciando mi mejilla—. ¿Qué voy a hacer contigo, Emma? Me vuelves loco.

Mirándonos a los ojos, vi el deseo en sus pupilas dilatadas y oscurecidas.

—Yo... —me callé, pasando la lengua por mis labios—. No lo sé, Ethan. Pero yo también siento que me vuelves loca, desde la noche en la que me besaste yo no soy persona. Vivo recordando ese momento una y otra vez. Y que dios me perdone porque Jackson no se merece esto, pero no puedo con... —Ethan volvió a besarme y sentí su miembro duro como una roca rozar mi sexo.

—No podemos estar juntos, ¿lo sabes? —dijo, cuando se separó de mí—. Yo no soy la persona adecuada para ti.

—Lo sé —murmuré—. Sé que no quieres estar conmigo de esa manera, pero, Ethan, esta noche es de los dos. Aquí encerrados, tú y yo. Una noche, Ethan.

Un deseo primitivo brilló en sus ojos verdes. Ethan me apartó y la manta que llevaba alrededor de su cuerpo acabó en el suelo haciendo de colchón. Me tumbó junto a él y nos tapó con la manta que llevaba yo. Me miró por un momento, tan intensamente que la garganta se me secó.

—Lo que más deseo ahora mismo es hacerlo contigo, Emma. Pero hay un problema que no puedo solucionar. —Fruncí el ceño y él rio por lo bajo, agarrándose de la cintura y acercándose a él hasta que no quedó un milímetro de distancia—. No tengo protección, ¿entiendes? —me puse colorada. Dios mío, se me había olvidado por completo. Bajé la mirada avergonzada, pero él me agarró del mentón y me obligó a mirarlo—. Pero puedo hacerte el amor de muchas maneras, Emma. Dime que sí y esta noche será la mejor de tu vida.

No tenía demasiada idea sobre sexo, pero me estaba quemando. Algo muy dentro de mí estaba haciendo que mi piel ardiera, que mi cuerpo entrara en erupción cada vez que sus yemas me rozaban.

—¿Solo una noche?

—Solo esta noche, Emma.

Lo besé suavemente, deleitándome con la calidez de sus labios. Tenía que estar loca para hacer esto, mi sentido común me lo estaba gritando. Pero, ¡a la mierda! Necesitaba zanjar con

Ethan la tensión que había entre los dos y estaba segura de que esto lo acabaría solucionando. Me sentía la peor persona del mundo por estar engañando a Jackson, pero, ahora, entre sus brazos, no existía nada más salvo él y yo.

—Sí, Ethan.

Jadeó contra mis labios y me besó más profundamente, bajando sus manos por mi espalda hasta el broche del sujetador. La vergüenza se había esfumado, Ethan iba a ser la primera persona que me viera desnuda. Completamente desnuda.

El sujetador quedó a un lado de la improvisada cama y sus manos se deslizaron hasta mis senos. Ethan se puso encima de mí y los observó con la mirada oscurecida. Tumbada sobre mi espalda, con él arriba de mí, sosteniéndome sobre sus brazos y bajando sus besos húmedos por mi cuello, supe que me iba a consumir; que esa noche iba arder como una hoguera a la que le echaban más carbón.

Ethan llegó a uno de mis senos y jugó con el pezón mientras masajeaba el otro haciéndome gemir. Me mordí el labio inferior para no gritar. La sensación era demasiado y él lo hacía muy bien.

Mis brazos rodearon su cuello y lo incité a que siguiera. Agarré su nuca y lo atraje más a mí. A estas alturas, la cordura se había esfumado por completo. Ethan bajó su mano por mi cuerpo hasta llegar a las bragas que cubrían mi sexo. Dejó mi pezón y se recostó a mi lado. Me besó y me obligó a abrir las piernas. Sus dedos jugaron conmigo por encima de la tela y la sensación me hizo jadear.

Se acercó a mi oído y susurró con la voz ronca: —Te prometo que vas a disfrutar como nunca, Emma. Voy a hacer que tu coño se corra muchas veces.

Una vorágine de excitación me invadió. Mi mente tan virgen explotó con su promesa.

Ethan me quitó las bragas y jadeó cuando rozó con la yema de su dedo mi hinchado clítoris. Me sorprendí de la sensación.

—¿Te has tocado alguna vez, pequeña? —Negué y a él se le encendieron los ojos—. Dios, Emma, nunca había estado tan duro. Ven, ven aquí. Voy a enseñarte a darte placer.

Abrí los ojos como platos. Nunca se me había pasado por la cabeza hacer algo así porque mi apetito sexual había estado dormido hasta que lo conocí a él. Me parecía una barbaridad, pero, aun así, dejé que Ethan me moviera a su antojo.

Se sentó y apoyó su espalda contra la pared. Me sentó entre sus piernas, con la espalda pegada a su pecho y mi trasero rozando su dura erección. Me abrió las piernas y cogió mis manos con las suyas. Ethan llevó una de ellas a uno de mis senos y la otra a mi boca para que chupara dos de los dedos. Me pareció una obscenidad, pero me puso muy cachonda. La bajó hasta mi sexo e hizo que me explorara mientras que él me daba besos en el cuello.

—Ahora, cada vez que te toques, pensarás en mí —susurró en mi oreja.

—Eso es cruel —murmuré entre dientes, dejando que me guiara sobre mi hinchada cumbre. Levanté las caderas un poco cuando rocé esa zona con mis dedos.

—Es divertido.

Ethan me enseñó a tocarme, hizo que masajeara mi clítoris y que jugara con mis senos, que pellizcara mis pezones y que introdujera poco a poco mis dedos en mi interior. Seguí su voz con los ojos cerrados, guiándome por sus sucias palabras. No mentían cuando decían que el sexo es más psicológico que otra cosa porque le maldito sabía qué decir en cada momento para excitarme más.

Y el momento del orgasmo, ese momento fue fabuloso. Me dejé llevar por una corriente eléctrica que me hacía ir más rápido hasta llegar a la cumbre y caer en picado.

Agitada como estaba, la risa de Ethan chocó con mi cuello. Dejé que mi cabeza descansara sobre su hombro. entonces, hizo algo inimaginable. Metió dos de sus dedos en mi interior y se los chupó.

—Me encanta tu sabor y cómo te sonrojas. Estás preciosa así.

Juraría que no habría nadie con el superpoder de sonrojarse tanto como yo. Era increíble como él lo conseguía.

Con la respiración entrecortada, me giré y me puse de rodillas. Tragué saliva cuando vi su duro miembro estar encerrado bajo la tela de su ropa interior. Mis dedos se movieron hacia la cinturilla e hice el amago de quitárselos, pero Ethan me detuvo.

—¿Estás segura? —Jackson no me preguntó si estaba segur—. No quiero hacer nada de lo que no te sientas preparada y no quiero que pienses que hago esto para conseguir algo.

—Eso no se me había pasado por la cabeza en ningún momento, Ethan. Quiero hacerlo.

Besó mis labios con delicadeza y me ayudó a bajarle el bóxer. Su erección salió disparada. Y fue la primera vez que me detuve a ver un miembro viril. No tenía ni la menor idea de que fuera así, de esa manera tan... ¿grande? No me había parado a ver la de Jackson cuando, en la habitación hacía unas horas, se había quitado toda la ropa después de hacer el intento de excitarme. Y decía hacer el intento porque en un inicio sí que me había comenzado a gustar, pero fui perdiendo la magia gracias a que mi mente caía siempre en la misma imagen, en que la persona que estaba ahí era Ethan. Y la había cagado, la había hecho buena al pronunciar su nombre en vez el de Jackson. Era una lucha interna constante y quería terminar con esto ya.

Ethan se rio por lo bajo al verme la cara. Pero me acomodó a su lado y cogió mi mano. Lo único que se escuchaba en la habitación eran nuestras agitadas respiraciones, sobre todo la mía. La llevó a su miembro y lo apreté entre mis dedos. Jadeó y eso hizo que volviera a hacerlo, pero esta vez moví la mano de arriba abajo.

Era orientativo, el sexo era dejarse llevar. ¿Y a esto le había tenido yo miedo?

—Así, pequeña, así —gimió él.

Ethan todavía seguía con la espalda pegada a la pared y aproveché para ponerme de rodillas y metérmelo en la boca. La primera sensación que tuve fue extraña. Estaba duro, pero suave. Un contraste que hizo que la parte baja de mi vientre pidiera más.

Sabía que no era una experta haciendo esto, en realidad era la primera vez que le hacía a un tío una felación. Entendía el sexo cómo dar y recibir placer, un juego de dos. Y no sería justo que Ethan se quedara sin nada. además, quería hacerlo. Y era un sentimiento de consenso que estaba disfrutando mucho.

Ethan bajó su mano por mi espalda y me palpó el trasero en pompa por estar de rodillas a su derecha. Era una postura incómoda, pero cuando su mano rozó mi hendidura por detrás comencé a disfrutarla más hasta el punto de jadear con su miembro entre mis labios. Y llegó un punto en el que no pude más y volví a caer en picado hasta explotar.

Me besó de nuevo e hizo que me recostara en la sábana. Ethan me mordió el labio inferior y bajó hasta mi sexo húmedo. Me abrió las piernas y lamió mi clítoris, sorprendiéndome por la sensación que eso causaba en mí. Era todo tan nuevo que me temblaban las piernas. Y dejé que me hiciera lo que quisiera, que me diera placer con su lengua hasta correrme de nuevo.

3 veces, tres malditas veces.

—Ha sido alucinante —siseé con la voz entrecortada.

Ethan se relamió los labios y se acostó a mi lado. Cogió el mp3 y se puso un auricular mientras me entregaba el otro. Me lo puse y sonreí cuando escuché Wonderful Tonight de Eric Clapton.

—No voy a olvidar esto en la vida —me susurró con una sonrisa cruzando su rostro.
—Ni yo, Ethan —dije—. En unas horas haremos que esto no ha pasado.
Él sonrió con tristeza y me acarició el pelo.
—Seremos solo amigos.
Solos amigos, me repetí.

CAPÍTULO 28

JACKSON HILL

Salí de la habitación echo una furia. No podía creer que Emma lo hubiera dicho, no podía creer que hubiera pronunciado su nombre cuando... ¡Dios, estaba muy cabreado!

La dejé en la habitación sola y bajé las escaleras para empujarme una botella entera de alcohol, la primera que pillé de la mesa mientras veía cómo Zoey y Julie bailaban una canción y Tyler se ponía otro vaso. Gavin, sin embargo, estaba sacándoles una foto para el recuerdo.

Gavin...

Intercambiamos miradas un segundo y volví a centrarme en la bebida.

—Jaks, ¿te ocurre algo? —me pregunté al ver que el líquido de la botella bajaba considerablemente.

Resoplé y me eché el pelo para atrás.

—Sabía que entre Ethan y Emma había algo, lo sabía —siseé con la voz dolida.

Tyler frunció el ceño.

—¿Qué estás diciendo? Deja de beber ya.

Negué con la cabeza y señalé con un ademán las escaleras.

—Ha dicho su nombre, Tyler. Emma ha dicho el nombre de Ethan mientras estábamos... —me callé.

Tyler abrió los ojos como platos.

—¿En serio? ¿Me lo estás diciendo en serio, Jaks? —Asentí—. Pero ¿ha habido entre ellos algo o ha sido solo eso?

—No, no ha habido nada entre ellos que yo sepa.

Tyler se echó a reír y me palmeó la espalda.

—Jackson, sabías perfectamente que entre Ethan y Emma hay una química muy grande. Pero ella está contigo y dudo que Emma sea capaz de hacer algo así —me dijo, quitándose la botella y dándome un vaso—. Lo importante es que ella te quiere, porque lo hace. Esto ha sido solo un momento un poco...

—Incómodo —respondí.

Tyler asintió.

—Exacto, incómodo. Ahora estás muy cabreado y no sería bueno que hablaras con ella. Déjalo estar y mañana díselo. Vamos a la piscina.

Nos dirigimos a la piscina y me zambullí en el agua sin dejar de pensar en lo que había ocurrido. El violento murmullo de las hojas en el exterior me recordaba que el mundo continuaba girando, pero en ese momento, mi mente estaba completamente centrada en dos personas: Emma y Gavin.

Emma, con su cabello castaño y sus ojos del color del chocolate, había entrado en mi vida como un vendaval de frescura. Desde el primer momento en que la vi en la cafetería de la universidad y pude hablar con ella, supe que era algo especial. Su risa resonaba en mi cabeza como una melodía, y nuestras conversaciones, que iban desde temas triviales hasta profundos pensamientos sobre el universo, llenaban mi vida de una forma que nunca había experimentado antes.

¿Qué era esto que sentía por Emma? Me lo preguntaba una y otra vez. Esa pregunta había estado rondando mi mente durante semanas hasta que me lancé. Era algo más allá de la amistad,

pero también algo que temía explorar.

Por otro lado, estaba Gavin. Gavin, el chico que había conocido en la fiesta de un amigo hace unas semanas. Era alto, de mirada intensa, y su sonrisa era capaz de encender cualquier habitación. Recordaba la noche que pasamos juntos, las risas, las conversaciones y, por supuesto, el momento en que nuestros labios se encontraron en un beso que me hizo sentir una oleada de emociones confusas.

La verdad era que no era ajeno a la atracción hacia ambos géneros. Sí, me gustaban tanto los hombres como las mujeres y eso fue algo que me descubrió Gavin, por eso tenía miedo de que se acercara demasiado a Emma. Siempre había sentido una conexión emocional y física tanto hacia hombres como hacia mujeres, pero nunca había tenido la valentía de admitirlo abiertamente. Temía el juicio de los demás, el rechazo y la incompreensión que podrían acompañar a mi confesión.

Mientras miraba la cúpula que cubría la piscina, me di cuenta de que estaba atrapado en una maraña de emociones complejas. Emma era, además, mi amiga, y no quería perderla porque me había demostrado mucho y me encantaba estar con ella. Por otro lado, Gavin me había mostrado un mundo completamente nuevo de posibilidades, pero tenía miedo de explorar ese territorio desconocido.

¿Por qué todo esto tenía que ser tan complicado? Me pregunté para mis adentros, sabiendo que nadie podía escucharlo. La respuesta, sin embargo, no llegó de inmediato. Sabía que tenía que tomar una decisión, pero la incertidumbre y la confusión me mantenían paralizado.

¿Qué debo hacer? me pregunté de nuevo mientras veía como Emma me miraba desde la distancia. Sabía que no podía aplazar la toma de decisiones para siempre. Tenía que enfrentar mis sentimientos y ser honesto conmigo mismo y con los demás.

Dejé que la noche transcurriera y me dejé llevar en el agua por Gavin y Chloe, que me ayudaron a alejar esos pensamientos de mi mente durante un rato. Vi como Emma y Ethan desaparecían, pero Chloe me explicó a qué se debía.

—No tienes que preocuparte, van a zanjar lo que tiene pendiente —me dijo, saliendo de la piscina y envolviéndose en una toalla.

Me dirigí dentro de la casa con los demás, dejándoles intimidad. Y fue la primera vez que sentí la necesidad de salir al balcón y fumarme un cigarrillo. Llevaba sin fumar años.

Me tomó por sorpresa el que Chloe viniera a hablar conmigo de lo que sentía cuando Ethan y Emma se miraban. Se sentía como yo y conocí a una Chloe muy diferente, a alguien que, por alguna razón, hizo que mis sentimientos se revolucionaran.

La besé entonces, y no sé si era por el alcohol o por lo triste que me sentía ante mi situación. Pero la besé y ella me correspondió. Sin embargo, Gavin estaba ahí, en la puerta observando.

Chloe intercambió una mirada conmigo y lo entendí todo. Lo que iba a hacer no estaba bien y sabía que me arrepentiría al día siguiente, pero ¿qué más daba?

Los tres nos fuimos a una de las habitaciones de arriba, viendo como Tyler, Zoey y Julie estaban durmiendo en el comedor.

Chloe se encargó de llevar el ritmo y de pautarnos. Nos quitó la ropa a los dos y luego se deshizo de la suya. Dejó que Gavin y yo la tocáramos por todas partes, que desatáramos lo que teníamos dentro. Y la experiencia me llenó por completo porque en esa habitación solo fuimos nosotros: tres personas en busca de algo a lo que no le podíamos poner nombre.

CAPÍTULO 29

ETHAN ANDERSON

El sol apenas había comenzado a asomarse por el horizonte cuando desperté con un golpe suave en la cara. Gruñendo, traté de reorganizar mis pensamientos mientras me daba la vuelta en la incómoda superficie para dormir, solo para encontrarme con una suave, pero sólida resistencia bajo su mano derecha.

Parpadeé y levanté la vista para encontrarme con que tenía la mano alrededor de uno de los senos de Emma. Los recuerdos de lo que había ocurrido hacía unas horas rezumaron en mi mente y me separé de ella como si quemara. Sus grandes ojos marrones me miraron sorprendidos. Emma estaba allí, junto a mí, con una sonrisa somnolienta en el rostro.

—¿Ethan, me estabas tocando la teta? —murmuró.

Mi mente no tardó más de un minuto en ponerse en marcha y, cuando finalmente lo hizo, me di cuenta de dos cosas. Primero, estábamos acostados en el suelo de la caseta de la piscina de Julie. Segundo, su mano derecha estaba firmemente apoyada en uno de los senos de Emma. Y que bien había estado ahí.

—Para de hacerme cosquillas con el pie —dijo ella, a lo que yo fruncí el ceño.

—Yo no estoy haciéndote cosquillas.

Un grito ahogado escapó de su garganta mientras se retiraba de un salto y caía de espaldas, con los ojos bien abiertos de la sorpresa. La manta salió volando y fue cuando vimos una cucaracha. Me levanté y la intenté matar con lo primero que pillé por la estrecha caseta. Al final, conseguí acabar con ella entre los gritos de Emma.

La intenté levantar del suelo porque al parecer se había hecho bastante daño al caer, y lo confirmaba al verla cojear. No pude evitar reírme de ella por la graciosa escena. Emma me miró con cara de pocos amigos y me lanzó la manta, que había recogido del suelo.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! —balbuceé, sintiéndose completamente abochornado por la risa.

Emma, sonriendo sin enseñar los dientes, recogió la manta, se incorporó y se apoyó en un codo en la pared.

—¿Qué demonios estás haciendo, Ethan? ¿Te parece gracioso reírte de una persona lisiada? Entre eso, que eres un descarado que te gusta mirar bragas y un *tocatetas* profesional... —murmuró, con diversión en su voz.

Miré alrededor en busca de una respuesta que no fuera completamente embarazosa.

—¡No tengo ni idea de porqué te estaba tocando la teta! Creo que ha sido moviéndome esta noche.

Una risa silenciosa se escapó de los labios de Emma mientras ella se sentaba completamente en un mueble viejo.

—Bueno, al menos es un despertar inusual —dijo, mientras se frotaba el brazo—. Pero ahora deberíamos concentrarnos en cómo salir de aquí.

Fui hacia la puerta de la caseta, solo para encontrarla cerrada con llave.

—Estamos atrapados de verdad —murmuré, pasándome una mano por el pelo.

—¡Eres un genio! —ironizó Emma—. ¿Algo más que quiera añadir, nuevo Einstein?

Chasqueé la lengua.

—No sé quién ha sido el imbécil que nos ha encerrado aquí, pero te juro que...

Justo en ese momento, oímos una voz familiar gritando desde fuera.

—¡Ethan! ¡Emma! ¿Dónde estáis? —Era Julie.

Corrí hacia la ventana de la caseta y vi a Julie parada junto a la piscina, mirando a su alrededor con una expresión de preocupación en el rostro.

—¡Julie! ¡Estamos aquí adentro! Estamos atrapados en la caseta de la piscina!

Julie frunció el ceño y se acercó a la caseta.

—¿Cómo demonios llegasteis a estar atrapados aquí si la puerta estaba abierta?

Me encogí de hombros de hombros y miré a Emma, que se había puesto la ropa interior rápidamente.

—No estoy seguro, Julie. Estábamos hablando y...

Julie negó con la cabeza y se echó a reír.

—¿Hablando en pelotas? —inquirió ella—. Te estoy viendo la cola, chaval. Luego hablaré contigo a ver que ha pasado. —Señaló Julie a Emma. Ella asintió con el rostro más rojo que un tomate—. Voy a buscar las llaves y los saco de ahí en un momento —prometió.

Mientras Julie se alejaba en busca de las llaves, os quedamos mirándonos el uno al otro con una mezcla de alivio y diversión. Emma rompió el silencio con una risa suave.

—Bueno, esto definitivamente será una anécdota para recordar.

Asentí, finalmente dejando escapar una risa nerviosa.

—Sí, eso seguro. Pero Emma, siento lo de antes. No tenía ni idea de dónde estaba.

Emma me sonrió y se acercó a mí, pasando un brazo por su cintura.

—No te preocupes, Ethan. Fue solo un accidente. Además, ahora tenemos una historia para recordar. Pero tengo curiosidad, ¿por qué no quieres estar conmigo? O sea, sé que no soy tan bonita como Chloe, pero...

Recordar porque desde ahora solo éramos amigos. Amigos y nada más.

Me eché a reír, parecía estar avergonzada. De soslayo, oteé que nadie nos viera y le di un último beso robado.

—Me encantaría estar contigo, pero tengo muchas cosas que arreglar en mi vida y no quiero hacerte daño. Ethan Anderson es sinónimo de problemas, ¿sabes? Y tienen razón cuando lo dicen. —Ella asintió—. Y Chloe no es más bonita que tú.

Julie finalmente regresó con las llaves y abrió la puerta de la caseta. Emma se fue a buscar a Jackson, que resultó estar en una de las habitaciones de arriba dándose una ducha. Julie me invitó a hacer lo mismo y me llevó a otra habitación con baño. La verdad era queapestaba a alcohol.

Cuando acabé de ducharme, salí a la habitación comuna toalla envuelta a la cintura. Cogí mi móvil y revisé los mensajes que tenía. Chloe me había enviado uno a primera hora de la mañana diciendo que se iba porque no se encontraba muy bien. Me extrañó, pero me limité a decirle que se pusiera bien y que nos veríamos el lunes en la universidad. Sin embargo, alguien con un número privado me había enviado una foto y cuando la abrí la rabia me consumió. Era una foto de Emma y de mí en la caseta, se nos veía desnudos.

¿Te has divertido? Ahora yo también sé tu secreto.

EMMA DAVIS

—Tú no fumas. —Me crucé de brazos, apoyada en el umbral del ventanal.

Sorprendí a Jackson fumando en el balcón de la habitación. Se giró y le dio una última calada. Lo apagó en un cenicero. Me sonrió con tristeza y me agarró de la mano hasta pegarme a su cuerpo.

Me abrazó y dejé que descansara su cabeza en mi hombro.

—Siento muchísimo lo que te dije ayer, me pasé tres pueblos.

Lo separé de mí y agarré su cara entre mis manos.

—Quien lo siente soy yo, Jacks. No estuvo bien lo que pasó y entiendo cómo te debías sentir. Pero quiero decirte que se ha acabado. —La seriedad colmó mi rostro—. Ayer hablé con Ethan y llegamos a la conclusión de que no tenemos nada en común y que estábamos confundiendo nuestros sentimientos. —Mentí—. Solo somos amigos, Jackson, nada más. Yo te quiero a ti.

Se le iluminaron los ojos, pero había un atisbo de algo que no llegué a descifrar. Sus cejas se fruncieron ligeramente, como si algo no encajara del todo en su mente.

—Emma, ¿qué estabas haciendo en la caseta con Ethan anoche? —preguntó con voz calmada pero firme.

Tragué saliva, sintiendo un nudo en la garganta. No había planeado que esta conversación tomara este rumbo tan rápido. Traté de esquivar su mirada, pero Jackson sostuvo mi rostro con suavidad, forzándome a enfrentarlo.

—Emma, no me mientas, por favor. —Su tono suplicante me hizo sentir aún más culpable.

Respiré profundamente y sonreí, fingiendo que todo estaba bien.

—Jackson, me quedé encerrada en la caseta después de hablar con Ethan. Fue un malentendido, te lo juro. Y esta mañana me encontré con una sorpresa... —mi voz tembló—. Había una cuchara en mi pierna.

La sorpresa se apoderó del rostro de Jackson y se echó a reír. Me soltó y retrocedió un paso llorando de la risa.

—¿Una cuchara en tu pierna? ¿Qué demonios hacía allí?

Tomé otro respiro y empecé a contarle todo en detalle. Cómo había ido a la caseta para hablar con Ethan, cómo él había dejado la puerta cerrada accidentalmente y cómo me había quedado atrapada allí durante horas. Le expliqué que, en un momento de frustración, nos echamos a dormir al suelo y cómo me había levantado con mi amiga, la cucaracha, en la pierna. Y él no paraba de reír.

—¡Dios mío, Emma! ¿Por qué no me llamaste? ¿Por qué no gritaste pidiendo ayuda?

Me encogí de hombros, sintiéndome avergonzada.

—Te aseguro que os llamamos a gritos, pero estabais con la borrachera y nadie nos escuchó.

Jackson pasó una mano por su cabello y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—Esto es una locura. ¿Y qué te ha pasado en el pie?

—Qué me he caído de culo al ver a la cucaracha y me he torcido el pie. ¿Me puedes llevar al médico? —Le di una sonrisa inocente.

Jackson besó mi mente y asintió.

—Voy a llevarte al médico a que te vean ese pie y luego vamos a ir a comer tortitas.

Me relamí los labios.

—¡Eso me gusta!

Jackson se vistió y yo lo esperé sentada en la cama. De repente, un mensaje emergió en mi móvil y cuando lo abrí me quedé sin aire. Era una foto de Ethan y mía en la caseta... desnudos y haciendo cosas no aptas para menores.

Tragué saliva con dureza al leer el mensaje.

Has sido una chica muy mala y las chicas malas van al infierno.

CAPÍTULO 30

EMMA DAVIS

Me levanté aquella mañana de lunes con la sensación de que hoy sería un día especial. La luz del sol se filtraba a través de las cortinas, pintando de dorado mi pequeña habitación. Estiré mis brazos y bostecé antes de saltar de la cama.

El día empezaba como cualquier otro, con la rutina de levantarse temprano, ducharse, vestirse y preparar el desayuno. En la cocina, el aroma del café recién hecho me reconfortaba, y mientras esperaba a que las tostadas se doraran, revisé mi teléfono en busca de mensajes.

En mi pantalla, había un mensaje de Zoey y otro de Julie. Zoey y yo compartíamos muchos de los mismos intereses académicos, mientras que Julie era la alma creativa del grupo. Sus mensajes decían que querían reunirse en la biblioteca para estudiar juntas.

Después de desayunar, me vestí con jeans y una sudadera cómoda, sabiendo que pasaría la mayor parte del día en la biblioteca. Agarré mi mochila, que ya estaba llena de libros y cuadernos, y salí de mi habitación.

La biblioteca de la universidad era un edificio majestuoso de ladrillo rojo con grandes ventanales que dejaban entrar la luz del día. Al entrar, encontré a Zoey y Julie en una de las mesas cerca de las ventanas. Zoey tenía su pelo rubio recogido en una coleta alta y estaba absorta en su laptop, mientras que Julie estaba garabateando en su cuaderno.

—¡Hola, Emma! —me saludó Zoey levantando la mano cuando me acerqué.

—Hola, chicas. ¿Cómo van las clases? —pregunté mientras me sentaba junto a ellas.

Zoey hizo una mueca.

—Ya sabes, el lunes siempre es un poco duro, pero estamos sobreviviendo. ¿Y tú?

—Lo mismo, lo mismo. —Sonreí—. Pero hoy tengo un presentimiento de que algo emocionante va a suceder.

Julie dejó su cuaderno de bocetos y se apoyó en la mesa con interés.

—¿Oh, sí? ¿Qué es?

Entonces, comencé a hablar del baile de invierno que se celebraría en unas semanas, en el que Julie era una de las organizadoras principales. La emoción se apoderó de nosotras mientras discutíamos la decoración, la música y los detalles que harían que el evento fuera inolvidable.

Era mi primer baile y, a pesar de todo lo que tenía encima, estaba deseando ir.

—Este baile va a ser épico, lo presiento —dijo Zoey con entusiasmo.

Julie asintió emocionada.

—¡Definitivamente! Y ya sabes, chicas, necesito que me ayudéis a elegir nuestros vestidos. ¿Qué os parece si vamos el sábado a buscarlos juntas?

Ambas asentimos con una sonrisa. La elección de los vestidos para el baile era una de las partes más emocionantes de la preparación.

Pasamos el día en la biblioteca, estudiando para los exámenes que se avecinaban. Zoey y yo compartíamos apuntes y resolvíamos problemas juntas, mientras Julie se sumía en su mundo creativo, dibujando ideas para la decoración del baile.

Jackson me llevó a casa y el día que tan bien había comenzado se torció. Me quedé paralizada cuando vi en casa a mi padre. Los gritos retumbaron en mis oídos cuando entré a la sala de estar. Mamá estaba en el suelo y mi padre le estaba dando una bofetada. Había platos rotos en el suelo y una botella hecha añicos.

Tragué saliva con dureza cuando mi padre se giró y clavó su mirada inyectada en sangre en mí.

—¡Corre arriba! —exclamó mamá con el ojo amoratado.

Me sentí la peor hija del mundo al abandonarla allí, pero eché a correr escaleras arriba con la llave de la habitación colgando en mi mano. Mi padre me persiguió y sentí que el corazón se me iba a salir por la boca. Las lágrimas corrían por mis mejillas mientras rezaba para llegar a tiempo.

—¡Ven aquí! —gritó mi padre, pisándome los talones.

Conseguí abrir la puerta y cerrarla con llave con las manos temblorosas. Milo vino hacia mí y lo abracé, sentándome en el suelo y rezando en voz baja para que no pudiera abrir la puerta.

El sonido de golpes y gritos resonaba en la casa, y me tapé los oídos para bloquearlo, pero no podía evitar escuchar. Cada golpe asestado a mamá me hacía sentir impotente y culpable por no poder hacer nada para protegerla.

Milo ladraba nerviosamente, sintiendo mi angustia, y me acurruqué junto a él, tratando de mantener la calma mientras las lágrimas empapaban mi camiseta. Cada minuto que pasaba se sentía como una eternidad, y tenía miedo de lo que podría estar sucediendo abajo.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, los gritos y los golpes cesaron. El silencio era ominoso, y me preguntaba si mi padre había hecho algo terrible. Mi mente se llenó de pensamientos oscuros mientras esperaba en la habitación oscura y silenciosa.

Luego, escuché los pasos de mi padre alejándose de la puerta de mi habitación hasta donde había arrastrado a mi madre. Contuve la respiración mientras Milo y yo escuchábamos el sonido de su pesada respiración alejándose hacia otra parte de la casa.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero finalmente reuní el valor para salir de la habitación, temblando y sintiéndome completamente destrozada.

Mi madre estaba en un rincón, con lágrimas en los ojos y un ojo amoratado. Corrí hacia ella y la abracé con fuerza.

—Mamá, ¿estás bien?

Ella asintió débilmente y acarició mi cabello con ternura.

—Sí, cariño. Estoy bien.

Esto no podía seguir así.

La abracé con más fuerza, sintiendo que la adrenalina y el miedo se desvanecían lentamente. Milo se unió a nosotros, lamiendo nuestras manos como si quisiera consolarnos.

—Esto tiene que parar, mamá —susurré, ayudándola a levantarse.

—Es tu padre —murmuró ella— y le quiero.



Me dirigí a la pista de hielo con Milo para ver a Jackson entrenar. Habíamos quedado en vernos un rato porque los exámenes nos estaban consumiendo. Pero, de camino, vi a Chloe.

Chloe estaba sentada en un banco cerca de la pista de hielo, observando a Ethan con una expresión de admiración en el rostro. Entendía esa forma de mirarlo, lo que a veces hacía que nuestras interacciones fueran un poco incómodas, pero ambas compartíamos un profundo cariño por Ethan y tratábamos de llevarnos bien.

Me acerqué a ella con una sonrisa amigable. Me recordé que Ethan y yo solo éramos amigos.

—Hola, Chloe. ¿Cómo estás?

Chloe se volvió hacia mí y devolvió la sonrisa.

—Hola, Emma. Estoy bien, gracias. Viendo a Ethan entrenar, como siempre.

Miré a Ethan mientras patinaba con gracia por la pista de hielo. No podía evitar sentir un orgullo mixto con un poco de nostalgia al verlo en su elemento.

—Sí, parece que lo está haciendo genial. —Suspiré—. Yo he venido a ver a Jackson, pero no paro de pensar en el vestido del baile.

—Oh, estoy igual. No sé qué ponerme —murmuró con una sonrisa.

—¿Tienes un rato libre el sábado? Estaba pensando que podría ser divertido si tú, Julie, Zoey y yo fuéramos juntas a buscar nuestros vestidos para el baile de invierno. Eres del grupo y nunca has quedado con nosotras.

Chloe pareció sorprendida por la invitación, pero luego su rostro se iluminó.

—¡Claro, Emma! Me encantaría unirme a vosotras. Aunque no somos mejores amigas, creo que sería genial pasar más tiempo juntas.

Sonreí, aliviada de que Chloe aceptara.

—Eso sería genial. Y estoy segura de que Julie y Zoey estarán encantadas de conocerte mejor. Además, todas queremos que el baile sea especial para Ethan después de lo que pasó.

Chloe asintió con gratitud.

—Sí, estoy totalmente de acuerdo. Ethan está cagado de miedo por el baile, y quiero asegurarme de que tengamos una noche increíble.

Justo en ese momento, Jackson terminó su entrenamiento y se acercó a nosotros, con una sonrisa en el rostro. Llegó a mi lado y me besó.

—Hola, chicas. ¿Qué estáis tramando?

Le expliqué a Jackson nuestra idea de ir juntas a buscar vestidos para el baile de invierno, y él se mostró algo confundido.

—Eso suena genial.

Chloe asintió.

—Estoy emocionada por unirme. Emma fue muy amable al invitarme.

Jackson me miró con agradecimiento, y supe que a pesar de las complicaciones que a veces surgían en nuestras relaciones, todos compartíamos un profundo respeto y cariño mutuo.

Ethan se unió a nosotros y me saludó con una sonrisa. Le dio a Chole un beso en la mejilla y miró mi pie.

—¿Cómo te va? ¿Te sigue doliendo?

Negué y me encogí de hombros.

—La cucaracha no pudo conmigo —bromeé, haciéndolos reír—. Se me ha bajado la inflamación y ya puedo caminar, aunque voy a base de analgésicos. Creo que para el baile no voy a poder ponerme tacones.

—Irías divina con unas convers —intervino Chole.

—Eso sería muy cool —le sonreí.



Me levanté jadeante y toda empapada en sudor. Otra vez había tenido esa pesadilla que me atormentaba todas las noches desde que recibí la foto en el móvil. Mi corazón latía desbocado mientras intentaba recuperar el aliento y la tranquilidad. Sabía que no podía seguir evitando enfrentar la realidad, así que me senté en la cama y alcé la vista hacia la fotografía que había estado examinando antes de quedarme dormida.

La imagen en la pantalla de mi teléfono era un recordatorio constante de la pesadilla en la que estaba atrapada. En la foto, se veía a Ethan y a mí en una situación comprometedor. No podía evitar pensar en lo fácil que sería para el desconocido que me había enviado la imagen

difundirla y destruir mi vida.

Un escalofrío recorrió mi espalda mientras me volvía a recordar a mí misma por qué tenía tanto miedo. Mi padre era un hombre violento y autoritario, y si descubriera lo que había en esa foto, me castigaría de una manera que ni siquiera quería imaginar. Había aprendido a esconder mis emociones y miedos desde muy joven, pero esto era diferente. Esta amenaza era demasiado real.

Tomé el teléfono en mis manos temblorosas y miré la foto una vez más. Mi mente comenzó a divagar sobre quién podría estar detrás de esto y qué querían de mí. ¿Por qué alguien querría hacerme daño de esta manera? No tenía respuestas, solo un abismo de incertidumbre y temor.

Decidí que no podía seguir escondiéndome de esto. Debía contarle a Ethan lo que estaba sucediendo, aunque eso significara exponer mi vulnerabilidad. Sabía que él me apoyaría, y juntos podríamos encontrar una manera de lidiar con esta situación.

Me puse de pie y caminé hacia la ventana de mi habitación, mirando hacia la noche estrellada. Los pensamientos oscuros seguían rondando en mi mente, pero estaba decidida a tomar el control de mi vida.

Decidí enviar un mensaje a Ethan. Escribí con manos temblorosas, explicándole todo lo que había estado ocurriendo, desde la foto hasta las pesadillas que me acechaban cada noche. Sabía que él necesitaba saberlo, y también sabía que me entendería.

Llegó a mi pequeño balcón y subió por el árbol hasta poner los pies en mi habitación.

—No hables alto, está mi padre en casa —susurré.

Ethan asintió y se sentó en mi cama.

—¿Qué está pasando, Emma? —me preguntó, preocupado.

Tragué saliva y deslicé mi dedo por la pantalla táctil del móvil. Sus ojos se abrieron como platos y sacó su teléfono, enseñándomelo. Me quedé boquiabierta. Era la misma foto.

—Yo también la recibí, y llevo mucho tiempo recibiendo amenazas —murmuró por lo bajo—. Esto no lo ha hecho nadie del grupo, Emma.

Temblé.

—¿Y por qué quieren hacernos esto, Ethan? Quien sea, nos tiene pillados.

Asintió.

—No lo sé, Emma, pero voy a averiguar quién es. Tengo a alguien en mente, alguien que quiere desestabilizarme —siseó y caí en quién podía ser.

—¿Crees que se trata de James?

Él asintió.

—Sí, creo que es. Me tiene mucho asco.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer? —pregunté, preocupada.

—Déjame a mí, ¿vale? Tengo que hablar con varios contactos míos. —Ethan se levantó y pretendió irse, pero antes me miró de arriba abajo y sonrió con picardía—. Ese pijama te hace muy buen culo.

Me puse roja como un tomate y le di un golpe en el hombro.

Ethan se fue y me dejó sola con Milo en la habitación. Cerré los ojos y suspiré. ¿Cuándo acabaría esta pesadilla?

CAPÍTULO 31

ETHAN ANDERSON

Había decidido contarle a Chloe mi aventura con Emma. Necesitaba confiar en alguien que tuviera contactos y ella era la indicada. Me dolía mentirle de esta manera, sabía que la noticia la lastimaría, pero no tenía otra opción.

Después de una cena tranquila en su acogedor apartamento, Chloe y yo nos encontramos en el sofá, compartiendo una botella de vino. La tensión en la habitación era palpable mientras buscaba las palabras adecuadas para comenzar la conversación. Ella sabía que algo pasaba.

Finalmente, decidí romper el silencio incómodo.

—Chloe, hay algo que necesito contarte. Algo que ha estado rondando en mi cabeza y que creo que es importante que sepas.

Ella me miró con atención, frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa, Ethan? Pareces preocupado.

Tragué saliva, sintiéndome culpable antes incluso de comenzar.

—Verás, Chloe, Emma y yo... tuvimos algo la noche de la casa de Julie.

Chloe parpadeó, sorprendida por mi confesión. Su expresión pasó de la sorpresa a la confusión y luego a la tristeza.

—¿Emma? ¿Tú y ella? ¿Cómo... qué?

Sus palabras salieron con un tono mezcla de incredulidad y decepción. Sabía que estaba lastimando a Chloe con esta revelación, pero necesitaba ser honesto. Me relamí los labios y hundí mi cara en mis manos.

—Sé que fui un hijo de puta, Chloe, que no te mereces eso. Pero se acabó, sabes que no puedo estar con Emma.

Chloe se pasó una mano por el cabello, sus ojos llenos de conflicto.

—No puedo creer que hayas estado ocultándome esto, Ethan. Duele mucho. Pero entiendo porqué fue. Entre Emma y tú hay algo especial.

La miré agradecido, sabiendo que mi confesión había dañado nuestra relación, pero al menos estábamos teniendo una conversación honesta.

—Lo siento, Chloe. Lo he llevado conmigo todo este tiempo y no sabía cómo decírtelo.

Ella suspiró y luego me miró con una sonrisa irónica.

—Bueno, supongo que ninguno de nosotros es un santo, ¿verdad? La verdad es que tampoco he sido del todo honesta contigo.

Mi corazón dio un vuelco ante sus palabras. ¿Qué podía haber estado ocultando Chloe?

—¿A qué te refieres, Chloe?

Ella pareció titubear por un momento antes de continuar.

—La noche en la casa de Julie, cuando te fuiste con Emma, Gavin, Jackson y yo... tuvimos un lío.

Me quedé atónito ante su confesión. No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Un lío? ¿Los tres?

Chloe asintió, su mirada evitando la mía. Parecía avergonzada.

—Sí. Fue un error, una tontería. Estábamos tan mal que comenzamos a enrollarnos y luego se unió Gavin. Pero pensé que debías saberlo, ahora que estamos siendo honestos el uno con el otro.

Mi mente estaba dando vueltas. Había confesado mi error con Emma, y ahora Chloe estaba

revelando su propio engaño. La tensión en la habitación era insoportable.

Finalmente, reuní el coraje para hablar.

—Chloe, a pesar de todo esto, todavía quiero estar contigo. Cometimos errores, pero no creo que eso deba arruinar lo que tenemos. Además, necesito tu ayuda con algo.

Ella me miró con sorpresa.

—¿Ayuda? ¿En qué puedo ayudarte?

Respiré profundamente antes de continuar.

—Necesito que utilices tus contactos para averiguar quién envió las fotos de Emma y yo. Sospecho que podría ser James, y necesito pruebas para enfrentarlo.

—¿Qué fotos? —preguntó con el ceño fruncido.

Saqué el móvil y se la enseñé. Chloe abrió los ojos como platos y titubeó.

—¿Le estabas comiendo todo el...? —se calló de inmediato—. Madre mía, ¿qué demente puede querer extorsionarte con eso?

—¿James? —inquirí.

Chloe asintió lentamente, su expresión pasando de la sorpresa a la determinación.

—Lo haré, Ethan. Aunque esto no cambia el hecho de que estamos en un terreno complicado, creo que mereces la oportunidad de demostrar que puedo confiar en ti.

—Lo sé, Chloe. Esto está siendo muy complicado. —Entonces, caí en la cuenta de que había alguien más de por medio—. ¿Emma sabe algo?

Chloe se levantó y recogió las copas. Volvió y se sentó, dejando que de sus labios escapara un suspiro.

—No, no sabe nada. Jackson está muy confundido.

—¿Tú sabes más? —le pregunté.

Chloe me miró directamente a los ojos y asintió.

—Sí, sé más, Ethan. —La insté con la mirada a que me lo contara todo—. Sé que Jackson conoció a Gavin en una fiesta y que fue ahí cuando... —se calló para proseguir segundos después—. Sé que se han estado viendo y yo con ellos, Ethan. No voy a mentirte más.

—¿Has estado quedando con ellos? —me sobresalté.

—Sí —asintió—. Y me está gustando mucho.

Caí en la cuenta de todas las noches en las que nos habíamos reunido después de lo que ocurrió en casa de Julie y en cómo Jackson simulaba que no pasaba nada. La rabia me consumió, ¿cómo podía estar haciéndole esto a Emma?

—No puedo creerme que Jackson se los esté poniendo a Emma y que con ella pinte su relación de color rosa. No se lo merece —insté, cabreado.

Chloe frunció los labios.

—Emma no es una santa, ¿o te recuerdo lo que hicisteis? —Se cruzó de brazos ella.

Miré muy mal a Chloe.

—Te voy a decir una cosa, desde ese día Emma y yo hemos mantenido las distancias y te aseguro de que ha sido muy complicado —bramé—. Lo de vosotros tres es ya vicio —escupí con rencor hacia mi amigo.

—¡Pues sí! —Chloe se levantó y aireó los brazos—. Me gusta follarme a dos tíos porque los dos me aportan mucho más que tú y me demuestran que, a pesar de todo, están ahí. Nuestra relación está yendo a más, Ethan.

Parpadeé perplejo.

—¿Y entonces qué haces conmigo? —le pregunté, frunciendo el ceño en su dirección.

Chloe suspiró y se llevó el pelo hacia atrás.

—No lo sé, Ethan. Te quiero mucho, pero con ellos es muy diferente. Creo que... creo que no quiero estar contigo, Ethan —murmuró—. Lo siento.

Le levanté y la abracé. Chloe pasó las manos por mi cuello y suspiró.

—Siempre nos quedará una bonita amistad —murmuré en su oído.

Ella sonrió y asintió. Se separó de mí y me enseñó su móvil.

—Vamos a cazar al hijo de puta que te tiene extorsionado.



—Claro que sí, cielo, yo también te quiero —le dijo Jackson a Emma a través del teléfono.

Aquello me puso de muy mala leche. ¿Cómo podía estar mintiéndole a la cara de esa forma tan desvergonzada?

El miércoles por la tarde, después de un día de universidad que me dejó machacado, me dirigí al entrenamiento de hockey donde pillé a Jackson junto a Tyler y lo llevé a los vestuarios. Tyler, confundido, echó a todos los miembros del equipo de allí y le pidió a Will que le dijera al entrenador Turner que íbamos a tardar un poco más.

Las tensiones se acumulaban en mi interior mientras miraba a Jackson, quien tenía una expresión de sorpresa en el rostro.

—Ethan, ¿qué demonios estás haciendo? —preguntó Jackson, sus ojos parpadeando con incredulidad.

Respiré profundamente, tratando de controlar mi ira antes de hablar.

—Necesitamos hablar, Jackson. No puedo seguir viendo cómo mientes a Emma de esta manera.

Tyler, siempre tranquilo y equilibrado, miró de un lado a otro entre nosotros, sintiendo la tensión en el aire.

—Vamos, chicos, no empecéis una pelea aquí. Hablemos de esto con calma.

Ignoré a Tyler por un momento y me enfrenté directamente a Jackson.

—No puedo creer que le estés mintiendo a Emma. ¿Realmente le dijiste que la quieres mientras estás quedando con otras personas?

Jackson parecía incómodo y evitaba mi mirada.

—No sé de qué estás hablando, Ethan.

La incredulidad me hervía en la sangre.

—¡Deja de jugar, Jackson! Sé que has estado viendo a otras personas mientras le dices a Emma que la quieres. No puedes seguir jugando con sus sentimientos de esta manera. Me lo ha contado todo Chloe.

Tyler intervino de nuevo, esta vez con más firmeza.

—Ethan tiene razón, Jackson. Si estás viendo a otras personas, necesitas ser honesto con Emma. No es justo para ella ni para ti.

Jackson suspiró y finalmente me miró a los ojos.

—Mira, Ethan, esto es complicado. No es tan simple como parece.

Mis puños se cerraron involuntariamente, y me costaba mantener la calma.

—No me importa lo complicado que sea. Emma merece saber la verdad.

Jackson comenzó a hablar, explicando las razones detrás de sus acciones. Pero para mí, eran excusas vacías que no justificaban su comportamiento. No podía evitar sentir una profunda decepción. Tyler, no obstante, alucinó cuando Jackson confesó que las personas con las que se estaba viendo eran Chloe y Gavin; y que los tres estaban comenzando con una relación a

poliamorosa.

La discusión se volvió cada vez más acalorada, y en un momento, estuve a punto de lanzarle un puñetazo a Jackson. Tyler, sin embargo, intervino de nuevo, separándonos y recordándonos que no resolveríamos nada a través de la violencia.

—Chicos, necesitáis calmarse. Jackson, si estás viendo a otras personas, debes hablarlo con Emma. Ethan, entiendo tu enojo, pero también necesitas escuchar lo que Jackson tiene que decir. Somos amigos, joder. Y en el amor no hay condiciones.

Respiré hondo, tratando de controlar mi ira. Sabía que Tyler tenía razón, y que simplemente lanzarnos golpes no resolvería nada.

La confesión pesaba en el aire, y yo me sentía furioso y decepcionado, pero al menos la verdad salía a la luz.

—Deberías hablar con Emma —le dije finalmente, con la voz llena de desaprobación—. Merece saber lo que has estado haciendo.

Tyler asintió, apoyando mi decisión.

—Tienes razón, Jackson. Esto no puede seguir así. Es hora de ser honesto y enfrentar las consecuencias de tus acciones.

Lo señalé.

—Porque se lo dices tú o se lo digo yo.

CAPÍTULO 32

EMMA DAVIS

—Muchas gracias, señora Millabur. —Cogí el dinero que me entregaba y me lo guardé en el bolsillo—. No hacía falta que me diera de más.

La señora Millabur me sonrió con ternura.

—Claro que sí, Emma. Haces un trabajo genial con mis pequeños y un pajarito me ha dicho que este sábado es el baile de invierno y que tienes que comprarte un vestido —me guiñó un ojo.

Mis mejillas se ruborizaron mientras asentía con gratitud. Cuidar de los hijos de la señora Millabur había sido un trabajo agradable durante los últimos meses, y agradecía la generosidad de su familia.

Después de despedirme de la señora Millabur, salí de su casa y me dirigí a encontrarme con Zoey, Julie y Chloe, quienes me estaban esperando cerca. El sol comenzaba a ponerse, teñiendo el cielo de tonos cálidos mientras nos dirigíamos al centro comercial en busca de nuestros vestidos para el baile de invierno.

El ambiente estaba lleno de emoción y risas mientras recorríamos las tiendas en busca de los vestidos perfectos. Zoey, con su ojo para la moda, nos guiaba con entusiasmo por las tiendas, sugiriendo diferentes estilos y colores que podrían quedar bien a cada una de nosotras.

Julie estaba decidida a encontrar un vestido de princesa con brillos y detalles exquisitos. Chloe buscaba algo elegante pero moderno, mientras que Zoey y yo buscábamos vestidos que nos hicieran sentir cómodas y seguras.

Después de probarnos varias opciones, finalmente encontré un vestido que me hizo sentir radiante. Era un elegante vestido de terciopelo azul oscuro, con detalles de encaje en las mangas y la espalda. Me miré en el espejo y supe de inmediato que era el adecuado para mí.

—Emma, ese vestido te queda increíble —dijo Zoey con una sonrisa—. Estás hermosa.

Agradecí su elogio mientras Chloe y Julie también expresaban su aprobación.

Pero cuando fui a quitármelo, Chloe metió su cabeza por la cortina y me vio sin la camiseta. Me tapé con la tela y sonreí, intentado ocultar el moretón que traía en el estómago.

—Las chicas quieren ir a tomarse un café, ¿te apetece?

Asentí y ella salió del probador.

Con nuestros vestidos elegidos y comprados, nos dirigimos a un café cercano para celebrar y relajarnos. La conversación giraba en torno a los detalles del baile de invierno, nuestras expectativas y las posibles sorpresas que podrían esperarnos.

Sin embargo, la alegría de la tarde se vio repentinamente empañada cuando mi teléfono vibró con un mensaje entrante. Lo saqué del bolso y miré la pantalla con curiosidad.

El mensaje decía: "La diversión está por comenzar."

Mis cejas se fruncieron mientras miraba el remitente, que aparecía como "Anónimo". No entendía a qué se refería ese mensaje, pero la sensación de inquietud se apoderó de mí. Esto no iba a salir bien, necesitaba hablar con Ethan ya.

—¿Pasa algo, Emma? —preguntó Julie, notando mi expresión preocupada.

Negué con la cabeza y traté de restarle importancia al mensaje.

—Nada importante, probablemente solo spam o algo así.

Pero no podía evitar sentir que algo andaba mal. Guardé mi teléfono en el bolso y traté de volver a sumergirme en la conversación, pero la sensación de inquietud persistía.

Mientras compartíamos risas y anécdotas en el café, Chloe se inclinó hacia mí con una expresión de preocupación en el rostro.

—Emma, ¿estás segura de que estás bien? Pareces distraída.

Sus palabras me sacaron de mis pensamientos, y me esforcé por sonreír.

—Sí, Chloe, estoy bien. Solo fue un mensaje extraño, nada importante.

Pero Chloe no parecía convencida, y su mirada se posó en mi estómago por un momento antes de volver a encontrarse con la mía.

Fue en ese momento cuando recordé el moretón que había intentado ocultar bajo mi vestido. Un moretón que mi padre me había causado antes de salir de casa.

Chloe era perspicaz y conocía mi historia familiar. Había estado allí para mí en más de una ocasión, brindándome apoyo y consuelo cuando más lo necesitaba. Su preocupación era genuina, y no podía esconder la verdad de alguien que me importaba tanto.

—¿Me acompañas al baño, Emma? No me gusta ir sola —murmuró Chloe.

Inhalé profundamente y asentí.

—Sí, claro —respondí.

Me llevó al baño de mujeres y nos encerró allí. Se acercó a mí y en un rápido movimiento me levantó la camiseta.

—¿Qué demonios es eso, Emma? —me preguntó seria y asustada—. ¿Quién te lo ha hecho?

Mi corazón comenzó a latir con fuerza en mi pecho.

—Na... nadie —dije, bajándome la camiseta.

—¡Mentira! —me señaló—. ¿Lo ha hecho Jackson? Porque si ha sido así te juro que...

No tenía confianza con Chloe, pero me estaba demostrando que era una persona excelente al preocuparse por mí. Sentí un nudo en la garganta y decidí sincerarme con ella.

—No ha sido Jackson, Chloe. Ha sido... ha sido —tomé aire y me relamí los labios, secos como el desierto—. Ha sido mi padre.

El rostro de Chloe se llenó de indignación y preocupación.

—Emma, ¿por qué no me lo dijiste antes? Podemos buscar ayuda.

Las lágrimas amenazaron con emerger mientras le explicaba la complicada relación que tenía con mi padre y cómo temía las consecuencias si alguien se enteraba de la verdad.

—Chloe, no quería preocupar a nadie ni meter a nadie en problemas.

Chloe tomó mi mano con ternura y suspiró.

—Emma, siempre estaré aquí para ti. No tienes que enfrentar esto sola. Prometo que encontraremos una solución juntas, ¿vale? Pero ahora...

Negué, consumida por el miedo.

—Promete que no vas a decir nada, Chloe. Prométemelo.

Ella tragó saliva con dureza, pero asintió con la cabeza.

—Te lo prometo, Emma.



Paseé con Milo aquella noche fría de diciembre. No podía sacarme de la cabeza los mensajes que se enviaban a mi móvil cada vez más frecuentes, a cada hora. Era un infierno y vivía con el miedo de que las fotos se hicieran públicas.

Mientras caminaba por las calles iluminadas por farolas, Milo a mi lado, mi mente no podía dejar de dar vueltas a la situación. Me sentía atrapada en una pesadilla de la que no podía despertar. La noche era oscura y tranquila, pero yo me sentía como si estuviera en medio de una

tormenta.

De repente, en una de las esquinas, vi a Ethan parado, con las manos en los bolsillos y el aliento visible en el aire frío. Al acercarme, noté que tenía una expresión preocupada en el rostro.

—Emma —me saludó, su voz suave en contraste con la noche—. Estaba a punto de llamarte.

Lo miré con ansiedad, esperando noticias sobre la persona que nos estaba extorsionando.

—¿Descubriste algo? ¿Sabes quién está detrás de todo esto?

Ethan asintió con solemnidad.

—Sí, Emma, estoy cerca de descubrirlo. He estado investigando discretamente y tengo algunas pistas. No puedo decirte mucho todavía, pero sé que es alguien que conocemos.

Mi corazón latía con fuerza ante la noticia. Saber que estábamos más cerca de encontrar al responsable me llenaba de esperanza.

—¿Y cuándo sabrás quién es? ¿Cuándo terminará esto? —pregunté, temblando por el frío y la incertidumbre.

Ethan se acercó y me abrazó con ternura para reconfortarme.

—Pronto, Emma. Prometo que tan pronto como lo sepa, se lo diré a mi padre. Él es policía y sabrá cómo manejar la situación. No permitiremos que esta persona siga extorsionándonos.

Mis ojos se llenaron de lágrimas de alivio al escuchar sus palabras. Saber que tenía el apoyo de Ethan y su padre, un oficial de policía, me hacía sentir más segura.

—Gracias, Ethan. No sé qué haría sin ti en esta situación. Estoy asustada y confundida, pero tener a alguien en quien confiar me da fuerzas.

Ethan acarició mi cabello con dulzura.

—No tienes que pasar por esto sola, Emma. Estoy aquí para ti, pase lo que pase. Somos amigos.

Continuamos caminando juntos, hablando sobre nuestras preocupaciones y compartiendo nuestros miedos. La noche se hizo más fría, pero el calor de la amistad y el apoyo mutuo nos mantenía abrigados.

—¿Y qué tal con Jackson? ¿Va todo bien?

Desconocía el porqué de su pregunta, pero me limité a asentir.

—Sí, nos va muy bien. Está un poco raro, pero creo que es por los exámenes que ha tenido. Apenas nos hemos visto estas últimas semanas.

Ethan chasqueó la lengua y pateó una piedra.

—Ya, los exámenes.

—¿Y tú con Chloe? ¿Va todo bien?

Se encogió de hombros y soltó un suspiro.

—Sí, va todo bien —musitó—. Se me hace muy extraño hablar de eso contigo después de lo que pasó. No me lo quito de la cabeza.

Quise bromear para destensar el ambiente.

—¿Te refieres a manosearme la teta mientras dormía? Oh, no tienes que preocuparte —bromeé, a lo que Ethan rio y me revolvió el pelo.

Me quitó un auricular de la oreja y se lo puso. Escuchó atentamente el ritmo de Perfect de Ed Sheeran. Sonrió y se pegó a mí porque el cable de los auriculares era un poco corto.

—Es mi canción favorita —susurró.

Paré en seco y lo miré con una ceja enarcada. Una sonrisa cruzó mis labios.

—También es la mía.

Mientras tanto, Milo jugueteaba alegremente a nuestro alrededor.

—Entonces, ¿es nuestra canción favorita? —me preguntó.

Le guiñé un ojo y me puse a su altura.

—Digamos que sí.

Seguimos caminando y me acompañó a casa. Finalmente, llegamos a la decisión de que informaríamos a su padre tan pronto como tuviéramos pruebas sólidas y lo dejaríamos encargarse del asunto de manera oficial.

Cuando nos despedimos, Ethan me aseguró una vez más que no estábamos solos en esta lucha y que pronto encontraríamos una solución. Me sentí agradecida de tenerlo a mi lado y de saber que había alguien en quien podía confiar plenamente.

CAPÍTULO 33

ETHAN ANDERSON

En el complejo tejido de la vida, las personas a menudo se dividen en dos categorías aparentemente simples: las buenas y las malas. Pero, como la paleta de colores de un pintor, la realidad es mucho más matizada y compleja. Todos, en algún momento u otro, nos encontramos en la encrucijada entre el bien y el mal. Y así, en una mañana de viernes, mientras el sol luchaba por abrirse paso a través de las cortinas, me desperté reflexionando sobre esta dualidad. Últimamente lo hacía muy a menudo.

La luz dorada inundó la habitación, destacando los matices de mi propio conflicto interior. Había estado lidiando con un dilema desde hacía días, uno que me atormentaba como una sombra que se negaba a desaparecer. Me restregué los ojos, tratando de alejar las preocupaciones que me habían mantenido despierto gran parte de la noche.

El sonido de mi teléfono vibrando en la mesita de noche me hizo saltar. Chloe había enviado un mensaje urgente. Mis ojos se abrieron con expectación mientras deslizaba el teléfono y leía el mensaje:

Chloe: Ethan, necesito verte de inmediato. Tengo información importante sobre quién te está extorsionando. ¿Puedes venir a mi apartamento?

Las palabras resonaron en mi mente, despejando cualquier rastro de sueño. Me levanté de un salto, me vestí y corrí hacia el coche. La ciudad estaba comenzando a despertar, pero mi mente estaba en otro lugar, obsesionada con la revelación que Chloe estaba a punto de hacerme.

Al llegar al apartamento de Chloe, mi corazón latía con fuerza. Ella abrió la puerta con una mirada preocupada y me invitó a entrar. La tensión en la habitación era palpable, y pude ver que Chloe estaba nerviosa. Nos sentamos en el sofá, y Chloe tomó una profunda respiración antes de hablar.

—Ethan, he estado investigando durante días y finalmente tengo una pista sólida — comenzó Chloe con voz temblorosa—. La persona que te está extorsionando es James. Me lo han confirmado.

Sentí un nudo en el estómago. James era un viejo amigo mío, alguien en quien había confiado durante años, pero que se volvió mi enemigo. ¿Cómo podía haberse convertido en eso de esta manera? Chloe me explicó cómo un colega suyo había rastreado las comunicaciones y había encontrado pruebas incriminatorias.

—Lo siento, Ethan, pero no puedo negarlo. Las pruebas son abrumadoras —dijo Chloe, con los ojos llenos de pesar—. Y no es solo eso. Yo también recibí una foto de los tres. James quiere jodernos la vida a todos.

Asentí con tristeza. Ahora sabía quién estaba detrás de todo esto a ciencia cierta, pero la pregunta era por qué. ¿Qué había llevado a James a tomar este camino oscuro?

Sintiéndome abrumado, decidí que no podía enfrentar esta situación solo. Llamé a mi padre y le conté todo lo que había descubierto, incluido el lío que había tenido con Emma la noche de la casa de Julie. Algo que me avergonzó muchísimo.

Cuando llegué a casa, el rostro de mi padre estaba endurecido. Sabía que debía actuar rápidamente para protegernos de que James hiciera una locura.

—Ethan, quédate en casa. Voy a poner en marcha un dispositivo para detener a James. Esto no puede continuar —dijo con determinación—. Esto no puede quedar así. James ha pasado una fina línea.

Asentí.

—Lo sé, papá —me senté en el sofá—. Siento muchísimo todo esto, de verdad.

Mi padre negó y se cruzó de brazos.

—No te disculpes, Ethan. Has hecho lo que deberías, has tomado un buen camino. Aunque con esto no quiero decir que lo que hayas hecho con Emma esté bien porque los dos tenéis pareja. En realidad, no comprendo muy bien cómo van ahora las parejas jóvenes como vosotros. Que si un día me lío con uno y otro día con otro, que si me gustan los hombres y las mujeres... —murmuró, rascándose la nuca—. A mí, hijo, me da igual porque lo único que quiero es que seas feliz. Pero piensa bien en qué quieres hacer y con quién porque hay más personas de por medio, ¿vale?

Asentí.

—Está bien, papá.

Me sentí aliviado de tener a mi padre a mi lado. Juntos, ideamos un plan para poner fin a la extorsión y llevar a James ante la justicia. A medida que el día avanzaba, el ambiente se volvía cada vez más tenso. La dualidad entre el bien y el mal se manifestaba de manera inquietante en mi vida, y no podía evitar preguntarme cómo alguien que consideraba mi amigo hacía muchos años podía haberse convertido en mi peor pesadilla.

—Tengo ir a la comisaria a comenzar con todo, quédate en casa y descansa. Pareces un muerto viviente de esos que os gusta ver en la televisión.

La noche cayó sobre la ciudad, y me recosté en su cama, exhausto pero aliviado. Reflexioné sobre la complejidad de las personas, sobre cómo alguien que consideraba bueno podía tomar un camino tan oscuro. En ese momento, entendí que la dualidad entre el bien y el mal existía en todos nosotros, y que la elección de nuestro camino estaba en nuestras manos. La línea entre lo correcto y lo incorrecto era frágil, y dependía de nosotros mantenerla clara porque me era imposible imaginar a James publicando esas fotos, algo que había hecho con maldad y que sabía que a más de uno le podría traer problemas.

Con estos pensamientos en mente, cerré los ojos y me sumí en un sueño intranquilo. La vida seguía su curso, y estaba decidido a seguir adelante y que el peso de la justicia cayera sobre James, más fuerte y sabio después de esta dolorosa lección sobre la naturaleza humana.

Porque no éramos nadie y, en ocasiones, nos creíamos inmortales.

Me levanté una hora y media después. Todo parecía más claro, pero algo me apretaba el pecho. Me encontraba en una encrucijada emocional. La verdad, una espada de doble filo, se cernía sobre mi cabeza, lista para cortar a través de la maraña de mentiras y secretos que había tejido alrededor de mi vida. Sabía que no podía posponerlo más. Tenía que enfrentar a Emma, mi corazón palpitaba con la ansiedad mientras me dirigía hacia su casa porque no podía más. Estaba en un punto de no retorno, en el que todo me iba a dar igual. Un punto en el que quería estar con ella y probar suerte.

El sol comenzaba a descender, teñiendo el cielo de tonos cálidos de naranja y rosa, cuando llegué a la casa de Emma. Se encontraba en un tranquilo vecindario, rodeado de árboles que susurraban secretos al viento. Me detuve frente a la puerta principal y respiré profundamente antes de llamar al timbre.

Pasaron unos minutos que parecieron eternos antes de que Emma finalmente abriera la puerta. Su rostro se iluminó al verme parado allí, pero la expresión de preocupación que vio en

mis ojos la hizo darse cuenta de que algo andaba mal.

—Ethan, ¿qué sucede? —preguntó Emma con voz suave mientras me invitaba a entrar—. Estoy sola, así que no te preocupes.

Me adentré en su casa, una mezcla de recuerdos y emociones me envolvió al desviar la mirada al sofá dónde le di su primer beso. Nos sentamos en el sofá, y decidí que era hora de romper el silencio que había estado atormentándome.

—Emma, hay algo que necesito decirte —comenzó, su voz temblorosa—. Es algo que he estado guardando durante mucho tiempo, y no puedo ocultarlo más.

Emma me miró con preocupación, sus ojos brillaban con expectación y ansiedad.

—Ethan, puedes confiar en mí. ¿Qué está pasando?

Inhalé profundamente, tratando de reunir coraje.

—Las fotos, Emma, las fotos que alguien ha estado usando para extorsionarnos... la persona detrás de todo esto es James. Me lo han confirmado y mi padre ya lo está buscando.

Los ojos de Emma se agrandaron de sorpresa.

—¿James? ¡Lo sabía! ¿Cómo pudo hacer algo así?

Asentí, sintiendo un nudo en la garganta.

—No lo sé, Emma. Estoy tan confundido como tú. Pero necesitaba que lo supieras.

Emma puso una mano en mi hombro.

—Gracias por decírmelo, Ethan. Ahora, ¿qué vamos a hacer al respecto?

Le expliqué que mi padre ya estaba en proceso de detener a James, que se habían recopilado pruebas suficientes para llevarlo ante la justicia. La noticia pareció aliviar a Emma, pero también la llenó de preocupación por lo que vendría a continuación.

—Tenemos que ser fuertes, Ethan —dijo Emma—. Lo superaremos juntos. No importa lo que pase, siempre estaremos el uno para el otro.

Asentí, agradecido por tener a Emma a mi lado. Ella era como un ángel caído del cielo.

Entonces, tragué saliva con dureza y tomé sus manos entre las mías.

—Pero no he venido solo por eso, Emma. —Ella frunció el ceño y no pude evitar sonreír. Estaba preciosa cuando hacía eso—. No quería estar contigo porque soy un saco de problemas. Parece que me persiguen. —Emma rio por lo bajo—. Pero me he cansado de huir de mis sentimientos. Estoy cansado de no intentar algo contigo. ¡Joder! Es que estoy harto de tener que ver cómo te morreas con Jackson cuando soy yo el que quiere estar ahí. Y sé que es egoísta porque te mereces un príncipe que te llene de rosas y esas tonterías de cuentos de hada.

Emma se echó a reír y derrumbó la poca distancia que nos separaba. Se acercó a mi rostro hasta el punto de que nuestros alientos se entremezclaban y sentí como mi respiración se aceleraba. Ella rozó mi mejilla y sonrió sin enseñar los dientes.

—Yo no he pedido un príncipe azul, Ethan. Prefiero quedarme con el chico que me hace reír en los días grises y al que le gusta la música y la jardinería. —Emma se mordió el labio inferior y me miró con esos ojos marrones que me volvían loco—. Estoy cansada de esperar a que te decidas, Ethan. Creo que es hora de que sepas algo.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, y la ansiedad mezclada con la emoción me hacía sentir como si estuviera en una montaña rusa. Sabía que algo grande estaba a punto de suceder.

Emma se inclinó lentamente hacia adelante, cerrando los ojos, y sentí su aliento cálido contra mis labios. Podía oler la suavidad de su perfume y el olor dulce de su aliento mientras nuestros labios se rozaban con delicadeza. Un beso lento y tierno que parecía sacado de una película romántica.

Nos separamos, nuestros rostros a centímetros de distancia, y nuestras miradas se

encontraron. En ese momento, no hacía falta decir nada más. Las palabras eran innecesarias. Habíamos confesado lo que sentíamos el uno por el otro con ese beso, y eso era suficiente.

—Ethan —susurró Emma con voz suave—, te quiero. Creo que siempre lo he hecho.

Las palabras de Emma hicieron que mi corazón diera un salto de alegría. No podía creer lo afortunado que era en ese momento. La chica que había ocupado mis pensamientos durante tanto tiempo, la que había iluminado mi vida con su sonrisa y su risa, me había confesado su amor. Las barreras habían caído por completo.

—Y yo a ti, Emma —respondí, sintiendo una felicidad abrumadora. Me acerqué de nuevo a ella y la besé, esta vez con más pasión, como si quisiera expresarle con cada beso lo que sentía por dentro.

Nuestros labios se movieron juntos en un baile apasionado, y nuestras manos se encontraron y se entrelazaron con fuerza. Era como si el mundo entero desapareciera a nuestro alrededor, y solo existiéramos nosotros dos, perdidos en el amor y la pasión que habíamos estado reprimiendo durante tanto tiempo.

Finalmente, nos separamos, jadeantes y con sonrisas en nuestros rostros. Nos miramos con complicidad y risas nerviosas.

—Vaya, Ethan, eso fue bastante intenso —dijo Emma, pasándose una mano por el cabello despeinado.

—Lo siento, no pude evitarlo —respondí, sintiéndome un poco avergonzado.

Emma rió y me besó en la mejilla.

—No te disculpes. Fue perfecto.

Nos quedamos abrazados en silencio por un momento, disfrutando de la compañía del otro y de la sensación de estar finalmente juntos. Habíamos cruzado ese umbral, habíamos confesado nuestro amor y nos habíamos entregado el uno al otro sin reservas.

Y ahí, en la habitación de Emma, tumbado en su cama con Milo en medio, supe que esto era lo que quería. Y por un momento me pareció ver a mi hermana Caroline en una esquina sonriéndome y asintiendo.

Emma cogió su móvil y lo conectó a los auriculares. So i am de Ava Max se oyó a través de los cables. Entrelazó nuestros dedos y sonrió.

—¿Sabes? Creo que tendríamos que ir juntos al baile.

Ella enarcó una ceja en mi dirección.

—¿Me estás pidiendo que vaya al baile contigo?

Asentí y Milo ladró en respuesta.

—¿Ves? Milo también piensa que tienes que venir conmigo. ¿Qué me dices?

Emma frunció los labios entre una sonrisa y asintió. Sus ojos brillaban de emoción y mi corazón dio un vuelco.

—Estaré encantada de ir al baile contigo, Ethan.

CAPÍTULO 34

EMMA DAVIS

El aire frío del invierno se colaba por la ventana entreabierta de mi habitación, acariciando suavemente las cortinas de encaje que ondeaban como suspiros de la estación. Afuera, la nieve caía con elegancia, cubriendo el mundo en un manto de blancura resplandeciente. Era la noche del baile de invierno, y estaba a punto de sumergirme en un mundo de magia y encanto.

Sentada ante mi tocador adornado con jarras de perfume y candelabros dorados, me contemplé en el espejo ovalado. Mis ojos castaños brillaban con emoción, y mi sonrisa era la viva imagen de la anticipación. El vestido que había elegido para la ocasión yacía cuidadosamente extendido sobre su cama, esperando su momento de gloria.

Me levanté con gracia y caminé hacia la cama, dejando que mis dedos se deslizaran sobre la tela suave y etérea del vestido. Era un delicado vestido de encaje, con un tono azul que hacía resaltar la suavidad de mi piel. La pieza central de mi vestuario, sin lugar a dudas, era el intrincado encaje que adornaba la espalda y las mangas del vestido.

El encaje, una maravilla de hilos entrelazados, creaba un patrón hipnotizante que parecía atrapar la luz de la habitación y reflejarla en destellos delicados. La espalda del vestido estaba diseñada para ser descaradamente seductora, con un escote en forma de V que revelaba una sugerente porción de su espalda baja. El encaje continuaba en una cascada de intrincados detalles que descendían desde su cuello hasta el comienzo de su cintura, donde se encontraba un pequeño lazo de satén que realzaba su figura.

Las mangas, por su parte, eran una obra maestra de encaje que abrazaban con delicadeza los brazos de Emma. Eran largas y ajustadas, terminando en un borde de encaje que le daba un aire de misterio y elegancia. Cuando movía los brazos, el encaje se movía con ella, como si estuviera vivo, creando un efecto etéreo que dejaba a todos asombrados.

Me quité la bata de seda que había estado usando y comencé a deslizarme en el vestido con cuidado. Cada movimiento era preciso, cada detalle importaba. La tela fresca acarició mi piel, y ella me sentí como una princesa de cuento de hadas. Cuando finalmente el vestido estuvo en su lugar, me giró hacia el espejo y quedé maravillada por la imagen que vi.

Las luces titilantes del tocador bañaban mi figura en un suave resplandor. Mi cabello rizado caía en cascadas sobre mis hombros, y mis ojos centelleaban con un toque de maquillaje que realzaba mi belleza natural. Pero era el vestido, con su encaje en la espalda y las mangas, lo que realmente me hacía deslumbrante. Me sentí como si hubiera sido transportada a un cuento de hadas, lista para encontrarme con mi príncipe encantador en el baile de invierno.

Lo que me preocupaba era que había estado llamando a Jackson para hablar con él, pero estaba desaparecido.

Para completar mi look, me puse unos zapatos de tacón alto que hacían que mi figura pareciera aún más esbelta y elegante. Luego, seleccioné cuidadosamente unos pendientes de perlas que me habían regalado mis abuelos en mi cumpleaños, dándome un toque de elegancia clásica a mi atuendo.

Cuando finalmente estuve lista, me miré una última vez en el espejo, asegurándome de que todo estuviera perfecto. Estaba lista para el baile de invierno, lista para sumergirme en la magia de la noche y crear recuerdos que atesoraría para siempre.

El susurro de la tela de mi vestido llenaba la habitación mientras descendía las escaleras de la

casa. Con cada paso, me sentía más segura y emocionada por la noche que me esperaba. El vestido que había elegido para el baile de invierno me había transformado en una visión de gracia y elegancia, y mi tacones resonaban con confianza en el suelo de madera.

Al llegar al pie de la escalera, me detuve un momento para admirarme en el espejo antiguo que ocupaba un lugar destacado en el vestíbulo. La luz cálida de las lámparas de araña acentuaba mi vestido y hacía brillar el encaje en mi espalda y mangas como si estuviera iluminado por dentro. Me sentía como una princesa de cuento de hadas, lista para salir al mundo y vivir una noche de ensueño.

El sonido de pasos ligeros se acercaba desde la sala de estar, y mi madre apareció en el umbral de la puerta. Su rostro se iluminó al verme.

—Oh, querida, estás absolutamente preciosa —exclamó con admiración, con los ojos llenos de orgullo y amor.

Sonreí ampliamente, con mis mejillas rosadas por el elogio de mamá.

—Gracias, mamá.

Compartimos un abrazo cálido antes de que hiciera un pequeño giro para mostrar mejor mi vestido.

—Estoy tan emocionada por esta noche —admití con una chispa en los ojos.

Mamá me tomó de la cara y sonrió.

—¿Has podido hablar con Jackson? —negué y ella besó mi frente—. Recuerda disfrutar cada momento, querida. El baile de invierno es una noche especial que recordarás durante toda tu vida.

Justo en ese momento, se oyó el suave tintineo de la campana de la puerta. Nos miramos sorprendidas antes de que nos dirigiéramos a la puerta de entrada. Mamá abrió la puerta y allí, de pie bajo la ligera nevada que caía, estaba Ethan.

Ethan lucía un esmoquin negro que hacía juego con su pelo. Su cabello oscuro estaba cuidadosamente peinado, y sus ojos verdes brillaban con anticipación. Al verme, su rostro se iluminó con una sonrisa genuina.

—Emma, estás deslumbrante —elogió Ethan mientras extendía una rosa roja hacia mí.

Acepté la rosa y un rubor subió en mis mejillas.

—Gracias, Ethan. Tú también te ves increíble.

Mamá observó la escena con una mirada cómplice antes de dar un paso atrás.

—Bueno, no os detengo más. Tenéis una noche maravillosa por delante. Por favor, cuidaros y divertios mucho.

Con una última sonrisa y un beso en la mejilla mía, mamá nos dejó partir. Salimos al aire frío de la noche, y la nieve recién caída crujía bajo nuestros pies mientras nos dirigíamos al automóvil de Ethan estacionado en el camino de entrada.

Mientras caminábamos hacia el coche, me tomó un momento para observar el paisaje invernal que me rodeaba. Las luces de la ciudad destellaban en la distancia, y la luna llena colgaba en el cielo nocturno como una joya plateada. La nieve había transformado el mundo en un lugar mágico y etéreo, y me sentí agradecida por la belleza que me rodeaba.

Ethan abrió la puerta del automóvil para mí, y yo me deslicé elegantemente en el asiento de cuero. Él se sentó al volante, y con un suave arranque del motor, comenzamos nuestro viaje hacia el baile de invierno en la universidad.

—¿Estás lista para la gran noche? —preguntó Ethan.

—¡Absolutamente! —respondí con entusiasmo, y luego añadí con una sonrisa traviesa—. Estoy ansiosa por ver si puedes mantener el ritmo en la pista de baile, Ethan.

Ethan rio. La música suave del radio llenaba el automóvil mientras nos dirigíamos hacia la universidad. Parecía que todo iba según lo planeado, pero esa tranquilidad se rompió cuando tres coches se interpusieron en nuestro camino, bloqueándonos la salida.

Ethan frunció el ceño y redujo la velocidad del automóvil. Algo no iba bien.

Los tres coches estaban estacionados en diagonal en medio de la carretera, como si estuvieran esperando a alguien. Ethan intentó maniobrar para esquivarlos, pero era imposible. Entonces, los faros de los coches se encendieron y las ventanas se bajaron simultáneamente. El corazón de Ethan, y el mío, comenzó a latir con fuerza cuando reconoció a la persona que salió del primer automóvil: James.

Maldije en mi interior.

Me agarré del brazo de Ethan, sintiendo una punzada de ansiedad al ver a James. Ethan apretó los dientes y bajó la ventana del automóvil.

—¿Qué estás haciendo aquí, James? —preguntó con voz firme.

James se inclinó hacia la ventana, con una sonrisa maliciosa en el rostro.

—Oh, Ethan, solo quiero asegurarme de que no te olvides de quién manda aquí.

Ethan apretó los puños, tratando de mantener la calma.

—Déjanos en paz —murmuré—. La policía te está buscando, el peso de la justicia caerá sobre ti.

James se rio, saboreando su poder.

—Eso no es suficiente. Quiero que veas cómo tomo el control de tu vida. Si no obedeces mis órdenes, todos conocerán los secretos oscuros que guardo en mi teléfono.

Sentí el miedo arrastrándose por mi espalda mientras escuchaba las palabras de James. No quería que nadie viera esas fotos personales que habían sido tomadas sin nuestro consentimiento.

Ethan se negó a ceder ante James y comenzó a acelerar para intentar escapar de la trampa en la que estaban atrapados. Sin embargo, James no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente. Aceleró su automóvil y chocó lateralmente contra el de Ethan, haciéndolo girar bruscamente y detenerse en seco.

Grité del susto.

El estruendo del choque resonó en la quietud de la noche, y las luces de ambos autos quedaron hechas añicos en medio de la carretera oscura.

El impacto fue devastador. Grité de nuevo cuando uno de sus amigos nos dio por el lateral, enviándonos a una pediente. El mundo parecía dar vueltas a su alrededor. El cinturón de seguridad me mantuvo en mi asiento, pero sentí el fuerte latigazo cervical que amenazaba con llevarme al otro mundo.

El coche dio varias vueltas de campana y lo vi todo a cámara lenta. Los cristales se desprendían de las ventanas mientras el coche giraba sucesivamente.

Ethan, por su parte, quedó momentáneamente aturdido, sintiendo un dolor agudo en su pecho donde el volante lo había golpeado. El aire se llenó de un silencio espeso después del choque, roto solo por el tintineo de los fragmentos de vidrio dispersos en el asfalto.

Mi vista estaba borrosa y me dolía muchísimo la cabeza. Sentía que la vida se me estaba escapando de las manos, como si mi alma comenzara a volar lejos.

—Emma, ¿estás bien? ¡Emma!

Fue lo último que escuché antes de dejar de respirar, cayendo en una profunda y fría oscuridad.

Continuará...

¿QUÉ OPINAN LAS LECTORAS?

@Syleriia

“Una historia de dolor, de sombras del pasado y de demonios del presente, pero también una historia de amor, de amistad y de superación, de cómo aprender a vivir con uno mismo. Te enamorará desde la primera a la última palabra.”

@unmundodehistoriasfantasticas

“Una historia que nos habla de superación en todos los sentidos, de la química entre dos personas que traspasa las páginas, con la amistad y la música como un telón de fondo perfecto.

@aura_books_

“Arrolladora e irresistible de principio a fin, esta obra te hace estar en vilo página tras página. Los personajes únicos e imperfectos pero tan reales que luchan contra sus demonios internos por ellos y por sus seres queridos me llegaron a lo más profundo del corazoncito. Los protagonistas me han encantado y se complementan a la perfección el uno con el otro. Se tratan diversos temas actuales dándote una visión fresca y con diversas perspectivas de estos. Una historia súper ligera y amena con la que todos sufriremos en algún momento pero de la que nos enamoraremos por completo.”

@Worldsbooks__

“El principio que tiene engancha desde la primera línea, por saber que irá pasando a lo largo del libro, también a querer saber más de los personajes y que no te deja de sorprender mientras vas avanzando en la historia. Tiene un primer encuentro de los personajes es de película y que esté narrado desde el punto de vista del protagonista masculino lo hace aún más especial el encuentro pues siempre se lee sobre el punto de vista de él. Me gusta que la pluma de la autora haga que los lectores conecten con los personajes, haciendo que podamos empatizar con los sentimientos de ellos y que podamos sentir sus emociones a través de la autora.”

@_adaslibrary

“Este libro es único de principio a fin. Ya no se encuentran libros o novelas, historias como estas en las librerías, que es donde deberían estar a mano de todos. Es una pena que su nombre no sea tan conocido como el de otras, pues tiene más talento que muchas otras grandes de la literatura juvenil del día de hoy. La historia se me hizo muy amena desde el principio, el dual pov es GENIAL. Y me encanta que lo mantuviera durante la novela. Los personajes; es una sensación extraña, porque al fin y al cabo sientes que podrían ser tus amigos o alguien de tu entorno cercano, con Ethan desde el prólogo ya conectas con él porque MADRE QUE PRÓLOGO, desde las primeras hojas tienes una bofetada de realidad con la que te quedarás boquiabierto.”

[1] En Estados Unidos, a los estudiantes del primer año de la universidad se les suele llamar "freshmen" en inglés. El singular de "freshmen" es "freshman". Este término se utiliza comúnmente para referirse a los estudiantes que están en su primer año de estudios universitarios.

[2] Forma coloquial de decir *amigo*.

[3] Los jugadores defensivos a menudo se arrojan al hielo para bloquear los disparos del equipo contrario. Esto es crucial para proteger al portero y evitar que los tiros lleguen a la portería.

AGRADECIMIENTOS

Cuando de pequeña me preguntaron qué quería ser, lo tuve muy claro: escritora. Se rieron de mí, porque ¿cómo iba a ser yo escrita? ¡Ja! ¡Chúpate esa! Lo he conseguido y con creces.

Podría ponerme aquí a explayarme, pero quiero ser concisa. No podía haber llegado aquí sin muchas personas. Y, por supuesto, en primer lugar es:

Mi familia, esa parte de mi vida que me ha hecho ser quien soy. Ellos, mi todo.

Mis amigos, que son pocos, pero los buenos amigos son aquellos que puedes contar con los dedos de una mano, y yo me siento muy orgullosa de tener a los mejores.

A mi perra, mi Sugar Bestie. Tú sabes tan bien como yo que algún día llegaré aún más alto y podrás convertirte en mi Sugar Bestie. Lo sabes, lo sé. Gracias por estar aguantando mis conversaciones y mis audios, eso que duran más de cinco minutos y por los que te vuelves loca... más loca si es que es posible.

A mi compañero de viaje, la gente lo suele llamar “media naranja”, pero a mí me gusta llamarlo “mi marcapáginas”. Mi pareja es como un marcapáginas en mi vida, un objeto pequeño pero esencial que mantiene juntas las páginas de nuestra historia de amor, recordándome constantemente la belleza de nuestro viaje juntos. Está ahí para mantener juntas las páginas de mi vida, asegurándose de que no se pierda ninguna de las historias, momentos y capítulos que compartimos. Su presencia constante me recuerda dónde dejé mi historia, incluso en los momentos más caóticos de la vida.

A las lectoras que os habéis leído esta locura novelera de mis años más jóvenes en 48 horas. A @Syleriia, a @unmundodehistoriasfantasticas, a @aura_books__, a @Worldsbooks__, a @_adaslibrary y a @albsreads. me habéis devuelto la confianza con vuestras palabras. Me habéis hecho sentir que soy como esas autoras a las que tanto admiro.

Y, por último, gracias a ti, lector, porque sin ti esto no sería posible.

Aileen Chase.

Books By This Author

[Cómo autopublicar y no morir en el intento](#)

¡Hola! Soy El Profesor y estoy aquí para ayudarte a autopublicar tu libro con la experiencia de Aileen Chase para que no mueras en el intento.

En esta guía encontrarás todo lo que necesitas para cumplir tu sueño.

[Diario de lectura](#)

"Un Reading Journal es un cuaderno de escritura sobre la lectura de un texto".

¿Eres bookstagrammer, booktoker, booktuber o bookTW? ¿Una lectora empedernida, quizá? ¡Entonces has llegado al sitio correcto! Te presento el primer Reading Journal que ha sacado Aileen Chase (o sea, yo) para poder registrar todas tus lecturas durante lo que queda de 2023.

¿Qué vas a encontrar en este Reading Journal?

Espacios para registrar los libros que leas.

Páginas adicionales para poder escribir tus impresiones, reseña, comentarios, frases favoritas... ¡y un sin fin de cosas!

Lista de lectura.

Libros pendientes.

¡Y mucho más!

[Epifanía](#)

Epifanía es una pequeña parte de mí.

Una breve recopilación de poemas salidos de lo más profundo de mí. palabras que destaquen y transmitan sentimientos que pueden ser míos o tuyos. palabras que transmiten sufrimiento, pavor, amor, nostalgia y triunfo.

[Hija de la Tierra](#)

Una profecía, magia, amor, amistad y traición.

Los Oscuros se han alzado y no descansarán hasta hallar la copa que resucitará a La Gran reina Oscura.

Esmeralda está a punto de cumplir dieciocho años, y para ella representa la libertad y una forma de escapar de su familia. Pero lo que nunca se había imaginado es que el día de su decimoctavo cumpleaños fuera a cambiar su vida de forma tan drástica. Esmeralda se ve envuelta en un mundo desconocido, mágico y peligroso donde las equivocaciones se pagan muy caras.

Leer menos

El verano de nuestra vida

Después de una dolorosa ruptura con su novio, Elena decide embarcarse en una aventura inolvidable y curativa en la soleada isla de Mallorca. Atraída por el encanto mediterráneo y la promesa de un nuevo comienzo, llega a un lugar casi desconocido con el corazón roto pero con la esperanza de encontrar la felicidad de nuevo.

Mallorca resulta ser el escenario perfecto para la comedia y el romance que Elena nunca imaginó. En medio de un intento desastroso por aprender a hacer surf, conoce a un grupo de personas que rápidamente se convierten en su peculiar familia en la isla. Entre ellos se encuentra Andrew, un chico estadounidense tan encantador como misterioso, cuya sonrisa y sentido del humor le devuelven a Elena la alegría de vivir.

A medida que los días soleados se transforman en noches llenas de risas y complicidad, Elena y Andrew descubren una conexión especial que va más allá de las diferencias culturales.

Sin embargo, mientras su romance florece, ambos deben enfrentarse a sus propios miedos y bagajes emocionales. Elena aún lucha por superar las cicatrices de su relación anterior, mientras que Andrew guarda secretos que amenazan con separarlos. A medida que el verano avanza y el tiempo se agota, deberán decidir si están dispuestos a arriesgar sus corazones y confiar en el amor que han encontrado.

El verano de nuestra vida es una encantadora comedia romántica que nos sumerge en el vibrante mundo de Elena y Andrew. Con un elenco de personajes entrañables, situaciones cómicas y un romance que desafía las expectativas, este libro te invita a reír, enamorarte y descubrir que el amor puede encontrarse en los lugares más inesperados, incluso cuando el corazón está en pedazos. Prepárate para una historia refrescante y divertida que te transportará a un verano inolvidable en Mallorca.